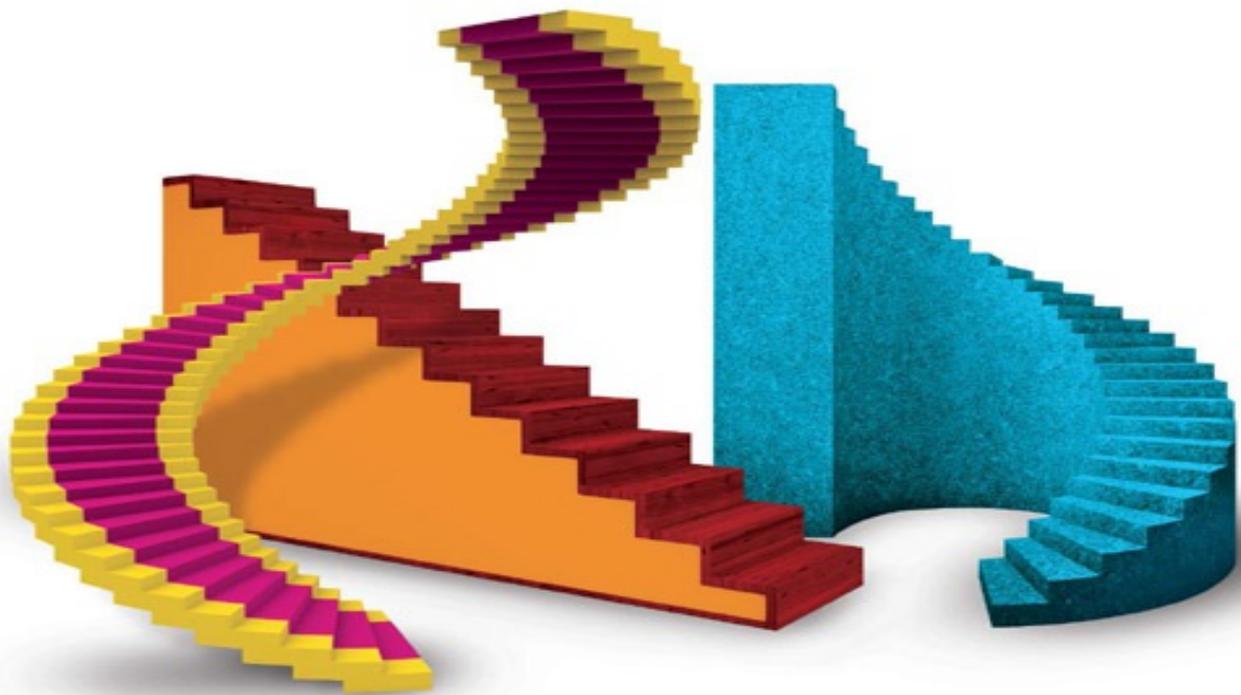


SILVIA ONS

# TODO

LO QUE NECESITÁS  
SABER SOBRE

# PSICOANÁLISIS



PAIDÓS

Portadilla

Legales

Prólogo

Capítulo 1. La creación del psicoanálisis

- 01. Freud en su época (1856-1939)
- 02. Jacques Lacan (1901-1981)
- 03. El psicoanálisis y la ciencia
- 04. La ética del psicoanálisis
- 05. La sesión psicoanalítica

Capítulo 2. Conceptos fundamentales

- 06. El inconsciente
- 07. La transferencia
- 08. El sujeto supuesto saber
- 09. La pulsión
- 10. La sublimación

Capítulo 3. El retorno de lo reprimido

- 11. El sueño, vía regia de acceso al inconsciente
- 12. Los sueños y las formaciones del inconsciente
- 13. El síntoma

Capítulo 4. La economía libidinal

- 14. La libido
- 15. El placer
- 16. El deseo
- 17. La felicidad
- 18. El trauma

Capítulo 5. Identificaciones sexuales

- 19. El complejo de Edipo
- 20. La lectura lacaniana del complejo de Edipo
- 21. El complejo de castración
- 22. El superyó

Capítulo 6. La vida erótica de los sexos

- 23. No hay relación sexual
- 24. La mujer
- 25. El hombre
- 26. El niño
- 27. El amor en el fin de un análisis

Capítulo 7. Estructuras clínicas

- 28. La histeria

[29. La neurosis obsesiva](#)

[30. La psicosis](#)

[31. La paranoia](#)

[32. La melancolía](#)

[33. La manía](#)

#### [Capítulo 8. Orientaciones sexuales](#)

[34. La homosexualidad masculina](#)

[35. La homosexualidad femenina](#)

[36. El fetichismo](#)

[37. El travestismo](#)

[38. La dirección masoquista](#)

#### [Capítulo 9. Síntomas de época](#)

[39. La actualidad de las perversiones](#)

[40. Los “desbrujulados” contemporáneos](#)

[41. Las adicciones](#)

[42. La depresión](#)

[43. La anorexia](#)

[44. La bulimia](#)

[45. El pánico](#)

#### [Capítulo 10. La época y la pulsión](#)

[46. Los efectos de la Primera Guerra Mundial en el psicoanálisis](#)

[47. Malestar en la cultura](#)

[48. La violencia en el siglo](#)

[49. El estatuto del semblante](#)

[Glosario](#)

[Bibliografía](#)

Silvia Ons

TODO LO QUE NECESITÁS SABER SOBRE  
PSICOANÁLISIS

Ons, Silvia

Todo lo que necesitás saber sobre psicología. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2014.

E-book

ISBN 978-950-12-0107-9

1. Psicología.

CDD 150

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Todos los derechos reservados

© 2014, Silvia Ons

© 2014, de todas las ediciones

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello Paidós®

Independencia 1682/1686, Buenos Aires – Argentina

E-mail: [difusion@areapaidos.com.ar](mailto:difusion@areapaidos.com.ar)

[www.paidosargentina.com.ar](http://www.paidosargentina.com.ar)

Primera edición en formato digital: octubre de 2014

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-0107-9

Digitalización: Proyecto451

*A mis hijos, Analía y Pablo.  
Y a mi nieta, Luna Sofía.*

*Este libro no hubiera sido posible sin la generosa y valiosísima colaboración de  
Marina Ons.*

# Prólogo

Es imposible reunir en un libro todo lo que se necesita saber sobre el psicoanálisis; ni en un libro ni en centenares, ni a lo largo de una vida consagrada a su estudio, ya que nunca habrá “todo”. La clínica muestra lo que no sabe, que enriquece a la teoría y hace que esta no sea terreno clausurado, depósito intocable, conjunto cerrado. Quizá por ello Lacan dice que el analista debe reinventar el psicoanálisis cada día, nutriéndolo con la semilla de la experiencia. Sin embargo, vale el esfuerzo por ubicar algunos conceptos para aclarar la temática al lector. Se trata, para mí, de un empeño que obedece al estado actual de la divulgación de esta teoría y también al estado actual del malestar en nuestra civilización.

Usualmente, la trasmisión del psicoanálisis, además de efectuarse en la misma experiencia analítica, se realiza en lugares específicos, grupos o instituciones consagradas conformadas por psicoanalistas o aspirantes, mientras que su divulgación a la comunidad queda –salvo pocas excepciones– en manos de quienes simplifican sus conceptos. Muchas veces el psicoanálisis corre el riesgo de quedar confinado a una jerga, que pierde su relación con la clínica, y a una propagación periodística donde se banaliza lo esencial.

Hace años que mi deseo es llegar a círculos que trasciendan los marcos de la “capilla analítica”. Anhele que no se funda solo en una cuestión epistémica, ya que creo que el psicoanálisis es un aporte fundamental en nuestra civilización. Sus marcas han trazado poderosamente el siglo pasado; sus influencias en la cultura se expandieron de manera ubicua. El teatro, el cine, la literatura, la filosofía, el arte y la vida de las personas supieron de su impronta.

Y su peso fue paralelo al de las distintas resistencias que siempre lo acompañaron: el psicoanálisis es un sobreviviente. Pero las incidencias de un saber, aun en su efectividad, no indican necesariamente qué es lo más profundo que este atesora, y hay que volver una y otra vez para que no pierda su pujanza. Quizá por ello Lacan no se queda tranquilo e intenta arribar a lo más real del psicoanálisis, y Freud jamás descansa, a pesar de padecer cáncer.

Vayamos, por ejemplo, a una de las cuestiones más difundidas: la sexualidad. Hay quienes pregonan que este es el término al que el psicoanálisis ha dado suprema importancia, por haber nacido en la época victoriana, ya perimida. Antes era objeto de represión; hoy, de liberación. Tal concepción ignora que el hallazgo freudiano no es la sexualidad, ya antes considerada por la sexología, sino su carácter ajeno al yo, su esencia díscola, excesiva, inapropiada, no absorbible e imposible de satisfacer plenamente, más allá de las épocas. Si la sexualidad ya nace en la infancia, y no se limita entonces a la genitalidad, surge cuando el sujeto no puede tramitarla psíquicamente, cuando no está

preparado, y esa marca inicial la sella para siempre. Dice Freud: “Creo que, por extraño que suene, habría que ocuparse de que haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de una satisfacción plena”. En este sentido, no hay liberación sexual, ya que nada libera a la sexualidad de este destino. Así como Freud habla de su cultura en términos de represión, hoy podemos caracterizar la nuestra, al modo de Lacan, como de forclusión o rechazo, dado que lo que se rechaza es este principio. Todo parece posible en términos de sexualidad, y nada, en términos de economía.

Las ofertas de consumo en este campo arrastran a los sujetos al sin límite: hay que experimentar nuevos placeres, incursionar en ámbitos desconocidos, vivir intensamente, explorar, no detenerse. La sujeción a lo que “debe hacerse” pone en cuestión la ilusión de libertad que acompaña a la idea de que ya no hay restricciones. Lacan advierte que la muerte de Dios deja al hombre expuesto a la orden de otro poder, revelado en los imperativos que lo sujetan. Esto se explica teniendo en cuenta que el superyó de la época actual no deja de ordenar... gozar, y esa orden que se declama universal atenta contra los placeres singulares no regidos por tales imposiciones. Cuando las figuras que encarnan la autoridad entran en crisis, el sujeto se ve bombardeado en todo momento por ofertas continuas para que se pronuncie sobre lo que quiere. El peso de la elección parece estar en nosotros, pero es puro simulacro, ya que, allí donde creemos ser libres, la dominación del Otro es más completa. Tanto más importante es el psicoanálisis como camino al encuentro con nuestra real singularidad.

Sin desmerecer los numerosos aportes con que distintos autores han nutrido al psicoanálisis, las referencias fundamentales presentes en este libro son Freud y Lacan, y esto no solo se debe a mi formación, sino también a su sello en este campo y en la cultura. Jacques-Alain Miller y Éric Laurent son analistas contemporáneos y fundamentales en la transmisión de los conceptos y en su redefinición para ubicar los malestares de nuestro tiempo.

SILVIA ONS

# **Capítulo 1**

## La creación del psicoanálisis

# 01. Freud en su época (1856-1939)

En 1916 Freud ubica al psicoanálisis dentro de los tres grandes descubrimientos que hieren el amor propio de la humanidad. Copérnico mostró que la Tierra no es el centro del universo y así conmovió la pretensión del hombre de sentirse dueño de este mundo. Darwin puso fin a la arrogancia humana de crear un abismo entre su especie y el resto de los animales. Sin embargo, ni la afrenta cosmológica ni la afrenta biológica han sido tan sentidas por el narcisismo como la afrenta psicológica. Porque el psicoanálisis enseña que el yo no solo no es amo del mundo ni de la especie, sino que no es amo en su propia casa.

Ubiquemos los comienzos del psicoanálisis, ya que en ellos está en germen su particularidad. Freud tiene una formación racionalista; su espíritu es kantiano, es decir que es un racionalista crítico. Tiene la vocación iluminista de querer salir de la minoría de edad sin otra tutela –tal como dice Kant– que no sea la de la razón. Su descubrimiento le mostrará el límite de la razón: la sexualidad. De este modo, el psicoanálisis se presenta como la filosofía de las luces interpelada, asediada, alterada por el *factum* freudiano de la pulsión. El psicoanálisis no es oscurantista; por eso, Lacan nos dice que Freud prosigue el debate de las luces. Pero también indica el punto en que estas se apagan, y esto conduce a su ética: las luces deben ser moderadas.

Las terapias no analíticas son fácilmente aceptadas, pues se empeñan en erigir al yo como soberano, le enseñan cómo liberarse mejor de lo que irrumpe, elevan su apetito de control, evitan que se acerque al suelo molesto de su hábitat. Pero esto sin duda conducirá siempre a lo peor, no solo porque se habrá limitado el campo del conocimiento, sino por el destino infernal que sufrirá lo que se intenta elidir.

La vida pulsional de la sexualidad no puede domesticarse plenamente: lo que no se integra se reprime, nuestra morada está habitada por aspectos que no queremos reconocer porque no entran en armonía con nuestros ideales. Pero el empeño por rechazar fracasa y lo más extraño de nosotros emerge desfigurado a través de los síntomas. No cabe asombrarse, afirma Freud, de que el yo no le otorgue su favor al psicoanálisis y se obstine en rehusar su crédito, digamos, tanto ayer como hoy. Freud invita a la aventura humana de la cura psicoanalítica, aventura de ese explorador que, recorriendo los caminos más alejados de sus creencias, vuelve con recursos de los que antes no disponía. Y esas energías gastadas antaño en preservar sus dominios estarán libres para fines acordes al deseo, que siempre excede los límites del yo.

¿Sabías que... la Argentina es uno de los lugares del mundo donde más se ha desarrollado el psicoanálisis?

En los últimos tiempos, el pensamiento de Sigmund Freud ha sido objeto de crecientes críticas. Podría decirse, es cierto, que las impugnaciones al psicoanálisis lo acompañan

desde sus propios orígenes. Pero al período de las resistencias iniciales le sucedió otro de amplia difusión y aceptación general logradas muchas veces, también hay que decirlo, a expensas del rigor. La impiadosa visión negativa y el encarnizamiento pasional testimonian que la potencia revulsiva del pensamiento de Freud sigue intacta y sus ideas resultan indigestas para una sociedad no menos hipócrita que la suya. Más sutilmente hipócrita, sin duda. Si se trata de suprimir síntomas molestos, poner lo más rápidamente posible a un sujeto en condiciones de retomar el automatismo ciego de la vida actual, reintegrarlo al mercado como productor exitoso y, sobre todo, como consumidor voraz e insaciable, reactivando sus apetencias, es plausible que el tratamiento psicoanalítico no sea el camino más indicado. Mejor Prozac o una reeducación cognitivista.

**A fines del siglo XIX el conocimiento médico es el hegemónico: el médico tiene el saber y el paciente escucha y obedece. Pero ya en los primeros casos freudianos se ve un cambio fundamental: su modo de trabajar parte de suponer que los pacientes tienen el saber, lo cual invierte su posición.**

Freud no quiere ser médico; le interesan la ciencia, la biología, la investigación. Deudor de distintos descubrimientos y proveniente de una Viena liberal luego de la destrucción del Imperio austrohúngaro, el psicoanálisis tiene una especificidad propia. El anhelo freudiano por descifrar los enigmas del mundo es superior al de curar. Freud cree en la ciencia y en su juventud, y el laboratorio de Brücke le permite afincarse en la fisiología histológica. Es este –su maestro admirado– quien le advierte que, en vista de sus reducidas posibilidades materiales, no podrá dedicarse a la carrera puramente teórica por la que siente devoción. Es así como Freud pasa de la histología del sistema nervioso a la neuropatología y, más tarde, será un enigma –el de la neurosis– el que dará lugar a su creación: el psicoanálisis. Este encuentro con Brücke hará que Freud desarrolle un interés creciente en la clínica, base fundamental para una teoría que jamás se separó de ella. Freud siempre recuerda una frase que Charcot dijo sin darle demasiada importancia y la evoca a lo largo de su vida al conmover al mundo con sus revelaciones: “La teoría es buena pero no impide que los hechos existan”. Creyente de la ciencia, le gusta definirse como explorador: “No soy en absoluto un hombre de ciencia, ni un observador, ni un experimentador, ni un pensador. Por temperamento, no soy más que un conquistador, un aventurero, si quieres traducir esta palabra, con toda la curiosidad, la osadía y la tenacidad de ese tipo de hombre”.

La práctica analítica es altamente efectiva si se trata de emprender una de las pocas aventuras aún accesibles para el hombre de nuestro tiempo, en un mundo que ya ha sido totalmente explorado y donde incluso los viajes han sido expropiados por la industria del turismo. El psicoanálisis no es solo una cura –que nunca fue el interés prioritario de Freud, Colón de la vida anímica–, sino la posibilidad de construir un sujeto a la altura de la época, un sujeto que, al ampliar y redefinir el campo de la subjetividad, esté preparado para desenvolverse digna y humanamente en los tiempos de la muerte de Dios. Es decir, en el trance de la devaluación de los valores más altos que identifican a Occidente, del derrumbamiento del orden tradicional, de la pérdida de toda referencia y, por ende, de la errancia planetaria.

Freud nace en un siglo fuertemente marcado por la impronta biológica, por el positivismo, y es en ese contexto donde descubre que el síntoma histérico no responde a esa lógica. Nada más alejado del psicologismo, que pretende vincular todo lo que sucede en el cuerpo con un correlato psíquico, lo que hace de tales campos un todo indivisible. Para Lacan, el paso freudiano no hubiese sido posible sin el cartesiano. Aclaremos: Freud no quiere ser médico porque le interesa fundamentalmente la investigación, aunque, de todos modos, su saber como médico concuerda con el de su época. Lejos de la medicina hipocrática, la medicina de su tiempo –al igual que la de hoy– considera que el hombre tiene un cuerpo, algo que no era obvio antes del paso cartesiano.

En efecto, con el corte introducido por Descartes, quedan atrás la unidad del ser humano y el alma como forma del cuerpo. La división está hecha. Dice Lacan que de aquí en más el médico encarará al cuerpo con la actitud de un señor que desmonta una máquina y que Freud partió desde esa posición, siguiendo su ideal: la anatomía patológica, el sistema nervioso. Dado que el síntoma histérico se refiere a un cuerpo que no es el biológico, es necesaria la fundación de la biología para ubicarlo en otro lugar.

#### **En pocas palabras**

Hay un cambio en la idea de razón a partir de Freud, cuyas incidencias en el campo del conocimiento no tienen precedentes.

## **Cronología**

### **1856**

El 6 de mayo nace Sigismund Freud (cambiará su nombre por el de Sigmund a los 21 años), en el seno de una familia judía, en Freiberg, Moravia, un pequeño poblado bajo el Imperio austrohúngaro (actualmente, Pribor, República Checa).

### **1860**

Dada la crisis económica que arruina el negocio de su padre, la familia Freud se traslada a Viena.

### **1873**

A los 17 años, Freud ingresa a la Universidad de Viena como estudiante de medicina. Se graduará en 1881.

### **1885**

Freud ocupa (durante poco tiempo) un puesto en una clínica privada, donde ocasionalmente emplea el hipnotismo. Es nombrado *Privatdozent*. Luego, obtiene una beca para realizar un viaje de estudios y elige ir a París a estudiar con Charcot en La Salpêtrière. Allí observa las manifestaciones de la histeria y los efectos del hipnotismo y

la sugestión. Charcot ejerce una gran influencia en él, y de Breuer aprende que hay una cura de los síntomas histéricos inédita hasta el momento.

### **1886-1938**

Freud no cesa de escribir diferentes trabajos, que serán agrupados en los 24 tomos que componen la edición de Amorrortu (Freud, 1976-1988) con que trabajamos en este libro.

### **1899**

Aparece “La interpretación de los sueños” (Freud, vol. IV-V), aunque el editor pone como fecha el año 1900.

### **1923**

Freud es diagnosticado de cáncer en la mandíbula. Se somete a la primera operación.

### **1933**

En mayo los nazis queman las obras de Freud en Berlín.

### **1938**

En marzo, se establece el *An-schluss*. Roosevelt y Mussolini intervienen en favor de Freud, quien en junio parte hacia Londres, donde tratará pacientes casi hasta el fin de su vida.

### **1939**

El 23 de septiembre muere Freud.

## 02. Jacques Lacan (1901-1981)

En 1938 el ascenso del nazismo obliga al Dr. Freud, judío austríaco que reside en Viena, a exiliarse en Londres, donde morirá. En 1932 el Dr. Lacan, un joven psiquiatra, publica en París su tesis de doctorado sobre un caso de paranoia. Llamado al frente, después de la Segunda Guerra Mundial, lleva adelante una intensa formación en el campo de la filosofía y las ciencias. Miembro de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, inicia en 1955, en su primer seminario público, una lectura de los textos de Freud nunca antes vista. Su consigna de “retornar a Freud” da lugar a consecuencias desplegadas en su enseñanza hasta su muerte, consecuencias que van a transformar la teoría del psicoanálisis y la práctica de los analistas.

Ante la invitación de la Universidad Clark y frente a la célebre estatua que ilumina el universo, Freud le dice a Jung: “No saben que les traemos la peste”. Lacan advierte que Freud se había equivocado, ya que creía que el psicoanálisis sería una revolución para Norteamérica, cuando en realidad es esta la que devora su doctrina al retirarle su espíritu de subversión.

**Lacan debe conmover la comodidad intelectual del silencio de las verdades no discutidas, lo cual ha conducido a la práctica analítica “al más burdo empirismo”. Es urgente para él, pues, liberar los conceptos fundamentales del embrollo sombrío en que están sumidos.**

El deseo de Lacan es reintroducir esa plaga en el espíritu de un freudismo aletargado que, después de haber sobrevivido al fascismo, se ha adaptado hasta el extremo de olvidar la virulencia de sus orígenes. Poco queda ya de la idea de su creador, quien expresaba en esta frase la inquietante connotación de su descubrimiento: “Si los dioses no se dejan doblegar, apelaré al infierno”.

¿Sabías que... Lacan fue expulsado de la API, en la que era didacta?

La obra de Lacan florece en la aurora; es en el debate de las luces donde interpela a los analistas a demostrar las razones de su práctica. Mucho puede decirse de las grandes influencias que habitan en su obra: es un excelente psiquiatra, formado con la mejor tradición francesa representada por De Clérambault; es un lector detallista de la obra de Freud, al punto de encontrar aristas insospechadas en su obra; se codea con los surrealistas; aprecia la tradición de los moralistas humanistas; conoce muy bien la modernidad filosófica, de la mano de Koyré, Kojève y Canguilhem. Lector infatigable, hombre ávido y curioso, Lacan hace de ese apetito una pasión. Se interesa por Occidente y aún más por Oriente, por la historia y por los saberes de su época, a tal punto que pueden reconocerse infinidad de improntas en su obra, camino que considero infructuoso si se elide el voto que las convoca: que el psicoanálisis tenga una incidencia en la cultura que sobrepase su lugar como tratamiento curativo de las neurosis y se afirme como una

lectura de la civilización que trace su marca en ella. Sus detractores lo acusan de infidelidad respecto de los autores citados, de poca rigurosidad en cuanto al contenido real; en suma, de traición. Pero no se tiene en cuenta que Lacan no quiere ser profesor ni circunscribe su lugar como analista a los confines del consultorio; por eso, su lectura de los textos guarda proximidad con la de un relato clínico donde encuentra un dicho que sobrepasa lo que se intenta decir.

A Lacan se lo acusa de críptico, de barroco; no se entiende que su idea de que el psicoanálisis no sea amordazado por el saber libresco da origen a un estilo que no es fácilmente comprensible. Se lo considera oscuro cuando su propósito más acuciente es justamente rescatar al psicoanálisis del oscurantismo al que lo han sumido los posfreudianos, liberar los conceptos del embrollo sombrío en que están sumidos, conmover la comodidad intelectual del silencio de las verdades no discutidas.

Lacan interpreta la cultura desde el psicoanálisis y, para poder hacerlo, tiene siempre muy claro que no debe ser reabsorbido en ella; es decir, se identifica con la esencia del psicoanálisis mismo. Es expulsado de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) por cuestionar hasta qué punto los encuadres vigentes atentan contra los propios principios del psicoanálisis. Funda una escuela fiel a esos principios e inventa un dispositivo llamado “pase” con el objetivo de que aquellos que han atravesado una experiencia analítica testimonien sus efectos. Desea que esos relatos enseñen que esa experiencia no se yergue en lo incognoscible y que puede demostrarse, en un acercamiento al orden científico, que la cura no es ajena a la lógica ni opuesta al rigor. Al ver que su escuela se aleja de estos principios, la disuelve; ama el psicoanálisis por sobre todo y no renunciará a él en aras del confort, ese confort que, según sus palabras, es la raíz de toda corrupción. “Soy freudiano –afirma–. A ustedes les tocará ser lacanianos”.

Lejos de su afinidad con una gesta, con un imperativo ético, según el deseo de Freud, el psicoanálisis se pone al servicio de una adaptación al orden vigente muy duramente criticado por Freud. Lacan considera que ese hecho no obedece solo a un avatar coyuntural; el psicoanálisis está amenazado desde su nacimiento mismo y, de alguna manera, toda su enseñanza parte de no haber olvidado jamás este principio. Cuanto mayor es la fuerza de una verdad, mayor será la fuerza que intentará ahogarla y transformarla en un saber digerible, comprensible, liviano, fácil. Lacan no quiere que su escritura sea un hueso sencillito de roer, como nuestro inconsciente, como nuestra singularidad allí donde el mercado pretende hacernos domesticables, subordinables.

Miller encarna ese “ustedes” y es –sin duda– su mejor intérprete. Sus oponentes lo acusan de haber simplificado la enseñanza de su maestro, de haberla aclimatado para volverla accesible. En mi opinión, Miller combate a ese lector que solo toma de esa enseñanza un aforismo al extremo de repetirlo a cuatro vientos y nos lleva a leer a Lacan a partir de sus preguntas. Lejos de simplificarlo, nos muestra a un Lacan que se replica a sí mismo, y no al profeta que clama sus certezas.

**En pocas palabras**  
Freud no sería hoy lo que es sin Lacan.

## **Cronología**

### **1856**

Nace en París Jacques Marie Lacan, quien estudiará en el colegio Stanislas.

### **1932**

Lacan publica su tesis de doctorado en psiquiatría: “De la psicosis paranoica en sus relaciones con la sexualidad”, trabajo que lo acerca a Freud.

### **1953**

Resultado de una escisión, Lacan interviene en la creación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, que no será admitida a la Asociación Internacional Freudiana. Desde ese año en adelante, dictará 27 seminarios. Sus trabajos escritos se publicarán como *Escritos I* (Lacan, 1972b), *Escritos II* (Lacan, 1975c) y *Otros escritos* (2011).

### **1964**

Separado de la API, Lacan funda la Escuela Freudiana de París. “La excomuni3n” abre *El seminario. Libro II: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1987), donde diferencia “el inconsciente freudiano y el nuestro”.

### **1967**

La “Proposici3n del 9 de octubre a los psicoanalistas de la Escuela” (Lacan, 2011) es la Proposici3n del Pase, respuesta del psicoanálisis a un “porvenir de mercados comunes” y a la “expansi3n de procesos de segregaci3n cada vez m3s duros”.

### **1970**

La necesidad l3gica del discurso orienta a Lacan. El sujeto del significante hablando goza con su cuerpo pulsional; el psicoanálisis revela los modos de gozar.

### **1978**

Culmina la última enseñanza de Lacan con “El momento de concluir”.

### **1980**

Inesperado tembladeral: Lacan disuelve su Escuela. Nace una contraexperiencia: la Escuela de la Causa Freudiana.

### **1981**

El 9 de septiembre muere Lacan.



## 03. El psicoanálisis y la ciencia

**El psicoanálisis suele ser desvalorizado con el argumento de que no es científico; al parecer, el patrón lógico positivista no halla en nuestra disciplina un suelo firme. El saber trasmisible de la ciencia, válido para todos, no es aquel al que llega un paciente mediante el análisis; sin embargo, la lógica con que el paciente llega a él se basa en ella. La asociación libre sigue un determinismo y la interpretación no está abierta a todos los sentidos. Por ello, para que el psicoanálisis no esté condenado a extinguirse, para que su éxito no sea aleatorio y pasajero, Lacan sitúa su porvenir y su credibilidad en esa “marca” de cientificidad que Freud le otorga desde su nacimiento.**

Freud jamás se desprende de los ideales de cientificidad de su época, que moldean su formación y, antes que analista, es neurólogo. El psicoanálisis nace en tierra científica; su creador estudia con Helmholtz y Du Bois-Reymond, verdaderos positivistas, y comparte creencias con los científicos de su tiempo. Sin embargo, pese a todas estas credenciales del psicoanálisis, el vecindario no está de acuerdo. Los científicos y los epistemólogos dicen que quizás hace mucho tiempo Sigmund Freud fue uno de ellos, pero que no duró mucho porque se convirtió en vidente, y que hoy en día el psicoanálisis se aferra a un territorio entre las ciencias que no le corresponde.

Cuando Lacan inventa el dispositivo del pase, aspira a que ese saber singular que el paciente obtiene en un análisis y los cambios que este produce puedan transmitirse a la comunidad. Nada más ajeno a los terrenos inefables o a las experiencias indescriptibles e inenarrables, ni más cercano a la aspiración científica. Y acaso navegue el psicoanálisis entre la ciencia y el arte, ya que en semejanza con la tarea del artista el analizante construye con las marcas de su historia algo diferente a su neurosis.

Freud cree firmemente en la ciencia; basta con recordar que, cuando Breuer le confía información sobre la famosa cura de Anna O., se interesa vivamente, aunque antes deba verificar en París que Charcot le otorga categoría científica y médica al estudio de la histeria. La mirada sobre este cuadro no es la de un chamán sino la de un hombre de ciencia que primero comprueba que los síntomas no se expliquen a nivel neurológico pero que, sin embargo, obedezcan leyes ligadas al lenguaje.

**¿Sabías que...** el psicoanálisis no hubiese sido posible sin el advenimiento de la ciencia en el siglo XVII?

Pese a la creencia de muchos psicólogos, no todo lo que ocurre en el cuerpo es objeto de interpretación analítica, sino solo aquello a lo que la ciencia no responde y que clama por ser escuchado. Por ello Lacan afirma que el sujeto del psicoanálisis es el sujeto de la ciencia; es decir que ese sujeto que la ciencia rechaza por no tener lugar en ella, nómada y errante pero producido por ella misma, será alojado por el psicoanálisis. Se verifica entonces que tal expulsión supone un origen. Lacan considera que el paso cartesiano es

un hito fundamental para el advenimiento de la ciencia moderna; en su cogitar, el filósofo busca certezas y, al no hallarlas en sus pensamientos, logra encontrarlas en su enunciación: pienso y no puedo dudar de ese acto en el que dudo, la subjetividad se levanta en la misma hesitación. La ciencia olvidará la duda cogitativa de su precursor, pero el acto tiene sus consecuencias, ya que la duda destituye el saber anterior. Recordemos que a Descartes no le interesa saber sino andar seguro en la vida, y los saberes vigentes no se lo garantizaban; así, solo encuentra la certeza en su dudar. El siguiente paso consiste en confiar en un Dios no engañador reducido a lo matemático y dar lugar a un universo sometido a leyes, y así surge la geometrización del espacio.

El psicoanálisis sería imposible sin la existencia de la ciencia, sin lo que la ciencia, la mente científica, ha destruido en nuestro mundo. Y quizá la mejor manera de entender esto sea a través de Descartes, quien afirma que la posición científica se obtiene al evacuar toda creencia previa y dar lugar solo a la demostración y a la verificación. Este movimiento cartesiano es el que destruye los mitos en nuestro mundo, ya que entra en un duradero conflicto con la religión. En este mundo científico nace el psicoanálisis. La asociación libre le debe mucho: pedir a un sujeto que hable de lo que se le ocurra y suponer que lo que dice está regido por una ley no sería posible sin el espíritu científico. El psicoanálisis es una manera de tomar el lenguaje materialmente, es decir como hecho. Se supone, además, que el análisis, tal como la ciencia en otros aspectos, produce modificaciones en el sujeto.

La razón de esta reducción del sujeto del psicoanálisis al sujeto de la ciencia no es un hecho meramente contingente, dado por el contexto de su nacimiento, ni tampoco oportunista, dado por el prestigio y el poder de la ciencia, sino fundamentalmente ético. La exigencia de “cientificidad” de Freud es la que le permite conservar la orientación de su descubrimiento e ignorar las desviaciones.

**Freud espera que el psicoanálisis llegue a formar parte de las ciencias de la naturaleza. Lacan cambia las referencias científicas del psicoanálisis de la biología a las ciencias del lenguaje, a la lingüística y a la lógica, a las matemáticas y a la teoría de los nudos.**

#### **En pocas palabras**

El psicoanálisis no es una ciencia, pero sí es su consecuencia.

## **Cronología**

### **1840**

El joven Freud rechaza el vitalismo, la filosofía romántica de la época, y descarta la superstición y el misticismo natural para acercarse a la ciencia.

### **1876**

El positivismo médico de Brücke, con quien Freud trabaja en el laboratorio donde

conoce a Breuer, ejerce notable influencia en él. La posición racionalista de Freud con que nace el psicoanálisis se asemeja y sigue el pensamiento anticlerical del siglo XIX, cuyos orígenes se encuentran en la Ilustración del siglo XVIII. A lo largo de su obra, Freud repetirá que el psicoanálisis no es una cosmovisión.

### **1928**

Freud pone al psicoanálisis bajo la bandera de la ciencia. En “El porvenir de una ilusión” (vol. XXI) dice: “El psicoanálisis es en realidad un método de investigación, un instrumento parcial, como el cálculo infinitesimal”. Ser “objetivo” es para él ser científico, estar exento de toda distorsión ideológica y de ilusiones religiosas.

### **1963**

En su escrito “La ciencia y la verdad”, Lacan (1975c) marca las relaciones del psicoanálisis con la ciencia y demuestra que este no hubiese existido sin aquella: el sujeto del psicoanálisis es el sujeto que la ciencia rechaza.

## 04. La ética del psicoanálisis

Tanto Freud como Lacan son muy exigentes respecto de los principios éticos del psicoanálisis. Freud sostiene que la cura se basa en un amor a la verdad, mientras que Lacan la asienta en el “bien decir”, un decir que no corra por un carril diferente de lo real de cada quien. En los tiempos que corren, ¿el psicoanálisis será acaso el único discurso en que la palabra no está divorciada de la economía libidinal de los sujetos? Es tal el valor que Lacan le concede a la ética que le dedica un seminario, orientado por la pregunta acerca de si el psicoanálisis es constitutivo de una ética a la medida de nuestro tiempo.

La desvinculación de la ética del poder parece ser el signo de nuestro tiempo. Tanto la ética como el poder circulan por caminos separados e independientes, como si no existiese una relación entre ellos. La desconfianza en el poder se asienta en este divorcio, y la ética parece vacía e impotente cuando intenta regularlo. Es que el poder ha perdido legitimidad y la ética se limita a pregonar valores inmutables, como una suerte de tribunal de la razón atemporal e independiente de la experiencia: un anacronismo. Hoy se invoca a la ética apelando a una función reguladora de las fuerzas científicas, mediáticas, políticas. Esto refiere a la separación radical entre la ética y los dominios mencionados. Si el poder debe ser sopesado, es por su desarraigo de la ética. En efecto: la ética ya no está en su ejercicio. Allí el signo de su ocaso.

¿Sabías que... no hay clínica psicoanalítica sin una ética que la sustente?

La separación entre la ética y el poder conduce a la ineficacia de la ética y a la deslegitimación creciente del poder. Es decir, es inevitable que una ética pura, que no acepta mezclarse con la conducción, perezca en la medida en que se divorcia del acto, y un poder sin ética es un poder sin autoridad. La amalgama entre el poder y la ética como praxis legitima el principio de autoridad; de lo contrario, solo hay un poder sin autoridad. No hay que olvidar que el vocablo “autoridad” [*autoritas*] proviene del verbo *augure*, que significa “aumentar”. En esta primera acepción, se considera que quienes tienen autoridad hacen cumplir, confirman o sancionan una línea de acción o de pensamiento que engrandece.

Freud establece una relación entre el psicoanálisis y la política al proponerlos como tareas imposibles. Gobernar, educar y psicoanalizar son labores que no se pueden subsumir integralmente a las normas y las leyes establecidas, y que comparten el hilo que bordea esa imposibilidad estructural en el mundo de las ideas. Al afirmar tal comunidad, Freud se refiere a la política aristotélica, que asevera que los asuntos de los que tratan la política y la ética son aquellos, que no tienen garantizado de antemano resultado alguno. El efecto político, como la interpretación, se mide según las consecuencias.

Pero, si nos acercamos más a la constitución de la subjetividad, la función principal de la

autoridad consiste en fijar una orientación al querer del sujeto. Dice Lacan: “Lo dicho primero decreta, legisla, aforiza, es oráculo, confiere al otro real su oscura autoridad”. Claro que Lacan habla de lo “dicho primero”, cuando el sujeto no sabe lo que quiere. En el momento en que las figuras que encarnan la autoridad entran en crisis, el sujeto se ve bombardeado continuamente por ofertas para pronunciarse sobre lo que quiere. No hay autoridad que oriente; el peso de la elección está en nosotros. Todo parece posible pero, si no hay elección forzada que limite el campo de la libre elección, la propia libertad de elección desaparece. Dice Slavoj Žižek que, paradójicamente, cuando ya no hay nadie que marque lo que queremos, ocurre todo lo contrario de lo que cabría esperar; cuando toda la carga de la elección reposa en nosotros, la dominación del Otro es más completa y la capacidad de elección se convierte en un simulacro puro.

**Lacan expresa un voto para el psicoanálisis: quiere que este discurso no sea tan solo un semblante vacío. Su ética no es la que vocifera dónde está el bien general, ya que se enfoca en lo real de cada uno.**

Hace ya más de diez años, Jacques-Alain Miller y Éric Laurent (2005) llaman a esta época la del “Otro que no existe”, época signada por la crisis de lo real. En su primera formulación, definieron esa inexistencia como la de una sociedad marcada por la irrealidad de ser solo un semblante. Asistimos a un proceso de desmaterialización creciente de lo real, en la que los discursos, lejos de estar articulados con el cuerpo mismo, se separan de él para proliferar deshabitados. Al advertir que las palabras no tienen contenido, nos referimos a este proceso.

La orientación del psicoanálisis se funda en el deseo del analista como deseo de que el sujeto pueda identificarse con aquello que le es tan propio y que rechaza, y que su semblante, en todo caso, pueda ponerse en consonancia con ese real.

La ética se extingue cuando, lejos de ser la práctica de un poder, se circunscribe a limitar su ejercicio, y así lo delata. Cuando se denuncia un discurso, sostiene Lacan, muchas veces no se hace más que perfeccionar su existencia. La ética no es un discurso aleccionador; antes bien, es por excelencia praxis, lo cual remite a la raíz del vocablo. La ética es fundamentalmente práctica, se ancla en la vida; cuando tanto se la evoca, es porque ha perdido ese, su lugar vital. Lacan llama “ética del psicoanálisis” a la praxis de su teoría, y así devuelve al término su sentido más originario.

#### **En pocas palabras**

La ética del bien decir es el poder del psicoanálisis como matriz de su política.

## **Cronología**

### **Siglo IV a.C.**

La *Ética nicomáquea*, o *Ética a Nicómaco*, de Aristóteles, será uno de los primeros

tratados sobre ética de la filosofía occidental.

### **1895-1939**

A lo largo de su obra, Freud postula los principios éticos que rigen la cura. El analista debe someterse al análisis personal para evitar que su subjetividad intervenga en los casos que se le presentan. Así, la regla de abstinencia y el amor a la verdad constituyen, entre otras cosas, deberes insoslayables en su formación.

### **1959-1960**

En *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis*, Lacan (1988) intenta ceñir la especificidad de la ética del psicoanálisis y su relación y diferencia con las éticas tradicionales.

### **1973**

Lacan afirma que no hay ética más que la ética del deber del bien decir o de reconocerse en el inconsciente, en la estructura. No hay un bien general, válido para todos.

### **1997**

Jacques-Alain Miller y Éric Laurent dictan un seminario consagrado a demostrar que en la época del “Otro que no existe” pululan los comités de ética.

## 05. La sesión psicoanalítica

La sesión analítica es el lugar donde se produce el encuentro entre el analizante y el analista. Así, una sesión conforma cada uno de esos en-cuentros que constituyen una serie a lo largo de un análisis. Estas unidades temporales se desarrollan en un tiempo y un lugar determinados de acuerdo a mínimas reglas establecidas sin dogmatismo, ya que lo que se privilegia son los principios del psicoanálisis, y el encuadre depende de ellos. El tratamiento comienza con la introducción de los poderes de la palabra al servicio de la regla fundamental: el paciente debe decir lo que se le ocurra sin coacción. El psicoanálisis descubre que la asociación libre está en verdad determinada por el inconsciente, es libre de prejuicios conscientes, y así surge un saber no sabido.

Michel Foucault critica al psicoanálisis porque considera que la sesión analítica es heredera de la confesión religiosa. Sin embargo, ya antes Freud ha señalado sus diferencias: el “decir todo” que ordena la regla fundamental implica decir más que lo que se sabe, mientras que el pecador dice solo lo que sabe. Por otra parte, el psicoanálisis no redime y es menos compasivo que el cristianismo, ya que conduce a que el analizante se haga responsable del goce del cual la confesión pretendería liberarlo. Así como el paciente se entrega a la regla fundamental, el análisis se desarrolla en la regla de abstinencia de parte del analista, quien no hace intervenir su yo y se sustrae de dar satisfacción a los pedidos del analizante. Tal privación motoriza las fuerzas pulsionales para la consecución de la cura, que la satisfacción de los pedidos no haría más que detener. Así, lo que se juega entre el analista y el analizante en una sesión se basa en una doble hipótesis: un saber no sabido, que es el inconsciente, y una fuerza en acción, la pulsión.

Cuando Lacan comienza a implementar las sesiones breves, Lemoine, entonces analizante suyo, le pregunta por qué lo hace, y la respuesta que recibe es: para “hacer la sesión más sólida”. *Sólido* se aplica al estado de la materia en que las moléculas no tiene libertad de movimiento apreciable y a las sustancias que tienen ese estado, o sea, que tienen una forma estable y ofrecen resistencia a la deformación; se aplica a las cosas fabricadas que no se destruyen ni desaparecen con facilidad; se aplica a las cosas que no se mueven ni caen fácilmente y, correspondientemente, a su fundamento o apoyo.

Ya en los comienzos de su enseñanza, Lacan ve en la técnica de la API una reglamentación heterogénea a la experiencia, y por ello parte de los escritos técnicos de Freud: para captar el suelo vivo en que se apoyaban. En su primer seminario, se dedica a esta temática y observa que, entre los analistas, no hay ninguno de acuerdo con sus contemporáneos respecto de lo que se hace, el objetivo y lo que está en juego en un análisis. Solo gracias al lenguaje freudiano se mantiene un intercambio entre los practicantes con concepciones muy diferentes de su acción. Y el riguroso estándar en las sesiones es común a todos y parece tomar el relevo de los conceptos que se esfumaban.

Lacan es expulsado de la API porque sus sesiones breves no llegan a durar los clásicos 50 minutos que duran las de sus colegas. Esa brevedad se sostiene en una ética, no en una mera cuestión técnica.

**El llamado hecho por Lacan a los principios, al principio, al origen, a los fundamentos, a la fuente, corre en paralelo con su punto de partida en lo real de la experiencia analítica.**

El psicoanálisis lacaniano resguarda el principio de cualquier equiparación con una técnica; y el retorno a Freud, propulsado por Lacan, hace prevalecer los principios en cuanto que ahonda en los fundamentos del psicoanálisis. Pero el cometido no se circunscribe a una proclama; ante todo, deberíamos cuestionarnos: el estándar no se da solo en la API, dado que también afecta a la comunidad lacaniana.

**¿Sabías que...** el único medio propio de la sesión analítica es el de la palabra?

La sesión breve podría estandarizarse sin problema y formar parte de un hábito mecánico que, lejos de articularse con la sorpresa, se asocie con lo previsible. Si la técnica olvida el principio en que se basa, deviene necesariamente en un estereotipo vacío, en un cliché. Lacan es rechazado porque sus ideas alteran los estándares, y de esta manera advierte al analista que “su acción sobre el paciente se le escapa junto con la idea que se hace de ella, si no vuelve a tomar su punto de partida en aquello por lo cual esta es posible, si no retiene la paradoja en lo que tiene de desmembrado, para revisar en el principio la estructura por donde toda acción interviene en la realidad”. Así, elucida los principios de la cura para hablar del origen de su poder, para situar una ética que abrevie en esos principios, articulando en el término *principio* sus dos acepciones: pilar de una teoría y fundamento ético.

En una oportunidad, fui invitada a intervenir en un debate en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) que versaba sobre el trauma y las crisis, enfocados desde las coordenadas de la época. Una analista de dicha institución reivindicaba la sesión de 50 minutos en tiempos –decía– en los que la prisa hace de nuestra vida un *zapping*. El comentario encerraba una crítica explícita a los lacanianos que, según ella, iban al unísono de la época sin ofrecer en este sentido ninguna resistencia. El *yuppie* moderno encontraría en nuestro movimiento un terreno fértil donde asentarse. Considero interesante tomar este comentario –que también escuché en otras oportunidades de miembros de la API– para revisar el principio analítico ligado al tema del tiempo. Esta colega confunde velocidad con brevedad. La aceleración define muy bien al hombre de nuestro tiempo. Heidegger señala la incapacidad para detenernos en la contemplación y el creciente afán por las novedades como dos de nuestras características.

En los escritos dedicados a la técnica, Freud presenta determinadas reglas técnicas en términos de consejos y advierte que no pretenden ser incondicionalmente obligatorios. Hace énfasis en lo que fundamenta esos instrumentos, y no en ellos en sí. Cuestionarse cosas por la sesión analítica significa bucear en los principios

de una práctica, lejos de aplicar una receta. No hay manuales de uso, porque cada sesión responde al momento de la cura en la que se inscribe y depende de la lógica que la anima: transferencia, interpretación, conclusión, comienzo y fin de análisis. Así, una sesión analítica no es un ritual ni se define por su ceremonia; cada caso se presenta en su novedad. De ahí la afirmación de Freud de atenderlo como si no hubiesen existido otros similares.

Un mayor tiempo cronológico no introduce un corte ni da lugar a la pretendida demora, allí donde todo parece apuntar al vértigo. La interpretación es la que quiebra la incansable sucesión al inscribirse como sorpresa, es decir, como momento no homogéneo, como acontecimiento imprevisto, hiato fecundo.

En *La erótica del tiempo* (2001), Miller nos dice que el analista extrae la palabra del tiempo que pasa y así la convierte en un saber inscrito, en escritura. No hay nada más alejado de esa velocidad que anula los intervalos e impide los anclajes de la escritura. Hay que concebir el tiempo de la sesión como tiempo suficiente antes que como técnica de sesión breve o bien cronometrada de 50 minutos, tiempo suficiente para que el decir no quede olvidado en el dicho.

#### **En pocas palabras**

El propio corte de la sesión es el que, por su efecto posterior, redefine lo que acontece en la sesión.

## **Cronología**

### **1892**

Freud ya reúne los rudimentos de la técnica psicoanalítica: la asociación libre, la interpretación, la observación atenta y la elaboración.

### **1895**

Freud describe el procedimiento psicoterapéutico que ha desarrollado a partir de los descubrimientos de Breuer.

### **1911-1913**

Freud escribe una serie de artículos sobre técnica psicoanalítica en los que expone un conjunto de reglas que conforman la sesión y advierte que no es aconsejable fijarlas en forma mecánica. La técnica tiene valor si se asimilan sus fundamentos.

### **1953-1954**

Lacan dicta su primer seminario: *Los escritos técnicos de Freud* (Lacan, 1981).

### **1963**

Lacan es expulsado de la API con el argumento de que sus sesiones son cortas. En realidad, se trata de una enseñanza que altera los estándares de la época.

**1964**

Lacan crea la Escuela Freudiana de París y dicta un seminario sobre los fundamentos del psicoanálisis.

## **Capítulo 2**

### Conceptos fundamentales

## 06. El inconsciente

Ante todo, cabe precisar qué se entiende por *inconsciente* freudiano, y es necesario hacerlo, dado que esta palabra ya existía antes del nacimiento del psicoanálisis. Empleada por primera vez con la significación de “no consciente” por el jurista escocés Home Kames, el término se popularizará más tarde en Alemania, en la época romántica, para designar un depósito de imágenes mentales, fuente de pasiones inasibles. Pero el inconsciente que Freud descubre tiene una especificidad propia, ya que no es un sitio enterrado y remoto sobre el que se realizan especulaciones, sino que retorna en sus formaciones: sueños, lapsus, síntomas, chistes. Separado de la conciencia, habitando el sitio de la “otra escena”, no está condenado al silencio, porque irrumpe insistentemente. Es mediante esas apariciones como captamos su lógica, aquella por la cual Lacan dice que el inconsciente está estructurado como un lenguaje.

Cuando Lacan teoriza sobre los conceptos fundamentales del psicoanálisis, el primero en la lista es el inconsciente, y lo define como frágil en el plano óntico pero fuerte en el plano ético. Gracias a Freud y a su sed de verdad se emprende el camino hacia su descubrimiento; la ética de este creador es la que posibilita su existencia. El inconsciente es evasivo pero se muestra; hay que pillarlo y eso solo es posible si el paciente está en transferencia. Su *topos* se asemeja al del limbo, donde se alojan los no nacidos; la represión deposita allí los desechos enquistados cual larvas vivientes. Para hablar de la indestructibilidad de los procesos inconscientes, Freud se sirve del símil tomado de Homero y compara el inconsciente con esas sombras subterráneas que cobraban nueva vida tan pronto como bebían sangre. Imposible de sepultar, su clausura es inviable; los deseos más remotos, los que no se pudieron realizar, están allí prestos a manifestarse y causar sorpresa. El inconsciente subleva a la conciencia; tiene la particularidad de ser interno al sujeto pero, a la vez, exterior a toda forma de dominio por la razón consciente.

¿Sabías que... el inconsciente freudiano es un concepto que se deduce de la experiencia de una cura?

Si definimos el inconsciente como sistema, este será el punto de vista tópico en el que se diferencia del preconscious y de la conciencia. Si lo definimos por su pujanza apremiante, este será el punto de vista económico. Los contenidos del preconscious acceden sin dificultad a la conciencia, mientras que aquellos que son propios del inconsciente solo se manifiestan desfigurados en las diversas formaciones que retornan. Estos contenidos son representantes de las pulsiones y están regidos por mecanismos específicos del proceso primario; acceden a la conciencia como productos de un compromiso entre diversas instancias. El inconsciente no es solo una instancia psíquica, puramente mental; tiene una energía pulsional que insta, que late, que insiste. Así, las representaciones inconscientes se hallan dispuestas en forma de fantasías, escenarios a los cuales se fija la pulsión que pueden concebirse como verdaderas escenificaciones del

deseo.

Se puede hablar, siguiendo a Lacan, de la razón después de Freud como una razón que no es pura y que está afectada por el inconsciente. Por ello el psicoanálisis tiene un alcance en la cultura que sobrepasa su valor como tratamiento curativo de la neurosis, ya que su incidencia se hace sentir en el campo de la filosofía, de la literatura, de las artes en general y en todos los movimientos intelectuales. En una de sus cartas a Fliess, Freud da cuenta de esta razón subvertida y, al hablar del progreso de su obra, escribe: “Mi trabajo me ha sido dictado enteramente por el inconsciente, según la célebre frase de Itzig, el caballero del domingo: ‘¿Adónde vas, Itzig?’; ‘No lo sé en absoluto. Pregúntale a mi caballo’” (Freud, “Fragmentos de la correspondencia con Fliess”, vol. I). Sin embargo, este aspecto “animal” concedido a esa parte de nuestra psiquis no la priva de una lógica, aun diferente a la consciente; Freud también habla de una “inteligencia inconsciente”.

Pero el inconsciente no es un conjunto de pulsiones irracionales, terreno oscuro e inaccesible. Esta noción pertenece a la filosofía de vida romántica y no tiene que ver con Freud. Lacan muestra que si el inconsciente freudiano causa tanto escándalo es por tener su propia lógica y su propia gramática: el inconsciente habla y piensa. El inconsciente no es un reservorio de pulsiones salvajes, sino el lugar donde una verdad traumática se revela.

**En Freud, el inconsciente no es una “supraconciencia” o un “subconsciente”, situado sobre o más allá de la conciencia; es una instancia a la que no se tiene acceso pero que se manifiesta.**

Desde la Antigüedad, la idea de la existencia de una actividad que no fuera de la conciencia da lugar a diversas reflexiones. Con Descartes (1596-1650), surge el dualismo cuerpo-mente, impensable hasta entonces: en la *res cogitans*, pensante, reina una razón no corporal. Tal separación del cuerpo, ubicado en tamaña exterioridad respecto del alma, da lugar a descubrimientos médicos sin precedentes, ya que se puede operar sobre ella cual máquina. El concepto de inconsciente en Freud traspasa tal división dado que las representaciones que lo conforman están investidas de energía pulsional. La pulsión, situada por Freud como concepto límite entre lo psíquico y lo somático, jamás puede devenir en objeto de la conciencia y solo se halla presente en el inconsciente por medio de sus representantes.

Si hubiera que resumir en un concepto el descubrimiento freudiano, este sería sin duda el del *inconsciente*. Sin embargo, se podría sopesar a un terapeuta del siguiente modo: “Dime qué entiendes por *inconsciente* y te diré a qué escuela perteneces”. Es Lacan quien quiere rescatar este concepto de la oscuridad en que queda en manos de la mayor parte de los posfreudianos, quienes lo ven solo como reservorio pulsional, sitio de ceguera irracional.

#### **En pocas palabras**

El descubrimiento del inconsciente es una de las marcas más importantes del siglo XX.

# Cronología

Son varios los que preceden el concepto de inconsciente como aquello no consciente, ligado a lo profundo del alma.

## 1809

En *Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana*, Schelling ya menciona lo inconsciente como “una parte inconsciente en el mismo Dios, como parte oscura de un dios luminoso”.

## 1895-1896

Freud menciona como “nuestro inconsciente” al inconsciente psicoanalítico: *nuestro* abre así un nuevo campo, un “nuevo” in- consciente, que se diferencia de las nociones anteriores en relación con otras disciplinas y ciencias.

En una de sus cartas a W. Fliess, la carta 52, expresa: “No sin intención digo nuestro inconsciente, pues aquello que con este nombre designamos no coincide con lo inconsciente de los filósofos ni tampoco con lo inconsciente de Lipps. Los filósofos lo consideran únicamente como la antítesis de lo consciente, y la teoría de que, además de los procesos conscientes, hay también procesos inconscientes, es una de las que más empeñadas discusiones han provocado” (Freud, “Fragmentos de la correspondencia con Fliess”, vol. I).

## 1964

Lacan reelabora el concepto de inconsciente freudiano al ubicar la particularidad del inconsciente lacaniano.

## 07. La transferencia

**La transferencia es un concepto fundamental para el psicoanálisis: resorte de la cura, principio de su poder, condición de su eficacia. La entrada en el análisis supone su instauración, y el fin atañe también a su resolución y a su destino. El poder del analista depende del poder que la transferencia le concede y la dirección de la cura está sujeta al uso que el analista haga de ese poder. Por ello es imposible hablar de la resolución de la transferencia en un análisis sin incluir el deseo del analista. El diagnóstico en psicoanálisis se diferencia del diagnóstico psiquiátrico porque, al basarse en la transferencia, incluye al analista en el campo que delimita.**

Freud llega a adjudicar a Breuer el título de creador del psicoanálisis. Breuer dista mucho de tal apreciación, ya que rechaza su principio fundamental: la sexualidad. Sin embargo, se puede pensar que la estimación de Freud se debe a lo que aprende de lo que Breuer le trasmite acerca del famoso “caso” Anna O.

Con Breuer, Freud aprende acerca de la histeria y la transferencia mucho más de lo que el primero cree saber, incluso de lo que aquel dice sin advertirlo. Freud escucha psicoanalíticamente a sus interlocutores porque lee el texto mismo, y no tanto el sentido que el emisor pretende otorgar. Por ello, afirma que la idea vinculada con la sexualidad, de la que se lo hace responsable, no ha nacido de su patrimonio sino que en realidad se la han transmitido tres personas: Breuer, Charcot y el ginecólogo Chrobak.

Breuer es un hombre de ciencia, como Freud. Seguidor de la escuela de Helmholtz, conoce al creador del psicoanálisis en el Instituto de Fisiología. Es muy importante recordar la formación racionalista y científica de estos hombres, ya que es crucial para situar ese encuentro entre la histeria y ese discurso donde no tenía lugar. Tanto es así que Breuer no quiere dar a conocer el tratamiento de Anna O. porque este no obedece las reglas de esa formación. Anna es una paciente de 21 años que padece determinados síntomas: parálisis, contracturas, anestias, complicadas perturbaciones en la vista, incapacidad para alimentarse, tos nerviosa, etc. Para gran asombro de Breuer, cuando ella relata los detalles de la aparición de ciertos síntomas, estos desaparecen. La misma Anna bautiza tal procedimiento con el nombre de “cura de conversación” o “limpieza de chimenea”.

¿Sabías que... no hay análisis sin transferencia y que por ello el autoanálisis es imposible?

Jones relata que conoce por medio de Freud un relato más extenso que el que aparece en sus obras acerca de las circunstancias en que termina el tratamiento. Breuer experimenta un interés cada vez más creciente por su paciente; habla de ella todo el tiempo y esto provoca celos en su mujer. Perturbado, sintiéndose culpable, decide poner fin al tratamiento en un momento en que Anna está mejor y en que han desaparecido muchos

síntomas. Se lo hace saber y se despiden. La calma dura poco. A la tarde recibe una llamada y halla a la paciente en un estado de gran excitación, peor que nunca. Él, que siempre la ha considerado un ser asexual, no puede negar el cuadro que se le presenta: un embarazo histérico que lo implica. El encuentro de Breuer con la sexualidad y con la transferencia lo hace abandonar el terreno del que es precursor.

Más tarde, cuando Freud quiere reanimar el interés de Breuer por los problemas de la histeria y quiere inducirlo a mostrar al mundo su descubrimiento, encuentra una resistencia cuya raíz se localiza en la inquietante experiencia con Anna. Freud le cuenta que a él le ha ocurrido lo mismo y le dice que esas situaciones embarazosas son parte de los fenómenos transferenciales. Este comentario conmueve tanto a Breuer que Freud, al preparar la redacción de “Estudios sobre la histeria” (vol. II), considera que los fenómenos transferenciales son lo más importante que los dos deben comunicar al mundo.

Freud considera, a propósito del embarazo histérico de Anna, que Breuer tiene la clave en sus manos y que la deja caer, por creer que estaba dirigido hacia él.

**La cura analítica alberga un querer; por ello, Freud nos dice que esta quiere “pillar” la libido para ponerla al servicio de la realidad objetiva. Este querer es relativo a un deseo, el del analista, como deseo ligado a un nuevo destino de la libido.**

En “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912), Freud (vol. XII) especifica el lugar de la transferencia en la cura. Primero parte de la idea de que es un mecanismo general deslindado por la lógica del desciframiento; para él, es un falso enlace: el analista sustituye a otra figura. Luego, intenta determinar su sitio en el tratamiento. Nos dice que el neurótico no puede amar ni dirigir su libido hacia los objetos del mundo exterior porque la libido está volcada hacia objetos de la fantasía. La libido (en su totalidad o en parte) se ha internado por el camino de la regresión y reanima las imagos infantiles. Y bien, hasta allí la sigue la cura analítica, que quiere pillarla, volverla de nuevo asequible a la conciencia y, por último, ponerla al servicio de la realidad objetiva. Cada vez que la investigación analítica tropieza con la libido retirada en sus escondrijos, no puede menos que estallar un combate; todas las fuerzas que han causado la regresión de la libido se elevarán como “resistencias” al trabajo para conservar ese nuevo estado. Primeramente podemos decir que Freud parte de una frustración de la satisfacción. En términos lacanianos, no hay relación sexual, el goce está malogrado y el neurótico suple ese vacío con la fantasía.

Hoy en día, la palabra *transferencia* es de uso común, devino en moneda gastada. Para comprender su valor, hay que partir del deseo de Freud: que el amor de una paciente por su médico sea considerado una transferencia es algo absolutamente inédito, que hoy en día nos parece intrascendente. El término *transferencia* significa acción u operación de transferir, acción u operación bancaria por la que se transfiere una cantidad de una cuenta corriente a otra. Notemos la referencia a un capital, a una suma, a un monto que se desplaza de un lugar a otro. Breuer solo capta uno de los lugares en juego y pierde de vista la operación

como tal. Freud, en cambio, la detecta como un síntoma. Maestro de la sospecha, considera que el amor que el paciente le dirige expresa otra cosa. Resulta imposible comprender este punto sin referirnos al deseo de Freud en el origen del psicoanálisis.

Lo que impide que la neurótica ame es que solo un sector de las mociones determinantes de la vida amorosa ha reconocido el pleno desarrollo psíquico. Otra parte de las mociones pulsionales solo se despliega en la fantasía. Este sector, llamado por Freud *factor rezagado, apartado*, es el que produce el amor de transferencia. La misma constitución de la transferencia implica, entonces, que ese sector retirado del resto del psiquismo se juegue con relación al analista.

Al comienzo del análisis del paciente, la transferencia funciona como apertura del inconsciente, favoreciendo el despliegue asociativo. Luego, aparece claramente delimitado el momento en que toma otro matiz, revelándose, según las palabras de Freud, como el arma más poderosa de la resistencia. Estos dos aspectos de la transferencia han sido clásicamente considerados en la teoría psicoanalítica bajo el nombre de *transferencia como motor y como obstáculo*.

#### **En pocas palabras**

Para Lacan, es imposible comprender el término *transferencia* sin considerar el deseo de Freud inhumano, ya que lo humano es considerarse el destinatario del amor.

## **Cronología**

### **1880**

Freud conoce a Joseph Breuer, con quien publicará en 1893 una comunicación preliminar, “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos”, y luego, en 1895, “Estudios sobre la histeria” (vol. II). Así, bajo el método catártico, el mismo Freud dirá: “No se podría colegir con facilidad el valor de la sexualidad para la etiología de las neurosis”. Esto lo llevará a abandonar el método y a alejarse de Breuer. Se trata de los orígenes de la transferencia.

### **1900-1909**

S. Freud y S. Ferenczi introducen progresivamente el término *transferencia* para designar un proceso constitutivo de la cura psicoanalítica, en virtud del cual los deseos inconscientes del analizante concernientes a objetos exteriores se repiten, en el marco de la relación analítica, con la persona del analista, colocado en la posición de esos diversos objetos.

### **1902**

Freud distingue la transferencia positiva, hecha de ternura y amor, y la transferencia

negativa, vector de sentimientos hostiles y agresivos. Se suman las transferencias mixtas como aquellas que reproducen los sentimientos ambivalentes del niño respecto de sus padres.

### **1960-1961**

Lacan introduce el concepto de deseo del analista para aclarar la verdad del amor de transferencia.

### **1964**

Lacan postula la transferencia como uno de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, junto al inconsciente, la repetición y la pulsión. La define como la puesta en acto, por la experiencia analítica, de la realidad del inconsciente. Esta perspectiva lo lleva a anudar la transferencia con la pulsión.

## 08. El sujeto supuesto saber

**J.-A. Miller nos dice que el paso de Lacan consiste en definir la transferencia freudiana de una manera completamente inédita hasta él, como una relación con el saber. Es decir, como una relación epistémica. Pero no se trata, como en otros ámbitos, de un amor al saber por el saber mismo. El paciente que pide análisis se ha encontrado con algo que le atañe y a lo que no puede darle una respuesta. Su posición es la del que no sabe, y su amor a ese saber inconsciente que se despliega en el dispositivo parte de este punto de ignorancia relativa a su síntoma.**

Lo que el paciente dice en un análisis, sus asociaciones y recuerdos obtienen una significación nueva, diferente de la habitual, y lo que posibilita que advenga esa significación es la transferencia. Ilustraremos lo anterior con el algoritmo del sujeto supuesto saber escrito por Lacan. Los dichos del paciente como materialidad, más allá del significado común, pueden ser graficados como una cadena significante representada por una línea. Por efecto del sujeto supuesto saber, esa cadena se duplica, y esto implica que esos significantes signifiquen otra cosa. Esto significa que no es lo mismo decir una cosa dentro de la sesión analítica o fuera de ella.

¿Sabías que... Lacan crea el concepto de sujeto supuesto saber para desentrañar la transferencia freudiana?

Aquello que permite tal efecto de resonancia es la eficacia del significante de la transferencia, denominado por Lacan *significante cualquiera*. Reflexionemos acerca de la razón para llamar así al significante de la transferencia. No quiere decir que el paciente no elija al analista por algún rasgo, que en ese sentido no lo torna cualquiera, sino que, cuanto más se ofrezca el analista como figura identificatoria, menos funcionará como causa de la nueva significación del despliegue asociativo. En “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (vol. XII), Freud nos dice que el analista no debe introducir su propia individualidad en el tratamiento y que debe renunciar a su ambición educativa. Es decir que como analista no es sujeto ni amo. Tal principio, llamado en psicoanálisis *principio de neutralidad analítica*, es el que favorece el lugar del analista como causa del despliegue de la cadena asociativa.

Lacan nos dice que la referencia al deseo del analista no es una referencia psicológica. No se reduce, de ninguna manera, al deseo de tal o cual analista. Es, antes bien, una función que supone como condición necesaria el análisis del propio analista. Este ha ocasionado una modificación en su economía libidinal. El deseo del analista se produce en un análisis. Siempre habrá discordancia entre el deseo del analista y el deseo de tal o cual analista. Este último, dice Lacan, puede leerse en la teoría de la transferencia, es decir, la teoría de la cura que cada analista sostiene. Por eso, infiere que Abraham quiere ser una madre completa y Ferenczi, un padre soltero. Con ello queda caracterizado el deseo de tal o cual analista, que no es idéntico al deseo del analista.

Así, Lacan resuelve el atolladero freudiano. Recordemos que Freud se pregunta cuál es la especificidad de la transferencia en la cura analítica. Esta es la palanca poderosa del éxito fuera del tratamiento. Afirma que su particularidad en el tratamiento analítico es la de constituir el arma más poderosa de la resistencia. Pero para pensar la resistencia hay que partir de la noción de sujeto supuesto saber, ya que la resistencia se abre a ese campo de significación. Así, la resistencia nos indica que hay un límite en el saber, que hay un tope en la significación.

**El deseo del analista es definido por Lacan como operador; por ende, es lo que resta más allá de los deseos particulares. Como operador es una  $x$ , una incógnita. Esto no quiere decir que sea insondable, inefable.**

El deseo del analista es un deseo que se funda más allá del ideal amoroso narcisista, más allá del reconocimiento y de la reciprocidad imaginaria. En “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (vol. XII), Freud dice: “Consentir la apetencia amorosa de la paciente es tan funesto como sofocarla. El camino del analista es diverso, uno para el cual la vida real no ofrece modelos”. En este texto se pone en juego:

- El amor de transferencia como repetición, al modo de reedición de rasgos antiguos.
- El camino que tomará el analista, que, al no tener precedentes en la vida real, se liga al acto como fundación de lo que no estaba. Este camino es el trazo del deseo del analista como deseo inédito. Notemos hasta qué punto este trazo se diferencia de las distintas alternativas que propondría la moral común. Esto está maravillosamente desplegado en el texto freudiano. En él, el creador del psicoanálisis hace aparecer las variadas opciones que el sentido común pensaría acerca de cómo resolver la cuestión amorosa entre el médico y la paciente.

El amor de transferencia es pensado por Freud como una repetición pero, gracias al camino que tomará el analista, ese amor tendrá un desenlace con relación al cual “la vida real no ofrece modelos”. Lacan diferenciará este deseo de la transferencia. Recordemos que en los textos freudianos la transferencia y el camino que toma el analista no siguen la misma dirección. Lacan dice que la transferencia es lo que separa la pulsión de la demanda, y el deseo del analista es lo que restablece la relación elidida. La transferencia separa la demanda de la pulsión, ya que la demanda amorosa se dirige al ideal, desconociendo las raíces pulsionales que la fundan. La paciente no quiere saber nada del “sector rezagado”, del resto, de lo sexual más allá del amor. En este punto, el deseo del analista va en contra de la transferencia porque reconduce la demanda a la pulsión. El deseo del analista entra en consonancia con la pulsión como realidad sexual del inconsciente.

Lacan se detuvo en los distintos aspectos de la transferencia localizados por Freud: en su carácter de motor y de obstáculo. La instauración del sujeto supuesto saber motoriza el despliegue asociativo, pero los problemas se presentan cuando hay detención, cierre del inconsciente, y transferencia con el analista como obstáculo, sea esta amorosa o bien hostil. Por ello Freud considera que lo más difícil para el analista no es la interpretación sino el manejo de la transferencia.

La paradoja de la transferencia es que, al mismo tiempo que pone en acto la realidad sexual del inconsciente, repite el amor identificatorio con que se encubrió el punto de encuentro con lo sexual. El deseo del analista no se deja engañar por el amor o la agresión resistencial que mantienen a la pulsión en una forma de satisfacción monótona, rezagada, repetida. El deseo del analista libera a la pulsión de su destino fantasmal. No se trata de que el sujeto se libere de las pulsiones, sino de que ellas se liberen del recorrido fijado. Por ello, para Freud, lo determinante de la cura está en el destino de las pulsiones. Solo se puede pensar en un nuevo destino, entendiendo cómo el deseo del analista... contraría el amor de transferencia. El psicoanálisis no es una cura por amor porque el amor es una resistencia. El nuevo amor del que habla Lacan al final del seminario no debe pensarse como el amor en la cura sino como un efecto de ella.

#### **En pocas palabras**

El sujeto supuesto saber indica que el análisis supone como condición que el paciente crea que hay un saber que ignora y que lo implica, y que será develado en el encuentro con el analista.

## **Cronología**

### **Antecedentes en Freud**

A partir de los historiales, se infiere que los pacientes entran en transferencia o se prestan a la transferencia en cuanto suponen que hay un saber desconocido, razón de sus síntomas.

### **9 de octubre de 1967**

Lacan conceptualiza la transferencia a partir del término *sujeto supuesto saber* y crea el algoritmo de la transferencia.

### **14 de diciembre de 1967**

En su texto “La equivocación del sujeto supuesto saber”, Lacan (2011) desarrolla la manera en que el psicoanalista encubre que algo puede decirse sin que ningún sujeto lo sepa; es decir que el inconsciente es un saber sin sujeto.

### **De 1967 en adelante**

Lacan ubica en el análisis el destino del sujeto supuesto saber y de su caducidad una vez que el análisis finaliza. El amor de transferencia está basado en el amor a quien parece albergar el saber, así, amo a quien le supongo ese saber (Lacan, 1992).

### **1984**

Miller despliega y aclara este concepto al mostrar el privilegio concedido por Lacan al campo epistémico en su definición de transferencia.



## 09. La pulsión

“¿Esto me supera y no puedo dejar de hacerlo!” es la forma en que los sujetos expresan lo que se anuncia como pulsional. El término *pulsión* aparece en Francia en 1625, derivado del latín *pulsio*, para designar la acción de empujar, impulsar. Empleado por Freud a partir de 1905, se convierte en un concepto fundamental de la teoría psicoanalítica. La elección de la palabra *pulsión* para traducir el alemán *Trieb* responde a querer evitar cualquier confusión con *instinto*, ya que este quiere la vida y tiene un objeto predeterminado y fijo, mientras que la pulsión muestra una satisfacción paradójica que puede atentar contra la vida y su objeto no está signado de antemano. Concepto límite entre lo psíquico y lo somático, la pulsión es indómita, grita que hay un cuerpo que, excediendo el campo representacional, acucia, puja, y así da al sujeto la impresión de un real irreductible.

La pulsión siempre indica un modo de satisfacción paradójica e irreductible a la satisfacción de la necesidad. Nada más ejemplar que el niño de pecho, que, una vez saciada el hambre, gusta succionar el chupete o el dedo meñique. Pasado un tiempo, la madre se inquieta por esta satisfacción, ya que podría dañar los dientes y el paladar del niño. Esto revela que la satisfacción pulsional se separa de la autoconservación y se independiza del Otro, y que su naturaleza es autoerótica. Freud describe su modelo como el goce del niño en besar su propia boca, que luego devendrá en besar la del *partenaire* sexual, cuando se transfiera ese goce al campo del otro, aunque siempre permanecerá un resto autoerótico. Cada pulsión encuentra su punto de partida en las funciones corporales de autoconservación para luego independizarse: de la necesidad de alimento succionando el pecho materno a la succión en sí misma, el chupeteo. Todo ocurre como si el cuerpo propio se convirtiese en fuente de una satisfacción autónoma, origen de todos los “vicios” y las compulsiones. La diversidad de las fuentes somáticas de la excitación implica que la pulsión sexual no se halla unificada desde un principio, sino fragmentada. El cuerpo parece contener islas independientes que se satisfacen localmente. En el transcurso del desarrollo, se produce una mayor integración con predominio de lo genital; sin embargo, se conservará en parte la parcialidad del goce autoerótico.

El psicoanálisis supone el siglo de las luces; Freud es un hombre iluminista, ama la ciencia y la razón, pero su descubrimiento nos indica que no son todas “luces”, que hay un recinto que denomina “oscuro” y que muestra cómo la razón es atravesada por fuerzas pulsionales, cómo no es “pura”. Tales fuerzas hacen que los sujetos no sean plenamente educables y que lo indómito siempre aparezca de diferentes formas.

Tanto en alemán como en francés, los términos *Trieb* y *pulsion*, respectivamente, remiten por su etimología a la idea de empuje, independiente de la orientación y de la meta. Esta noción ya está presente en las concepciones de las enfermedades mentales desarrolladas por los médicos de la psiquiatría alemana del siglo XIX, preocupados por la cuestión de la sexualidad. Pero el paso más importante –antes de Freud– es dado por

Nietzsche, quien concibe al espíritu humano como un sistema de pulsiones que pueden entrar en colisión o fundirse unas con otras. La obra de este filósofo no sería posible sin antes haber ubicado a la sexualidad en el centro de los debates edificados en torno a la razón y a la moral. Como si la operación efectuada por Freud en la clínica fuese paralela y afín con aquella llevada a cabo por Nietzsche en la filosofía.

**El psicoanálisis muestra que las pulsiones se hallan ligadas a una serie de fantasías y representaciones que llegan a enmarañar la vida de un hombre, y que se desmontan en la cura analítica; así, permiten que la pulsión tenga otros destinos.**

Nietzsche indaga en las razones libidinales que están en juego en el ascetismo, en la moral, en la idea de bien, etc. Entonces, no es la razón pura la que combate a los impulsos, sino que siempre es un impulso el que combate a otro, y mucho de lo que se considera racional es moral enmascarada. Tampoco es un yo racional el que acomete la lucha. Las impulsoras son cuestiones de goce.

**¿Sabías que...** Freud compara a la pulsión con la lava de un volcán en erupción?

Las pulsiones tienen diversos destinos: represión, sublimación, transformación en lo contrario, vuelta contra sí mismo. Tales desenlaces permiten pensar en el proceso analítico y en la pregunta que se formula Lacan cuando interroga acerca de cómo un sujeto vivirá la pulsión en el fin del análisis, qué transformaciones se producen, qué cambios en la economía de goce. Un ejemplo sencillo permite ilustrarlo. Se trata de una mujer que tiene un importante sobrepeso y que ocupa un lugar destacado en un puesto gerencial en una empresa. Cambian las autoridades y su lugar decae al ser ocupado por otros miembros. Ella se siente relegada; la figura de un otro intrusivo que la desprecia la hunde en una gran depresión que la impulsa al análisis. Despejadas las coordenadas fantasmáticas del “tener mucho peso” o de otro que lo tiene y la aplasta, se aísla su goce en ser “la voz cantante” y comienza a estudiar canto, lo cual le proporciona una gran satisfacción y la aleja del sufrimiento de no ser la gran voz de la empresa. Puede cantar cuando quiera sin depender de la trama empresarial, dependiente de las contingencias. Se ve a las claras el predominio de la oralidad: el sobrepeso, la voz y el destino pulsional más satisfactorio y no alienado en los entretelones institucionales.

El concepto de pulsión es capital para entender el paso dado por Freud respecto de la subjetividad moderna. Con Descartes se consuma el hito fundamental para comprenderla: su *cogito* opera produciendo una separación radical entre la mente y el cuerpo. La *res cogitans* y la *res extensa* son dominios separados que permitirán el desarrollo de avances crecientes en el campo médico y la operación sobre el soma, algo inédito, pues en los siglos anteriores se lo consideraba sagrado. El lazo entre el cuerpo y la mente inquieta a Descartes y la idea de una glándula pineal es su respuesta. El concepto de pulsión supera esa línea divisoria porque es una noción límite entre esos dominios que el filósofo francés considera divorciados.

**En pocas palabras**

Las pulsiones son aquello que experimentamos como impulsos que no siempre buscan el bien.

## Cronología

### 1625

El término *pulsión* aparece en Francia, derivado del latín *pulsio*, para designar la acción de empujar, impulsar.

### 1844-1900

Friedrich Nietzsche concibe el espíritu humano como un sistema de pulsiones que pueden entrar en colisión o fundirse unas con otras.

### 1905

Empleado por Freud, el término se convierte en uno de los conceptos más importantes de la doctrina psicoanalítica. La elección de la palabra *pulsión* para traducir el alemán *Trieb* responde a la preocupación de evitar cualquier confusión con *instinto*.

La teoría de Freud no es pansexualista, ya que diferencia las pulsiones sexuales de las otras ligadas a la satisfacción de necesidades primarias. A partir de este año y a lo largo de su obra, el dualismo pulsional tomará diversas formas.

### 1964

Jacques Lacan considera a la pulsión como uno de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Guiado por una lectura exigente del texto freudiano de 1915, desprende la conceptualización freudiana de sus cimientos biológicos al inscribirla en una gramática, matriz de sus destinos.

## 10. La sublimación

La sublimación es un destino de la libido que da por resultado la producción de una actividad creativa y satisfactoria que extrae su fuerza de la pulsión sexual, desplazada hacia un fin no sexual y valorado socialmente. Freud adopta el sentido más nietzscheano del término, proveniente del romanticismo alemán, para definir un principio de transmutación del goce en algo estético que es posible en los hombres y del cual están plenamente dotados los artistas. Sin embargo, el concepto no apunta solo a lo elevado, ya que el proceso de sublimación tiene su símil con lo que ocurre en la química y designa la transformación de lo sólido en gaseoso sin pasar por lo líquido, metáfora de ese destino de la pulsión que no pasa por la represión.

La *Poética* de Aristóteles es la base de las ideas subsiguientes relativas al arte, cuyos ecos encontramos en Freud. El artista produce una creación no utilitaria que despierta placer en el espectador, en el oyente o en el lector por su mimesis con la naturaleza. La verdadera teoría de la mimesis aristotélica se banaliza en la modernidad, al entenderse que el Estagirita predica una concepción realista como copia de un modelo. En realidad, Aristóteles sostiene que lo que hace el arte es dar un acabamiento a todo aquello que en la naturaleza ha resultado fallido. Es interesante la ubicación del arte como suplencia de una falta, porque esto nos acerca al tema de la sublimación.

De la sublimación puede decirse que es un término que articula a la pulsión con la cultura y que permite franquear la oposición entre ambas tan fuertemente establecida por Freud. Para entender tal disyunción, basta remitirse a “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (vol. IX), donde asevera: “Nuestra cultura se edifica sobre la sofocación de las pulsiones”. Esta concepción se mantendrá a lo largo de su obra; sin embargo, el proceso de sublimación no se basa en una sofocación de las pulsiones al modo de la represión, sino en una transformación que dará lugar a un producto estimado socialmente. La valla entre pulsión y cultura ha sido atravesada y quizá por ello haya que tener presente que la palabra *sublimación* deriva de *limen*, “límite, umbral”, e implica la idea de atravesarlo.

Pocos conceptos freudianos han gozado de una consistencia tan grande como este. Desde las primeras obras hasta las últimas, la definición varía poco y siempre se sustenta sobre dos pilares, uno metapsicológico –la sublimación es un *destino* de la pulsión– y otro valorativo, ligado al reconocimiento social.

¿Sabías que... con el concepto de sublimación Freud explica las actividades artísticas e intelectuales orientadas por un deseo aparentemente no sexual?

Tal vez sea conveniente aclarar que la palabra alemana *Schicksal*, que se ha traducido como *destino*, significa también “suerte”, “fortuna”, “sino”, como cuando se dice: “abandonar a alguien a su suerte”, “correr la misma suerte”, etc. Con buen criterio, López-Ballesteros, en la primera edición de su traducción de las *Obras completas*,

propone “Las pulsiones y sus vicisitudes”, acepción que, a pesar de no ser literal, expresa muy bien lo que Freud quiere indicar. Las vicisitudes o los modos de procesamiento ulterior, los destinos de la pulsión sexual infantil, son tres según lo expuesto en “Tres ensayos...” (vol. VII): 1) la perversión, 2) la represión, y 3) la sublimación. Dice respecto de la sublimación que –y aquí tenemos la primera de las numerosas definiciones que nos da del concepto– “a las excitaciones hiperintensas que vienen de las diversas fuentes de la sexualidad se les procura drenaje y empleo en otros campos, de suerte que el resultado [...] es un incremento no desdeñable de la capacidad de rendimiento psíquico”. Y añade: “Aquí ha de discernirse una de las fuentes de la actividad artística”. En parecidos términos se expresa cuando aborda el tema en “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, de 1908 (vol. IX), donde leemos:

La pulsión sexual [...] pone a disposición del trabajo cultural unos volúmenes de fuerza enormemente grandes, y esto sin ninguna duda se debe a la peculiaridad, que ella presenta con particular relieve, de poder desplazar su meta sin sufrir un menoscabo esencial en cuanto a intensidad. A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se la llama la facultad para la *sublimación*.

**La sublimación explica el modo en que el hombre puede estetizar sus miserias, transformarlas en otra cosa, pero con los materiales que ya estaban en su origen. Por ello, si bien Freud elige un término alemán pero de origen latino, *Sublimierung*, cargado de resonancias idealistas, lo elevado parte también del infierno.**

Unas líneas más adelante precisa justamente que las pulsiones parciales resultan “inutilizables para la función reproductora”, los elementos “llamados perversos de la excitación sexual”, que son susceptibles de ser sublimados. Un primitivo placer en tocar la materia fecal puede derivar en el gusto por el trabajo sobre el óleo en una pintura; un impulso agresivo puede transmutar en el goce en esculpir la piedra; un interés por mirar cuerpos desnudos puede virar en el placer por la fotografía; una curiosidad sexual de la cual surgieron teorías, en satisfacción por la investigación intelectual, etc.

La pulsión sexual pregenital puede: a) sufrir el destino de la represión, lo cual supone una imposibilidad de alcanzar directamente la meta de la satisfacción, por lo que queda únicamente la posibilidad del retorno de lo reprimido, que permite una satisfacción indirecta a través del síntoma neurótico; b) eludir la barrera de la represión, dirigirse libremente hacia la meta y lograr la satisfacción directa a través de la descarga, caso que admite solamente dos opciones: la descarga directa, perversa, o la descarga desexualizada, sublimada.

Se ha discutido el tema del supuesto fin no sexual, pero esto puede entenderse de acuerdo con el concepto de goce de Lacan, que da cuenta de una satisfacción que no necesariamente es sexual. Para Freud, la transformación de una actividad sexual en una actividad sublimada requiere de un tiempo intermedio, que consiste en la retirada de la libido de los objetos y la vuelta sobre el yo. Este proceso puede entenderse a partir de una viñeta clínica. Se trata de una mujer con sobrepeso cuya mirada está dirigida a la relación de su padre con una hermana más bonita y seductora, según ella, la preferida, su

“reina”. Transcurrido un tiempo de análisis, ella relata con gran satisfacción lo que le ha ocurrido en un viaje, en el que en el hotel en que se alojaba se hizo un baile de disfraces con la consigna de que debían utilizarse los elementos que había allí; no había que comprar prendas producidas. La mujer realiza una corona con el papel de un alfajor y así gana el primer premio. El ejemplo pone de manifiesto un desprendimiento de la mirada puesta en la otra mujer como “reina del padre”, que puede pensarse como retirada de la libido y puesta sobre el yo. El elemento pulsional ligado a la oralidad –el alfajor– se transforma en otra cosa: una creación que será estimada socialmente. Tal valoración reposa en la producción de una corona de papel con lo que iría a la basura. La sublimación, para Lacan, consiste justamente en eso: elevar el objeto a la dignidad de la Cosa. Esta mujer gana el premio porque su diadema no ha sido producida en una industria ni es de oro o plata; está hecha con esa Cosa que es la de sus deleites orales.

#### **En pocas palabras**

Se llama *sublimación* a cierto tipo de modificación del fin y de cambio del objeto en el cual entra en consideración nuestra valoración social.

## **Cronología**

### **Siglo IV a.C.**

La *Poética* de Aristóteles será la base de las ideas posteriores relativas al arte como mimesis de la naturaleza.

### **Siglo XIX**

Con la palabra *sublimación* (*Sublimierung*), Nietzsche designa la acción de la voluntad de poder que, en lugar de negar el caos de los impulsos, los ordena en dispositivos y los somete a la ley de su autosuperación constante. Recuperar nuestro mundo instintual significa, entonces, reorientar su configuración y sus relaciones de fuerza, desmontar el automatismo que ahora los rige como resultado de una larga acción de doma y de represión, y sanearlos al sublimarlos en un sentido más constructivo.

### **1905**

Freud desarrolla el modo en que la pulsión, a partir de la sublimación, se liga con la cultura, cuando por lo general se opone a la cultura. Así, el concepto de sublimación se opone al de represión.

### **1908**

En “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (vol. IX), Freud teoriza sobre cómo la cultura se edifica sobre la sofocación de las pulsiones.

### **1915**

Freud conceptualiza el proceso de sublimación como un destino de la pulsión.

**1959-1960**

Lacan reelabora el concepto al afirmar que en la sublimación se eleva el objeto común a la dignidad de la Cosa como aquello más pulsional que intentamos mantener alejado.

**1975**

El psicoanalista francés Cornelius Castoriadis elabora una teoría original de la sublimación, en la que traspone el concepto al dominio de los hechos sociales.

## **Capítulo 3**

### El retorno de lo reprimido

# 11. El sueño, vía regia de acceso al inconsciente

**El sueño es para Freud la vía regia de acceso al inconsciente, al punto de afirmar que quien no sepa explicarse la génesis de las imágenes oníricas se esforzará en vano por comprender las fobias, las histerias, las obsesiones y los delirios. Tal es el valor teórico que le otorga que imagina que al descifrarlo estará en las filas de aquellos que trascienden, con sus descubrimientos, sus destinos como mortales. Su gran obra “La interpretación de los sueños” (vol. IV-V) se publica en 1899. En ese momento no tiene buena repercusión, pero a lo largo del siglo XX su influencia trasciende el campo clínico y se convierte en fuente de inspiración de escritores, filósofos, cineastas y todo el movimiento surrealista.**

Desde hace mucho tiempo, los sueños se prestan a ser interpretados porque los hombres consideran que conllevan un mensaje benévolo u hostil, proveniente de potencias superiores, dioses y demonios. Ya en las primeras civilizaciones, la humanidad considera el sueño como un enigma inquietante. Se transforma a la vez en soporte para una convención literaria y en materia para una creencia supersticiosa. En el antiguo Oriente, así como en la Antigüedad grecorromana, se lo considera como el mensaje de un dios, que, por ese medio, pone sobre aviso a los mortales sobre sus intenciones generales o acerca del destino que les reserva. La historia bíblica nos da un ejemplo de este procedimiento en la interpretación dada por José del sueño del Faraón: las siete vacas gordas sucedidas por otras siete vacas flacas que devoran a las primeras constituye una sustitución simbólica de la predicción de siete años de hambre que habrán de consumir la abundancia que producen en Egipto otros de prósperas cosechas. Claro que esta interpretación simbólica es imposible en los sueños confusos, desordenados, ilógicos.

Con Aristóteles, el sueño, antes que un presagio de fuerzas exteriores al sujeto, es una manifestación del alma del soñante. De ahí que Freud subraye que, para el Estagirita, el sueño es ya un objeto de investigación psicológica. A partir del advenimiento de la ciencia, el sueño pierde su lugar como producto de la actividad psíquica y se convierte en una mera expresión de procesos somáticos. Son solo los filósofos y los poetas quienes le otorgan un lugar negado por el cientificismo.

Los filósofos y los poetas no minimizan lo que el material onírico revela: Kant afirma que el sueño tiene por función descubrir lo que hubiésemos sido de no mediar por la educación, Fichte opina que refleja el ánimo antes que la vigilia, Schubert lo ve como una emancipación del espíritu del poder de la naturaleza. No es casual que Descartes, padre de la filosofía moderna e hito fundamental para el desarrollo de la ciencia moderna, rechace al sueño por buscar una certeza que solo puede encontrar desprendiéndose de lo onírico, apreciado como engañoso. La ciencia no se interesa por este producto, que en adelante será estimado por el romanticismo alemán, que tiene una gran influencia en Freud. En oposición explícita a todos aquellos que juzgaron al sueño como algo ajeno a

la ética del sujeto, Schopenhauer (2008) dice que todos obramos en sueños conforme a nuestro carácter y Fischer afirma que en los sueños se revelan nuestros más íntimos sentimientos.

**¿Sabías que...** el año 1900 marca, con la obra “La interpretación de los sueños” (vol. IV-V), el origen del psicoanálisis con su método de interpretación?

Con la declinación del romanticismo y el desarrollo del pensamiento positivista que inscribe la sinrazón en el orden de la enfermedad, el sueño queda relegado al rango de un producto puro de la actividad cerebral. Freud combate esta concepción, precedido por los trabajos de Alfred Maury, Albert Scherner y el marqués de Saint-Denys, quienes consideran al sueño como una expresión de la vida anímica.

**El lugar de la interpretación no se separa tanto de la ciencia en su método porque, lejos de ser arbitrario, sigue una lógica que luego llevará a Lacan a conceptualizarla como la del significante.**

Según un sucinto rastreo por la época anterior a Freud, los sueños se prestan a una interpretación e incluso son ponderados como manifestaciones de lo más secreto del alma. ¿Cuál es entonces el gran descubrimiento de Freud que hizo que Michel Foucault dijera que “La interpretación de los sueños” (vol. IV-V) es, junto con *El nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche, y *El capital*, de Marx, una de las tres obras fundamentales del mundo moderno? ¿Cuál es el mérito que hace que Freud afirme que se trata de su trabajo más acabado y que, cuando tiene dificultades y vacilaciones con los problemas de las neurosis, recupera lucidez acudiendo a sus páginas?

El primer paso que da Freud concierne a la naturaleza de la interpretación del sueño, cuyo método no se basa en referencias externas al soñante, sino en las asociaciones libres que emergen en este durante el análisis. Su sentido no depende del capricho de un intérprete ajeno –como en la Antigüedad–, sino que se revela en ellas mismas; el soñante estará así en su origen. Sin embargo, el sujeto no es un autor que precede al relato, ni el sentido del sueño está detrás de lo que se profiere. El psicoanálisis muestra que la dimensión de profundidad está en la misma superficie. Es a partir de los sueños como Freud descubre que existe una “inteligencia inconsciente” y que, para llegar a ella, no es necesario saber bucear sino saber escuchar.

Freud no se guía por el sentido aparente del sueño ni por su sinsentido, ya que procede a descomponerlo, y no toma sus elementos y asociaciones emergentes de acuerdo con el sentido común, sino como jeroglíficos en su calidad de letras. La clave de la interpretación no se halla en el campo del contenido manifiesto, sino en el contenido latente cuya captura apunta a las cosas dichas y a la vez silenciadas. “Lo dije sin saber que lo decía” es lo que descubre el soñante cuando, por medio de la transferencia, se revela que no hubo “inyección de sentido” sino que él mismo estaba... allí. Llevado a cabo este trabajo del desciframiento, Freud concluye que el sueño es la realización de un deseo inconsciente. Este aporte es tan subversivo como el método de interpretación basado en las asociaciones y en su quebrar la significación convencional. El deseo en

Freud no es el anhelo consciente ni sigue las aspiraciones de nuestros ideales; nos divide porque indica otra dimensión, desconocida. Con el descubrimiento posterior de la pulsión de muerte habrá sueños que constituyen una excepción a este principio, sueños de castigo, sueños que conmemoran una situación traumática, pero el sueño como realización de deseo no perderá su estatuto nodular.

**En pocas palabras**

A partir del sueño, Freud descubre las leyes de los procesos inconscientes.

## **Cronología**

### **Siglos IV, V y VI a.C.**

En el pensamiento griego corren dos tendencias: por un lado, se considera que el sueño alberga un mensaje divino y premonitorio; por el otro, la corriente más culta estima que el sueño es un producto psicológico (Aristóteles).

### **Fines del siglo I-comienzos del siglo II a.C.**

Artemidoro de Éfeso, cartógrafo y geógrafo griego, es el interpretador de los sueños, y lo hace basándose en su simbolismo.

### **Fines del siglo XVIII-siglo XIX**

Hegel rechaza el sueño por considerarlo una actividad que se sustrae al análisis dialéctico racional. Sin embargo, el sueño se encuentra en el núcleo de las preocupaciones de la mayoría de los poetas y filósofos del romanticismo alemán, desde Schelling hasta Nietzsche, pasando por Schopenhauer.

### **1900**

Freud escribe su gran obra “La interpretación de los sueños” (vol. IV-V), en la que demuestra que los sueños son la realización de un deseo reprimido, infantil e inconsciente.

### **Siglo XX**

Los surrealistas se inspiran en las ideas freudianas. La frecuentación de tal movimiento por parte de Lacan tendrá cierta incidencia en su acercamiento a Freud.

## 12. Los sueños y las formaciones del inconsciente

El lugar que Freud le otorga al develamiento del sueño muestra de qué manera su descubrimiento cabalga entre la intuición antigua y el rigor lógico del pensamiento científico. Las teorías freudianas serían escasamente científicas conforme a un patrón de científicidad dictado por una epistemología dominante, demasiado apegada a rutinas de conocimiento que encuentran un lejano precedente en algunos procederes de la física clásica. En los comienzos del siglo XXI vale preguntar una vez más, sin embargo, en qué radica el carácter científico de un discurso. ¿Bastará con obedecer a paradigmas epistemológicos construidos o se tratará, antes bien, de abrir al conocimiento territorios vírgenes, mutando así la naturaleza misma de la racionalidad, que no puede permanecer indemne a los nuevos descubrimientos?

En “La interpretación de los sueños” (vol. IV-V), Freud señala que el trabajo del sueño transforma una idea inconsciente en un jeroglífico que cambia las palabras y encuentra similitudes entre ellas, más allá de su sentido y por equivalencia fonética. De esta manera proceden el poeta, el chistoso y el que construye trabalenguas. Así se hacen también los lapsus, sin que nos propongamos hacerlos, ya que se crean solos. Si el lapsus nos muestra el otro discurso irrumpiendo en el habla que creíamos controlar, el olvido de los nombres propios nos indicará la contrapartida de este mecanismo porque esa palabra que creíamos controlar es arrastrada en la represión por el discurso inconsciente. Lapsus, chistes, olvido de nombres y actos fallidos ilustran cómo irrumpe otra escena en el hombre “normal” y se filtra lo reprimido. Tales sustituciones deben entenderse en un doble sentido: económico, por cuanto aportan una satisfacción que reemplaza el deseo inconsciente, y simbólico, cuando el contenido inconsciente es sustituido por otro siguiendo ciertas líneas asociativas.

El método de la interpretación onírica es el mismo que utilizará para el análisis de los síntomas; el sueño echa luz sobre lo patológico y tiene, dentro de las distintas formaciones del inconsciente, un lugar privilegiado. Para tal trabajo se parte de que el soñante se abandone a la asociación libre, que no es tal, ya que obedece a un determinismo desconocido. No importa que el sueño sea absurdo: no hay que remitirse a lo que al parecer quiere decir, sino que hay que limitarse a evocar cada elemento lejos de considerar al sueño como un todo. Se tratará de revelar el trabajo del sueño aislando las fuerzas que operan en él; la censura onírica ha participado en la desfiguración onírica del mismo modo que opera en la prensa. Franqueada la resistencia a la interpretación del sueño, que opera tal como la censura, se manifiestan los pensamientos inconscientes que han motorizado el sueño y que, por su lógica, le harán decir a Freud que existe una “inteligencia inconsciente”.

El retorno de lo reprimido debe entenderse como un proceso en virtud del cual los elementos reprimidos, al no quedar abolidos por la represión, tienden a reaparecer y lo hacen de modo deformado, en forma de

### transacción.

El sueño es, para Freud, el guardián del reposo, aquello que posibilita el dormir, nuestro colchón necesario. En estados de gran angustia, no podemos descansar porque no podemos soñar; la angustia impide que acudamos a las ficciones oníricas. Esto ocurre a tal punto que, aun cuando dormimos, los sueños de angustia interrumpen la actividad onírica y provocan el despertar. Al analizar el trabajo del sueño, Freud descubre los procesos inconscientes de desplazamiento y condensación: por el desplazamiento, algo nimio toma el lugar de lo importante; por la condensación, un elemento toma el valor de múltiples representaciones. El contenido manifiesto designa al sueño antes de haber sido analizado tal como se le presenta al soñante cuando el sueño es narrado. El contenido latente surge cuando se interpreta el sueño; una vez descifrado, ya no aparecerá como una narración en imágenes, sino como una organización de pensamientos, de ideas que vectorizan deseos. Todos los intentos por resolver los problemas del sueño previos a Freud parten del *contenido manifiesto*. “Somos los únicos –dirá– que abordamos otra explicación de las cosas; para nosotros entre el contenido onírico y los resultados de nuestro estudio se incluye un nuevo material psíquico: *el contenido latente* o pensamientos del sueño, despejados por nuestro procedimiento. Desde ellos, y no desde *el contenido manifiesto*, desarrollamos la solución del sueño”. Esta solución surge como consecuencia de una traducción del material pictórico que el sueño ofrece al lenguaje de las ideas inconscientes. “El contenido del sueño nos es dado, por así decir, en una pictografía; cada uno de sus signos ha de transferirse al lenguaje de los pensamientos del sueño. Equivocaríamos manifiestamente el camino si quisiésemos leer esos signos según su valor figural en lugar de hacerlo según su referencia signante”.

¿Sabías que... a diferencia de la ciencia, la verdad que descubre el psicoanálisis atañe al sujeto en su singularidad?

El valor concedido al lenguaje en su carácter de letra hará decir a Lacan ya tempranamente que el sueño imagina el símbolo y que la interpretación simboliza la imagen. El carácter de acertijo que tiene el sueño lleva a que el psicoanalista francés conecte la condensación y el desplazamiento con la teoría del lenguaje de los estructuralistas, y así introduzca modificaciones fundamentales desde el psicoanálisis. Pero no se puede reabrir todo lo real mediante lo simbólico; Freud encuentra este límite en los sueños.

En los sueños y en la psicopatología de la vida cotidiana, Freud encuentra que también en el hombre “normal” se revela la oposición consciente/inconsciente que se manifiesta en las neurosis. No podríamos saber nada de la represión si no fuese por su fracaso, y este se manifiesta a partir del retorno de lo reprimido: síntomas, chistes, sueños, actos fallidos, lapsus. Estas formaciones también son llamadas *de compromiso*, por la forma en que adopta lo reprimido para que sea admitido en el consciente; así, las representaciones reprimidas se hallan deformadas por la defensa. De este modo, en la misma formación pueden satisfacerse como en una transacción el deseo inconsciente y la exigencia defensiva.

---

Por ello dice Freud que aun en los sueños mejor interpretados “es preciso dejar un lugar en sombras porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar”.

Si bien el sueño tiene un sentido que es interpretable, hay un límite a la interpretación. Freud arriba a un lugar donde el sentido parece fugarse y lo denomina *ombbligo del sueño*. La metáfora es espléndida, ya que el ombbligo es como el de nuestro cuerpo, sitio que reenvía a lo desconocido, misterio de la vida, del deseo parental y de la sexualidad que nos trajo al mundo. El inconsciente es como una trama de elementos articulados, pero hay sitios donde esta falta; el ombbligo del sueño indica el límite de la representación.

#### **En pocas palabras**

Las formaciones del inconsciente testimonian el fracaso de la represión en su intento por dejar mudo al inconsciente.

## **Cronología**

### **1901**

Freud publica la “Psicopatología de la vida cotidiana” (vol. VII), donde pone un manifiesto interés por fenómenos de apariencia anodina, como los olvidos, los lapsus y los otros actos fallidos para demostrar su relación con lo inconsciente. Demuestra así que el campo de acción del psicoanálisis no se limita al dominio de la patología.

### **1909**

En su viaje a Estados Unidos, en las cinco conferencias sobre psicoanálisis dictadas en la Universidad Clark, Freud conmueve a la sociedad estadounidense al demostrar el paralelismo que existe entre los mecanismos que operan en los actos fallidos y en los síntomas patológicos, y así indica que no existe una diferencia fundamental entre el neurótico y el hombre normal.

### **1957-1958**

Lacan denomina *formaciones del inconsciente* a estos retornos de lo reprimido que pondrá en relación con las leyes del significante.

### **2009**

Miller considera que este interés de Freud por lo que la razón desecha ha dado tela para la elaboración del surrealismo. Esto explica el interés de los surrealistas por el psicoanálisis.



## 13. El síntoma

**De todas las formaciones del inconsciente, el síntoma se destaca por una perdurabilidad en el tiempo que no tienen las otras. Acompaña nuestro vivir, insiste en hacerse escuchar, irrumpe intempestivamente con una fuerza que no cesa, pervive y no se olvida. No tiene el carácter evanescente de un sueño ni puede olvidarse como un lapsus. Pero hay síntomas y síntomas: algunos no sobreviven y son levantados en un análisis, otros parecen operar como marcas indelebles. Es así como el síntoma caracteriza nuestra singularidad. Por ello, para el fin de un análisis, Lacan propone saber qué hacer con él, una vez que el síntoma ha sido reducido, transformado y es funcional al sujeto.**

Los grandes avances del psicoanálisis se vinculan con la pregunta por el sentido de los síntomas, por la razón de su insistencia y por el estatuto perenne de alguno de ellos. La cura analítica diseñada por Freud alivia; su voto es hacer la vida más simple, pero siempre deja un resto, el síntoma ineliminable que lo hará avanzar en su descubrimiento. En un comienzo, Freud piensa que basta con la interpretación y que el síntoma es equiparable a otras formaciones del inconsciente. Pronto descubre que no se trata solo de una formación sustitutiva, sino que conlleva una satisfacción sustitutiva y libidinal que lo hace rebelde al cambio. Como formación sustitutiva, es interpretable como una metáfora: pensemos en la histérica de antaño que, luego de un acercamiento sexual no consumado, tiene dificultad en caminar; su temor a dar “un mal paso” explica el síntoma conversivo. Como satisfacción sustitutiva, no se levanta tan fácilmente porque no expresa solo un mensaje, sino que atesora un goce que indica el carácter inercial de la libido. Si para Freud los síntomas se articulan con la verdad, esta estará irremediamente ligada al polo pulsional; el síntoma no es solo una formación sustitutiva, sino una satisfacción sustitutiva.

**¿Sabías que...** el síntoma es una formación transaccional entre la defensa y la pulsión, como una operación donde confluyen las dos caras?

Así, el síntoma freudiano quiere la satisfacción antes que la comunicación. Dicho de otra manera, en Freud el síntoma no es solo metáfora, ya que no es únicamente una formación sustitutiva sino una satisfacción sustitutiva, por lo que es difícil separar en su obra la verdad del síntoma de la “carga” que conlleva. No hay que olvidar cómo señala sin ambigüedad: “de aquí se deriva que el destino de la carga de afecto del representante es, con mucho, más importante que el de representación, que allí está lo que decide nuestro juicio sobre el valor del proceso de represión”.

**Al inicio del análisis el síntoma ocasiona sufrimiento, preguntas y malestar. El análisis reduce ese pesar, desaparecen algunos síntomas y resta aquello de lo cual el sujeto no puede desembarazarse, lo más real: saber qué hacer con esto aproxima esta labor a la de un artista.**

Ni el descubrimiento de la existencia de la represión sobre la sexualidad ni el del inconsciente lograrán por sí solos hacer caer los postulados metafísicos. Es solo el síntoma el que derruye las antítesis; lo que se quiere condenar aparece disfrazado en la misma condena. Ya no se puede hablar de dos polos separados por una línea divisoria; se necesita de otra topología. Para Freud, el hombre virtuoso lleva en su carácter el trazo de las pulsiones que trata de impugnar; el síntoma como satisfacción sustitutiva muestra el fracaso de la defensa metafísica, que divide las áreas que quiere incontaminadas. Dado que el síntoma no tiene ni derecho ni revés, es una formación transaccional en que sus compuestos se ubican en una misma cara: es al mismo tiempo exterior e interior.

En el comienzo de un análisis, la pregunta por el significado del síntoma se produce porque la angustia ha acudido a la cita; el síntoma necesita de ella como motor para plantearse. Por esa razón Lacan recomienda no aceptar en el análisis a aquellos que asisten para “conocerse mejor”. El análisis no es un mero descubrimiento epistémico; lo causa un sufrimiento, un embrollo que pone en juego lo patético de una existencia.

La sola existencia del síntoma no basta para desencadenar el pedido de análisis. En efecto, este puede ocasionar sufrimiento, malestar y desdicha; pero, si no hay pregunta sobre el síntoma, la puerta al dispositivo analítico estará cerrada.

En *El seminario. Libro 10*, Lacan (2006) dice que el síntoma se basta a sí mismo y no necesita del Otro. El paso hacia el análisis implica una transformación, porque supone la creencia de que el síntoma quiere decir algo que habrá que descifrar. Dimensión, pues, que ya incluye al Otro.

En ese mismo seminario, Lacan señala que, para que el síntoma salga del estado en el que aún no está formulado, es necesario que el sujeto advierta que hay una causa. Muchas veces ese momento se vincula con el encuentro con una mujer, a partir del cual se actualiza el síntoma o se impone una interrogación inédita referida a él. Creer que ella, la mujer, puede decir algo relativo a una verdad es solidario con creer que algo del propio sujeto puede ser descifrado. La conexión entre el síntoma como enigma y una mujer resulta aquí evidente. Pero Lacan es más radical cuando dice que la mujer es un síntoma. Y lo es, en la medida en que el hombre allí cree: “uno cree que ella dice efectivamente algo”. Al respecto, vale preguntarse si un hombre puede creer que su síntoma pueda decir algo, si no cree que ella pudiera decir algo. Lacan remarca un punto que la lengua francesa permite: no creer en una mujer sino creer “allí”, es decir, creer que hay un lugar íntimo, creer incluso desde ese lugar. Sobre esta cuestión, Maddox (1994) dice: “Nora es importante porque perteneció a Joyce y porque, de hecho, nunca le perteneció”. Es que la mujer, al igual que el síntoma, tiene un carácter “hétero” con relación al sujeto. ¿Acaso Freud no llama al síntoma *tierra extranjera interior*?

Mientras que en el sueño el deseo apunta a su cumplimiento, en el síntoma la pulsión apunta a la satisfacción. Fuerzo esta diferencia para poner en relieve que, si bien se trata de dos formaciones del inconsciente, cuando Freud se refiere al síntoma, pone el acento en su carácter de “práctica de la vida sexual del enfermo”, y no

tanto en el carácter evanescente del deseo de las otras formaciones sustitutivas. Al hablar de los neuróticos, Freud dice que “los síntomas han de comprenderse como una satisfacción sustitutiva de lo que se echó de menos en la vida”. Idea que bien puede articularse con la de Lacan acerca del lugar del síntoma como suplencia de la ausencia de relación sexual.

### **En pocas palabras**

El síntoma en psicoanálisis no funciona como en medicina porque no es objetivable, en la medida en que nos interroga y guarda una verdad que nos concierne.

## **Cronología**

El término *síntoma* deriva del griego *symptoma*, “coincidencia”. La partícula *syn* indica la unión, la concurrencia, y vale como la preposición “con”. *Ptôma* significa “caída”. Así, desde la medicina, indica por un lado la conjunción, la unión, la armonía del organismo y, por otro lado, la disrupción, la caída, la pérdida o alteración de esa armonía.

### **Siglo II**

Con Galeno, se inscribe el uso de *síntoma* en el discurso médico y, hasta la actualidad, mostrará su valor de signo revelador de una enfermedad.

### **1908**

Freud sostiene que todo síntoma está sostenido y fundado por una fantasía inconsciente.

### **1925-1926**

Freud formula al síntoma como la satisfacción sustitutiva de una pulsión reprimida; ya no se trata del deseo reprimido, sino de la pulsión en primer plano. Dicha satisfacción, inconsciente, permanece oculta bajo el malestar del síntoma como algo displicente e incómodo para el paciente.

### **1976**

Lacan ubica en el fin del análisis el saber qué hacer con el síntoma, es decir, saber desembrollarlo, manipularlo, una vez que se toma distancia de él.

## **Capítulo 4**

### La economía libidinal

## 14. La libido

La palabra *libido* significa en latín “deseo”, “envidia”. Para Freud, hace referencia a la manifestación de la pulsión sexual en la vida psíquica y el sustrato de todas sus transformaciones. Traducida como *ganas* o *deseo*, su uso se ha extendido y figura en la lengua como marca indeleble del freudismo. Pero la libido es mucho más que lo que designan estos términos, ya que apunta a un aspecto energético que explica la densidad de las fijaciones neuróticas, la adherencia a ciertas personas o cosas, a determinados pensamientos, al cuerpo mismo, al yo y, también, la razón de los posibles desplazamientos. Con la introducción de este vocablo, Freud construye su teoría de la sexualidad. Sin embargo, el psicoanálisis no es pansexualista, porque Freud siempre le opone a esta energía, otra de carácter no sexual.

La teoría de la sexualidad freudiana es diferente a la declarada por la sexología y tiene distintas etapas en las que el creador del psicoanálisis despliega sus elaboraciones. A fines del siglo XIX, científicos y médicos del alma se preocupan por la sexualidad, y el nacimiento de la sexología deriva también de tal inquietud. El *eros* platónico griego es desplazado por la *libido sexualis*; los catálogos y las descripciones de sus formas y desviaciones impregnan largos manuales, como el de Havelock Ellis. La importancia concedida a la sexualidad no espera el descubrimiento de Freud, ya que la revelación de este descubrimiento es el carácter que tiene esa sexualidad. De entrada, aparece como disarmónica, y la libido da cuenta de tal carácter: se fija en objetos “inapropiados”, es reacia al cambio, no se sujeta a los parámetros de la adecuación. La libido no es la sexualidad de los sexólogos, no es una actividad meramente somática; es “energía” como manifestación de la pulsión. Claro que no es una energía a secas, como lo creía Jung, y aquí vale recordar que este discípulo suizo, que quiso despojar a la energía de su impronta sexual, fue aquel en cuya vida la sexualidad irrumpió manifiestamente donde no debía. Estando casado, sus amoríos con Sabina Spielrein, que en ese momento era su paciente, son conocidos en la literatura psicoanalítica y han sido llevados al cine en el film *Un método peligroso*, de David Cronenberg. Allí donde Freud analiza la transferencia amorosa de sus pacientes, Jung la actúa intempestivamente, mancha que sin duda quiere limpiar purificando a la energía de sexo.

No es que el psicoanálisis nos retrotraiga a una infancia ligada a un pasado, sino que esa infancia está en el presente en el carácter libidinal que tienen las zonas erógenas más allá de lo genital. La teoría de los estadios libidinales es central en la elaboración freudiana y basta observar a un niño para ver sus etapas: oral, anal, fálica. También es suficiente detenerse en un adulto para comprobar sus fijaciones.

Pero el peso dado a la sexualidad no convierte al psicoanálisis en un monismo pansexualista donde todo sería sexual. Freud se afanó en contraponerle otras fuerzas que entran en conflicto con ella, que por momentos se mezclan, que se entrelazan o que se separan. El dualismo pulsional atraviesa la teoría freudiana y tiene distintos nombres:

pulsiones sexuales opuestas a las pulsiones de autoconservación, pulsiones sexuales opuestas a las pulsiones del yo, pulsiones de vida opuestas a las de muerte.

**Jung rechazaba la idea freudiana y consideraba que la libido era un “empuje voluntario”. En 1911, la divergencia se puso de manifiesto; recusó el complejo de Edipo y la idea del incesto, y negó el origen sexual de la neurosis.**

Se advierte el camino recorrido por Freud. Contra los sexólogos que no consideran el aspecto inconsciente ligado a la sexualidad o que la reducen a la genitalidad, contra Jung que quiere ahogarla en una instancia asexual. La libido no solo puede investir a los objetos que ejercen atracción, sino también al propio sujeto y así dar una explicación al narcisismo. También la libido puede desplazarse, puede cambiar de objeto y de fin, invistiendo objetos valorados socialmente, proceso llamado *sublimación*. Freud gusta de pensarla como una ameba que emite pseudópodos, que sale y que retorna al propio cuerpo. Su viscosidad y también sus posibles desplazamientos explican el proceso analítico y los cambios que allí puede experimentar un sujeto, así como lo que se mantiene inmovible de su singularidad. Para hablar de ella, Freud recurre a un símil zoológico y Lacan, a un mito llamado *de la laminilla*, que contrapone al mito del andrógino. El mito del andrógino domina a la civilización occidental bajo la forma de la “media naranja”. Es el postulado de Aristófanes en *El banquete*, de Platón, al referirse a un origen donde existe un ser compuesto por dos mitades que por castigo de los dioses se dividen; luego cada una busca a la otra en el amor, para así restablecer la unidad perdida. Lacan se opone a tal concepción porque esta sostiene que hay complementariedad y que solo hay que encontrarla. El mito de la laminilla, en cambio, indica que en cada nacimiento se escapa algo así como una sustancia inmaterial, pura vida que se expande y que se derrama, no se deja atrapar, no se la puede encerrar ni guardar, y ocurre también que inadvertidamente puede acosarnos por la noche, aparecer de modo siniestro y mortífero mientras dormimos plácidamente. No bien surge en cada nacimiento, los sujetos luchan contra esta sustancia, le ponen trampas, intentan dominarla o educarla, sin conseguirlo jamás porque la laminilla es indomeñable e inmortal.

**¿Sabías que...** el concepto de *libido* tiene, en el psicoanálisis, un sentido específico y diferente del de la sexología?

La superación del mito del andrógino es la inclusión de la sexualidad como órgano del cuerpo que participa de la pulsión y del significante. Es en esa doble pertenencia de la sexualidad donde se revela su carácter mortífero para el sujeto. A su propia superación del mito clásico, Lacan la llama, pues, *mito de la laminilla*; la diferencia principal con Aristófanes y los autores posfreudianos que han teorizado el concepto de libido es que no se la plantea como un campo de fuerzas (dinámica de la libido) sino como un órgano.

La libido como energía pulsional tiene su fuente en las diversas zonas erógenas, que se comportan en su

totalidad como islas respecto del cuerpo; de ahí su carácter parcial y autoerótico. El yo almacena esta energía libidinal, de la cual es el primer objeto, pero a continuación el “reservorio” se comporta, respecto de los objetos exteriores, como una fuente, puesto que de él emanan todas las *catexis*. Para Freud, la salud consiste en poder amar y trabajar, es decir, en la posibilidad de volcar esa libido hacia aquello exterior al yo y al cuerpo, aunque su núcleo persista en ese reservorio. La enfermedad es siempre retracción de la libido en el yo o en el cuerpo y el mito de Narciso la representa: joven, bello y arrogante, al ver su imagen en el agua, quiere encontrarla y desespera, y en esa fascinación letal llega a la muerte.

#### **En pocas palabras**

No es posible entender la conceptualización que Freud hace de la sexualidad sin apelar al concepto de libido.

## **Cronología**

### **Siglo XIX**

El término *libido* es utilizado por los fundadores de la sexología, Albert Moll y Richard von Krafft-Ebing, como denominación de la energía del instinto sexual.

### **1894**

Freud comienza a mencionar la libido en sus cartas a Wilhelm Fliess.

### **1905**

Se publica la primera edición de la gran obra “Tres ensayos de teoría sexual” (vol. VII), en la que Freud desarrolla las transformaciones de la libido, cómo se concentra en los objetos, cómo se fija en ellos o los abandona y cómo sustituye un objeto por otro. Los objetos representan aquello exterior al yo y su investidura será llamada *libido objetal*; de ahí la clásica oposición entre las pulsiones sexuales –la libido objetal– y las de autoconservación. Siguiendo a Schopenhauer, Freud dirá que las primeras tienden a la conservación de la especie y las segundas, a la conservación del individuo.

### **1911**

En “Introducción del narcisismo” (vol. XIV), Freud postula que las pulsiones sexuales no solo invisten a los objetos sino al propio “yo” en el fenómeno del narcisismo, pero el dualismo no se abandona: las pulsiones sexuales se oponen a las de autoconservación en ambos casos.

## 15. El placer

**El placer es concebido primeramente por Freud como reducción de una tensión, disminución de una cantidad, liberación de una carga. De este modo, forma parte de la tendencia originaria a la evitación del displacer, articulada en él con el principio de inercia. En el origen de su obra, el placer es pensado en términos fundamentalmente negativos: cesación de un dolor; sustracción de un estímulo, alivio de una excitación. Los grandes descubrimientos freudianos parten de la formulación de los obstáculos hacia la realización de este principio y llevan a reformularlo. Al término de su obra, Freud se interroga no solo por la cantidad sino por la cualidad del estímulo: pretende encontrar en el ritmo de la excitación, y no solo en su disminución, un criterio que lo autorice a hablar del placer con una gravitación ya no centrada exclusivamente en lo negativo.**

La formulación del principio de placer tiene una referencia concreta en un modelo energético propio de la física. Definido en términos de una reducción de la excitación, se articula con el principio de constancia, en el cual se trata de mantener a aquella en un nivel mínimo. Hay huellas en Freud de la científicidad de su época. El origen del principio de constancia se halla en Fechner, fundador de la psicofísica, de quien, junto con Helmholtz, son tomadas las alusiones centrales en torno de la energética. Pero la experiencia de satisfacción como lugar propio del psicoanálisis entraña una ruptura con el placer entendido como constancia.

**Epicuro sabía de la irremediable abertura trazada por el deseo. Por eso considera que la felicidad consiste en la ataraxia, que tiene por condición la limitación de las pasiones –de allí el desapego respecto de la riqueza y los honores– y la confianza en los dioses.**

El niño hambriento llorará o pateará inerte, pero la excitación se mantiene inmutable. Solo puede producirse un cambio cuando por auxilio del otro se realice el trabajo de la acción específica, que cancela el estímulo endógeno. Un componente esencial de esta vivencia de satisfacción es, para Freud, la asociación entre la imagen mnémica de la nutrición y la excitación proveniente de la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, se suscitará una moción psíquica que querrá investir nuevamente la huella de aquella percepción y así restablecer la situación de la satisfacción primera. Tal moción se llama *deseo*, pero la nostalgia por querer reiterar la experiencia de satisfacción originaria no conducirá al placer porque el objeto está perdido y solo quedan sus huellas representacionales.

El deseo introduce una nueva forma de satisfacción –el cumplimiento, la realización–, que no coincide con el placer entendido como reducción de la tensión, porque no conlleva la disminución de la excitación ni conduce a la descarga. Al enmarcarse en una búsqueda infructuosa, abre repetitivamente la brecha entre la huella y el objeto, radicalmente perdido. El deseo hace caer el marco homeostático vinculado con la reducción de la cantidad. Se impone, en todo caso, una nueva forma de placer que no se iguala con el principio de placer: el placer de desear, la tensión del anhelo. El principio de placer es el placer como puro

descenso, liberación clara, mientras que Freud prefiere nombrar al deseo como lo que impulsa el trabajo psíquico, como su motor más intrínseco.

Si bien el deseo hace caer el marco homeostático vinculado con la reducción de la cantidad e impone una nueva forma de placer, que no se iguala con el principio de placer, el verdadero quiebre del principio de placer es introducido con el concepto de pulsión.

**¿Sabías que...** el psicoanálisis diferencia el concepto de placer del concepto de goce y que Lacan se apoya en el más allá del principio de placer en sus primeras elaboraciones relativas al goce?

El fracaso de la función del sueño ilustra de qué modo el deseo no recubre a la pulsión. Para Freud, el sueño cumple su misión cuando logra enlazar el deseo de dormir con el cumplimiento de un deseo inconsciente. Así, la labor onírica realiza el trabajo de ligar la excitación a las huellas mnémicas desiderativas, al modo de la vivencia de satisfacción. Mientras esa tarea se realiza eficazmente, cabe pensar al sueño como guardián del reposo. La conjunción entre la pulsión y el deseo garantiza el dormir y atempera la perturbación. Y el placer, aun conllevando una cuota de displacer, no se cuestiona; las ficciones del anhelo suministran satisfacciones.

Dice Lacan que el psiquismo está más preparado para alucinar que para satisfacer la necesidad. El deseo organiza al placer en torno a ficciones representacionales que imposibilitan la descarga, ya que estas abren el surco de la separación inevitable con el objeto. Para Freud, el deseo busca un objeto radicalmente perdido y esta búsqueda no lleva a la reducción de la excitación, es decir que hace fracasar al principio de placer.

Si el sueño mismo implica ya una modificación del principio de placer en la medida en que el deseo impone un nuevo placer, que es el de desear, la pulsión introduce un franqueamiento mayor y hace que el mismo deseo sea traspasado. Lacan asegura que el sujeto despierta... para seguir soñando, es decir, para reponerse de la conmoción apelando a los discursos de la vigilia, que también son sueños. El despertar es una ráfaga que, tal como el relámpago de Heráclito, da un destello iluminante advirtiendo que no todo es sueño: hay un real. La pulsión freudiana es un concepto que se articula, de modo privilegiado, con esta dimensión. Freud nunca la piensa como puramente psíquica (sí, en todo caso, como concepto límite entre lo psíquico y lo somático) y siempre plantea exigencias a la tramitación representacional, y así hace caer cualquier pretensión de equiparar el psicoanálisis con el idealismo.

Lo real, entonces, quiebra el principio de placer como reducción de la excitación y hace fracasar al placer articulado con las ficciones del deseo. La sexualidad es disarmónica, disruptora, traumática y antihomeostática.

#### **En pocas palabras**

A lo largo de su obra, Freud descubre que no puede reducirse el placer a una reducción del estímulo y que, desde

distintos ángulos, impera un... más allá del principio de placer.

## **Cronología**

### **Fines del siglo XIX**

En los medios científicos se extienden a la psicología y a la psicofisiología los principios más generales de la física. Así se aplica a la psicología el principio de conservación de la energía, según el cual, en un sistema cerrado, la suma de las energías permanece constante.

### **1900**

Freud equipara el principio de placer al de displacer al desarrollar la hipótesis de un aparato psíquico primitivo cuyo funcionamiento es regulado por la tendencia a evitar la acumulación de excitación y a evitar en lo posible la excitación. Tal principio preside el funcionamiento del inconsciente.

### **1915**

Freud comienza a pensar el tema de la cualidad que hace que existan tensiones placenteras; el placer ya no se liga solo con una disminución de la excitación.

### **1920**

Hechos de la clínica muestran que los sujetos repiten situaciones que no se ligan con el placer. Freud descubre el “más allá del principio de placer” y lo articula con la repetición.

## 16. El deseo

Para Freud el deseo es el motor de la actividad psíquica y tiende a realizarse al restablecer los signos ligados a las primeras experiencias de satisfacción infantil. Así, su causa es aquello que no se encuentra, ya que el objeto está radicalmente perdido y solo quedan sus huellas. Pero el creador del psicoanálisis no considera solo su carácter regresivo, sino también su vertiente progresiva. Al retrotraerse al pasado, el deseo tiene una actualidad presente que se proyecta hacia el porvenir. Freud utiliza el vocablo *Wunsch*, que en alemán es mucho más *voto* que *concupiscencia* o *apetencia* (términos en todo caso más afines a *pulsión*), y así marca una relación importante con el recuerdo, con el investimento de las huellas, con las imágenes mnémicas de la percepción.

La matriz del deseo es, para Freud, la experiencia de satisfacción. Pensemos en el “cachorro humano”: el niño hambriento llorará o pateará inerte, pero la situación se mantiene inmutable. Solo puede producirse un cambio cuando, por auxilio del otro, se realice el trabajo de la acción específica que cancela el estímulo endógeno. Un componente esencial de esta vivencia de satisfacción es, para Freud, la asociación entre la imagen mnémica de la nutrición y la excitación proveniente de la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, se suscitará una moción psíquica que querrá investir nuevamente la huella de aquella percepción, que restablecerá la situación de la satisfacción primera. Tal moción es lo que llama *deseo*; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción.

El deseo introduce una nueva forma de satisfacción –el cumplimiento, la realización– que se sitúa en las antípodas del placer entendido como reducción de la tensión, porque no conlleva la disminución de la excitación ni conduce al equilibrio homeostático. Enmarcándose en la búsqueda infructuosa de la identidad de percepción, abre repetitivamente la brecha entre la huella y el objeto radicalmente perdido.

En la primera parte de su enseñanza, Lacan se centra en el deseo y vuelve a ponerlo en el primer plano de la teoría analítica. Dentro de esta perspectiva, lo diferencia de términos como *necesidad* y *demanda*. La necesidad se dirige a un objeto concreto con quien se satisface, la demanda se articula en palabras y es demanda de amor más allá del objeto, y el deseo es irreductible a la demanda y no se articula con palabras, tiene un carácter incondicional y absoluto.

En una línea diferente a la de Hegel, Schopenhauer considera que el hombre es esclavo de un deseo como apetito irrefrenable con el que se consume en vías de una felicidad imposible, ya que tal cadena conduce a un permanente desasosiego.

Un análisis acota los deseos que siempre dejan al sujeto insatisfecho, privilegia la satisfacción, conmueve las ilusiones y los anhelos inagotables de las quimeras irreales. Un análisis conduce al encuentro con los

**deseos más reales y hace más feliz al sujeto, no extraviado ya en lo imposible.**

El tiempo es el que revela la vanidad y la nada de todos los objetos de la voluntad; bajo la forma temporal la vanidad de las cosas se manifiesta en lo fugaces que son:

La vida para cada individuo tiene una enseñanza, y es que los objetos de su querer son engañosos, desconocidos y decrépitos y causan más dolores que alegrías hasta el instante en que la vida se derrumba en el mismo terreno en que se alzaban estos deseos. Y en ese momento viene la muerte, como último argumento, a acabar de convencer al hombre de que todas sus aspiraciones y toda su volición no son más que error y locura.

**¿Sabías que...** la diferencia entre la necesidad y el deseo es que la primera encuentra su satisfacción en el objeto adecuado mientras que el segundo bordea un imposible?

En la última parte de la enseñanza de Lacan, se produce un giro respecto de la teorización del deseo, en el que resuenan los ecos de *El mundo como voluntad y representación*. En este viraje, Lacan deja lo que podría entenderse como una apología del deseo para, remitiéndose al orientalismo, ubicar su carácter ilusorio, vacuo, evanescente. Es la satisfacción lo que más importa y por ello se diferenciarán los deseos ligados a ella de aquellos que solo parten de la falta y de la prohibición. De ahí esta sugerente apreciación de Miller, a propósito de los albores de su acercamiento a Lacan:

Si me había sorprendido la palabra falta fue en efecto porque concentraba eso de lo que tenía conocimiento de la elaboración de Lacan y le daba la base de su teoría del deseo, incluso, salvo revisión, de toda teoría del deseo. ¿Acaso diré sin excepción? Seamos prudentes, quizás haya una gran teoría del deseo que prescindiera de ella.

Hay deseos que solo están fundados en la prohibición o en los ideales que se pretende alcanzar, y no es seguro que el sujeto quiera pagar su precio. Vale recordar aquí el antiguo proverbio chino: “Ten cuidado con lo que desees, porque puede realizarse”. El análisis lleva al sujeto a que no desee lo imposible, a que sus deseos tengan relación con su singularidad en lugar de querer emular la de los otros.

En la primera teorización del deseo, Lacan se apoya mucho más en Hegel que en Freud. El deseo freudiano es nostálgico, ignorante de la otredad, evocativo, reminisciente. En cambio, Hegel utiliza para referirse al deseo la palabra *Begierde* en lugar de *Wunsch*; la traducción de es-te término al francés que Hyppolite hace es *désir*, y nosotros, en español, usamos la versión de Roces, quien traduce *Begierde* como *apetencia*. En los comienzos de su obra, Lacan conceptualiza el término *deseo* a partir de esta tradición filosófica y le da un carácter de reconocimiento, codicia, apetito, que está ausente en Freud. Podemos decir que el psicoanalista francés “antropologiza” el deseo humano al definirlo como deseo del Otro, en cuanto que se configura por dicha mediación. No solo deseamos lo que el otro desea, sino que es en el campo del Otro donde nuestro deseo se organiza.

#### **En pocas palabras**

Lacan dice que, en el análisis, el sujeto es llevado a saber si quiere realmente lo que desea.

# Cronología

## 1901

“La interpretación de los sueños” es la primera obra en que Freud habla de “deseo inconsciente”, deseo que no tiene tiempo: siendo infantil, es presente y al mismo tiempo se proyecta en el porvenir. El psicoanálisis muestra, tomando como base el sueño, la manera en que el deseo aparece en las otras transformaciones del inconsciente en forma de una transacción con la defensa.

## 1958-1959

Lacan hace una nueva lectura del deseo de Hegel y ubica como constitutivo del deseo al deseo del Otro. Así, el deseo del sujeto surge en el campo del Otro. Al mismo tiempo, diferencia este término de otros como *necesidad* y *demanda*. La necesidad se dirige a un objeto específico, con el cual se satisface; la demanda se formula en palabras y se dirige al otro; el deseo es irreducible a la necesidad, ya que se afirma más allá de su objeto, y es irreducible a la demanda, al afirmarse más allá de las palabras.

## 1964

Lacan distingue los deseos que solo se articulan con lo prohibido de aquellos amarrados a lo más real del sujeto, a sus pulsiones desconocidas. Al mismo tiempo diferencia el deseo del analista de los deseos neuróticos, y da al deseo del analista un carácter fundamental en la dirección de la cura.

# 17. La felicidad

**La búsqueda de felicidad ha gobernado y gobierna el anhelo del hombre en toda la historia de la humanidad. Basta con notar la facilidad con que expresamos el deseo de felicidad: “feliz año”, “felices fiestas”, “feliz viaje”, “feliz estadía”, “feliz cumpleaños”, “feliz matrimonio”, “feliz nacimiento”, etc. Y seguramente este afán intente ser un antídoto contra las desgracias de la vida, sus sinsabores, el dolor de existir, en fin, todo aquello que antes bien la contraría. Tal vez por esto tales augurios se levanten generalmente frente al futuro por venir, la incertidumbre del mañana. Sin embargo, no hay término que se preste a tantos sentidos, a tantas interpretaciones, a semejante pluralidad de concepciones; de ahí la eterna pregunta: ¿qué es la felicidad?**

¿Cuál es la respuesta del psicoanálisis a la eterna pregunta? El creador del psicoanálisis es contundente cuando, en la cercanía de las postrimerías de su obra, afirma sobre el placer:

Este principio gobierna la operación del aparato anímico desde el comienzo mismo, sobre su carácter acorde a fines no caben dudas, no obstante lo cual su programa entra en querrela con el mundo entero, con el macrocosmos tanto como con el microcosmos. Es absolutamente irrealizable, las disposiciones del Todo – sin excepción– lo contrarían; se diría que el propósito de que el hombre sea “dichoso” no está contenido en el plan de la “Creación”.

Sin embargo, luego de estas afirmaciones, Freud asevera que la felicidad es episódica y parcial, amante de los contrastes y de las diferencias, intempestiva y nunca continua. Y prosigue:

Lo que en sentido estricto se llama felicidad corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de éxtasis, y por su propia naturaleza solo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio de placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado. Ya nuestra constitución, pues, limita nuestras posibilidades de dicha.

¿Sabías que... tanto Freud como Lacan creen en una felicidad posible y la sostienen pero recién luego de haber identificado la felicidad que no es posible?

Resuena la conocida afirmación de Borges: “En todo día hay un momento celestial y otro infernal”.

Resulta interesante observar cómo hoy en día nos asechan las exigencias de felicidad, los imperativos de dicha, el deber de ser felices... todo el tiempo. Pero la felicidad freudiana no es contraria al altibajo, ya que, antes bien, lo supone; esta felicidad emerge cual ave fénix, siempre entre cenizas. Al intentar hacer desaparecer la disparidad de las tonalidades, ¿no se eliminaría la felicidad misma? Paradójicamente, el hombre siempre eufórico sería el hombre infeliz, dado que, cuando la felicidad está regida por el deber superyoico como exigencia de perdurabilidad, dejaría de ser felicidad.

Se sabe de la influencia de Schopenhauer tanto en Freud como en Borges, y no solo en ellos, sino también en Nietzsche, en Popper y en Cioran, entre otros. Siguiendo las doctrinas orientales, el filósofo alemán considera que el hombre es esclavo de su deseo, de una voluntad ciega que lo conduce a un apetito irrefrenable con que se consume en vías de una felicidad imposible, por el desasosiego resultante de tales cadenas. El pesimismo de Schopenhauer se funda en que las pretensiones de los hombres son ilimitadas, los anhelos son inagotables, los sueños satisfechos engendran una y otra vez nuevas aspiraciones y nada harta su codicia, nada pone término a sus exigencias, nada colma “el abismo sin fondo del corazón”.

Sin embargo, el pesimismo de Schopenhauer no es equivalente al de Freud, ya que para este el carácter episódico de la felicidad no la torna menos valiosa ni la hace por ello desdichada. Lo perecedero no queda identificado con lo fútil, como tan bien está expresado en un breve texto llamado “La transitoriedad” (vol. XIV), que, si bien trata sobre el placer estético, es importante considerar aquí porque alude al valor de lo episódico. Se trata de un homenaje sencillo y traslúcido a Goethe, a la vez que un canto a la vida, en medio de los horrores de la Primera Guerra Mundial, que se hallaba entonces en su segundo año. Freud se limita a contar una anécdota. Paseando con dos amigos, uno de ellos un joven aunque ya célebre poeta, los caminantes se sienten de pronto embargados por el hermoso marco que los rodea. Pese a admirar la belleza de la naturaleza circundante, el poeta no puede gozar en plenitud pues le preocupa la idea de que todo ese esplendor esté condenado a perecer. Todo, en suma, le parecía carente de valor por la transitoriedad a la que está condenado y que, seguramente por la despiadada guerra, se hace aún más presente.

**Un análisis acota necesariamente la proliferación de los anhelos, esos que además son tan exacerbados por el capitalismo. Pensemos de qué manera el mercado potencia la gula del deseo y galvaniza la insatisfacción que impulsa al consumo.**

Freud reacciona frente a la desestimación del carácter perecedero de lo bello, al indicar primeramente que tal posición puede originar dos tendencias psíquicas distintas: el amargado hastío del mundo (caso del poeta) o la rebelión contra la fatalidad, en otros términos, la negación de la muerte o de la aniquilación. Sin embargo, y sin negar la índole transitoria de lo bello, sostiene con implacable coherencia que, al revés de lo que cree el poeta, la brevedad de lo bello, lejos de conllevar su desvalorización, incrementa su valor debido a su rareza en el tiempo. Y lo expresa diciendo que el valor de cuanto bello y perfecto existe reside en su importancia para nuestra percepción; no es menester que la sobreviva y, en consecuencia, es independiente de su perduración en el tiempo. El joven poeta desvaloriza lo bello, se priva de su goce, se sustrae al placer que la contemplación de lo estético entraña para evitar el previsible penar por su desaparición. Con tal de no exponerse al dolor y al sufrimiento, rehúye la experiencia del placer; no puede entonces experimentar tal goce porque lo apreciado no acredita duración en el tiempo.

Lacan dice que no hay que empujar muy lejos el análisis: “Cuando un analizante piensa que él está feliz de vivir, es suficiente”. “Feliz de vivir” sería una felicidad no basada en la búsqueda del tener ni en el esperar, curada entonces de los desdichados deseos que la malogran. Al final de su obra, el psicoanalista francés le da mucho más lugar a la satisfacción que a las ansias que la dificultan, en una orientación donde se resaltan, en todo caso,

los deseos más reales.

¿Qué sería una felicidad perdurable si jamás fuese experimentada? Pronto caemos en la cuenta de que no sería más que una felicidad supuesta, soñada, esperanzada, que representa un obstáculo para vivenciar la felicidad posible. La desilusión acompaña siempre al deseo; aun cuando hemos alcanzado el objeto perseguido, este, lejos de tender hacia un objeto como a su fin propio, constituye en rigor su único y propio fin. Se infiere que, entonces, para Schopenhauer, entre el deseo y la felicidad no hay acuerdo porque el deseo, como voluntad siempre insatisfecha, lleva a la desdicha.

Ese desacuerdo no se le escapa a Lacan cuando afirma que “La felicidad se rehúsa a quien no renuncie a la vía del deseo”. En el comienzo de su obra, concede un lugar privilegiado al deseo, motor del aparato psíquico para Freud. Sin embargo, pronto advierte que no se puede hablar del deseo en general, que no todos tienen el mismo valor.

“Hay también deseos vacíos, deseos locos, que parten de que no se trata más que del deseo, por ejemplo, de algo que le han prohibido”. La gran paradoja que descubre el psicoanálisis es que no es exactamente lo mismo querer que desear. Dicho de otra manera: se puede desear algo que en realidad no se quiere y que solo se anhela porque no se realiza; esto conduce inevitablemente a la insaciable búsqueda de otra cosa, es decir, al afán de felicidad que encamina a la desdicha. En un análisis debería producirse un ajuste entre los dos términos; así, dice Lacan que “el sujeto está llamado a renacer para saber si quiere lo que desea” y esta es “la verdad que con la invención del psicoanálisis Freud traía al mundo”. No se trata entonces del mero desear sino de querer lo que se desea.

#### **En pocas palabras**

La felicidad es episódica, parcial y transitoria... como la vida misma.

## **Cronología**

### **Siglo VIII a.C.**

En la Antigüedad, el término *felicidad* refiere a la doble fortuna; así, por ejemplo, es notable ver en obras artísticas la felicidad representada por el dios Jano. Sus cabezas simbolizan la buena y la mala fortuna.

### **Siglo IV a.C.**

Con Aristóteles, la felicidad se equipara a la virtud, virtud de eudaimonía. Así, la felicidad es “una actividad del alma que expresa la virtud”. La manera en que los placeres pueden estar ligados a la ética interesa vivamente a Lacan.

**1929-1930**

Freud señala que la felicidad posible es en contraste con lo imposible.

**1958**

Lacan afirma que el análisis lleva a que el sujeto pueda saber si quiere lo que desea.

**1963**

En “Kant con Sade”, Lacan (1975c) contrapone la felicidad al deseo, dado que el deseo conduce a la falta de sosiego.

**1976**

Lacan propone que el análisis concluye cuando el sujeto se siente feliz de vivir.

## 18. El trauma

La palabra *trauma* proviene del discurso médico y designa una herida o lesión de los tejidos producida por agentes mecánicos. El psicoanálisis tomará el término y generará un nuevo concepto, que subvierte en sus líneas capitales al primero. Freud descubre que la sexualidad tiene un sesgo traumático ya que, al igual que los traumas producidos por estímulos externos, produce un *quantum* de excitación que no puede tramitarse por las palabras que intentan darle significación. La sexualidad es traumática porque no entra en armonía con el yo ni con los ideales que buscan un sentido clausurado; quizá por ello en el campo erótico es donde el sujeto se confronta con lo que no cierra, como también le ocurre frente a lo inesperado.

En un sentido freudiano, el modelo del trauma es la situación real de desamparo; por ello esta ocasión se refleja mucho más en el niño y retorna en diferentes momentos de la vida. En el infante, se desencadena ante todo lo que le resulta extraño y que deshace los referentes simbólicos e imaginarios que le dan seguridad.

“Histeria traumática” es para Charcot una suerte de cuadro marginal, aislado y diferenciado de los de casuística constitucional. Freud escucha psicoanalíticamente: lo que sorprende, lo que aparece como accidental, lo que subleva un criterio establecido articula una verdad. La analogía patógena de la histeria común con la traumática justifica la extensión del concepto de histeria traumática.

Las pacientes histéricas de Freud remiten sus síntomas a una escena de seducción en que se vivencia lo ominoso de la sexualidad y el consiguiente desvalimiento. En un comienzo, Freud cree que allí reposa el trauma, para luego advertir que es la sexualidad misma la que tiene tal carácter, sin que se trate necesariamente de la existencia de un adulto perverso.

**El trauma afecta a todos los seres humanos. Para algunos fue un encuentro único, brutal, por sorpresa e inolvidable. Para otros, se trata de una experiencia colectiva marcada para siempre por lo arbitrario, la voluntad de destrucción, la pulsión de muerte.**

Para Charcot, la etiología de la histeria es hereditaria; los demás factores que contribuyen a su eclosión serán llamados *agentes provocadores*. Pero la investigación también recae en un tipo de cuadro denominado *histeria traumática*, que se aparta de dicho criterio normativo. En esta neurosis, los síntomas aparecen tras un período de latencia consecutivo a un traumatismo físico, traumatismo incapaz de explicar, a nivel neurológico, la parálisis emergente. Extrañado por este fenómeno, Charcot lo reproduce artificialmente mediante hipnosis y descubre que los síntomas en cuestión no son ocasionados por el *shock* físico, sino por las representaciones ligadas a él. Freud dirá que es en este punto donde Charcot sobrepasa el nivel de su tratamiento general de la

histeria, y así da el paso que le asegurará para siempre el renombre del primer esclarecedor de la enfermedad.

**¿Sabías que...** Freud descubre la histeria traumática a partir de una observación de Charcot que este no tiene en cuenta?

En “Bosquejo de una comunicación preliminar”, de Freud y Breuer, la histeria traumática es el denominador común que anuda ambos pensamientos (Freud, vol. I). Pero hay diferencias, junturas imposibles: los lineamientos de Freud no son los de Breuer, el trauma para Freud se liga a la sexualidad. El síntoma como reminiscencia testimonia la imposibilidad de su olvido.

Ya en “Proyecto de psicología” Freud (vol. I) introduce la noción de “mentira” del síntoma: *Proton pseudos* es uno de los títulos de los apartados del “Proyecto...”. La *proton pseudos* no será sino “una conclusión falsa en el razonamiento lógico”.

Para explicarlo, Freud presenta una viñeta clínica muy simple de una joven histérica que no solo no puede entrar en las tiendas, sino que no puede dejar de pensar en ello. El ejemplo nos permite ver por qué Freud habla de *proton pseudos*, por qué dice que el síntoma miente. En efecto, donde hay miedo al encuentro sexual con el hombre, el síntoma señala un temor a entrar en las tiendas. Ahora bien, Freud dirá que el síntoma miente pero, al mismo tiempo, hace presente la verdad del encuentro de goce que el síntoma memoriza. Esto le sirve a Freud para darse cuenta de que, antes de preocuparse por curar el síntoma, es mejor esmerarse por revelar su secreto.

Un atentado de naturaleza sexual se revela como tal a partir de su recuerdo, que despierta otro suceso acaecido tiempo más tarde. El momento traumático es incapturable: anuncio de una temporalidad que trastoca la pregunta por los orígenes, es decir, la pregunta misma sobre el trauma en su raigambre etiológica. Ema no puede entrar sola en una tienda y lo explica evocando la risa de dos dependientes. Estos se ríen de sus vestidos; uno de los sujetos le había agradado. La escena transcurre en el florecimiento puberal de la joven, pero en sí es contingente; su eficacia deriva de su conexión con otro suceso acaecido en la infancia. La risa de los dependientes reactiva el recuerdo de la mueca sardónica con que aquel pastelero acompañó el intento de pellizcarla a través de sus vestidos. Es la segunda escena la que confiere tinte traumático a la primera, ¿por qué?

Freud dirá que la perturbación del proceso psíquico normal depende de dos condiciones: que el desencadenamiento sexual arranque de un recuerdo en lugar de una vivencia y que tal desencadenamiento ocurra prematuramente. Estas ideas serán retomadas en la obra de Freud. La prematuración del despertar de la sexualidad se liga con la prematuración biológica del nacimiento del hombre, la premura signa su destino y el destiempo estigmatiza sus avatares. El descubrimiento de la sexualidad en la infancia es el del destiempo y –en términos lacanianos– el de la ausencia de relación sexual. Surge en un

momento en el cual el niño no puede tramitarla psíquicamente por la inmadurez simbólica y se juega con objetos –el Edipo– que hay que abandonar. Este desfase, esta discordia, signará la vida misma. Aunque Freud abandone la teoría de la escena de seducción en su valor etiológico, siempre pensará que el corazón del inconsciente es lo real del trauma. La sexualidad anida un agujero; la cantidad, la suma de excitación enfrenta al sujeto con el límite en la significación. Por ello la sexualidad se liga a la muerte como lo imposible de significar.

Freud considera que la vida sexual se presta particularmente a formar el contenido de tales traumas debido al profundo contraste en que se encuentra con el resto de la personalidad y a la imposibilidad de abreaccionar sus contenidos ideacionales. Aquí es importante la referencia a la imposibilidad de abreacción y la idea de contraste. Se denomina *abreacción* a la descarga de emociones y afectos ligados a recuerdos, generalmente de experiencias penosas o dolorosas infantiles que han sido reprimidas. Freud usa a veces el concepto en reemplazo de *catarsis*, que en griego significa originalmente “purga” tanto como “purificación”. Sin embargo, el trauma es un límite y, así, es la marca del hombre inmerso en el lenguaje que deja un resto que no puede reabsorberse en lo simbólico.

#### **En pocas palabras**

El trauma da cuenta de la emergencia de un real como lo imposible de significar, frente al cual se impone el desamparo.

## **Cronología**

### **Desde la Antigüedad**

*Trauma* viene del griego, τραύμα, que designa una herida con efracción, traumatismo, con consecuencias sobre el conjunto del organismo.

### **De 1890 en adelante**

El psicoanálisis recoge las tres significaciones del término: choque violento, efracción y consecuencia sobre el psiquismo.

### **1895-1897**

Se afirma la tesis según la cual el trauma es esencialmente sexual y el enfoque económico es crucial para entenderlo.

### **1920**

El trauma queda articulado con el más allá del principio del placer. Es aquello que irrumpe intempestivamente y así quiebra la re-lación que las representaciones tienen entre sí, perfora el sentido, conduce al sinsentido. La guerra le sirve de modelo a Freud para explicar los alcances devastadores del trauma en el psiquismo, pero más allá de la guerra el trauma anida en el inconsciente de todos los sujetos.

**1964**

Lacan muestra cómo el trauma re-vela que la vida no es puro sueño y que el psicoanálisis no es un idealismo.

## **Capítulo 5**

### Identificaciones sexuales

# 19. El complejo de Edipo

**Freud extrae el mito de la tragedia de Sófocles y, de ahí en más, lo hace conocido por doquier. Hoy en día, la banalización del complejo contrasta diametralmente con lo que Freud dice cuando afirma que ningún descubrimiento había provocado una oposición tan acérrima. Luego, será elevado al rango de rasgo identificador de la comunidad analítica como trazo que define su pertenencia. Freud sostiene que, históricamente, el reconocimiento del Edipo se ha convertido en el santo y seña que distingue a los partidarios del psicoanálisis de sus adversarios.**

Freud habla por primera vez del Edipo el 15 de octubre de 1897. Se trata de un momento muy particular, ya que días antes le dice a Fliess que ya no cree en su neurótica. Así cae la teoría de la seducción como el pilar que sostenía la etiología de la neurosis. El Edipo estará en el lugar de ese cimiento derrumbado: “Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana”.

Sin embargo, si analizamos determinados textos, advertimos que Freud considera que el complejo de Edipo cumple una función de desconocimiento. En la conferencia 21 (vol. XVI) dice:

Para la época en que la madre deviene objeto de amor, ya ha empezado en el niño el trabajo psíquico de la represión, que sustrae de su saber el conocimiento de una parte de sus metas sexuales. Ahora bien, a esta elección de la madre como objeto de amor se anuda todo lo que el esclarecimiento psicoanalítico de las neurosis ha aportado bajo el nombre de “complejo de Edipo”.

**¿Sabías que...** Lévi-Strauss descubre que la prohibición del incesto tiene un carácter universal que se manifiesta de diferente manera en las diversas culturas y así marca el pasaje de la naturaleza a la cultura?

El amor edípico supone, entonces, un trabajo de sustracción y de represión de las metas pulsionales. Por ejemplo, para entender la manera en que opera esta elisión, vale recordar lo que Freud dice en otro texto: “Creo, por extraño que suene, habría que ocuparse de que haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de una satisfacción plena”. La prohibición de goce, centro del complejo, vela así la imposibilidad de goce pleno; dicho de otra manera, el goce interdicto conduce a la suposición de que ese goce sería posible si no estuviese vetado.

El complejo de Edipo es una noción tan central en el psicoanálisis como la universalidad de la prohibición del incesto a la cual está ligado. Podríamos pensar que Freud habría elevado un descubrimiento hecho sobre él mismo en su autoanálisis a la dimensión de un universal para el inconsciente, procediendo por un camino inductivo: de su caso particular concluye una regla universal. Este trayecto es el que él desaconseja en relación con cada análisis, ya que recomienda al analista tomar cada caso como único y olvidar lo general e

incluso lo aprendido en otros casos. Si el Edipo es la estructura común a todos, ¿acaso esta estructura no enmascara el goce más íntimo, más singular, más secreto disimulado en los motivos edípicos que el sujeto comparte con sus congéneres?

El alcance universal del complejo indica un universal montado en el padre, interdictor, muerto, objeto finalmente de odio y de amor. El complejo nuclear de la neurosis alberga así hondas raigambres religiosas que no se le escapan a Freud cuando sostiene que en el Edipo se encuentra el origen de la religión, la ética y la moral. Ya san Pablo, en el pasaje más famoso de sus escritos, el versículo 7 del capítulo 7 de la Epístola a los romanos (Biblia, 1993), sostiene que no hay pecado anterior ni independiente de la Ley; la Ley, pues, crea el pecado o, mejor dicho, la Ley crea el pecado al prohibir el deseo: “Pero el pecado, aprovechando la oportunidad del mandamiento, produce en mí todo tipo de codicias. Sin la ley, el pecado está muerto. Alguna vez yo viví sin la ley, pero cuando llegó el mandamiento, el pecado revivió y yo morí, y el mismo mandamiento que prometía vida demostró ser muerte para mí”.

**El horror a la idea del incesto confluye con la atracción que genera, producto de la misma prohibición. Vencer ese horror implicaría necesariamente traspasar el complejo de Edipo, afirmación de un goce no basado en la transgresión.**

San Pablo ilustra de manera ejemplar en esta frase el circuito de la morbosidad mortificante de la prohibición y el deseo. La interdicción crea el pecado al constituir al goce como ilícito y culpable. Paradójicamente, transgredir la ley no quiere decir otra cosa que ser obediente a sus designios, verse compelido irremediabilmente a desear lo prohibido, alienarse inexorablemente en el deseo del Otro.

El complejo de Edipo es la representación inconsciente a través de la cual se expresa el deseo sexual o amoroso del niño con el progenitor del sexo opuesto y su hostilidad respecto del de su mismo sexo. Tal posición puede ser inversa y entonces se la llama “Edipo invertido”. El complejo de Edipo aparece entre los tres y los cinco años, y su declinación abre el período de latencia. Su resolución después de la pubertad se concreta en un nuevo tipo de elección de objeto.

Lacan ubica en el fin del análisis un amor fuera de los límites de la ley, amor que podemos pensar como no amarrado a este circuito: más allá, pues, del deseo transgresor generado por la Ley; más allá, entonces, del complejo de Edipo. En cuanto a Freud, podemos pensar en una dirección similar cuando dice que el hombre debe vencer el horror al incesto con la madre o con la hermana. Es interesante rastrear el contexto en que llega a esta conclusión. La prohibición edípica produce en muchos sujetos un desdoblamiento de la vida amorosa, personificada en el arte por el amor divino y el terrenal: si aman a una mujer, no la desean y, si la desean, no pueden amarla. Así degradan al objeto sexual y supervaloran al amado, cercano a la madre. La mujer amada es, por esta proximidad, un objeto prohibido con quien no puede desplegarse el goce sexual, confinado a destinarse sin escrúpulo a la mujer degradada. Freud estima posible –

con Lacan– un amor más allá de la ley cuando, ante el mencionado atolladero, dice: “Aunque parezca desagradable y, además, paradójico, ha de afirmarse que para poder ser verdaderamente libre, y con ello verdaderamente feliz en la vida erótica, es preciso haber vencido el respeto a la mujer y el horror a la idea del incesto con la madre o con la hermana”.

#### **En pocas palabras**

El complejo de Edipo designa el mito fundador sobre el que reposa la teoría psicoanalítica.

## **Cronología**

### **430 a. C.**

Sófocles escribe la tragedia *Edipo Rey*.

### **1897**

Freud interpreta por vez primera la tragedia de Sófocles y hace de ella el punto nodal de un deseo infantil.

### **1910**

Aparece la expresión *complejo de Edipo* en los escritos de Freud y se afirma como el complejo “nodular” de las neurosis.

### **1923**

Freud, en “La organización genital infantil” (vol. XIX), sitúa el complejo de Edipo en la etapa fálica y lo enlaza con el complejo de castración.

### **1949**

Claude Lévi-Strauss escribe *Las estructuras elementales del parentesco* (1949), obra en que define la prohibición del incesto como el pasaje de la naturaleza a la cultura. De este modo, brinda universalidad al Edipo.

### **1956-1957**

A partir de *El seminario. Libro 4: La relación de objeto*, Lacan (1956) comienza una nueva lectura del complejo de Edipo, centrada en el significante fálico, para luego, al final de su obra, proponer un más allá del complejo de Edipo como resultado de su análisis.

## 20. La lectura lacaniana del complejo de Edipo

**La reformulación que hace Lacan del complejo de Edipo y el complejo de castración tiene fundamental importancia en la teoría psicoanalítica. Su extensión es tal que ha llegado a círculos que trascienden el campo analítico. A partir de los textos freudianos y su experiencia como analista, Lacan llega a una elaboración propia y riquísima para la clínica. Como novedad, presenta al Edipo en tres tiempos lógicos que marcarán los avatares del falo en el destino del sujeto.**

Luego de muchas de las desviaciones de los posfreudianos respecto de la teoría psicoanalítica, Lacan intenta volver a centrarla en torno a la noción de falo y de castración con su valor de nudo. El falo es fundamentalmente un significante que se esclarece por condicionar los efectos del significado y, si Freud toma como referencia su lugar como simulacro para los antiguos, es para no limitarlo al órgano en sí mismo.

El complejo de castración tiene una función de nudo: 1) en la estructuración de los síntomas tanto en la neurosis como en las perversiones y las psicosis; 2) en la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría ni identificarse ni responder sin graves vicisitudes a las necesidades de su partenaire en la relación sexual ni recibir con justeza las del niño procreado en ellas. Es así como el hombre asume su sexo a partir de la castración y tal condición no es contingente sino esencial.

Así, el complejo de Edipo consiste en diferentes momentos, cuyas alternativas son ser o no ser el falo, tenerlo o no tenerlo; y sus tiempos dependen del lugar que ocupan en el deseo de los tres protagonistas. El primer tiempo es la identificación del sujeto, en espejo, como el objeto de deseo de la madre, es decir, como el falo imaginario. Este momento parte de la idea de Freud acerca de que el hijo es para ella un sustituto del pene. Se trata aquí de ser o no ser el falo, que no es lo mismo que tenerlo, ya que para tenerlo es necesario no haberlo tenido. En ese pasaje necesario por la castración debe intervenir el padre, que hasta ahora solo tiene una presencia velada e implícita. El niño ingresa en la vida como súbdito del capricho materno, juguete de su arbitrio, expuesto a su voluntad. El segundo momento es el de la intervención paterna y el de la interdicción dirigida al hijo y a la madre: al niño, “no te acostarás con tu madre” y a la madre, “no reintegrarás tu producto”. Para que tal interdicción tenga lugar es necesario que su palabra tenga sitio en el decir de la madre y en su deseo, más allá del niño. El padre es en este momento el que priva, pero Lacan –a diferencia de los posfreudianos, que detenían al Edipo en este tiempo del “padre todopoderoso”– se refiere a un tercer momento, que es el del padre que dona: el padre es el que tiene y el que posibilita al niño el acceso a la virilidad.

¿Sabías que... en la Antigüedad grecorromana el falo es la representación figurada del órgano masculino?

Tendrá esos poderes en reserva y ese es el sentido de la latencia; usará esos títulos en el futuro y ese es el sentido profundo de lo que Lacan llama *metáfora paterna*, ya que se instituye algo que es del orden de un significante: está ya como capital y su significación se desarrollará más tarde. Lacan afirma que un hombre verdaderamente viril no es más que su propia metáfora, que con esto nos muestra que jamás se identificará cabalmente con aquello que representa. Así, su conocida frase: “Napoleón no se cree Napoleón, mientras que un loco afirmaría serlo”.

Si el padre freudiano es aquel que fundamentalmente prohíbe, el padre lacaniano del tercer tiempo es el que promete para el futuro. En Freud, la ley se opone al deseo porque la ley del padre es la que prohíbe el deseo incestuoso. En Lacan, el padre liga la ley al deseo; el segundo momento es esencial y por eso lo llama “el corazón del momento privativo del Edipo”. El niño es desalojado, para su bien, de la posición ideal en la cual él y su madre podrían satisfacerse. El “no” del padre es condición para permitir la instauración del tercer tiempo y, a diferencia de Freud, va dirigido fundamentalmente a la madre bajo la forma de “no reintegrarás tu producto”. En el tercer tiempo, el padre que tiene, ese padre real y potente, es el que permite que el niño se identifique con esas insignias.

A medida que avanza en su enseñanza, Lacan separa la castración del complejo de Edipo y sus consideraciones acerca del goce genital masculino muestran su presencia en el campo de la relación sexual. La tumescencia y detumescencia penianas signan a ese placer que se consume al llegar al límite. “*Petite mort*” (“pequeña muerte”) dicen los franceses para aludir al momento refractario posterior a tal culminación. Esa función evanescente, en la que el máximo goce coincide con su fin, se revela mucho más directamente en el orgasmo del varón. Así, se trata de un momento en que sale a la luz la distancia entre el goce masculino y el femenino; de ahí el lamento de muchas mujeres acerca del dormir de algunos compañeros luego del coito. En el acto sexual, los cuerpos se abrazan al unísono, para luego separarse revelándose heterogéneos. Lacan ubica al desfallecimiento fálico como esencial en la experiencia masculina y como aquello que hace comparar a ese goce con la pequeña muerte, y localiza en esa deflación la castración presente en el encuentro entre los cuerpos. Dice aquí Lacan:

La subjetividad se focaliza en la caída del falo. Esta caída existe también en el orgasmo que se realiza normalmente. La detumescencia en la copulación merece nuestra atención porque pone de relieve una de las dimensiones de la castración. El hecho de que el falo sea más significativo en la vivencia humana por su posibilidad de ser objeto caído que por su presencia: he aquí lo que designa la posibilidad del lugar de la castración en la historia del deseo.

La castración no será pensada, al modo freudiano, como una amenaza de parte del padre; lejos de ser algo temido como posibilidad, se localiza a nivel del cuerpo en cuanto caída de la turgencia fálica.

**La significación de la castración no toma su alcance eficiente respecto de la formación de síntomas, sino a partir de su descubrimiento como castración de la madre.**

Para la mujer la salida del Edipo es diferente: sabe que no lo tiene y dónde ir a buscarlo,

al padre, y es allí adonde se dirige. Esto indica en qué sentido una verdadera feminidad tiene una dimensión de coartada, y una verdadera mujer, algo de extravío. Se trata de una desorientación aparente en que el extravío es el de la mirada perdida en detectar quién “lo tiene” y en esto hay orientación. Sin embargo, ese extravío del que habla Lacan al comienzo de su enseñanza nos indica ya lo que elaborará al final: un más allá del falo como goce que no se circunscribe a tal término.

#### **En pocas palabras**

Lacan pensó al Edipo freudiano en términos lógicos que giran en torno al falo y a la castración.

## **Cronología**

### **Antigüedad**

El *falo* –del latín *phallus*, y este del griego *φαλλός*– es otra denominación del pene y a veces de los órganos exteriores masculinos (el pene y los testículos) tomados como un todo.

El vocablo *pene* se reserva al miembro real; *falo* designa antes bien el órgano en el sentido simbólico, mientras que se llama *itifálico* (del griego *ithus*, “recto”) el culto al falo como símbolo del órgano masculino en erección. Investidos de un poder soberano, tanto en la celebración de los misterios antiguos como en diversas religiones paganas y orientales, los dioses itifálicos y el falo son rechazados por la religión monoteísta por remitir a una época bárbara de la humanidad, caracterizada por prácticas orgiásticas.

### **1956-1957**

En *El seminario. Libro 4: La relación de objeto*, Lacan (1994) articula el complejo de Edipo con el falo como significante y para ello se apoya en el caso Juanito descrito por Freud.

### **1957-1958**

Lacan presenta el Edipo en tres tiempos lógicos que sitúan los destinos del falo en la vida del sujeto.

### **1958**

Lacan (1975c) escribe un texto llamado “La significación del falo”, en el que ubica al falo como significante de la razón del deseo.

### **1972-1973**

Lacan establece las fórmulas de la sexuación al identificar cómo se diferencian el goce masculino y el goce femenino, y así establece para la mujer una erótica más allá del falo.



## 21. El complejo de castración

Es imposible entender el complejo de Edipo sin poner en juego el complejo de castración, basado en la respuesta al enigma que plantea al niño la diferencia sexual anatómica de los sexos, diferencia que atribuirá al cercenamiento del pene en la niña. El niño teme la castración como realización de una amenaza paterna en respuesta a sus actividades sexuales; en la niña, la ausencia de pene se siente como un perjuicio sufrido que intentará compensar. Lacan dará a la castración el sentido de una falta que impacta por siempre en el narcisismo y que indica que el goce nunca será total, y no se limita a una amenaza sino que está presente en nuestra vida más allá del Edipo.

El análisis del pequeño Hans tiene un papel determinante en el descubrimiento por parte de Freud del complejo de castración. Se trata de un niño que padece una fobia infantil, y su padre, analizante de Freud, le describe detalles del caso. Basta con observar con detenimiento a un infante y escucharlo para comprobar la vigencia de la teoría psicoanalítica. Recuerdo la perplejidad de mi hija al advertir la existencia del pene en su hermano para luego exclamar: “¡Él lo tiene pero yo voy a tener varios niños!”. Este ejemplo pone en evidencia que el pene es pasible de ser sustituido, que tiene equivalencias en cuanto él y todas ellas representan el falo. Esto se debe a que las implicaciones subjetivas suscitadas por lo fálico son amplias e incluyen la fertilidad, el poder generativo, el erotismo y el poder; de ahí que lo fálico no se reduzca al pene en sí mismo, sino como representante de la turgencia vital.

Freud considera que el niño deja el complejo de Edipo a partir de la amenaza de castración proveniente del padre o de un sustituto capaz de portar esa autoridad para la madre. El infante es presa de una elección forzada: debe elegir entre el enlace libidinal con la madre y el interés narcisista por conservar su pene; por la amenaza de castración vence este último poder. En una suerte de disyunción entre la bolsa y la vida, el pequeño aprende que optar por la bolsa que representa el incesto implica perder la vida; cabe recordar que Lacan habla del falo real en términos de turgencia vital.

La unidad del complejo de castración en los dos sexos solo se concibe por este fundamento común: el falo reviste idéntica importancia en los dos sexos porque el problema es el mismo: tenerlo o no tenerlo. Cuando la niña advierte su carencia, cae presa de la envidia fálica, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo. Es con esta búsqueda como se dirige al padre en la medida en que su madre no lo posee. El deseo de un pene se transforma en el deseo de un hijo del progenitor, al que solo abandona por el temor a la pérdida de su amor.

El pene, entonces, está excluido en el circuito sexual edípico; elegir a la madre es elegir esa omisión, la fantasía de coito en el impotente señalada por Ferenczi y tomada por Freud es la fantasía del regreso al útero materno, donde el miembro viril entra en equivalencia con el cuerpo entero, y nos enseña que en el Edipo se trata de la totalidad

del cuerpo identificado con el falo y que la prevalencia del pene implica mantener esa parte y renunciar al todo. La masculinidad está, pues, necesariamente marcada por el padre, bajo la forma de esa amenaza que no es otra que la de la instauración de la disyunción lógica, en la que algo se perderá inevitablemente.

**El complejo de castración se reconoce en toda la extensión de sus efectos clínicos: envidia de pene, sentimiento de inferioridad, depresión, y sus modalidades se descubren en las estructuras psicopatológicas.**

Dijimos que la virilidad se afirma como consecuencia de una delimitación operada por el padre, pero también debemos agregar que el triunfo del pene sobre el incesto lleva también el sesgo de algo que trasciende al pene mismo, en el que se prefigura la paternidad futura del ahora niño. Para Freud, el pene debe su investidura narcisista extraordinariamente alta a su significación orgánica para la supervivencia de la especie. Entonces, “Se puede concebir la catástrofe del complejo de Edipo –el extrañamiento del incesto, la institución de la conciencia moral y de la moral misma– como un triunfo de la generación sobre el individuo”. Es imposible no retrotraernos a la influencia de Schopenhauer en Freud: este filósofo lleva a tal extremo el valor del genio de la especie sobre el individuo que considera que el amor mismo es una argucia de la que ese espíritu se vale para encaminarlo a sus fines reproductivos.

¿Sabías que... el alcance del complejo de castración parte de la primacía del pene en la fase fálica?

Y si nos remitimos al creador del psicoanálisis, notaremos que el énfasis puesto en la procreación indica la acentuación de un interés narcisista que paradójicamente excede al yo mismo, al servicio, entonces, de un orden que lo traspassa. Se trata aquí de una virilidad que lleva la impronta de lo que la rebasa y que, en una suerte de trascendencia inmanente, conjuga dos polos en general inconciliables: el individuo y la especie.

El complejo de castración es descrito por primera vez en 1908 y relacionado con la “teoría sexual infantil” que, al atribuir un pene a todo ser humano, solo puede explicar la diferencia sexual anatómica por la castración. Esta teoría tiene hondos raíces en el narcisismo y se refleja lógicamente en la imposibilidad de representarse una persona semejante al yo sin esa parte constitutiva esencial. Cuando el varón descubre que la madre no lo tiene, teme sufrir igual destino y abandona así el Edipo porque interpreta que, si persiste ese vínculo incestuoso, el padre lo va a castrar. El agente de la castración es para el niño pequeño el padre, autoridad a la que atribuye todas las amenazas provenientes de las otras personas. Así, este complejo guarda íntima relación con el sepultamiento del complejo de Edipo en el niño e indica que este opera como un corte necesario para la elección exogámica.

La castración en la niña no es motivo para dejar el Edipo, sino la manera en que se orienta hacia el padre. Si la fase fálica aúna a los dos sexos, la castración sella dos destinos separados: el varón tendrá en su vida la angustia del propietario y conservar su pene se transformará en resguardar sus pertenencias; la mujer buscará un sustituto en el

hijo y el amor del *partenaire* será fundamental. Para ello hay que recordar que en el niño la angustia de castración se liga con el temor a perder el pene, mientras que en la mujer, como falta este motivo, ya que se sabe carente, la angustia es la del temor a la pérdida de amor.

La fantasía de castración se encuentra en diversos símbolos: el objeto amenazado puede desplazarse (temores hipocondríacos, extracción de dientes, ceguera de Edipo), el acto puede deformarse, sustituirse por otros atentados a la integridad psíquica, y el agente paterno puede hallar diversos sustitutos en personajes temidos o en animales objeto de fobias.

#### **En pocas palabras**

El complejo de castración se pondrá en juego más allá del Edipo en las diferentes pérdidas de la vida.

## **Cronología**

### **1908**

El complejo de castración es descrito por primera vez por Freud y relacionado con la teoría sexual infantil que atribuye un pene a todo ser humano, teoría que solo se puede explicar la diferencia sexual anatómica por la castración.

### **1912**

En la amenaza de castración que sella la prohibición del incesto se encarna la función de la ley.

### **1923**

Freud otorga a la castración un lugar fundamental en la evolución de la sexualidad infantil para ambos sexos en su articulación con el complejo de Edipo.

### **1926**

Freud liga la angustia con la castración al elaborar su última teoría de la angustia.

### **1937**

En uno de sus últimos artículos, “Análisis terminable e interminable” (vol. XXIII), Freud se refiere a la irreductibilidad a todo análisis de las secuelas que resultan del complejo de castración en el varón y de la envidia de pene en la mujer.

### **1969**

Lacan separa la castración de la amenaza porque está en juego en la pérdida que introduce el significante en los seres hablantes.



## 22. El superyó

**El superyó es una instancia heredera del complejo de Edipo: ya no será el padre quien dicte el deber sino que tendrá por siempre un subrogado. Esa mirada que nos vigila, esa voz que reprueba nuestros actos, esos mandamientos que se nos imponen diariamente hablan de su presencia en nuestra vida. El acoso de sus imperativos indica que no se trata solo de una función normativa, sino que atesora un empuje pulsional que lo torna despótico y tirano. La paradoja que Freud descubre es que el superyó exige abstenerse de una satisfacción pero, a cada renuncia, aumenta su inclemencia y severidad, de manera tal que nos enfrentamos con una instancia que no colabora con el bienestar sino que apunta a lo imposible de cumplir.**

Esta instancia reemplaza a la autoridad paterna; se produce una identificación que no reposa necesariamente sobre el padre sino sobre lo que este porta. Así el superyó dice de las generaciones que precedieron al progenitor y que perviven en la trasmisión. Se lo define como el representante de las exigencias éticas del hombre, y su desarrollo difiere en el varón y en la niña. Mientras que en el primero reviste un carácter riguroso, a veces feroz, como consecuencia de la amenaza de castración, en la niña, al faltar dicha amenaza, será más lábil.

Lacan anticipa el signo de estos tiempos al hablar de un superyó que no prohíbe sino que impone el goce. Encontramos sus mandatos en esas ofertas que nos acechan y nos proponen placeres intensos aún no experimentados. El sujeto ya no se siente culpable por el deseo inconsciente que ha debido reprimir –pero que conserva vigencia–, sino por no gozar lo suficiente; la culpa por gozar –pese a la prohibición– deja su lugar a la culpa por gozar demasiado poco.

Una gran cantidad de manifestaciones clínicas dan cuenta del superyó bajo la forma de mandatos hiperexigentes, acusaciones impiadosas o reproches humillantes. Freud vincula esta instancia con el imperativo categórico kantiano y Lacan extrae de ello importantísimas consecuencias teóricas y clínicas, algunas de ellas expresadas en su escrito “Kant con Sade” (Lacan, 1975c). La empresa, que consiste en vincular la monumental obra sobre la moral con la de un teórico libertino, resulta irritante. Cuando se trabaja el escrito, los kantianos consideran que los psicoanalistas realizan una lectura desde el psicoanálisis, insostenible en el campo filosófico. Sin embargo, los lineamientos principales del texto tienen antecedentes no solo en Freud sino también en Nietzsche.

**¿Sabías que...** la formación del superyó es correlativa al sepultamiento de la estructura edípica cuando el niño renuncia a esa satisfacción e interioriza las prohibiciones externas?

Kant llama *placer* a la relación de conformidad entre el sujeto y la representación del objeto. En consecuencia, todo principio práctico “material”, es decir, que proponga un

objeto o contenido a la voluntad que habría de determinarla, es un principio necesariamente empírico incapaz de fundar una moral. El formalismo kantiano sostiene que las leyes prácticas universales son el fundamento de determinación de la voluntad, no según la materia o contenido, sino según su forma. Esto es, no según el principio de amor a sí mismo o de la propia felicidad. Ese objeto, entonces, nunca podrá ser el determinante de una acción.

**Es moneda corriente hablar de la crisis de la autoridad que se acrecienta día a día y de la falta de límites originada por la decadencia del lugar del padre. Pero tales ausencias no significan una ausencia de poder.**

Es importante destacar el carácter coercitivo del imperativo, la constricción incondicional del mandato, la naturaleza compulsiva (Kant remarca la palabra *compulsión*) del deber. La coacción del imperativo hiere el sentimiento, causa daño, humilla, lastima el amor propio, horada el sensorio. La ley se levanta más allá del placer, y en lo pretendidamente puro se dibuja el espectro del dolor. El motor del imperativo moral debe estar libre de toda condición sensible; su correlato en lo sensible es el dolor. La ley moral “infiere a la presunción que prescribe como leyes a las condiciones subjetivas del amor a sí mismo, un daño infinito. Mas lo que infiere daño a nuestra presunción, en nuestro juicio propio, humilla”.

En Kant se edifica una ética que, a diferencia de la ética antigua, se separa del placer. La razón práctica pura se impone como universal y no de acuerdo a la particularidad de nuestra felicidad: “Obra de manera que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre como principio de una legislación universal”. La razón pura es de por sí práctica y origina una ley universal, la ley moral. La ley moral constituye un imperativo cuyo carácter determinante subraya la modalidad de mandato con el que aquella se impone a la voluntad. El carácter categórico e incondicional del imperativo es autónomo, ya que no atiende al objeto, fin, bien o “materia del querer”. La ética kantiana se perfila, en términos freudianos, más allá del principio de placer.

Dice Lacan que, allí donde Kant cree haber visto eliminado el objeto en el campo fenomenal, este objeto se hace, de todos modos, presente, y es Sade quien lo demuestra. En el imperativo se devela el objeto como voz que se perfila en su mismo fondo matador. La ley se impone como una orden autónoma e independiente de la materialidad del objeto de deseo, empero en esta operación hay otro objeto como agente que intimida. Sabemos cuántas veces lo que se impone, lo que obliga, lo que coarta, toma la forma de una voz en la conciencia que surge como exterior al sujeto.

Lacan considera que Sade desenmascara ese objeto cuando enuncia el derecho al goce bajo la forma de una regla universal: “Tengo derecho a gozar de tu cuerpo, puede decirme quienquiera y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él”. Lacan desbroza esta frase recortando en el “puede decirme quienquiera” la voz en la boca del Otro como un objeto diferente a aquellos que aparecen en el campo fenomenal.

Pero no se trata de homologar la ley y el imperativo de goce sadiano. Muchas veces se

divulga en psicoanálisis la idea de una identidad entre Kant y Sade, producto de una lectura rápida y de una posición sin perspectiva. Lacan no los hace equivalentes, sino que indica la manera en que el imperativo muestra la faz de goce existente, pero elidida en la práctica incondicional de la razón. Freud sospechaba tempranamente –y se lo escribía a Fliess– que debía haber algo en la vida sexual que nutría con fuerza a la moral.

Si bien Freud sostiene que la severidad de la educación ejerce un fuerte influjo sobre la formación del superyó, también asevera que puede existir una proporción inversa en el padre y el superyó: cuanto mayor es la debilidad del primero, mayor será la severidad cruel del segundo. Dicho de otra manera: la severidad del superyó no siempre se corresponde con el rigor de la autoridad externa.

La declinación del padre y de los ideales hace que muchos identifiquen esta época como posmoralista. Así, Lipovetsky la nombra como la era del posdeber. Coincido con Omar Mosquera en no acordar con tal dirección. Claro que para eso hay que precisar que el superyó contemporáneo comanda los imperativos del “deber gozar” al servicio de un *Trieb* sin regulación, como poder sin tregua. Podríamos considerar que el superyó de nuestro siglo, anticipado muy bien por Lacan, es un superyó desligado de los ideales de antaño; el deber, entonces, no se liga con la realización de esos ideales. Así, el imperativo se vuelca hacia un presente sin espera: debes gozar. Freud siempre vincula el ideal y el superyó, a veces los homologa, y finalmente piensa al primero como una de las funciones del segundo. Es importante recordar que el ideal del yo atesora valores familiares, sociales y el primitivo narcisismo ligado al cumplimiento de tales valores. Se infiere que la devaluación de los valores signa el ocaso del ideal del yo; así se puede pensar con Lacan en un superyó desamarrado del ideal.

#### **En pocas palabras**

El psicoanálisis descubre que la fuerza del imperativo superyoico tiene como fuente una energía pulsional.

## **Cronología**

### **1896**

Freud opina que dentro de la vida sexual existe una fuente independiente de desprendimiento de displacer que presta fuerza a la moral.

### **1912**

Freud intenta vincular el sentimiento de culpabilidad –tan importante e irreductible que observa en sus pacientes– con el mito del crimen que da origen a la humanidad.

### **1914**

Freud propone la conciencia moral como instancia psíquica.

**1916**

La conciencia moral se presenta como un poder anímico heredado merced al complejo de Edipo.

**1923**

Freud hace resaltar su función crítica como una instancia que se ha separado del yo y parece dominarlo, extrayendo su fuerza de la energía pulsional.

**1932**

El superyó es considerado un caso de identificación exitosa con la instancia parental, y no tanto con una identificación a personas. Aúna la ley con la fuerza pulsional.

**1970**

Lacan habla de un superyó que no es idéntico al freudiano porque, antes que prohibir, empuja al goce con sus imperativos.

## **Capítulo 6**

### La vida erótica de los sexos

## 23. No hay relación sexual

**“No hay relación sexual” es una afirmación de Lacan, célebre ya, y que en su momento causa escándalo y da lugar a numerosas réplicas: “¡Pero claro que hay, si es evidente!”. ¿Cómo es posible que alguien tenga la osadía de desmentir este hecho tan certero? Pero Lacan no niega con tal aforismo el acto sexual, sino una relación que pueda escribirse, dicho de otra manera: entre el hombre y la mujer, nada está inscrito de antemano, no hay brújula preestablecida. El acercamiento entre los sexos no está programado como el del óvulo con el espermatozoide. Todo encuentro trae aparejado un desencuentro estructural dado por la heterogeneidad entre el goce de uno y el del otro. No hay “media naranja”.**

El mito del andrógino –ser que es dividido y luego busca en el mundo la unidad que le falta– atraviesa la cultura occidental y sella cada una de las ilusiones amorosas. La idea de un alma gemela, la media naranja, el príncipe azul, la mujer ideal, el hombre perfecto son las maneras en que el mito pervive después de tantos siglos. Los hechos lo refutan una y otra vez, quienes hablan del amor no dejan de referirse a su desdicha, los encuentros son seguidos por los desencuentros, los malentendidos inevitables. El amor eterno lo es en cuanto no se realiza, pero para Lacan no sería serio. Su aseveración es contundente: si hay un encuentro serio entre un hombre y una mujer, la castración se pone en juego. La castración no remite solamente –como en Freud– al temor a perder el pene en el caso del varón o a la desolación por no tenerlo y a la envidia consiguiente en el caso de la mujer. La castración es, para Lacan, la inconmensurabilidad radical entre el goce femenino y el masculino. Según desarrollamos en el punto anterior, Lacan considera que el goce genital masculino está marcado por la impronta de la tumescencia y detumescencia del pene. Un orden discontinuo signa a ese placer que se consume al llegar al límite; se trata de un goce acotado por el órgano. Prontamente advertimos la diferencia entre el goce femenino y el masculino: el femenino es un goce envuelto en su propia continuidad, impreciso e impenetrable, que hace que la mujer se experimente extraña aun para sí misma. Tal continuidad hace que la mujer no “acabe” aunque llegue al orgasmo, ya que este no implica un corte.

**El encuentro amoroso quiere sellarse no solo en la hoja sino en la piedra, como lo muestran las inscripciones en las rocas. La relación sexual no puede escribirse, pero el amor llama a la escritura al saber de su finitud.**

El verbo *acabar* expresa la cercanía del orgasmo con el fin y, al igual que *consumar*, indica que algo se realiza encontrando un límite. Se dice que la mujer puede ser “multiorgásmica” y con ello se indica que el orgasmo femenino no implica un cierre, como el del varón. Así, mientras que el hombre vivencia la experiencia del corte, en la mujer la vivencia es la de la abertura, que necesita recubrir con palabras de amor: es común la tristeza que las invade si el compañero no llama al día siguiente. Pero este simple ejemplo vale para mostrar la disimetría entre los sexos, que no solo se manifiesta

en el acto sexual, sino que, en todo caso, lo ilustra de manera paradigmática. El goce de cada uno entra en disyunción con el amor y así constituye su obstáculo más poderoso, su límite, su más cara objeción. Respecto del amor en su particularidad, el goce del *partenaire* lo pondrá siempre en jaque, y acaso en el instante en que en el baile de disfraces los amantes se sacan las máscaras es cuando emerge su verdadero rostro: él no es él y ella tampoco. La caída de la idealización es coetánea con la manifestación de esa cara del otro, extraña a la propia; quizás allí pueda emerger un nuevo amor más advertido de la no relación que está en su base.

La pluma ha querido siempre dar expresión a lo inexpresable. Sigmund Freud le dice a su amada Martha: “Solo me duele mi incapacidad para poder demostrarte mi amor”. Barthes (1985) habla de la necesidad de querer comprender que asalta al enamorado: “Al percibir de golpe el episodio amoroso como un nudo de razones inexplicables y de soluciones bloqueadas, el sujeto exclama: ¡Quiero comprender!”. De ahí que el amor convoque a la escritura aunque esta esté condenada a fracasar en su deseo de expresar el sentimiento amoroso: “Me parece que estoy escribiendo mal –leerás esto sin emoción–; no estoy diciendo nada de lo que quiero decir. Mis frases se amontonan como suspiros; para entenderlas tendrás que añadir lo que debería ir en el medio”, escribe Gustave Flaubert a Louise Colette.

Según concluye Lacan, inevitablemente la relación sexual no cesa de no escribirse. Y sin embargo, o tal vez por esa dificultad, se ha escrito tanto y tanto sobre el amor, como si su naturaleza insondable inspirase una y otra vez a los poetas de todos de los tiempos. “Puesto que con tanto calor exaltas el poder creador de poeta –declara Johann Wolfgang von Goethe a Bettina von Arnim–, creo que leerás con placer una serie de poemas que va aumentando en las horas propicias. Cuando más tarde aparezcan ante ti, verás que mientras tú estimas necesario reavivar el pasado en mi memoria, yo procuro elevar a estos dulces recuerdos un monumento”.

¿Sabías que... esta fórmula parte de lo que Lacan extrae de los textos freudianos y de la clínica?

Pero no solo escribe el literato o el filósofo o el célebre, sino también el hombre común. Y hay algo tan singular y al mismo tiempo tan ordinario en toda correspondencia amorosa que el propio Borges se reconoce en sus cartas a Estela Canto como un “horrible prosista”, quizá porque todo enamorado padece de los mismos desvelos.

Lacan confiesa que su fórmula está ya en Freud, quien afirma que el amor de un hombre y el de una mujer se separan en una diferencia de fases psicológicas y quien considera que el eros apunta a la unión imposible, que los objetos nunca son los adecuados, que lo que se busca está perdido, que hay diferencia entre el placer soñado y el esperado, como nombres en definitiva de hiancias insalvables.

A tal punto es una experiencia que llama al testimonio de La Rochefoucauld, que dice que nadie sabría lo que es el amor si no hubiese en algún momento escuchado hablar de él. El amor, en definitiva, intenta recubrir la no relación sobre la que se asienta.

### **En pocas palabras**

El amor recubre la ausencia de relación sexual y los síntomas están en el lugar en que esta no se inscribe.

## **Cronología**

### **380 a.C.**

Platón enuncia el mito del andrógino, antecedente de la creencia popular en la “media naranja”, que será cuestionado por el psicoanálisis.

### **1905**

En “Tres ensayos para una teoría sexual” (v ol. VII), Freud señala que el objeto nunca es lo que se busca. No hay relación entre lo que se pretende y lo que se encuentra.

### **1912**

Freud enuncia su hipótesis de que habría que ocuparse de que haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de una satisfacción plena.

### **1925**

Freud traza las diferencias entre el hombre y la mujer, y la disparidad entre ambos.

### **1932**

Freud afirma que la vida sexual amorosa del hombre y de la mujer está separada por diferencias de fases psicológicas.

### **1973**

Lacan escandaliza a la comunidad con su fórmula “No hay relación sexual”, que no quiere decir que no haya acto sexual, sino que no hay relación entre los sexos escrita y programada.

## 24. La mujer

Freud hace recaer en la maternidad el desenlace de una feminidad normal, que acepta la sustitución del niño por el pene. Sin embargo, tal solución no lo conforma y se sigue preguntando al final de su obra por el querer femenino como enigma no descifrado. La vida sexual de la mujer tiene para él algo de “continente negro”, como sitio misterioso e hierático afín a lo oculto y al misterio. Lacan ve allí lo que no se deja apresar en términos del goce masculino, y ubica al goce femenino como nunca había sido descrito en la literatura psicoanalítica. Este goce trasciende los límites fálcos y no deja a las mujeres confinadas solo a la “pendiente maternalizante”.

El descubrimiento de la castración es un punto de viraje en el desarrollo de la niña. “Se siente gravemente perjudicada, a menudo expresa que le gustaría ‘tener también algo así’, y entonces cae presa de la envidia de pene, que deja huellas imborrables en su desarrollo”. Desde aquí se dibujan los desenlaces posibles: la inhibición sexual o neurosis, la alteración del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad y la feminidad normal. Las tres orientaciones propuestas por Freud plantean la hegemonía inevitable de la libido masculina: en el primer caso, la niña renuncia a su sexualidad fálica al compararse con el varón mejor dotado; en el segundo caso, esa sexualidad se afirma empecinadamente; en el tercero, será el niño quien herede el lugar del pene. Así, la maternidad se dibuja como el camino normal compensatorio de la castración. Si transformarse en madre es la mejor solución que encontrará la posición femenina, es porque Freud pensó dicha solución en términos de tener... el falo. Sin embargo, si nos detenemos en la conferencia 33, “La feminidad” (“Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, vol. XXII), notamos que, antes de describir esta “solución”, se refiere al enigma de la feminidad, que ha hecho cavilar a los hombres de todos los tiempos.

En los años setenta, Lacan afirma: “La mujer no existe”, frase que causa revuelo en las feministas, en parte por no haber sido entendida. Que La mujer no exista quiere decir que no conforma un conjunto cerrado, como lo indicaría la mayúscula; que sí existen mujeres, en plural, como serie ilimitada que no se deja clausurar por el todo fálico, que no tiene relación estructural con el límite. Así, mujer y madre no se recubren; la madre es la que tiene, la mujer es la que no tiene y hace algo con esa falta.

Dice Miller que ser madre de sus hijos es para una mujer querer lograr la existencia como “La mujer”. La madre podría así ser la manera de “La mujer” en cuanto que tiene.

¿Sabías que... pese a la acusación hacia Freud de misoginia, el movimiento psicoanalítico da un lugar inédito a las mujeres analistas?

Según Foucault, en el pensamiento griego clásico es la relación con los muchachos la que constituye el punto más delicado y el foco más activo de reflexión y de elaboración. En el

curso de una lenta evolución, el foco se desplaza y los problemas se centran progresivamente alrededor de la mujer. La relación con ella marcará los tiempos más duros de la reflexión moral sobre los placeres sexuales. En efecto, en ningún momento de la historia la mujer ha sido más objeto de inquietud que en la Edad Media.

Desde fines del siglo XII hasta terminar el siglo XV, una serie de textos, escritos por hombres de la iglesia y por laicos, elaboran valores y normas de conducta para las mujeres. Los criterios con que se las clasifica son importantes para entender los modelos éticos que se construyen en esa época. Las vírgenes, las viudas y las casadas son constantemente evocadas en los escritos. La castidad de vírgenes, viudas y mujeres casadas coloca a la sexualidad en un espacio comprendido entre el rechazo y el control con vistas a la procreación, y muestra cómo, ya sea en el rechazo, ya sea en el control, la batalla se juega en torno al predominio del aspecto espiritual y racional sobre lo corpóreo y sensual. A través de la figura ideal de la mujer casada se elabora un modelo de comportamiento para todas las mujeres que realicen las funciones de esposas y madres en el seno de los grupos familiares.

**Lacan ubica para las mujeres el “no todo” y eso quiere decir que ellas no están privadas del goce fálico, pero no quedan por ese “todo” cautivas. Esa objeción al todo indica también que no hay manera de ser mujer; la mujer persiste como enigma también para sí misma.**

En la Sagrada Escritura y en la tradición patrística, las mujeres están gobernadas por su sexo; por su causa han entrado en el mundo la muerte, el sufrimiento y el trabajo. Controlar o castigar a las mujeres, y ante todo su cuerpo y su sexualidad desconcertante y peligrosa, será tarea de los hombres. Los conocimientos y las preocupaciones éticas y de dominación social se fundan en la idea de que ese cuerpo, ya que no puede permanecer casto, debe al menos tender únicamente a la procreación.

Si ser madre fuera la respuesta capaz de obturar aquello que la mujer desea, no aparecería la feminidad como enigma. Por otra parte, Freud se pregunta por el deseo de una mujer a pesar de las orientaciones fálicas dibujadas. A fines de 1924, tratando de resolver algunos enigmas planteados por Abraham sobre la sensibilidad del clítoris y de la vagina, confiesa que no sabe absolutamente nada sobre el tema. En 1928 reitera este desconocimiento al confesar a Jones (1976) que “todo lo que sabemos del desarrollo temprano femenino me parece insatisfactorio e inseguro”. Finalmente, a Marie Bonaparte le dirige la famosa pregunta: ¿qué quiere la mujer? La maternidad se presenta entonces como la solución por el sesgo del “tener”, mientras que el enigma femenino es lo que resta de ese tener.

Así, la maternidad aparece como una forma de domesticar y amarrar el goce femenino, vivenciado como sin límites y errante. La literatura pastoral describe a la mujer como inquieta y caprichosa, inconstante como “la cera líquida que está siempre lista para cambiar de forma de acuerdo con el sello que la imprima”, “inestable y mudable como la copa de un árbol agitada por el viento”. En esta literatura la ventana es un elemento recurrente del escenario en el que actúan las mujeres demasiado curiosas e incautas. Su peligro radica en inspirar el deseo de salir y pasear por el mundo, y así estimular un

apetito nunca saciado que conduce a buscar siempre algo nuevo. Es interesante recordar el lugar que Lacan le asigna a la ventana como marco fantasmático que encuadra al goce. En este sentido, lo inquietante del goce femenino radica en trascender los límites; así el vagabundeo intelectual y moral es evocado para justificar las normas de control. La mujer será custodiada, confinada a la casa o al claustro, como espacios acotados e interiores. Vigilada como un peligro siempre en acecho, encarna –de manera ejemplar en la Edad Media– la figura del exceso. Ese “exceso” es leído por Lacan como lo que sobrepasa el límite fálico y da cuenta de diversos fenómenos en la vida de una mujer: su consagración a un amor que puede devastar su existencia al no tener freno; el fenómeno de la mujer orquesta, dedicada a múltiples actividades y no a una única, como ocurre en el hombre; el caso de las místicas en una adoración suprema a Dios, etc.

#### **En pocas palabras**

El enigma femenino hizo que Lacan investigara la existencia de un goce excesivo, irreductible al goce masculino, que es propio de las mujeres.

## **Cronología**

### **1895**

El psicoanálisis surge a partir de un encuentro con la histeria, que da lugar a que Freud advierta ya en los comienzos, desde un inicio, la particularidad de la sexualidad femenina.

### **De 1923 en adelante**

A partir de la organización genital infantil, Freud analiza las consecuencias de la castración en la sexualidad femenina. La envidia del pene –*penis-neid*– marca un punto de inflexión que conduce a la niña a demandar al padre aquello de lo que carece y así sustituir el deseo de un pene por el deseo de un niño.

### **1928**

Freud confiesa a Jones que lo que se sabe del desarrollo temprano femenino le parece insatisfactorio e inseguro. Finalmente, a Marie Bonaparte le dirige la famosa pregunta: ¿qué quiere la mujer?

### **De 1970 en adelante**

Lacan ubica la particularidad del goce femenino como nunca antes había sido situado por el psicoanálisis: en la mujer hay algo que trasciende el todo fálico y, por lo tanto, a la maternidad como “solución”.

## 25. El hombre

La amenaza de castración signa una de las características de la posición masculina. Es por interés en conservar su pene que el varón abandona el Edipo y esa propensión a la propiedad gobernará su vida. Las pertenencias varían según los casos ya que pueden ser propias ideas y el empecinamiento que las acompaña, el capital económico, el saber intelectual, las mujeres o aun el propio cuerpo, siempre proclive a la hipocondría. El significante fálico es eje en su vida y su semblante por excelencia, lo que lo lleva a grandes realizaciones, pero también a la impostura por identificarse con el falo y a los dramas cuando este desfallece.

Hablaremos de los rasgos generales que hacen a la posición masculina, pero siempre teniendo en cuenta que tanto lo masculino como lo femenino dependen de las identificaciones y que estas pueden fluctuar. Quizá convenga aclarar que nos referiremos a los rasgos que sobresalen y que han sido puestos en relieve tanto por Freud como por Lacan. El goce peniano hace que en el varón los intereses libidinales estén mucho más acotados que en la mujer y que el grado de fijeza sea mayor en sus orientaciones en la vida.

**Se habla de la “mujer orquesta” sin duda por la variabilidad de sus disposiciones ligadas a un goce más abierto; el hombre podría definirse no como or- queta sino como director, ya que tiende a la unidad y gusta de la brújula.**

Hay dos accesos al *partenaire*: uno a través del goce, donde se privilegia el cuerpo, y otro a través de la palabra de amor, donde el cuerpo no tiene tanta relevancia. Los dos vías son válidas para los dos sexos; sin embargo, la primera es válida sobre todo para el macho, mientras que, del lado femenino, la relación pasa fundamentalmente por el decir amoroso. Esto ha llevado a Lacan a decir que el fetichismo está del lado macho y que, fuera del fetichismo como perversión, el hombre fetichiza a su pareja y le impone cierto número de condiciones tipificadas. La atracción que ejercen las prostitutas sobre muchos señores ejemplifica lo anterior: ellas dicen siempre lo que ellos quieren escuchar. De aquí se deriva el acceso a la mujer a partir del fantasma, es decir a partir de condiciones de goce predeterminadas y encuadradas. Claro que esto solo toma el aspecto perverso cuando esas exigencias son absolutamente rígidas y marcadas por extravagancias y humillaciones. Pero, sin llegar a tal extremo, son ellos quienes se ocupan de determinar cómo debe presentarse una mujer y, cuando ella eventualmente se derrapa, la escena prefigurada se deshace. Allí pueden jugarse distintos desenlaces: hacerla callar o tomar su decir para alojarlo como diferente. Así, la mujer también puede ser un síntoma para el hombre y no solo su fantasma cuando expresa algo que le concierne y que es inconsciente.

¿Sabías que... el hombre inviste determinados rasgos del cuerpo de una mujer de manera que hay una condición

erótica muy destacada en sus elecciones?

Hace tiempo escuché a un lego cuestionar la frase popular “Lo conozco como si lo hubiese parido” al alegar que la madre no es quien mejor conoce a un hombre, sino su mujer. Pensé en la aguda intuición de esta observación y recordé que Lacan afirma que una mujer es síntoma de un hombre y dice “mujer”, no “madre”: “para tener la verdad de un hombre, conviene saber cuál es su mujer, por supuesto llegado el caso, su esposa; y por qué no: es el único lugar donde eso puede tener un sentido, lo que alguien, un día, entre mis allegados llamó el pesa-persona. Para sopesar a una persona, nada mejor que sopesar a su mujer cuando se trata de un hombre”. Entonces, algo de la verdad de él se expresa en ella, que pasa a ocupar el lugar extraterritorial del síntoma en su carácter íntimo y ajeno.

Freud considera que el niño deja el complejo de Edipo a partir de la amenaza de castración proveniente del padre o de un sustituto capaz de portar esa autoridad para la madre. El infante es presa de una elección forzada: debe elegir entre el enlace libidinal con la madre y el interés narcisista por conservar su pene; por la amenaza de castración vence este último poder. En una suerte de disyunción entre la bolsa y la vida, el pequeño aprende que optar por la bolsa que representa el incesto implica perder la vida; cabe recordar que Lacan habla del falo real en términos de turgencia vital. La masculinidad está, pues, necesariamente marcada por el padre, bajo la forma de esa amenaza que no es otra que la de la instauración de la disyunción lógica, en la que algo se perderá inevitablemente.

A partir del sepultamiento del complejo de Edipo, Freud señala para el hombre la constitución de un severo superyó ligado al sentido de justicia, a los deberes éticos independientes de móviles afectivos, la rectitud y ecuanimidad. En los grandes roles del teatro clásico, la heroicidad es una virtud ubicada del lado macho. Sin duda tales aspectos serán cuestionados a la luz de la actualidad, ya que las identificaciones que tradicionalmente caracterizaban a los sexos han mutado, aunque hay caracteres que se conservan.

Por ejemplo, ¿cómo se concilia lo anterior con la mentada caída de la virilidad, anunciada por los discursos contemporáneos? Al respecto, cabe apuntar que no es solo el psicoanálisis el que señala tal descenso, sino que, además de la sociología, es la filosofía la que, en el decir de Hegel, preanuncia la progresiva desvirilización del mundo.

Aludiendo al libro *Bonjour tristesse* (Sagan, 1954), Kojève (1996) remarca la manera en la que su autora se refiere a los hombres del nuevo mundo, el de la posguerra. Ellos gustan de pasearse por las playas de la Costa Azul con sus cuerpos musculosos y se exhiben frente a la mirada, algo inédito hasta entonces. Parece, pues, aludir al mundo que nace en los albores del fin de la historia anunciado por Hegel y por Kojève como su discípulo.

Retrotrayéndonos a Hegel, para él, las postrimerías de la historia equivalen a la relativización de todas las diferencias, al advenimiento de un tiempo signado por la

coexistencia de todas las configuraciones, reemplazo de lo que antes era sucesión de particularidades excluyentes por contemporaneidad de opuestos, y ya nunca oposición. Hegel no piensa, de modo simplista, que en su época y con su filosofía termina la historia, pero sí capta que la lógica que ha presidido el desarrollo de los acontecimientos está perdiendo su vigencia. Entonces, la aparición de este nuevo estilo de hombres debe situarse en el horizonte de la evaporización de las antítesis, del desfallecimiento de los contrarios, de la disolución de los opuestos.

La lógica gracias a la cual el varón abandona el Edipo supone términos diferenciados, conjuntos delimitados, contrarios. La virilidad se afirma como consecuencia de una delimitación operada por el padre, y debemos agregar que el triunfo del pene sobre el incesto lleva también el sesgo de algo que trasciende al pene mismo, en el que se prefigura la paternidad futura del ahora niño. El pene, para Freud, debe su investidura narcisista extraordinariamente alta a su significación orgánica para la supervivencia de la especie. Entonces, “Se puede concebir la catástrofe del complejo de Edipo –el extrañamiento del incesto, la institución de la conciencia moral y de la moral misma– como un triunfo de la generación sobre el individuo”.

En su lectura del caso Juanito, Lacan se apoya en el texto de Kojève para referirse a la futura virilidad de ese niño y le augura un lugar pasivo en sus lazos heterosexuales. Pero, más allá del caso en cuestión, Lacan, en correspondencia con el filósofo, acentúa el tema de la desvirilización epocal. Miller afirma que la idea del declive viril, incluso su desaparición del mundo contemporáneo, no es pensable sin el declive del padre. ¿Van entonces al unísono padre y virilidad, a tal punto que la caída de uno se identifica con la caída del otro?

Y si nos remitimos al creador del psicoanálisis, notaremos que el énfasis puesto en la procreación indica la acentuación de un interés narcisista que paradójicamente excede al yo mismo, al servicio, entonces, de un orden que lo traspassa. Se trata aquí de una virilidad que lleva la impronta de lo que la rebasa y que, en una suerte de trascendencia inmanente, conjuga dos polos en general inconciliables: el individuo y la especie.

“El individuo lleva realmente una existencia doble... Él tiene a la sexualidad por uno de sus propósitos, mientras que otra consideración lo muestra como mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de un premio de placer; es el portador mortal de una sustancia –quizás– inmortal, como un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporario de una institución que lo sobrevive”.

Lo masculino aún esa dualidad y porta la semilla de “una institución que lo sobrevive”. Más allá de la fecundación de un hijo, ¿no se llama acaso “gran hombre” al que ha sido padre? Padre de la patria, padre de una doctrina, padre de un movimiento, padre de una fórmula, padre, en fin, de una idea.

#### **En pocas palabras**

El declive del padre en la época actual trae aparejada una modificación de los semblantes que tradicionalmente definían lo viril.

# Cronología

## **1923 en adelante**

Freud esboza las características del goce masculino, la particularidad de sus identificaciones y el eje que gobierna su vida en torno a la amenaza de castración.

## **1937**

Freud plantea que en el fin de un análisis el varón debe superar el complejo de castración en la medida en la que este lo lleva a significar su deuda frente a otros hombres como equivalente a un lugar pasivo y femenino. Así, se puede decir que ya en Freud hay un más allá de la angustia de castración esperable en una cura.

## **1956-1957**

Lacan anticipa una época al referirse a la desvirilización contemporánea.

## **1972-1973**

Con las fórmulas de la sexuación, Lacan caracteriza la posición masculina como referida al todo regulado por el falo. Así, para el varón rige el todo, mientras que para la mujer rige el no-todo.

## **1996**

En “Buenos días, sabiduría”, Miller (1996a) analiza las consecuencias de la caída de la virilidad en el mundo actual, declinación afín al desvanecimiento paterno.

## 26. El niño

**El niño para Freud no es una etapa superada ni un momento del desarrollo cronológico para siempre olvidado. La novedad que introduce el psicoanálisis es que la infancia retorna, vuelve, irrumpe, se impone, y que nuestros deseos abrevan en ella. Ninguna insignia ligada a la adultez –casamiento, trabajo, profesión, paternidad, etc.– evitará que, al hablar de nosotros, remitamos invariablemente a esos primeros pasos y finalicemos haciendo referencia a haber sido hijos de... Lacan marcará cómo el niño se constituye a partir del deseo del Otro y Freud descubrirá la sexualidad infantil como situada a destiempo. Las marcas de ese deseo y de esa sexualidad –que es traumática ya que el infante no tiene un psiquismo que pueda tramitarla– perviven durante toda la vida.**

En 1925 Freud pensó que una de las causas de las neurosis era el largo período de dependencia del infante respecto del adulto. El desvalimiento infantil, que no se encuentra en crías animales y sí en el hombre, hace que el niño quede expuesto a los avatares del deseo de los padres y a sus caprichos. Aun el niño más amado y seguro de aportar satisfacción empieza a sentir ese amor como asfixiante. Ya sea por exceso de cuidado o por abandono, por la pluralidad de aquellos que reivindicán la parentalidad o por la reducción a lo monoparental, ya sea referido a la pareja heterosexual u homosexual, el niño se presenta como remitido a la opacidad de un deseo que desconoce. Construirá teorías sobre su origen, sobre la reproducción, sobre la sexualidad, sobre los grandes enigmas del universo y, por una extraña satisfacción, repetirá juegos y le gustará que le lean los mismos cuentos, como si esa repetición garantizara una permanencia. El espacio se configurará con lugares conocidos y seguros; otros objetos de angustias y fobias marcarán una cartografía, que delinearán un territorio.

El “empuje a tener un niño” nos habla de una mirada puesta en el infante que parece asegurar perdurabilidad en tiempos de “amores líquidos”: frágiles e inconstantes. Tales padres toman al hijo como propiedad y no aceptan el límite necesario que genera el otro padre. La falta de límites, tan común en la infancia, suele remitir a tal presunción; así, el niño de nuestros días parece nacido de uno y no de dos.

Cabe pensar en el lugar del niño en la actualidad. Abundan numerosos ejemplos asociados con el crimen, la pedofilia, la prostitución, el trabajo infantil, etc. Todos tienen en común excesos sin medida dirigidos al menor. Es importante destacar que ese maltrato ha registrado un severo aumento en los últimos años. Así, la utilización del niño como objeto de goce del adulto está lamentablemente a la hora del día, causando estupor y sublevación. En el otro extremo, aparece el niño estimado, figura adorada y buscada a cualquier precio; el anhelo por tenerlo ejerce una fuerza de atracción irresistible. Los niños se muestran cual oropeles, piezas de valor inestimable; las actrices los exhiben en fotos costosas o cubren sus rostros temiendo secuestros; la ropa infantil es la más vendida y cada vez emula más a la del adulto. Las mujeres y los hombres quieren ser

padres sin ninguna condición: con parejas heterosexuales, homosexuales o sin pareja alguna. El “empuje a tener un niño” es poderosísimo; en ningún momento de la historia su sitio ha sido asunto de tantas miradas como en la actualidad. Tal miramiento reviste distintos ribetes: en la palestra, en el trono, como víctima del goce perverso y como el bien más estimado, su figura es central en nuestra contemporaneidad.

**¿Sabías que...** Freud descubre la sexualidad infantil en su análisis?

El niño actual se independiza de la unión parental así como de la familia, hoy en crisis, al menos en sus figuras tradicionales. Éric Laurent destaca su lugar como objeto, desamarrado del discurso familiar. El nacimiento de un niño se libera de la existencia de la familia de tal manera que –afirma este mismo autor– es el mismo niño el que crea a la familia, lejos de ser creado por ella. Se refiere con esto a los numerosos casos en que el alumbramiento precede al casamiento, y no a la inversa. El eje común que gobierna las nuevas maneras en que el infante viene al mundo es el de no quedar dependiente de las estructuras de antaño y tal desanudamiento lo identifica con lo que Lacan denomina “el objeto *a* liberado”. Las parejas parecen no resistir el paso del tiempo. Cada vez es más difícil la convivencia, cada vez dura menos, cada vez se deshace más rápido la relación amorosa. Siempre se supo que la excesiva proximidad era enemiga del amor, pero quizá lo nuevo es la fugacidad con que tal vecindad afecta el vínculo, al extremo de romperlo prematuramente. Y aun sin llegar a la convivencia, las uniones están –la mayoría de las veces– signadas por lo efímero. Así, el niño parece dar una idea de permanencia cuando los amores son tan fugaces.

**El niño lleva como herencia los ideales y las miserias de la manera en que vino al mundo. Y es un imán que atrae y condensa los dichos que precedieron a su nacimiento y conforman su existencia.**

En 1914, Freud ve en el amor parental, tan conmovedor e infantil en el fondo, el desplazamiento del antiguo narcisismo perdido y depositado ahora en el infante. En esa idealización de la que el niño es objeto se niega su sexualidad, como si hiciese defecto en tal apreciación:

La sobrestimación, marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista ya en el caso de la elección de objeto, gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo. Así prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones (para lo cual un observador desapasionado no descubriría motivo alguno) y a encubrir y olvidar todos sus defectos (lo cual mantiene estrecha relación con la desmentida de la sexualidad infantil).

Freud descubre esa sexualidad negada por los padres y expulsada de la economía narcisista. Seguramente ellos, dice Lacan, “harán reflexiones como, ‘Mi hijo está muy bien dotado’. O bien ‘Tendrás muchos niños’. En resumen, la apreciación que aquí se dirige al objeto –claramente parcial– contrasta también con el rechazo del deseo, en el momento mismo del encuentro con lo que urge al sujeto en el misterio del deseo... Es apreciado como objeto, es depreciado como deseo”.

El empuje a tener un niño parece no conocer barreras ni de sexo ni de edad ni de estado civil ni de orientación sexual. En diversos casos, y de manera bastante destacada, llama la atención el lugar que tiene el infante en sí mismo y no como producto o consecuencia de la unión entre sus padres. Se oye decir a algunos hombres que, si no encontraran a la mujer adecuada, alquilarían un vientre, y en las mujeres la alternativa de semen anónimo está en el horizonte. Ya en ausencia de *partenaire* o con *partenaire*, del mismo sexo, la ciencia suplirá el impedimento. No es un hecho menor que, por las nuevas tecnologías, la reproducción se haya desligado de la relación sexual. Semen anónimo, alquiler de vientres y otros tantos procedimientos hacen que la gestación prescindiera del contacto entre los cuerpos.

Claro que conviene aclarar que el objeto al que Lacan se refiere es el ágalma que, cual ornamento precioso, se articula con el yo ideal freudiano. Si bien tales observaciones siguen teniendo vigencia en la actualidad, vemos aparecer también otra figura: el niño como objeto antes que como ideal.

#### **En pocas palabras**

Es en la infancia cuando toma forma el espacio y el tiempo del inconsciente y del deseo.

## **Cronología**

### **1897-1904**

En su autoanálisis, correspondencia que mantiene con Fliess, Freud profundiza en su propia infancia, sus recuerdos, su sexualidad, sus vivencias.

### **1905**

En “Tres ensayos de teoría sexual”, Freud (vol. VII) ubica la sexualidad infantil en un lugar determinante en el psiquismo del adulto. La sexualidad infantil tiene un carácter traumático por la imposibilidad del infante de abreaccionar sus contenidos y de significarlos psíquicamente.

### **1914**

Freud ubica el lugar del niño en relación con sus padres como el narcisismo que estos han perdido.

### **1925**

Freud señala como una de las principales causas de la neurosis el largo período de dependencia del niño respecto de sus padres, dependencia que no se encuentra en los animales.

### **1956-1958**

Lacan profundiza el lugar del niño, sus síntomas y sus angustias en un análisis detallado del caso Juanito descrito por Freud.

**2006**

Éric Laurent sitúa el lugar del niño en la actualidad como desamarrado del discurso familiar.

**2011**

He caracterizado a esta época como la del empuje a tener un niño sin ninguna condición.

## 27. El amor en el fin de un análisis

Freud piensa la salud en términos de la capacidad de amar y de trabajar; seguramente porque tanto el amor como el trabajo suponen franquear esa retracción libidinal que caracteriza a la enfermedad. Devolver al paciente esa posibilidad es para él una de las consecuencias del análisis. Por su parte, Lacan considera un nuevo amor en el fin de un análisis que define como “más digno” sabedor; tal vez, de ser un lazo que se yergue sobre el fondo de la ausencia de la relación sexual. Ante este punto de real que constituye el destino y el drama del amor, se requiere de una posición ética. En las antípodas se encuentran los programas pseudocientíficos que intentan hallar la química neuronal de los enamorados indagando sobre el gen del ciclo pasional.

Freud considera que el amor se explica en términos libidinales y se da cuando el interés se desplaza del propio yo a la persona exterior, que es investida intensamente. Diferencia los amores narcisistas de los objetales, aunque esta delimitación no es tan precisa porque siempre hay una parte del narcisismo puesto en juego: el otro siempre importa para el yo. Sin embargo, hay amores más narcisistas que otros en los que se ama al otro solo por ser parte de uno mismo o el ideal que se hubiese querido ser, mientras que hay amores más objetales, en los que se reconoce la diferencia del amado respecto del yo y se la admite como tal. Podríamos decir que tal vez la supervivencia del amor depende de este último aspecto y vale aquí tener presente la célebre decepción del baile de disfraces en que los amados muestran su rostro: ella no es ella y él tampoco es él. Momento seguramente en que el amor pasa la “prueba de verdad”: si acaso perdura cuando cada uno revela su verdadera cara y ya no la idealizada de su comienzo.

**Dice Borges que uno está enamorado cuando se da cuenta de que la otra persona es única. En el lenguaje privado, los epítetos indican la manera en que lo nombramos, intentando de ese modo expresar su unicidad.**

En su seminario dedicado a la transferencia (2003), Lacan sitúa el amor en términos de metáfora siguiendo el diálogo de Platón *El banquete*. Lo que caracteriza al *erastés*, al amante, es esencialmente lo que le falta (es el sujeto del deseo), pero como analistas añadimos: él no sabe lo que le falta (este no saber resulta del inconsciente). Por otra parte, el *erómenos*, el objeto amado, no sabe lo que tiene, lo que tiene oculto, y que constituye su atractivo; lo que tiene es llamado a revelarse en la relación de amor. Ahora bien, no hay coincidencia entre los términos: lo que le falta al *erastés* no es ese “lo que tiene” que está oculto en el *erómenos*. Ahí está todo el problema del amor. Pese a esa no correspondencia, nombre de la no relación sexual, la metáfora se produce cuando el amado se transforma en amante y ese es el milagro del amor: la manera en que uno es tocado por el otro.

¿Sabías que... el amor es contingente pero que el enamorado lo quiere para siempre?

El psicoanálisis enseña mucho sobre el amor, ya que es una experiencia montada en el amor de transferencia; se trata allí de un amor inconsciente que el analizante dirige al analista y que, como dice Miller, saca a la luz su mecánica.

Los hombres que no están muy seguros de su virilidad se resisten a caer bajo su hechizo y, para afirmar su potencia, desean la mujer a la que no aman. Por eso, al enamorado lo asalta el orgullo de haber puesto en juego su incompletud y dependencia respecto del otro, situación que desencadena agresividad hacia el amado.

Jacques Lacan dice que el discurso capitalista excluye al amor. No solo por el aspecto romántico que hace que los enamorados se basten a sí mismos y en esto se alejen del consumo, sino porque en el amor el otro no es una moneda de cambio sino que se revela insustituible. Pensemos en la nostalgia que surge del recuerdo de un amor que se ha perdido; seguramente se hará presente el lenguaje privado compartido con el que fue amado, un lenguaje que fue único y no es intercambiable con ningún otro.

Quisiera referirme a un fenómeno de la época actual. Luego de haber concretado diversas citas por Internet, una mujer define esas experiencias en términos de “*casting amoroso*”. Se había sentido examinada, comparada con lo que se esperaba de ella, sometida a una prueba de evaluación. Esta palabra, *casting*, utilizada clásicamente para la elección de modelos o de actores en vistas de una producción, hoy extiende su empleo a otro tipo de situaciones, lo que indica de qué modo los sujetos son evaluados mucho más allá de lo laboral. Oí hace poco a alguien decir, luego de una pronta decepción tras el casamiento, que se había equivocado en el *casting*. El vocablo es inglés y en su traducción nomina la fundición, el molde, la forma, el elenco, el enyesado y también el vaciamiento.

Alguien podría decir que siempre buscamos al otro de acuerdo con un molde previo, que tenemos patrones, que nos interesan determinadas características, que preferimos determinadas cualidades, viendo como muy natural esta forma de elección. ¿No nos dice acaso el psicoanálisis que existen rasgos de fijación que dirigen la orientación hacia determinada persona y no otra? Sin embargo, tales adhesiones son inconscientes y se distancian de las del mentado *casting*, en que, por el contrario, intentan ser calculadas y sometidas al control. Por otra parte, Lacan nos dice que el amor es contingente, no planeado, y que, si hay siempre un misterio, este se enraíza en que en la atracción hacia el objeto amado hay algo inexplicable que trasciende en mucho lo evaluable de sus atributos. Al respecto, expresa Roland Barthes (1985):

En *¡Adorable!* ninguna cualidad cabe, sino solamente el todo del afecto. Sin embargo, al mismo tiempo que *adorable* dice todo, dice también lo que le falta al todo, quiere designar ese lugar del otro al que quiere aferrarse especialmente mi deseo, pero tal lugar no es designable, de él no sabré jamás nada, mi lenguaje tanteará, balbucirá siempre en un intento de decirlo, pero no podré nunca producir más que una palabra vacía, que es como el grado cero de todos los lugares donde se forma el deseo muy especial que yo tengo por ese otro.

El amor se orienta hacia aquel que pensamos que puede revelarnos nuestra verdad; claro que esa verdad es muy difícil de soportar, aunque el amor permita imaginar que esta verdad será amable. Y por ello Miller afirma que amamos a aquel o a aquella que podría responder a la pregunta acerca de quiénes somos. Por eso, el que ama está en posición de falta; de ahí que el amor feminice y pueda ser perturbador para muchos hombres. Y así siempre son ellos quienes se revelan frente a la famosa frase de Lacan “Amar es dar lo que no se tiene”, afirmando, por el contrario, que amar es dar lo que se tiene. Lo que el aforismo indica es que la falta es la que se entrega al otro y que su valor es diferente de los bienes, regalos y potencia, ya que esa falta implica reconocer que se necesita al otro.

El “*casting* amoroso” rechazaría esta verdad del amor que hizo a Kierkegaard decir que es tan difícil definir su esencia como definir la esencia de una persona. El amor bordea ese núcleo innombrable e inexplicable en la lógica de la evaluación. Cuando se trata de convencer a un enamorado de la no conveniencia del objeto amado, se comprueba que es inútil, tal como argumentar en el desierto, ya que la atracción no contempla razones. Y quizás en tal “inutilidad” se revela el corazón del amor, incomprensible en términos de costo-beneficio. No ocurre lo mismo cuando se tasa un producto; sin embargo, en el *casting* se buscan determinados atributos y los sujetos se ofrecen cual mercancía, ya no solo estas como valores de cambio sino los mismos sujetos. De ahí la depresión cuando estos advierten su lugar como objetos desechables: no ser el producto buscado.

#### **En pocas palabras**

En el fin de un análisis un amor más digno sería aquel que no demandase lo imposible.

## **Cronología**

### **1914**

Freud observa en la neurosis una incapacidad de amar, ya que esta está obstaculizada por las fijaciones infantiles.

### **1914-1915**

Freud piensa la salud en términos de la capacidad de amar y trabajar, y desarrolla los distintos tipos de amores como narcisistas u objetales.

### **1960-1961**

En su seminario dedicado a la transferencia, Lacan (2003) despliega cuál es el amor que está en su base. Para ello, realiza un análisis de la primera gran obra consagrada al amor: *El banquete*, de Platón. Así, Lacan expresa su conocida afirmación “Amar es dar lo que no se tiene” y encuentra esta fórmula en el diálogo platónico.

### **1971-1972**

Lacan ubica al capitalismo como “discurso” que rechaza el amor y la castración.

**1974**

Lacan se refiere a un nuevo amor en el fin de un análisis, que surge como consecuencia del desenlace del análisis.

**2008**

Miller vincula el amor con la pregunta por el ser.

# **Capítulo 7**

## Estructuras clínicas

## 28. La histeria

La palabra *histeria* deriva del griego *hystera* (“matriz”, “útero”); se trata de una neurosis cuya originalidad reside en que los conflictos psíquicos se expresan en síntomas corporales paroxísticos (ataques o convulsiones de aspecto epiléptico) o duraderos (parálisis, contracturas, ceguera, etc.), sin que estos tengan una correlación neurológica que los justifique a nivel médico. Lejos de sus predecesores franceses, que detienen su mirada en esta teatralidad, Freud descubre por la vía de la palabra el carácter simbólico de estos síntomas, enlazados con experiencias de la vida sexual infantil, que permanecen inaccesibles a la conciencia. La lógica moderna y la lingüística le permitirán a Lacan abrir nuevos surcos en la letra de Freud al conceptualizar la histeria como discurso.

Casi siempre padecidos por mujeres, los fenómenos histéricos son múltiples. Paroxismos, parálisis motrices, trastornos del habla, miedos, cólera, culpa, inestabilidad afectiva, etc. Por primera vez, un médico, Freud, interroga los relatos y descubre un saber ignorado sobre la sexualidad. Freud hace hipótesis, escucha, descifra, y así obtiene también diagnóstico, tratamiento y demostración del inconsciente. En efecto, la sexualidad, negada o evitada o ficcionada, llama a la interpretación, que en el nuevo lazo transferencial con el médico hace surgir la trama de representaciones que bordearon la situación traumática... Los síntomas ceden.

La invención de Lacan consiste en hacer pasar la estructura freudiana de la histeria al discurso de la histérica. En ese discurso hay una apelación al amo, que puede ser el padre, el profesor, el médico, el juez, etc., en fin: todo aquel que profiera un significante rector asociado a un saber. Las declinaciones del amo en la época actual y la primacía ya no de este discurso sino del capitalista, dan lugar a cambios profundos en la sintomatología histérica.

A una experiencia pasiva de placer sexual, la niña, ahora mujer, habría respondido con asco y aversión, con mecanismos que Freud llama *represión* y *defensa del yo*. La representación intolerable se separa del afecto (excitación sexual), que va a desplazarse a los síntomas y a las fantasías. El afecto y la huella son indelebles.

¿Sabías que... a mediados del siglo XVIII con Mesmer se realiza el pasaje de una concepción demoníaca de la histeria a una concepción científica?

Pese a que la opinión médica intenta resistirse a la concepción demoníaca de la posesión, esta se impone durante largo tiempo, tal el carácter indómito que hay que atribuir a Satanás. La histeria se sustrae de la religión recién en el siglo XVIII. Freud la encuentra ya situada en el campo psiquiátrico; Charcot la había considerado una neurosis de origen hereditario que podía afectar tanto a hombres como a mujeres. El creador del psicoanálisis la aloja de otra manera y así define un campo inédito: el campo de la mirada

se transforma en el de la escucha. Con la histeria, Freud descubre los pilares del psicoanálisis –el inconsciente, la sexualidad, el síntoma, la transferencia– y esta lo reenviará al análisis de su propia sexualidad, de su Edipo. Con la histeria, Freud descubre el carácter esencial del deseo, su naturaleza insatisfactoria, esa que hace vacilar al amo y causa la mayoría de las veces irritación. Es común que los hombres digan de ella que nada le viene bien y que utilicen al respecto frases conocidas. Es común que el dicho “Es una histérica” tenga una significación despreciativa: atraer y luego sustraerse, no conformarse nunca, no saciarse jamás. Freud y Lacan toman con seriedad lo que el vulgo menosprecia y ven que ese deseo insatisfecho está dirigido a un amo para que produzca un saber sobre ese misterio que ella atesora.

La histeria inquieta a los hombres de todos los tiempos, que dieron a este enigma distintos nombres, siempre vinculados con lo que se rechaza, con lo que se segrega, con lo que se maldice. Para los antiguos, sobre todo Hipócrates, la histeria es una enfermedad médica de origen uterino y, por lo tanto, específicamente femenina. En el *Timeo*, Platón retoma esta tesis y subraya que, a diferencia del hombre, la mujer lleva en su seno un “animal sin alma”: cercano a la animalidad, es durante siglos el destino femenino y mucho más el de la histérica. En la Edad Media, esa matriz sofocada encarna lo sexual como pecado. El diablo engañoso entra en el cuerpo de las mujeres para poseerlas; ellas son brujas que lo representan.

Hoy en día, el saber se consume en la producción de objetos tecnológicos llamados *gadget* por Lacan. Así, hace ya unos años Javier Aramburu nombra a la histeria de los albores del siglo XXI ya no “de conversión” (síntomas en el cuerpo) sino “de conversación”. Los imperativos del mundo actual nos compelen a dar rienda suelta a los impulsos sin tregua y sin la necesaria pausa que implica el callar. Detengámonos en la rapidez con que se insta a dar una respuesta inmediata a lo que se pregunta y que es imposible de explicar en un minuto. Por otro lado, el decir todo se ha transformado en un deber; los programas televisivos muestran un confesionario que ha devenido en lugar público. La tecnología anula los espacios que estaban confinados al silencio; lejos ha quedado la muchedumbre silenciosa, que hoy transcurre acompañada por los infaltables celulares, hablando o enviando mensajes de texto insustanciales. Así, si en la época de Freud había que liberar al síntoma de su silencio, hoy hay que llevar el parloteo sin medida a la singularidad de un decir propio. Esto se debe a que el mercado también estimula el deseo histérico, que sin detención conduce al extravío.

**La cura de la histérica consiste en que, sin dejar de desear, ella pueda acotar una satisfacción propia que la libere de esperar siempre del Otro y de la insatisfacción que la caracteriza.**

#### **En pocas palabras**

El deseo histérico incita de manera fructífera a Freud y así da lugar a la creación del psicoanálisis.

## **Cronología**

En griego, *hystera* significa “matriz”. Para los antiguos, sobre todo Hipócrates, la histeria es una enfermedad orgánica de origen uterino y, por lo tanto, específicamente femenina, que tiene la particularidad de afectar el cuerpo en su totalidad con “sofocaciones de la matriz”. El término comienza a mutar en la Edad Media: de enfermedad orgánica a pecado, de pecado “endemoniado” a locura.

### **1895**

Con la histeria, Freud descubre los fundamentos del psicoanálisis: el inconsciente, la sexualidad, el síntoma y la transferencia. Aparece una nueva mirada sobre la feminidad. Locas y burguesas victorianas toman la “escena”.

### **1900**

Freud revela la particularidad del deseo histérico como deseo insatisfecho. Como ejemplo paradigmático de este deseo, propio de la histeria, el sueño del salmón ahumado descrito en “La interpretación de los sueños” (vol. IV-V) revela sus vicisitudes.

### **1905**

El caso Dora muestra a Freud la importancia de la otra mujer para la histérica como portadora de la respuesta al enigma de lo femenino.

### **1969-1970**

Lacan describe el discurso histérico y lo vincula con los otros discursos.

## 29. La neurosis obsesiva

Freud dice que la neurosis obsesiva se manifiesta como un dialecto del lenguaje histérico que agita los cuerpos; el obsesivo revuelve sus pensamientos, cárceles de una sexualidad mortificada. La histérica responde con aversión a una seducción súbita, intrusión sexual en la vida del sujeto, mientras que el obsesivo tiene en esa irrupción un rol activo, experimenta placer y debe rechazarlo. En cuyo caso se verifica la complejidad de las relaciones afectivas; ambivalencia, oposición activo-pasivo o masculino-femenino y el antagonismo odio-amor. En la duda y la dilación espera lo imposible: que el pensamiento resuelva los enigmas del sexo y de la existencia.

Mientras la histérica vive enteramente en el nivel del Otro cuyo deseo necesita y este es su centro de gravedad, el obsesivo apunta al deseo como tal, no deseo de una cosa sino el deseo en su condición absoluta, deseo imposible de satisfacer que está más allá de la demanda. El niño que devendrá en obsesivo tiene ideas fijas. Fijeza intolerable para los otros por su carácter de condición absoluta, que implica la destrucción del Otro, pues le pide su ser. Paga esto con toda clase de impedimentos, inhibiciones, temores, dudas, interdicciones: fantasmas tan fijos que, aun si logran alguna realización, esta siempre será decepcionante.

La mecánica obsesiva, entrampada en los laberintos de la medida, ante la concreta proximidad del objeto de amor, ve reducirse el deseo hasta su extinción; el pensamiento se agota en la objetividad de la conciencia moralizante, con infinitas vueltas, precauciones, ceremonias y otras manías, a las cuales subyace una intensa agresividad que el obsesivo intenta domesticar pidiendo permiso para todo. La sumisión es un modo de restituir al Otro, cuyo lugar le disputa en su mortífero fantasma. Esto implica un rechazo del Otro y permiso.

**El obsesivo posterga aquellas decisiones cruciales en su vida como una manera de resistirse al paso del tiempo. Nunca llega la hora, nunca es el momento. Freud ejemplifica esta postergación como la demora de esos tribunales que resuelven los juicios cuando las partes intervinientes han fallecido.**

La manera en que los neuróticos obsesivos intentan detener el tiempo es la de permanecer en la duda, ya que una decisión siempre implica una pérdida, y es esta la que quiere evitarse. Tal escamoteo entraña mirar la vida como desde un palco, rechazando estar en el escenario del devenir; de ahí que no querer que el tiempo pase, creerlo eterno, conduzca paradójicamente a la mortificación. Freud hace suya la frase latina “*Si vis vitam, para mortem*”: “Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte” y también “Si quieres vivir la vida, prepárate para la muerte”; *prepararse* quiere decir no soslayar su finitud.

¿Sabías que... el obsesivo no puede amar sin odiar y no puede desear sin luego distanciarse de lo que desea?

Clásicamente se separa el ser del tiempo en un intento por preservar al ser de la finitud. El amor y la verdad siempre han tenido la pretensión de quedar resguardados de los avatares temporales, confinados ellos al “fuera del tiempo”. No por nada se habla de las “verdades eternas” y los “amores eternos”. Deleuze dice que el tiempo pone a la verdad en crisis; agreguemos que también al amor. La manera de mantenerlos estancos es... no ponerlos a prueba. Por ello los amores imposibles son los que aspiran a una eternidad en cuanto no se realizan y, al mismo tiempo, son amores muertos, coagulados en un eterno presente, fijos en lo que... podría haber sido.

Si el sujeto histérico ataca con la amnesia los motivos recientes o infantiles de la enfermedad, el obsesivo no ha olvidado el trauma; se ha defendido de él. Lo ha despojado del afecto, que se desplaza a las ideas llamadas *obsesivas* por su carácter de fijeza y de sobrecarga. El obsesivo es un enfermo del pensamiento, esa cárcel que lo aparta de la vida y que lo mortifica.

Una de las características de nuestro tiempo es la aceleración. Nuestra época es la de la rapidez; todo se vuelve cada vez más rápido y de esa rapidez se pasa a la aceleración. Para los matemáticos y los físicos, la segunda es simplemente derivada de la primera. La aceleración define muy bien al hombre de nuestro tiempo. La aceleración de la decadencia de toda novedad puebla nuestro universo de objetos que hay que desechar de prisa para reemplazarlos por los del último modelo. También Heidegger señala como una de las características del hombre moderno la incapacidad para detenerse en la contemplación y el afán creciente por las novedades. Tal avidéz va unida a la inquietud por lo nuevo y por el cambio, a la dispersión creciente, a un no demorarse nunca. ¿Esto no entra acaso en contradicción con lo anterior?

Creo que las dos características conviven simultáneamente en los sujetos contemporáneos. Por un lado, encontramos el síntoma de la juventud eterna, la infantilización, la adolescencia interminable, el fenómeno de los adultos jóvenes y la identificación con Peter Pan como figuras ligadas a preservar a los sujetos ilusoriamente de la finitud. Por otro lado, esto puede combinarse con una vida de prisa sin fin, en la que abundan los pasajes al acto dados por una aceleración cual motor que da lugar al dicho tan común de “Bajá un cambio”. Esto se debe a que tal celeridad no va reñida con la demora en realizar los actos más importantes de la vida; por eso, paradójicamente, el ritmo vertiginoso, la existencia como *zapping* y el apresuramiento sin tregua pueden ser también la manera de postergarlos.

Freud descubre en su clínica que el obsesivo tiene una relación ambivalente con su padre: lo ama pero le desea la muerte. Tal ambivalencia complica sus actos y sus decisiones, ya que gobierna su vida: desear equivale a matar y, para no realizar tal acto, se detiene. Así, la ambivalencia socava una vida caracterizada por la duda permanente y la postergación del acto. Lacan va más allá al sostener que no se trata solo del padre sino del Otro como lugar de referencia fundamental al que el obsesivo sostiene y del cual no se desprende; de ahí la eterna postergación, de ahí su dificultad con el tiempo porque la hora le pertenece al Otro. También su deseo queda atrapado en esa maraña y el obsesivo transforma su propio deseo en una

demanda del Otro, que puede estar representado en diversos personajes.

### **En pocas palabras**

En un análisis el obsesivo puede desprenderse de la morbosidad de ciertos pensamientos, a los que Lacan llama *parásitos del alma*.

## **Cronología**

### **1777**

William Cullen, médico escocés, introduce el término *neurosis* en un tratado de medicina.

### **Siglo XIX**

Se considera que las neurosis son enfermedades del sistema nervioso con localizaciones orgánicas precisas o como afecciones funcionales.

### **1894**

Freud identifica la neurosis obsesiva y la considera más común en el hombre que en la mujer.

### **1895**

Freud sitúa en la neurosis obsesiva una experiencia sexual primaria de excesivo placer que luego se transforma en reproche o en ideación compulsiva.

### **1907-1926**

Freud muestra que en la neurosis obsesiva lo que domina la organización sexual es el erotismo anal. Constata una analogía entre la religión (cuyos rituales tienen un sentido) y el ceremonial de la obsesión (en el que esos mismos rituales solo responden a una significación neurótica). Los síntomas se expresan a través de pensamientos y no tanto a nivel del cuerpo como en la histeria.

### **1909**

Freud ubica la ambivalencia como central en las relaciones afectivas del neurótico obsesivo.

### **De 1957-1958 en adelante**

Lacan no pone el acento tanto en la ambivalencia como en la problemática vinculada con el deseo, un deseo que destruye el deseo del Otro, al que luego tiene que restituir en una suerte de circuito infernal.

## 30. La psicosis

**Freud diferencia a la psicosis de la neurosis en términos de una pérdida de realidad que se sitúa de manera distinta en ambos casos. Ante las frustraciones de la vida, el neurótico se aísla y se refugia en la fantasía que es su realidad psíquica y así mantiene una división posible entre el exterior y el interior. El psicótico no tiene esta posibilidad y, al no haber recinto interior, está preso de un afuera fantasmático que vive como real. De ahí la manera en que se define clásicamente a la psicosis... como la enfermedad caracterizada por la pérdida del contacto con la realidad. Lacan profundiza notablemente en estos mecanismos: si la realidad para el psicótico constituye un problema, no es por un déficit sino por la falta de un significante que la ordene y le dé una significación que permita el lazo social.**

El tema vinculado con la pérdida de realidad inquieta a todos los estudiosos de la psicosis. Aclaremos que esta siempre está trastocada para los sujetos; todos somos delirantes en este sentido, mas en la neurosis hay una distancia que preserva de no confundir lo real con la propia “locura”. La realidad que se le aparece al psicótico es una realidad que le causa perplejidad y desconcierto, porque falta esa significación que, aunque relativa, hace que el neurótico pueda descansar en ella. En este sentido, el psicótico estaría más atado a la realidad como realidad desnuda, desértica, la cual lleva a Freud a hablar de una vivencia de fin de mundo. Sobre ese vacío asemántico se montará luego el delirio como un intento por producir un sentido.

**¿Sabías que...** Freud comienza sus elaboraciones a partir de las neurosis y que Lacan lo hace a partir de las psicosis?

Tal agujero en la significación hace que Lacan hable de la carencia de aquel significante que la brinda y al que denomina *significante del nombre del padre*, forcluido entonces en la psicosis y presente en la neurosis. Este significante es el que sustenta nuestra creencia en un sentido común y en determinados pilares sobre los que se asienta nuestra existencia. El dramatismo que produce su ausencia se revela, por ejemplo, en Schreber cuando, al relatar el comienzo de su enfermedad, afirma que en un momento se detuvieron los relojes del mundo, que hubo un asesinato de almas, que los hombres parecían hechos a la ligera, etc. Es imposible entender este cuadro sin ubicar el momento inicial, llamado *de desencadenamiento*, en el cual el sujeto se confronta con una situación que pone en juego de manera brutal ese vacío en la trama de un tejido que se deshace. Al no haber remiendo posible, el desconcierto deja al sujeto en un estado de estupefacción angustiada al enfrentarse a tal derrumbe. Las convicciones delirantes son secundarias. En principio el psicótico no es el que sabe, como creería un examen fenomenológico; por el contrario, es quien más se ha acercado al agujero en el saber. Luego intentará producir un sentido mediante la interpretación delirante, cuyo eje triunfa en la paranoia y fracasa en la esquizofrenia.

La aparición del término *psicosis* se remonta al siglo XIX, en el que las enfermedades mentales se erigen en suelo propio, no solo como diferentes de las del cerebro o de los nervios o del cuerpo, sino de las que en la tradición filosófica se llamaron *enfermedades del alma*. Fue al final de ese siglo cuando en la tradición psiquiátrica se establece una oposición entre neurosis y psicosis. El término designa a la locura sin hacer más que describir ciertas conductas que aparentemente se escapan de lo racional. El psicoanálisis descubre una lógica en esa “falta de razón”, lógica que halla su formulación clave en el estudio que hace Freud del caso Schreber. Si bien no fue su paciente, escribió un libro, *Memorias de un enfermo de nervios* (Schreber, 2008), libro insuperable que inspiró a Freud, donde relata en forma exhaustiva los síntomas de la paranoia.

Schreber es un eminente jurista cuya carrera se ve interrumpida por sus brotes psicóticos, y su libro ilustra de tal manera las características del cuadro que quien quiera enterarse de su peculiaridad encontrará allí un aporte que supera al de cualquier manual. Volvamos sobre su idea acerca de la desaparición de los relojes del mundo: Koyré ubica este aparato en la inauguración del universo de precisión sin el cual no habrá posibilidad de ciencia exacta. Este instrumento está regulado de acuerdo con una unidad de tiempo que podemos pensar como un simbólico compartido que vuelve siempre al mismo lugar y que, en ese sentido, se anuda a un real. La abolición de esta marca será, para este jurista, simultánea al aflujo continuo y abundante de rayos en relación con el cuerpo en un suntuoso deslumbramiento de manifestaciones luminosas. Es así como en la psicosis el lugar donde se produce el agujero será ocupado por el goce del Otro, que tomará diferentes formas: la erotomanía, la persecución.

**A diferencia de Freud, Lacan piensa en un tratamiento posible para la psicosis, ya que le da suma importancia a las suplencias que puede emplear el enfermo para compensar el derrumbe subjetivo.**

Freud quiere diferenciar el mecanismo que opera en la neurosis del que lo hace en la psicosis: para la primera propone la represión y para la segunda, el rechazo [*Verwerfung*]. Lo reprimido retorna bajo la forma de las distintas producciones del inconsciente y el sujeto, aunque sean distintas a su yo consciente, las acepta como propias, provenientes de su “interior”. En cambio, cuando el mecanismo es el rechazo, aquello que fue suprimido retorna desde el exterior y el sujeto no lo reconoce como propio. El exterior deviene en un espacio foráneo e inquietante, persecutorio e inhabitable, que hace que Freud no se contente con pensar en una simple “proyección”. Lacan llama a este mecanismo *forclusión*.

El término *repudio* (*forclusión*) se origina en el vocabulario jurídico. Significa la clausura de una acción judicial en la que una de las partes no respeta los plazos legales para cumplir ciertas formalidades. La parte en cuestión queda excluida del derecho a discutir en el marco de un litigio, en virtud de no haber respetado dichos plazos; se la declara “*a foro exclusio*”; de ahí el término *repudio* en el psicoanálisis o, más exacto, *forclusión*. Jacques Lacan introduce el término en el psicoanálisis.

El término *forclusión* resulta de la traducción de la palabra alemana *Verwerfung*, empleada por Freud. Este dedica toda su atención a la neurosis, considerada curable, en

detrimento de la psicosis, que estima casi siempre incurable. En este sentido, la neurosis histérica de las mujeres de la burguesía vienesa atendidas por Freud y por Breuer no se parecen a las “locas” de la Salpêtrière puestas en escena por Charcot, sin duda también histéricas, pero con bordes cercanos a la psicosis. El encuentro de Freud con el psicoanálisis se produce en el ámbito del consultorio privado; el de Lacan, en cambio, en el hospital Sainte-Anne. Los inicios son diferentes: uno a partir de la neurosis y otro desde la psicosis; y en los dos casos las mujeres son las protagonistas. Lacan basa sus primeras investigaciones sobre el tema en el estudio de dos casos que en su momento conmueven a la comunidad: uno es el de Aimée, mujer que hirió a una actriz a la salida de un teatro, y el otro, el de unas criadas, las hermanas Papin, que mataron a la empleadora y a su hija e inspiraron la obra *Las criadas*, de Genet.

#### **En pocas palabras**

Freud recuerda que, cuando un cristal se rompe, lo hace siguiendo las líneas de su articulación; de ahí todo lo que puede enseñar la psicosis sobre la estructura.

## **Cronología**

### **1845**

El psiquiatra austríaco Ernst von Feuchtersleben introduce el término *psicosis* para reemplazar el de *locura* y definir las “enfermedades del alma” desde una perspectiva psiquiátrica.

### **1894**

Freud retoma el término *psicosis* para designar la reconstrucción inconsciente por parte del sujeto de una realidad alucinatoria y delirante.

### **1909 y 1911**

Contra Bleuler, Freud prefiere escoger la terminología de Kraepelin y así adopta la idea de una disociación de la conciencia, pero privilegia el concepto de paranoia sobre el de esquizofrenia. En consecuencia, hace de la paranoia el modelo estructural de la psicosis.

### **1911**

El texto freudiano “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente” (vol. XIII) aborda los mecanismos esenciales del cuadro paranoico a partir de las *Memorias* de Daniel Paul Schreber.

### **De 1931 en adelante**

Jacques Lacan lleva adelante un profundo estudio de la psicosis, que comienza con su experiencia en el Hôpital Sainte-Anne.

**1955-1956**

Lacan describe el mecanismo de la forclusión como aquel que da cuenta de la especificidad de la psicosis.

## 31. La paranoia

**Paranoia** es un término elaborado por la psiquiatría clásica que ha perdido valor en la psiquiatría moderna, a tal punto que asistimos a su evaporación como diagnóstico y a su reducción a una forma adjetivada: *paranoide*. El hecho fundamental de la paranoia es la manera singular de interpretar y el psicoanálisis ha profundizado en esta forma de percibir en los hechos un significado personal, dirigido al sujeto. Para Freud, el mecanismo de proyección en la paranoia implica una forma de interpretación que desconfía no solo del entorno, sino de las propias formaciones del inconsciente, de manera que se rechazan y se mantienen fuera del yo.

Freud aísla el mecanismo que caracteriza a la paranoia y le da el nombre de *proyección*: el mal, el goce, la intención, el eros, etc., provienen del otro, y nunca del propio sujeto. La afirmación de Hegel que indica que el mal está en el ojo que ve el mal estaría en las antípodas de la concepción paranoica, que lo atribuye al universo foráneo, extraño al sujeto. Pero, sin contentarse con la proyección, Freud da un paso más, paso que permite a Jacques Lacan construir el concepto de forclusión. Esto se debe a que el creador del psicoanálisis afirma que no solo el contenido es proyectado y permanece en el interior, sino que ha sido cancelado en el interior, es decir forcluido, en términos lacanianos: “No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia fuera; más bien inteligimos que lo cancelado [*aufheben*] adentro retorna desde afuera”.

**¿Sabías que...** Freud se inspira en las memorias de un gran jurista llamado Schreber para escribir su trabajo más importante sobre la psicosis?

La no inscripción del significante en el inconsciente es un mecanismo mucho más radical que el de la represión. Así como para los contenidos que fueron objeto de la represión el retorno de lo reprimido es un proceso psíquico que ocurre a través de diversas formaciones del inconsciente (sueños, actos fallidos, síntomas neuróticos), en el caso de la forclusión (mecanismo por excelencia de la psicosis) el retorno es en forma alucinatoria, es decir que lo forcluido reaparece en lo real.

Cuando en lugar de una significación el paranoico se encuentra con un vacío que produce perplejidad, lo llena con una significación que vuelve de afuera y que tiene un sentido injuriante. No vacila en decidir que lo que observa y escucha está dirigido a él; es el Otro el que actúa de manera intrusiva: el orden simbólico que él interpreta es sin tachadura, sin equívoco.

La paranoia social acompaña nuestra cotidianidad en un siglo que se podría denominar *siglo de la sospecha*. Hace tiempo me hicieron una nota para que hablase acerca de la importancia del trasero en nuestros días y dije que consideraba que el asunto trascendía la atracción concreta por esa parte del cuerpo. En efecto, el gran goce de la época

consiste en develar todo aquello que está “por detrás”; ese gusto va desde la fascinación por los *backstage*, la complacencia “voyeurista” por *Gran hermano*, la impulsión por exhibir fotos con procacidades sexuales, los chismes artísticos (proliferan los programas “especializados” en ese rubro) y todo aquello que muestre lo que hay detrás de bambalinas. En otro orden, lo mismo se revela en el deleite por sondear qué hay detrás de la vida de un gran hombre, qué secreto lleva en las espaldas, cuáles son sus debilidades, cuáles son sus aventuras libidinales, etc.

**Esta forma de locura, que Freud comparaba con un sistema filosófico, por su modo lógico de expresión y su nivel intelectual próximo al razonamiento “normal”, ya había sido descrita en la Antigüedad.**

En *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1987), Lacan dice que, en el fondo de la propia paranoia –tan animada, en apariencia, por la creencia– reina el fenómeno del *Unglaube*. *Unglaube* es el sustantivo alemán que utiliza Freud para designar esta “incredulidad de origen” del sujeto paranoico y que corresponde a la negación de *Glaube*, que significa “fe” y “creencia”. Es Freud quien introduce este término para explicar el mecanismo de la proyección, que es típico en esta afección. Se deniega creencia a un eventual reproche interno y se atribuye al prójimo el *displacer* que ese reproche genera.

La proyección implica no fiarse del inconsciente, rechazarlo, mantener lo que emerge de su fuente lejos del yo. Es interesante que Freud evoque en este mecanismo una posición subjetiva que desautoriza una creencia y que nos diga con esto que las formaciones del inconsciente suponen una creencia para ser reconocidas; caso contrario, es arrojado “al mundo exterior el sumario de la causa que la representación establece”.

Hoy abundan las subjetividades cínicas, no incautas, desengañadas. El Otro no es tanto el lugar donde una verdad puede emitirse, ya que lo anima un goce que provoca siempre desconfianza. La incredulidad relativa al valor de la palabra corre paralela a la certitud respecto de lo que hay “detrás” de esa palabra. Así, la misma paranoia social montada como defensa frente a la violencia termina alimentándola. Asistimos a un momento en el que los otros pueden transformarse súbitamente en enemigos porque son potenciales adversarios. Cualquier indicio basta para generar sospechas; la inseguridad de la que todos hablan está montada en la seguridad en un mundo habitado por intenciones malévolas.

Lacan nos dice que en la paranoia el goce está identificado en el lugar del Otro; esto quiere decir que el sujeto no puede gozar sin que esto sea equivalente a la intrusión del goce del Otro. En “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, Freud (vol. XIV) nos habla de una mujer que, estando medio desvestida junto a su amado, oye un ruido, cuya causa ignora, que la lleva a convencerse de que ha sido espiada y fotografiada durante el encuentro íntimo. El sonido desconocido será el producido por la excitación del propio clítoris, mas ella lo atribuirá al asedio de la cámara.

**En pocas palabras**

La paranoia se caracteriza por un delirio sistematizado y persecutorio, el predominio de la interpretación y la ausencia de deterioro intelectual.

## **Cronología**

### **1842**

Si bien esta forma de locura ya había sido descrita en la Antigüedad por Hipócrates, Esquilo y Eurípides, hay que aguardar hasta el siglo XIX, con los trabajos fundadores de la escuela psiquiátrica alemana, para que el término *paranoia* sea incluido en una clasificación general de las enfermedades mentales.

### **1817-1868**

Con los trabajos de Griesinger, Kraepelin, Bleuler y Clérambault, la paranoia, junto con la esquizofrenia y la psicosis maniaco-depresiva, se convierte en una de las tres formas modernas de la psicosis en general.

### **1895**

Inspirado en la clasificación precedente que jamás cuestiona, Freud precisa la modalidad defensiva que caracteriza a la paranoia basada en el mecanismo de la proyección.

### **1911**

En el marco de una gran discusión con Jung y Bleuler, Freud da una definición canónica de la paranoia, que servirá de referencia a sus comentaristas posteriores, como una defensa frente a la homosexualidad.

### **De 1932 en adelante**

Lacan aborda la paranoia como el modelo paradigmático de la psicosis y analiza, inspirado en Clérambault, los fenómenos que atañen al lenguaje al aislar los fenómenos elementales que lo caracterizan. A lo largo de su obra no se conformará con el mecanismo de proyección señalado por Freud y ubicará uno mucho más específico, que llamó *forclusión*. A él le debemos no retroceder ante el tratamiento de la psicosis.

## 32. La melancolía

De la melancolía se habla desde hace veinticinco siglos. Podríamos decir que este nombre acompaña a toda la civilización occidental. “Felicidad de estar triste”, dice Victor Hugo y en este oxímoron muestra el goce de tal padecimiento. Tántos y tantos pensadores ven en este cuadro el desvelo creativo del poeta, la ganancia de los que rechazan el camino de la ascesis pero no el de la lucidez. Pero ¿cuál es la respuesta del psicoanálisis a las intuiciones del literato? Freud aísla los rasgos sintomáticos que más se imponen: la depresión, la inhibición, los autorreproches, el insomnio, el rechazo a la comida. La melancolía da lugar a la profundización y creación de conceptos en psicoanálisis, que exceden el marco de esta afección.

Si la histeria y el sueño llevan a Freud a la indagación relativa al deseo, la melancolía, en cambio, lo conduce a la oscura satisfacción en el padecimiento, a la necesidad de castigo, a los estragos del superyó, a las fijaciones infranqueables, a las identificaciones más primarias, a la pulsión de muerte. En definitiva, a conceptos que trascienden el cuadro mismo y que se encuentran en otras estructuras.

Lacan dice que la esperanza absoluta puede conducir al suicidio porque lo que vale es solo lo que se espera. Sin duda, ello explica la presencia de ese famoso “temperamento melancólico” en los grandes místicos siempre en peligro de alejarse de Dios, en los revolucionarios siempre en búsqueda de un ideal que se sustrae y en algunos creadores que persiguen constantemente una superación de sí mismos.

En la actualidad, el hundimiento de la tradición, con su valor vinculante, y las vidas dependientes de la inserción en el mercado arrastran a los sujetos a caer cual desechos cuando no pueden ocupar un lugar en ese mercado o cuando son expulsados de la antigua inserción. Lo perdido cobra un valor único, irrecuperable. Bastan como ejemplos los suicidios de algunos sujetos al perder el empleo o los que irrumpen en cadena realizados por esos adolescentes convencidos de la futilidad de la existencia.

El melancólico sostiene que todo es vanidad; sus reproches cuestionan su valía. Y Freud se pregunta si acaso tuvo que enfermarse para llegar a tanta verdad. Esto se debe a que los velos, los semblantes, los sentidos que le damos a la vida son necesarios para vivir; es necesario acallar verdades para existir, mientras que aquí es todo ello lo que se derriba. Y la muerte, el sinsentido y la caída cobran una dimensión absoluta; todo es quimera, todo es objeto perdido. Ante una pérdida irreparable o un real irremediable, todo se revela como vano. Mallarmé dice: “¡La carne es triste y he leído todos los libros!”, y con esto muestra la caída del mundo ficcional ante lo real del cuerpo. Por ello, la tradición la viste de negro y Durero la ilustra con ese rostro sombrío, con la mirada perdida.

La pérdida de sentido disuelve los lazos; de ahí que el término *desenganche* tenga tanta vigencia aquí. En *La Iliada* se describe al melancólico Belerofonte, quien se consume en la tristeza al evitar a los hombres.

En *El seminario. Libro 10: La angustia*, Lacan (2006) enfatiza la manera en que el sujeto se desamarra de la escena identificándose al objeto *a* como desecho:

El *niederkommen* es esencial en toda súbita puesta en relación del sujeto con lo que él es como *a*. No sin razón el sujeto melancólico tiene tal propensión, siempre llevada a cabo con una rapidez fulgurante, desconcertante, a arrojarse por la ventana. En efecto, la ventana, en tanto nos recuerda el límite entre la escena y el mundo, nos indica lo que significa tal acto en el que, de algún modo, el sujeto retorna a aquella exclusión fundamental en la que se siente.

¿Sabías que... en la teoría hipocrática de los humores se asocia la melancolía con la bilis negra derivada del mal de Saturno, mórbido y desesperado?

Dice Freud que en la melancolía la sombra del objeto cae sobre el yo. El estatuto de tal objeto ha constituido un problema para el psicoanálisis, pero creo que hay un término que revelaría algo de su dimensión. Freud utiliza la palabra *sombra*, que habla de la desaparición del brillo fálico del sujeto y del mundo. Se trata, entonces, de un aspecto del objeto en que la umbría solo dibuja su contorno; en el interior la negrura baña su cuerpo espectral. Esa sombra –dice Freud– cae sobre el yo, tomado por la inmensidad de esa mácula que ha borrado cualquier resplandor. Si la manía es el puro brillo sin sombra, la melancolía es la sombra que opaca cualquier brillo y por eso Lacan no duda en situarla como identificación al objeto *a* como desecho. La evocación a la sombra también está presente en el origen griego de la palabra: *melas* (“negro”), *kholes* (“bilis”). Tal vez la melancolía y la manía nos recuerden que las luces... deben ser moderadas.

Pero tal temperamento no debe confundirse con el cuadro melancólico, en el que el despojamiento, el desenganche, es clave. El término *empuje* me parece fundamental para especificar el desenganche melancólico; se trata de un empuje a dejar la escena. De ahí esa propensión a “tirarse por la ventana” como expresión de la migración abrupta del teatro de la vida.

Se ha estudiado que lo que puede detener tal eyección absoluta son ciertos ideales humanitarios; ayudar a aquellos que están en los márgenes y tener una identificación con el papel social de asistir a los desvalidos evita que el sujeto sea idéntico a ellos. Esa característica es observada por los psiquiatras alemanes Tellenbach, autores que investigan las particularidades de lo que denominan “estado premórbido” del paciente depresivo y aíslan el *typus melancholicus*, cuyo rasgo saliente es el altruismo desusado y patológico. A comienzos de los años sesenta, definen ese tipo de personalidad consagrada a vivir “para otros”. Efectivamente, si se habla de “sobreidentificación” es por tratarse de una identificación rígida del papel social, cuyo carácter no dialéctico evidencia el rigor psicótico del cual emana. El comportamiento hipergnómico al papel social, es decir, su estilo moralista y sentencioso, es hijo de tal rigor. Una identificación con el ser literal del rasgo significante y no con su función de representación.

**En pocas palabras**

La melancolía es una forma de locura en la que el pesar constante y la tristeza profunda pueden llevar al sujeto al suicidio.

## **Cronología**

### **De 420 a 370 a. C.**

Durante siglos la teoría hipocrática de los humores describe los síntomas clínicos de este mal: humor triste, sensación de abismo infinito, extinción del deseo, embotamiento seguido de exaltación, atracción irresistible hacia la muerte, las ruinas, la nostalgia, el duelo. La melancolía se asocia con la bilis negra, uno de los cuatro humores, que imita la tierra y reina en la vejez.

### **Fines del siglo XVII y, sobre todo, vísperas de la Revolución francesa**

La melancolía aparece como el síntoma principal del hastío destilado por la vieja sociedad; así, la antigua teoría humoral será reemplazada por una causalidad existencial.

### **Siglo XIX**

Con la instauración del saber psiquiátrico, se transforma esa “felicidad de estar triste”, como diría Victor Hugo, en una verdadera enfermedad mental sin adornos literarios ni filosóficos.

### **1917**

Freud publica un texto magistral sobre el tema “Duelo y melancolía” (vol. XIV), haciendo del segundo término una forma patológica del primero.

## 33. La manía

El psicoanálisis piensa la manía en relación con la melancolía, pares opuestos pero íntimamente vinculados. Si la melancolía nos habla de una adherencia patológica al pasado, en la que la sombra del objeto perdido captura al yo hasta el punto de impedirle la vida, la manía es definida por Freud como el triunfo del yo sobre el objeto, libre ya de cualquier sujeción. El desapego lleva al extremo de un desenfreno de tal magnitud que el cuadro se compara con los estados de euforia producidos por sustancias tóxicas. Lacan la define en términos de pérdida de aquello que para el sujeto funciona en su existencia en términos de anclaje.

El hombre o la mujer presos de un frenesí de pensamientos, de acciones y de goces no acuden al psicoanalista y, si se presentan en el consultorio, generalmente lo hacen impulsados por un familiar o allegado perplejo ante ese desmadre. Esto se debe a que el maníaco no se queja de su potencia “invencible”, exaltado por la idea que tiene de su lugar en el mundo, ni quiere ser aliviado del éxtasis que lo habita. Falta en él la dimensión sintomática que siempre implica una detención, un intervalo que lleva a una pregunta y que no nos hace ser arrastrados por una deriva infinita. Así, podemos decir que la manía puede ser aprehendida como un triunfo de las posibilidades infinitas y artificiales de un mundo de semblantes privados de lo real, es decir, un triunfo sobre el síntoma. Con esto, más allá de la singularidad del cuadro, se detecta de qué manera el mundo en que vivimos predispone a un “existir maníaco”. Es imposible pensar en esta afección sin su relación con el tiempo que, sin intervalos ni contrastes, carece de lastres. Nuestra época se caracteriza por la rapidez con que pasamos a utilizar la realidad y a ser utilizados por ella. Todo se vuelve más rápido y de la rapidez se pasa a la aceleración; a la rapidez del rendimiento le sigue luego su aceleración. Para los matemáticos y los físicos, la segunda deriva de la primera.

¿Sabías que... la palabra *manía* proviene del griego antiguo *μανία*, que significa “manía”, “locura”, “demencia”, “estado de furor”?

La distancia entre las instancias yo e ideal del yo hace que nunca seamos tan creyentes de nuestra potencia yoica, ya que esta nunca iguala al ideal que nos sobrepasa; sin embargo, en la manía esa separación desaparece. Cuando el yo iguala al ideal, todo es brillo ilimitado y no hay ya ninguna opacidad. Freud nos habla del “hambre voraz” del maníaco en la loca carrera en la que, emancipado de cargas de objeto pasadas, se lanza, entusiasta, a otras nuevas.

Lacan se refiere a la manía en términos de un “rechazo al inconsciente” y esto quiere decir que en la excitación maníaca el sujeto no quiere saber nada de las condiciones significantes a las que está amarrado, que solo se pueden restablecer si reconsidera su historia y sus marcas. Y otra vez la temática nos remite a

nuestros tiempos, en los que se pregona “partir de cero”, “dar vuelta rápido la página”, no quedar fijado a nada, reinventarse cada vez. ¿No se propicia aquello que es propio de la manía sin que por esto el cuadro como tal tenga su especificidad?

**El psicoanálisis desconfía de las felicidades artificiales, de las luces y de los brillos sin opacidad porque allí está el germen de la manía como rechazo del inconsciente.**

A nivel farmacológico, se comprueba que uno de los posibles efectos secundarios del uso de los antidepresivos pueden ser episodios maníacos. Por otra parte, se observa un intento por medicar cualquier índice de tristeza con un antidepresivo, que, cuando no está bien indicado, conduce a tales estados. Pensemos de qué modo la palabra *bipolar* ha pasado a formar parte del lenguaje cotidiano y es empleada por doquier. Ya no solo la usan los psiquiatras y los médicos, sino también los legos, porque se presta a múltiples aplicaciones. Cualquier cambio de estado de ánimo se piensa como signo de bipolaridad, cualquier discordancia lleva ese nombre, cualquier altibajo tiene esa impronta, la más mínima disparidad lleva su etiqueta. Pronto advertimos que el vocablo se presta a una suerte de función multiuso, apta para diversas aplicaciones, ya que el ser humano es contradictorio, suele tener ambivalencia en sus afectos, su humor es cambiante, las contingencias de la vida lo afectan y no reacciona siempre de una única forma. Y si “bipolar” es quien no es totalmente idéntico a sí mismo... todos somos bipolares. Se dirá que es frecuente que las palabras pierdan especificidad al ser empleadas por el profano y que de tanto hábito se asemejen a las monedas gastadas, tal como eran llamadas por el poeta Mallarmé aquellas de las que tanto usufructo se hizo. Sin embargo, este no es exactamente el caso, porque aquí se trata de un término que no por su empleo corriente, sino ya por su origen, no dice nada específico, por una extensión sin límite que evapora las diversas aristas de los cuadros clínicos. Como si la globalización hubiese afectado el campo psiquiátrico, ese campo antes caracterizado por la fineza del detalle diagnóstico. El tema lleva a pensar que la llamada “bipolaridad” muchas veces puede ser propiciada por el mismo medicamento.

Una publicidad ilustra la manera en que se propicia el estilo maníaco: “Usted puede hablar de manera ilimitada”. Lo que se ofrece como supuesto placer tiene, antes bien, su lado infernal: hablar todo el tiempo es una tortura. Este detalle nos acerca a que invocar el triunfo del “sin límite” no está en la línea de la alegría y de la fiesta que aparentemente darían cuenta de la desinhibición maníaca. Así y por ello, Krafft-Ebing describe el carácter mortal de esa excitación, Kraepelin ve la tristeza melancólica que está alojada en ese corazón exaltado y Clérambault señala la vehemencia excesiva de toda esa emoción. Ese furor entusiasta que desconoce cualquier obstáculo en un camino lleno de luces hace que Freud piense la manía en términos de una confluencia entre el yo y el ideal.

#### **En pocas palabras**

El uso abusivo del antidepresivo nos lleva a pensar en una época que, al no tolerar la tristeza, impulsa el estilo maníaco.

# Cronología

## De 460 y 370 a. C.

Según la teoría hipocrática de los humores, en virtud de las mezclas, la bilis negra puede combinarse con la bilis amarilla, identificada con el furor, y de allí surge la idea de la alternancia psíquica entre un estado y otro: entre manía y depresión, característica de la nosografía psiquiátrica moderna.

## Siglo XVII

El médico inglés Thomas Willis es el primero que define el ciclo maníaco-depresivo.

## 1917

Freud compara la manía con las crisis tóxicas derivadas del uso de drogas y considera el cuadro como el reverso de la melancolía: si en esta domina la sombra del objeto perdido, en la manía el yo triunfa sobre cualquier límite.

## 1948-1954

Henri Ey denomina *manía* a un estado de hiperexcitación de las funciones psíquicas caracterizado por la exaltación del humor y el desencadenamiento de las pulsiones instintivo-afectivas. La liberación desordenada y excesiva de la energía se manifiesta por igual en los dominios psíquico, psicomotor y neurovegetativo.

## 1962-1963

Lacan considera que, en la manía, el sujeto se ve liberado a la metonimia sin tregua del significante, faltando aquello que pudiese funcionar como ancla.

## 1973

Lacan define a la manía en términos de rechazo del inconsciente como rechazo a una sujeción.

# **Capítulo 8**

## **Orientaciones sexuales**

## 34. La homosexualidad masculina

Le debemos a Freud haber apartado a la homosexualidad de las concepciones clericales y médicas, que la ubicaban o bien como monstruosidad moral o bien como degeneración constitutiva. Ya en 1915 dice Freud: “La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos... En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento”. Si para Freud la anatomía es un destino, esto no equivale a decir que esa anatomía marca de antemano la elección sexual.

Si bien Freud y Lacan mantienen el término *perversión* al considerar la homosexualidad masculina, tal denominación no tiene el sentido de depravación moral. La homosexualidad será abordada desde la teoría de las pulsiones y a partir de los destinos del falo, el Edipo, la castración y las identificaciones. A esa madre que le implora curar la homosexualidad de su hijo, Freud no vacila en responderle que desde tiempos inmemoriales grandes hombres, como Platón, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci, han sido homosexuales. Sin embargo, nunca la considera una entidad clínica sino una elección.

Dada la transformación inducida por la doctrina freudiana en la concepción que el saber occidental posa sobre la sexualidad, se puede afirmar que Freud, a propósito de la homosexualidad, rompe con el discurso psiquiátrico de fines del siglo XIX. Ese saber la considera una “tara”, “raza maldita” siempre reprobada. La figura del homosexual, desde Oscar Wilde (1854-1900) hasta Marcel Proust (1871-1922), se recibe a fines de siglo, cuando avanza el antisemitismo, como un equivalente del judío.

Es imposible entender la homosexualidad sin referencia a la castración, y esta perspectiva es idéntica tanto en Freud como en Lacan. La prevalencia que tiene el pene masculino como órgano fetiche necesario en el compañero habla de la manera en que el sujeto rechaza su falta en la mujer. Lacan sitúa el accidente homosexual en un disfuncionamiento del segundo tiempo del Edipo, en el que, por falla del padre, no se realiza la separación del niño y de la madre. Es decir que, en el momento decisivo en el que el progenitor tendría que intervenir como privador, tal operación fracasa y como resultado “es mi madre quien lo tiene”. Aquí Freud y Lacan se dan la mano al afirmar que en el homosexual perdura la madre como madre fálica; de ahí el horror a la castración femenina y su consiguiente desmentida.

**En 1964, cuando Lacan funda la Escuela Freudiana de París, contrariamente a sus colegas de la API (donde existe una prohibición tácita desde que Karl Abraham se negara a la inclusión de los homosexuales), brinda a los homosexuales la posibilidad de ser psicoanalistas.**

El pene del *partenaire* se erige en el lugar supremo de la condición de goce. Lacan

conjetura la idea de que el padre quiere demasiado a la madre pero sin establecer una relación de causalidad simple y directa. Es que amar demasiado a la madre implica que ella conserve la ley y, si eso también se liga a una madre que quiere preservar su potencia, no dejarse quebrantar, será por ese sesgo por lo que se produce la identificación del niño. De este desenlace se deduce la exigencia –y esta palabra es fundamental– asociada a que el *partenaire* muestre que lo tiene, que tiene “con qué”. Desde mi punto de vista, tal perspectiva es fundamental, ya que lo que se observa en la clínica es la manera en que el homosexual suple la declinación paterna y la poca efectuación de su palabra, y así afirma su existencia mediante el empeño por sostener el pene, fétiche adorado. Quizás esto esté en la base de las conductas compulsivas de estos sujetos, víctimas de una infidelidad que se les impone y que les ocasiona sufrimiento, ya que pone en jaque el amor deseado del compañero estable.

¿Sabías que... etimológicamente la palabra *homosexual* es un híbrido del griego *homós*, que en realidad significa “igual”, y no, como podría creerse, derivado del sustantivo latino *homo*, “hombre”?

Hoy el número de homosexuales no deja de crecer. La pregunta es si son más que antes o en verdad en estos tiempos han salido del armario. Si utilizamos los términos clásicos de Lacan, son sujetos para quienes no ha habido quien transmita la virilidad en cuanto agente de la castración simbólica. Quizás este fenómeno sea una de las consecuencias del hecho de vivir entre las ruinas del patriarcado, donde el principio de autoridad ha quedado en entredicho. Al respecto, cabe señalar que no es solo el psicoanálisis el que señala tal descenso, sino que, además de la sociología, la filosofía, en el decir hegeliano, preanuncia la progresiva desvirilización del mundo.

“El psicoanálisis –dice Freud– considera más bien que lo originario a partir de lo cual se desarrollan luego, por restricción hacia uno u otro lado, tanto el tipo normal como el invertido es la independencia de la elección de objeto respecto del sexo de este último, la posibilidad abierta de disponer de objetos tanto masculinos cuanto femeninos, tal como se puede observar en la infancia y en épocas prehistóricas.”

Cuando Kojève (1996) lee el libro de Françoise Sagan *Bonjour tristesse* (1954), afirma que, en las playas de la Costa Azul descritas por la joven escritora, se pasean los varones del nuevo mundo, el de la posguerra. Hombres que tienen la molesta tendencia de ofrecerse a la mirada, desnudos, pero obligatoriamente musculosos. Las referencias al “mundo nuevo”, con el tropel vanguardista de este perfil de “machos”, no dejan de tener resonancias hegelianas; incluso el título del artículo es “Sagan: el último mundo nuevo”.

Freud dice que intentar transformar a un homosexual en heterosexual es tan imposible como intentar transformar a un heterosexual en homosexual. Asimismo, rechaza toda estigmatización de la homosexualidad basada en la noción de “degeneración” y no la considera una “tara” ni una “anomalía” como los médicos de su época. En su *Carta a una madre americana*, Freud no duda en afirmar que la homosexualidad “no es un vicio, ni un signo de degeneración, y no puede clasificarse como una enfermedad”. Señala que perseguir la

homosexualidad es una “gran injusticia y una crueldad”, y que el análisis a lo sumo sirve para devolver la armonía a una persona si se siente infeliz o neurótica, independientemente de si es homosexual o no. Entre sus discípulos, Sandor Ferenczi asume abiertamente la defensa de los homosexuales perseguidos en Hungría.

Los herederos de Freud no siguen sus orientaciones ni las de Ferenczi, y ponen de manifiesto respecto de la homosexualidad una intolerancia extrema, al punto de convertirla en una especie de “continente negro” en la historia del movimiento psicoanalítico. Los vieneses se muestran mucho más tolerantes que los berlineses. Apoyados por Karl Abraham, estos últimos consideran que los homosexuales no pueden ser psicoanalistas, puesto que el análisis no los “cura” de su “inversión”. Con el respaldo de Freud, Otto Rank se opone a los berlineses y declara que los homosexuales tienen que poder acceder a la profesión de psicoanalistas. También recuerda que existen diferentes tipos de homosexualidad y que hay que examinar cada caso en particular. Ernest Jones (1976) se niega a tomar en cuenta esa posición y apoya a los berlineses al declarar ante los ojos del mundo que la homosexualidad es un “crimen repugnante”. Bajo la presión de Jones y de los berlineses, los vieneses ceden y se proscriben a la homosexualidad de la legitimidad freudiana; más tarde la API refuerza su arsenal represivo.

#### **En pocas palabras**

El psicoanálisis estima que la homosexualidad es producto de identificaciones y de la insondable elección de goce de determinados sujetos.

## **Cronología**

### **1860**

El médico húngaro Karoly Maria Benkert crea el término *homosexualidad* para designar todas las formas de amor carnal entre personas pertenecientes al mismo sexo biológico.

### **1870-1910**

La palabra *homosexualidad* se impone progresivamente.

### **Principios del siglo XX**

El discurso psiquiátrico considera la homosexualidad una inversión sexual; es decir, una anomalía psíquica, mental o constitucional como trastorno de la identidad.

### **1905 y 1915**

Freud se desprende de la sexología; no le interesa valorizar ni juzgar la homosexualidad sino comprender su génesis.

### **Mediados del siglo XX**

Lacan es el primer psicoanalista que rompe con la persecución de los homosexuales en la API.

**De 1970 en adelante**

Después de los trabajos de Michel Foucault y los grandes movimientos de liberación sexual, las tesis psiquiátricas sobre la homosexualidad son impugnadas y se recurre a la noción de género, considerando a la sexualidad como una construcción ideológica.

## 35. La homosexualidad femenina

Freud entiende la homosexualidad femenina como una de las respuestas resultantes de la decepción relativa al padre. Ese antiguo amor trae tal desdicha que la joven se orienta hacia la mujer para evitar el desengaño aparejado en la relación con los hombres. Ellas se consagran al amor; y en esta vertiente se orienta la elección amorosa, un amor que intenta ser superior al del hombre y sabedor de la naturaleza femenina. Amar más de lo que ama un hombre, amar prescindiendo del pene y mostrar que el miembro no es necesario son aspectos que indican que el otro masculino está presente, ya que a él se le demuestra. El caso de la joven homosexual descrito por Freud es célebre en el psicoanálisis para comprender esta posición sexual.

El discurso sobre el amor está en el centro de la homosexualidad femenina, lo que no ocurre necesariamente en la homosexualidad masculina, en la que el goce sexual se revela como esencial. En el caso que describe Freud, el alumbramiento tardío por parte de la madre de un tercer hijo precipita a la adolescente en una verdadera revolución. La jovencita se dedica a continuación, para gran escándalo del pequeño mundo de la alta burguesía vienesa, a una admiración apasionada por una mujer venida a menos, homosexual, que solo usa a los hombres para hacerse mantener. Ella se lanza a una suerte de gesta heroica que constituye una verdadera lección de amor al padre. Cual caballero galante y cortés, dirige hacia ella toda su pasión y su entrega y así exalta las cualidades de una mujer que, a la vista de todos, no es más que una *cocotte*.

¿Sabías que... en el siglo XVII las Preciosas se reunían para sostener un discurso sobre el amor y suprimían de la lengua aquellas palabras que evocaban el sexo?

La decepción respecto del padre, objeto antes de una gran fijación, abre diversos interrogantes: ¿acaso tal decepción no forma parte del destino de toda mujer en cuanto el padre no da lo que se busca?; el hecho de que el padre le haya dado a la madre un hijo, ¿justifica tal viraje?; si sus asuntos con la *cocotte* se muestran a doquier sin disimulo, ¿qué es lo que ella quiere exponer? La escena tan montada sobre el padre y su mirada nos lleva a reflexionar sobre lo que dice Freud cuando lo describe como alguien que se mantiene alejado de los hijos por su impostado rigor. Demasiado identificado con su personaje, demasiado identificado con el lugar que ocupa, demasiado igualado al semblante que representa, demasiado, en suma, creído de su “falo”.

En la Francia del siglo XVII, los salones comienzan su andadura como espacio público capaz de generar nuevas normas y valores sociales. Lacan toma como modelo del amor en la homosexualidad femenina a las Preciosas que purifican el lenguaje del “exceso homo”. En los salones, las mujeres tienen una notable presencia y protagonizan el movimiento literario y social conocido como *preciosismo*. Las Preciosas, que declaran preferir la aristocracia del espíritu a la de la sangre, revitalizan la lengua francesa e imponen nuevos estilos amorosos; establecen, pues, sus normativas en un terreno en que las mujeres rara vez habían

decidido.

Es así como la hija quiere crear una nueva cartografía contorneada por un cortejo dirigido a sacar a la luz y a enaltecer aquello que los vieneses mantienen en secreto: el objeto erótico degradado. Entonces, ella le enseña que se puede amar sin el falo, que amar “es dar lo que no se tiene a un ser que no lo es”: fórmula para Lacan del amor que la homosexual encarna con exactitud al rechazar que el padre sólo ocupe su posición identificado monóticamente al falo y caer en la vulgaridad que representan a sus ojos los placeres de la carne.

**En el escrito consagrado a la homosexualidad femenina, Freud muestra que es inútil “curar” a un sujeto de la orientación homosexual cuando esta está instalada y que en ningún caso el psicoanálisis debe tener ese objetivo.**

Para cernir este rechazo, Lacan recuerda el drama *Las tetas de Tiresias*, de Apollinaire (2010). En él, Thérèse no acepta la autoridad de su marido y se arranca las mamas; de este modo rechaza el lugar de objeto que ella ocupa para él. Para Lacan, una mujer accede al goce femenino, más allá del falo, y acepta ubicarse en aquello que la hace objeto de deseo, deseable para un hombre. La homosexual femenina quiere acceder al goce femenino, a su pasión, y eliminar el falo. Y en esto confunde al falo como órgano de lo que es como significante imposible de eliminar.

La palabra *lesbiana* deriva del nombre de la isla griega de Lesbos, hogar de la poetisa Safo en el siglo V a.C. De los escritos que se han conservado, los historiadores deducen que un grupo de mujeres jóvenes estaban a cargo de Safo para su instrucción y diversión. No ha sobrevivido mucha de la poesía de Safo, pero la que se conoce refleja los temas sobre los que escribió: las vidas diarias de las mujeres, sus relaciones y rituales. Se centraba en la belleza de las mujeres y proclamaba su amor por las jóvenes. Hacia fines del siglo XIX, la palabra *les-biano/a* es un adjetivo que califica a todo lo que deriva de Lesbos. En 1890 el término se usa en un diccionario médico como adjetivo para describir el tribadismo (como “amor lésbico”): gratificación sexual de dos mujeres a través de la simulación del coito. *Lesbianismo* para describir la relación erótica entre mujeres se documenta en 1870.

La fórmula clásica del amor dada por Lacan, encuentra perfecta aplicación en este caso. Ella, la joven, le demuestra al padre que se puede amar con la falta, sin el pene, amar a una dama no por sus cualidades sino por algo que se supone más allá de ella misma. Por otro lado, se dedica por entero al “cuidado del goce de su compañera”, a hacer gozar a una mujer mejor de lo que lo haría un hombre.

Esta dimensión de desafío al hombre, de mostrar al hombre cómo hay que amar y hacer gozar a una mujer, es resaltada por Jones, Freud y también Lacan. Pero se la puede encontrar también fuera del psicoanálisis. En la obra *En busca del tiempo perdido*, Proust (2000) relata la escena de un encuentro entre una pareja de mujeres que hacen el amor bajo la mirada del padre de una de ellas, mirada fijada en un retrato que cuelga de

la pared.

### **En pocas palabras**

La consagración al amor está en el centro de la fijación de la homosexualidad a la criatura femenina.

## **Cronología**

### **Siglo V a.C.**

La palabra *lesbiana* deriva del nombre de la isla griega de Lesbos, donde vivió la poetisa Safo, símbolo del amor entre mujeres y de la unión de lo terrenal con lo divino.

### **Fines del siglo XIX**

Algunos sexólogos publican sus observaciones sobre el deseo y conducta hacia personas del mismo sexo y distinguen a las lesbianas en la cultura occidental como una entidad distintiva. Desde entonces, los historiadores han reexaminado las relaciones entre las mujeres y cuestionan qué es lo que hace que una mujer o una relación puedan calificarse como “lesbianas”. El resultado de este debate ha introducido tres componentes a la hora de identificar a las lesbianas: la conducta sexual, el deseo sexual y la identidad sexual.

### **De 1905 en adelante**

Tanto Freud como Lacan estudian la etiología de la homosexualidad femenina y no la ligan con ninguna estructura clínica particular; de este modo, hacen que dependa de las decepciones respecto del padre y del rechazo del falo en privilegio de un amor que se exalta ante todo.

### **1920**

A propósito de una joven vienesa a la que había tenido en tratamiento porque amaba a una mujer y sus padres querían obligarla a casarse, Freud da una definición canónica de la homosexualidad que rechaza todas las tesis sexológicas sobre el “estado intermedio”, el “tercer sexo”, etc., para articularla con el complejo de Edipo y el inconsciente. Muestra también que es inútil tratar de “curar” la homosexualidad cuando esta está instaurada.

## 36. El fetichismo

*Fetichismo* es una palabra que designa un sortilegio, un artificio, y que es retomada en 1887 por Binet y por los fundadores de la sexología para referirse al “fetichismo”. Este término alude a una actitud de la vida sexual que consiste en que una de las partes del cuerpo del *partenaire* u objetos vinculados con este se tomen como medios exclusivos de la excitación o del acto sexual. Cabe distinguir el fetichismo de la fetichización que existe en toda vida erótica: siempre hay un brillo que hace que el amado resulte irresistible, pero esto no debe confundirse con que esa parcialidad devenga –como en la perversión fetichista– en un fin en sí misma, separada de la persona.

La noción de fetiche es común a todos los dominios del saber y se ha convertido en objeto de controversias tanto en el campo antropológico como en el filosófico, el político, el religioso y el económico. Como ejemplo, cabe solo citar la etnología darwiniana, que muestra la manera en que el fetichismo es una forma de religión que consiste en transformar en divinidades a animales y seres inanimados a los que se les atribuye un poder mágico. Se ha hablado de tanto como se las ha criticado, diferentes “edades de la humanidad”, llamando *edad del fetichismo* a su primer estado teológico.

**El fetiche constituye el estigma indeleble, el memorial del descubrimiento de la castración femenina y, al mismo tiempo, de la conservación de una creencia contraria y oculta.**

En el campo sociológico, Marx ha creado el concepto de fetichismo de la mercancía, que designa cómo, en una sociedad productora de mercancías, estas aparentan tener una voluntad independiente de los productores, y así cobran vida fantasmagórica. De ahí sus consecuencias: las relaciones entre las personas son sustituidas por la relación entre las cosas y la consiguiente animación otorgada al mundo de los objetos, que le hace decir a Marx: “la mesa baila”.

¿Sabías que... el fetichismo como perversión es el modelo que toma Freud para explicar las perversiones en general?

Los miembros de una sociedad de consumidores son ellos mismos bienes de consumo, y esa condición los convierte en miembros de buena fe de la sociedad. Aunque, por lo general, permanezca latente como una preocupación inconsciente e implícita, el principal motivo de desvelo de los consumidores es convertirse en productos vendibles y lograr mantenerse así; de este modo, los objetos son animados y los sujetos, cosificados. Marx afirma que el fetichismo de la mercancía se basa en un proceso de ocultamiento porque ese poder que les es transferido a los objetos encubre las verdaderas relaciones sociales que están en la base de la producción. Las cosas asumen entonces el papel subjetivo que corresponde a las personas.

Desde la lógica freudiana, no hay fetichismo en la mujer. Es el varón quien necesita que ella tenga los postizos necesarios para despertar su deseo; la condición fetichista es propia del macho. Deviene en perversión cuando esa parte se separa del cuerpo de la mujer y toma valor exclusivo; sin embargo, más allá de la perversión, la condición erótica masculina es fetichista. Él quiere que ella tenga ciertos rasgos, tiene exigencias rígidas y tipificadas; el fetiche es invariable, aunque susceptible de ser encontrado en soportes individuales diversos, con la condición de que se encuentren ciertos rasgos. Cuando hablamos de “condición erótica”, aludimos a los detalles fetichistas propios de cualquier elección. En definitiva, en el hombre, el deseo está anudado al goce de tal fetichización, mientras que en la mujer el deseo pasa por el amor.

Freud y Marx se dan la mano al atribuirle al fetiche un lugar de enmascaramiento, pero el fetiche freudiano tiene, sin embargo, un valor de unicidad que no lo torna intercambiable. Es determinado zapato, es la prenda que se conserva, es una nariz y no otra, es esa trenza, etc. Desde el punto de vista sexual, la concepción freudiana del fetiche se desarrolla en diferentes textos que le permiten desplegar el gran tema vinculado con la escisión del yo. Así, coexisten en su interior dos corrientes respecto de la realidad exterior en cuanto esta contraría una exigencia pulsional: una de ellas acepta la realidad y la otra niega esa realidad buscando la forma de obturarla. El objeto fetiche se asocia a la perversión cuando deviene en fin en sí mismo, cercenando una falta donde se trata de eliminar cualquier vestigio de subjetividad. Esto se debe a que la subjetividad como tal más allá de la falta de pene pone en juego la falta por el solo hecho de que la persona habla y dice. Una película de los años setenta muestra a un hombre cuyo objeto erótico es un maniquí inflable que representa a las claras a la mujer muda, devenida en fetiche por excelencia. El baño público elegido por muchos homosexuales es también el escenario donde se hace presente el montaje perverso; se trata del pene erecto, fetiche supremo en el reino del anonimato.

El fetichista habría quedado fijado a aquella prenda o parte del cuerpo de la madre previo al descubrimiento de su castración. Así, el zapato, el vestido, la prenda interior, el cabello, etc., velan esa falta, la taponan, la obturan, pero al mismo tiempo indican su existencia. Por una parte, los fetichistas niegan el hecho de su percepción, que les ha mostrado la falta de pene en el órgano femenino, y esta negación se traduce en la creación del fetiche sustituto del pene en la mujer; por otro lado, se reconoce tal falta.

La ambigüedad de la negación del fetiche, como un objeto presente que es concreto y tangible pero que, a su vez, es símbolo y presencia de una ausencia, y por lo tanto inmaterial e inasible, reenvía siempre más allá del fetiche mismo hacia algo que jamás puede poseerse, y revela así un nuevo modo de ser de los objetos fabricados por el hombre.

Tal posibilidad de tener a la vez dos creencias contrarias, una oficial y otra secreta, no remite ni a una represión ni a una negación, sino a una escisión del yo, debido a un mecanismo que los analistas llaman *renegación* o *repudiación*. Al describir este proceso, en el que la escisión ocurre en el mismo yo y no entre distintas instancias, Freud pone en evidencia un proceso nuevo respecto del modelo de la represión. Se mantienen en

simultáneo dos creencias sin que exista entre ellas una relación dialéctica. Tal escisión no solo explica la perversión fetichista, sino muchas actitudes dobles y contradictorias a lo largo de la vida; aquí podría aplicarse la frase: “Ya lo sé, pero aun así...”, magistralmente situada por Octave Mannoni. En el artículo homónimo estudia los problemas que nos plantean las creencias a los psicoanalistas: un analizante consulta a un brujo, otro va a un curandero y muchos simplemente leen, con mayor o menor credulidad, los horóscopos. Junto con otros fenómenos más sutiles, las creencias son un tema que nos concierne más fuertemente y no una aparente consideración superficial.

#### **En pocas palabras**

El fetichismo permite explicar la manera en que los objetos velan la falta estructural.

## **Cronología**

### **1750**

Se crea el término, que será retomado en 1887 por el psicólogo francés Alfred Binet y luego por los fundadores de la sexología para designar una actitud de la vida sexual que consiste en privilegiar una parte del cuerpo del *partenaire* o bien una perversión sexual (fetichismo patológico).

### **1912**

Freud retoma la idea de diferentes edades de la humanidad y considera al fetichismo como un estado teológico de la humanidad.

### **1923**

Con la introducción del término *renegación*, Freud construye una teoría que en 1927 lo llevará a comprender el fetichismo como la coexistencia de una negación de la percepción de la ausencia de pene en la mujer y un reconocimiento simultáneo de esa falta. La prenda elegida es la que enmascara la diferencia sexual. La mujer no es fetichista; ella fetichiza su cuerpo con la vestimenta necesaria para causar el deseo del hombre, cuya condición, sin llegar al fetichismo patológico, es fetichista.

### **De 1960 en adelante**

La escuela francesa impugna la existencia de un fetichismo femenino. Sin embargo, Granoff y Perrier consideran que, para la madre, el hijo puede funcionar como objeto fetiche.

## 37. El travestismo

Para Freud, el descubrimiento de la castración en la madre pone fin en el varón al complejo de Edipo. El padre porta una amenaza que afecta a la pervivencia del vínculo entre el niño y la madre, y esa amenaza se hace presente en el momento en que el pequeño descubre en ella la falta de pene. Con temor al mismo destino, abandona el Edipo, cuyos restos permanecen en el inconsciente. El detalle que no ha sido acentuado por los comentadores es que el lazo edípico del niño con la madre es previo al descubrimiento de la castración, es decir que es con la madre fálica y no mujer. El travestismo habla de una desmentida en ese pasaje: la mujer es la mujer fálica con la que se identifica.

Bajo la rúbrica de *homosexualidad* se confunden distintos aspectos que son agrupados en esa categoría que opera cual bolsa de gatos. Pero las diferencias se imponen; por ejemplo, la clave para entender el goce del travesti y diferenciarlo del transexual es que el primero no quiere eliminar su pene. Mientras que el travesti se mantiene como hombre vestido de mujer, el transexual tiene la convicción de ser del sexo opuesto al biológico. Por supuesto que en algunos travestis el deseo es el de ser transexual, pero en este caso hay un rechazo al acto sexual, ya que el pene no es objeto de culto sino de molestia. Por otro lado, el homosexual a secas gusta de su sexo, y es siempre lo masculino el objeto de su elección.

¿Sabías que... Lacan afirma que en el travestismo perverso el sujeto se identifica con una mujer que tiene falo?

Lacan ubica en el travestismo el placer por la mascarada entre candilejas, en una suerte de camuflaje en el que se despliegan señuelos para engañar al ojo. Como una suerte de caricatura de lo femenino, la sobreactuación tiende a ensalzar sus rasgos: “Más mujer que una mujer”. Y es justamente en tal exceso como otra cara sale a la luz e insinúa el mimetismo: “No puede ser una mujer”. La etimología es ilustrativa al respecto porque la palabra *travesti* proviene del latín *trans* –que significa “más allá de”, por lo que da la idea de “cruzar”, “sobrepasar”– y *vestire* (“vestir”). En la actualidad, el “cruzar”, el “sobrepasar”, no se liga solo al vestido, dado que la ciencia se encarga, mediante diferentes cirugías, de realizar los implantes en el cuerpo que sobrepasan las formas femeninas.

Más allá del travestismo co-mo perversión, el siglo XXI conoce lo que podría llamarse *travestismo ordinario*, que contribuye al desconcierto de las identidades sexuadas. Paul Smith, en la presentación de su última colección para hombres, hizo desfilar a sus modelos sobre zapatos de taco alto. Yves Saint-Laurent enaltecía a las mujeres de tipo andrógino, longilíneas, sin exceso de carne ni de caracteres sexuales secundarios. Andrej Pejic ha tenido un éxito total para la industria de la moda tanto masculina como femenina. Ha protagonizado grandes campañas de marcas reconocidas y se identifica por ser una persona camaleónica a la hora de modelar. El reconocido diseñador Jean Paul Gaultier escogió a Andrej para modelar en su pasarela de enero de 2011 como hombre y como mujer. Andrej ha confesado en más de una ocasión que a él no le

importa con cuál de los dos géneros lo relaciona la gente.

Desde estas coordenadas, es claro que el travestismo es típicamente masculino. Cuando la mujer quiere identificarse con un hombre, su ropaje es austero, no convoca la mirada ni conlleva esa exaltación sexual de la que hablamos y que hace decir a muchos que el travesti parece más mujer... que la mujer.

**La vigencia del travesti debe situarse en el horizonte de la evaporización de las antítesis, del desfallecimiento de los contrarios, de la disolución de los opuestos.**

Por otro lado, la proliferación de travestis y la atracción que ejercen al ganar la competencia a las prostitutas en el campo del trabajo sexual conllevan una pregunta acerca de su lugar en nuestra contemporaneidad. ¿Acaso el travesti es una de las encarnaciones de lo que Hegel llama *fin de la historia*? Aclaremos, la idea de Hegel del fin de la historia es la de un tiempo en el que se acaba la sucesión, finaliza la refutación de una tesis por una antítesis, se vive ya en el reino del saber absoluto como el de la consumación de la síntesis más alta que se pueda concebir. El fin de la historia es, en suma, la instauración de la contemporaneidad como coexistencia simultánea de todas las determinaciones.

El goce del travesti consiste en dejar pasmado al *partenaire* ante la visión de lo que hay detrás de los trajes y de la mascarada: el miembro viril. En este juego, la reducción de la diferencia sexual a la dimensión del semblante apunta a engañar la mirada y magnetizarla al mismo tiempo. Se trata de invocarla, una y otra vez, mediante un exhibicionismo que incita al voyeurismo y a la sorpresa consiguiente. El travesti se identifica, entonces, con una mujer con falo pero, al portarlo como escondido, entra en escena un juego de mostración y sustracción.

Para Hegel las postrimerías de la historia equivalen a la relativización de todas las diferencias, al advenimiento de un tiempo signado por la coexistencia de todas las configuraciones, el reemplazo de lo que antes era sucesión de particularidades excluyentes por contemporaneidad de opuestos, y ya nunca oposición. Hegel no piensa, de modo simplista, que en su época y con su filosofía termina la historia, pero sí capta que la lógica que ha presidido el desarrollo de los acontecimientos está perdiendo su vigencia.

#### **En pocas palabras**

La escenificación y exaltación del sexo opuesto sustrayendo e indicando el propio es esencial en el travestismo.

## **Cronología**

## 1910

La palabra *travestismo* queda definida como una alteración o adaptación hispana de la palabra *transvestite*. Este último concepto fue creado por el médico, sexólogo y activista alemán Magnus Hirschfeld (*Los travestidos: una investigación del deseo erótico por disfrazarse*).

Etimológicamente, la palabra proviene del latín *trans* –“cruzar” o “sobrepasar”– y *vestire* (“vestir”). El término sirve para describir a personas que voluntariamente utilizan vestimentas socialmente asignadas al género opuesto.

Hasta ese momento, todas las investigaciones acerca de las desviaciones sexuales que involucran a dos personas del mismo sexo biológico son catalogadas dentro de la homosexualidad, sin más especificaciones. La investigación de este científico determinará que no todas las personas que se travisten son homosexuales.

## 1911

A partir de aquí, el término *travesti* se separa de *homosexual* y así obtiene una entidad específica. El filósofo inglés Edward Carpenter da origen a la expresión “*cross dressing*” para evitar confusiones entre el travestismo y el transexualismo.

## De 1956 en adelante

Lacan diferencia el travestismo del transexualismo, ya que los travestis se preocupan por que sus atuendos mantengan “la marca de lo falso”.

## 38. La dirección masoquista

Richard von Krafft-Ebing llama *masoquismo* a la práctica de una curiosa perversión de la vida sexual que consiste en desear verse completamente dominado por una persona del sexo opuesto y soportar de esta un trato autoritario y humillante, que puede alcanzar incluso el castigo efectivo. Freud extiende la noción de masoquismo más allá de la perversión descrita por los sexólogos: por una parte, al reconocer elementos masoquistas en numerosos comportamientos sexuales y, por otra, al describir formas de padecimiento moral en que el sujeto, debido a un sentimiento de culpabilidad inconsciente, se castiga a sí mismo, sin que esto implique un placer sexual.

Krafft-Ebing es el primero en describir, de forma muy completa, la perversión sexual a la que le da el nombre derivado del de Leopold von Sacher- Masoch (1836-1895). Menciona todas las manifestaciones clínicas: dolor físico por pinchazo, golpes, flagelación, humillación moral por actitud de sumisión servil a la mujer, acompañada del castigo corporal. No vacila en considerar el masoquismo en su conjunto como un refuerzo morboso de ciertos rasgos femeninos; de allí la clásica relación entre el masoquismo y la feminidad, puesta en cuestión más tarde por Lacan.

Es importante distinguir este masoquismo de otras variantes, ya que el uso general del término hace que se pierda la estricta particularidad que tiene como práctica perversa. No estamos aludiendo, entonces, a aquellas personas que en la vida parecen buscar el dolor, ni tampoco a aquellos a quienes les gusta torturarse con sus pensamientos, ni siquiera a aquellas mujeres que suelen elegir parejas con rasgos sádicos.

Freud extiende la noción de masoquismo al distinguir un masoquismo moral, uno erógeno y otro femenino. El descubrimiento del masoquismo moral, que consiste en la repetición en la vida del padecimiento por un sentimiento de culpabilidad que conduce a la necesidad de castigo, es fundamental para la introducción en la teoría psicoanalítica del más allá del principio de placer. La culpa hace que los sujetos se reprobren permanentemente por sus actos, rechacen el placer, se ligen a situaciones que conllevan sufrimiento. Ya antes, Nietzsche se había referido a una moral que puede volverse contra la vida y fue implacable cuando describió la voluptuosidad ascética, el escarnio contra sí mismo, el autodesprecio morboso, en suma, las patologías de la moral.

¿Sabías que... la denominación *masoquismo* deriva del apellido del novelista austríaco Sacher-Masoch, cuya obra literaria se inspira en su propia experiencia erótica?

Vayamos al masoquismo como perversión para tener en cuenta primero que, cuando la mujer es la azotada, responde usualmente al fantasma del varón que lleva el fuste, mientras que, cuando el varón es el objeto del maltrato, es él mismo quien lo ha solicitado.

Pensemos ahora en el masoquismo, particularmente el caso de aquellas mujeres que trabajan para satisfacer a sus clientes en estas prácticas. Nos centraremos en los ejemplos en que ellas deben oficiar de “sádicas”, ya que abundan e invitan a la reflexión. Aquí un caso típico: ella trabaja como ama sadomasoquista y se presta a representar el papel de mujer cruel, impiadosa y feroz requerido por sus clientes; golpea con severidad implacable las nalgas de los caballeros; debe ofrecer un servicio: identificarse con un personaje despótico que ordena a los esclavos adecuarse a todos sus caprichos, aun aquellos que rozan los confines de lo inhumano. Ella cree hacer en ese rato lo que quiere, pero la angustia la invade al no saber quién es cuando está sola.

Comencemos con una pregunta: ¿quién dirige la sesión masoquista? Conviene aclarar que nos estamos refiriendo al masoquismo como práctica sexual, en la que está generalmente suprimida la relación genital. Estamos hablando de sujetos que requieren de un montaje escénico como condición absoluta para alcanzar el goce. La mujer debe vestirse de “ama”; con sus botas de cuero, anteojos negros y látigo en mano... comienza la sesión. Y la teatralidad alcanza el extremo de la irrisión.

Volvamos a la pregunta: ¿quién dirige la escena? No tardamos en comprender que quien verdaderamente tiene el poder de gobernarla no es precisamente quien oficia de sádico, sino de masoquista. El poder no debe confundirse con la fuerza de los golpes ni con lo ilimitado de los caprichos ni con las ocurrencias atroces de quien oficia de sádico. Quien dirige es el masoquista, y así se encarga de que se siga el libreto predeterminado de su fantasma.

El masoquismo es un ejemplo clásico para distinguir el placer del goce, ya que la excitación en el dolor nos habla de una voluptuosidad que excede los marcos del placer. En todo caso, ese placer en el dolor puede llamarse *goce* y, más allá del masoquismo, denominamos *goce* a lo que traspasa los límites del placer. Por ello, aquellas filosofías, como el epicureísmo, que incluyen el placer dentro de su ética consideran que su misión consiste en liberar al espíritu humano de las turbaciones que lo agitan. Para lograr ese estado, deben excluirse el sufrimiento, el temor, el ansia, que, cual enemigos del alma, atentan contra la búsqueda de armonía. La serenidad consiste en un placer concebido como ausencia de alteración, muy distinto del que busca el masoquista, dado que en este caso se trata de una satisfacción en el padecimiento, de un goce en el aumento de tensión.

*La Venus de las pieles* (Von Sacher-Masoch, 1993) es la novela más célebre de una literatura inscrita en la decadencia posromántica. En esta obra se describen los contratos que el protagonista firma con su amada y que reproducen los que Sacher mantuvo con sus mujeres en la vida real. En estos convenios se pautan, a modo de reglamento, las obligaciones y los compromisos de la relación y nada queda fuera de lo previsiblemente determinado. Es Gilles Deleuze quien indica la importancia del contrato en la relación masoquista. Este se establece con la mujer verdugo, y así se renueva la idea de los antiguos juristas según los cuales la propia esclavitud se basa en un pacto.

**Freud se refiere al enigma de la feminidad que ha hecho cavilar a los hombres de todos los tiempos y,**

**hasta el final de su vida, se pregunta por el querer de una mujer. El fantasma masoquista intenta dar una respuesta a tal interrogante.**

Los contratos duran un tiempo acotado en que los participantes pactan ser amos y esclavos. No deja de ser interesante que, en el contrato que Sacher firma en su vida real con madame Fanny de Pistor, se compromete a ejecutar absolutamente todos sus deseos y órdenes, pero ella jamás debe mirar sus cartas y escritos. Sin duda, esto se debe a que la escritura le pertenece y es esa escritura –como vimos– la que comanda la escena.

¿A qué obedece esta necesidad de reglamentar la pasión y de transformar a la mujer en una dama altiva, impenetrable, actriz de mármol? Pese a las apariencias, se debe a un intento por dominarla; esta es la razón por la cual Lacan dice que el masoquismo es... un fantasma masculino.

#### **En pocas palabras**

Cuando hablamos de masoquismo es necesario distinguir entre el masoquismo como perversión, el masoquismo moral y el que la mujer puede adoptar en la relación sexual.

## **Cronología**

### **1870**

Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895) escribe la novela *La Venus de las pieles*. En ella describe las prácticas sexuales establecidas en los contratos que el protagonista firma con su amada y que reproducen las que Sacher mantiene con sus mujeres en la vida real.

### **1886**

El alemán Richard von Krafft-Ebing (1840-1902) denomina *masoquismo* a la práctica sexual donde se busca el dolor.

### **1924**

Freud escribe “El problema económico del masoquismo” (vol. XIX). Pese a los obstáculos para su realización, hasta aquí Freud considera al principio de placer como aquel que “gobierna la vida”. El análisis del masoquismo comienza a demostrarle que el dolor y el displacer pueden constituirse en un fin o en una meta.

### **1924**

Helene Deutsch publica el primer libro sobre la sexualidad femenina que aparece en el medio analítico. Desde entonces, define la feminidad como una mezcla de pasividad, narcisismo y masoquismo.

### **1962-1963**

En *El seminario. Libro 10: La an-gustia*, Lacan (2006) quiebra la opinión tradicional acerca del masoquismo como típico en las mujeres al afirmar que se trata de un fantasma masculino. También en la década de los sesenta serán fundamentales los trabajos de Gilles Deleuze acerca del masoquismo y el sadismo.

## **Capítulo 9**

### **Síntomas de época**

## 39. La actualidad de las perversiones

**En 1886 Richard von Krafft-Ebing publica su famoso tratado *Psicopatología sexual*, que constituye la inspiración del desarrollo freudiano sobre las perversiones. Freud define la perversión como una práctica sexual con alto grado de fijeza que sustituye al acto sexual genital y que, lejos de ser un prolegómeno de este, deviene en un fin exclusivo. Clasificadas antaño dentro de la psicopatología, las perversiones han devenido en la actualidad en meros “gustos” personales que se confiesan sin pudor.**

Para Freud, si existe una norma que hace de la perversión una “desviación”, no se encuentra jamás en el consenso social. Por ejemplo, la homosexualidad no es una perversión por ser condenada, y no deja de serlo aun en grupos sociales donde es admitida. Por otro lado, esto no conduce a segregar al perverso por formar parte de una clase dotada de características particulares, ya que la sexualidad humana en general es en sí perversa, por buscar satisfacción en funciones no genitales. La perversión como cuadro se define por la fijación exclusiva en alguna de ellas, a tal punto que Freud la diferencia de la neurosis por la ausencia de la represión.

**La sociedad sadiana es una sociedad codificada, pautada, reglada y carente de erotismo, si entendemos por *erotismo* el lenguaje alusivo, ambiguo, sugestivo, que aloja a lo inesperado. La contingencia ha sido desterrada.**

Zygmunt Bauman considera que la sexualidad ha entrado también en el famoso mundo líquido descrito en sus libros. Los líquidos son informes y se transforman constantemente: fluyen. Por eso, la metáfora de la liquidez es para él la adecuada para aprehender la naturaleza de la fase actual de la modernidad. No hay pautas estables ni predeterminadas en esta versión privatizada del mundo. Tal estado influye en que toda forma de actividad sexual sea no solo tolerada, sino con frecuencia recomendada por los sexólogos como terapia útil y eficiente. Las actividades sexuales son cada vez más aceptadas como vías legítimas del logro de la felicidad individual y se exhorta a exhibirlas en público. Lejos ha quedado el recinto privado de Sade, cuyo aislamiento es pieza esencial para el desarrollo del montaje de la escena perversa. Sin embargo, hay algo en común con la consigna del famoso libertino: el derecho al goce elevado al estatuto de precepto universal. El marqués declama tal derecho inspirado en la República, y transforma los derechos humanos en sexuales. Sabemos que tales reivindicaciones están a la orden del día; coadyuvan, junto con la modernidad líquida, a que muchas de las perversiones clásicas sean asimiladas, pierdan el peso que tienen y terminen siendo meros “gustos”.

**¿Sabías que...** para el psicoanálisis, la perversión solo se define desde el punto de vista sexual y no delincencial en el sentido de “moral”?

La pedofilia y la pornografía infantil son los únicos actos denunciados como perversos. La sanción se debe a que entran dentro del campo del delito: el menor no es responsable; en los otros casos, si hay consenso..., todo vale.

No es posible pensar el amor en la perversión, así como tampoco resulta posible hacerlo en la ética kantiana. Esto no es casual si notamos que lo universal y necesario está reñido con su modalidad, que es siempre contingente. Sade dice que el amor es una locura del alma, ya que, al satisfacer a dos individuos, carece de alcance universal: “El amor, al cual se le puede llamar la locura del alma, no tiene más títulos para legitimar su constancia; como solo satisface a dos individuos, el ser amado y el ser amante, no puede servir para la felicidad de los demás”.

Gianni Vattimo considera que la sexualidad se encuentra implicada en el proceso de secularización que atraviesa nuestros días. *Secularización* proviene del latín *saeculare*, que significa “siglo”, pero también “mundo”, y es una manera de hablar de la decadencia de las prácticas y creencias religiosas que se observa en las sociedades modernas. Vattimo conjetura que la sexualidad misma se encuentra implicada en tal proceso, dado que, con el debilitamiento de la moral religiosa tradicional, deviene en más libre y pierde el aura sagrada del siglo XIX, que –según este autor– conserva en el psicoanálisis. Este último sería –según sus palabras– un fenómeno superado, creado en una época de moralismo xenófobo.

Cabe cuestionar la idea de un sexo más libre sostenida por el filósofo italiano, ya que si la sexualidad de antaño no era libre, por estar prohibida, la actual no es más libre, porque está sujeta a los imperativos de goce que la rigen. El padre que ejerce interdicción ha sido sustituido por nuevos deberes: experimentar inéditos placeres cada vez más intensos. La exhibición de fotos con procacidades sexuales está dirigida a ese ojo que demanda las muestras de cómo se ha gozado. Tal “libertad” es, en realidad, obediencia.

Lejos de la “liquidez” de las perversiones actuales, Sade denuncia una moral que se olvida y, si lo leemos con atención, percibimos que lo que no acepta es la futilidad de los principios: la amnesia, en fin, en el plano ético. Hacerla más fuerte implicará apelar a una voz que no fatigue el oído, lograr en definitiva un acuerdo entre la conducta y la ley: cópula, pues, entre el goce y la moral. Tal amalgama revestirá al goce de mandato cual imperativo universal ineludible, válido en todos los casos.

Así, el fantasma sadiano reniega del azar, rechaza lo imprevisto, es estáticamente aburrido. Notemos que en ninguna escena surge, por ejemplo, el malogro del acto sexual ni la detumescencia ni nada que indique en una mujer la presencia de lo inesperado. Son esquemas apriorísticos; la lujuria no debe confundirnos acerca de su naturaleza, inéditamente formal. En *Juliette o las prosperidades del vicio* (Sade, 2009), por ejemplo, varios pasajes ilustran a las claras esta dimensión. Cuando las jóvenes alumnas quieren saciar sus placeres y están a punto de revolcarse, la monja Delbéne las detiene diciéndoles que hay que demorarse, que el orden es necesario, que solo se goza al

precisar los placeres con anterioridad. Esta “maestra” en los placeres perversos insiste en la necesidad de fijar los cuadros, organizar las acciones, montar las escenas. En ellas, el agente no es fundamentalmente el que tiene el poder o el placer, sino el que detenta su dirección; de este modo, las disertaciones previas son esenciales y los discursos sobre el goce propagan su sentido. Por otro lado, detectamos así que hay una suerte de represión en el supuesto libertinaje, represión de lo no prescrito, de lo no encuadrado, de la *tyché*. El perverso pretende eliminar el acontecimiento imprevisto que hace conmover un supuesto previo; su gusto por ultrajar la ley encubre su más profundo anhelo: sustituirse a ella.

El estudio de las perversiones está a la orden del día cuando Freud comienza a elaborar su teoría de la sexualidad. La originalidad de su descubrimiento consiste en encontrar en la infancia la llamada *disposición perversa polimorfa* porque la falta de organización genital y la existencia de las pulsiones parciales predisponen para esta tendencia. Desde este punto de vista, la perversión adulta se presenta como la persistencia, la fijación y la prevalencia de un componente parcial de la sexualidad. Sin embargo, conviene distinguir la posición perversa del polimorfismo infantil: en el niño, el reinado de las pulsiones parciales se debe a una falta de organización genital; en el perverso, a un “horror a la castración” que conduce a una depreciación del acto genital.

#### **En pocas palabras**

Una de las características más notables de la perversión es la necesidad de un encuadre fijo y pautado donde se realiza la escena de goce.

## **Cronología**

### **Mediados del siglo XIX**

El saber psiquiátrico ubica en-tre las perversiones diversas prácticas sexuales, como el incesto, la homosexualidad, la zoofilia, la paidofilia, la pederastia, el fetichismo, el sadomasoquismo, el travestismo, la coprofilia, la necrofilia, el exhibicionismo, el voyeurismo, las mutilaciones sexuales.

### **De 1896 en adelante**

Freud adopta el término *perversión* y conserva la idea de desviación respecto de una norma, pero elimina cualquier connotación peyorativa o valorizadora. En psicoanálisis, solo se habla de “perversión” en su relación con la sexualidad.

### **1905**

Freud relaciona y diferencia el polimorfismo perverso de la sexualidad infantil de la perversión adulta.

### **1962**

Lacan profundiza en la obra de Sade y demuestra que la estructura perversa se

caracteriza por privilegiar la voluntad de goce.

**1968**

Robert Stoller renueva el estudio clínico sobre el conjunto de perversiones.

## 40. Los “desbrujulados” contemporáneos

Si bien los casos descritos por Freud aún tienen vigencia, encontramos en la clínica cuadros inéditos que reflejan el malestar actual en una cultura que no es la de principios del siglo pasado, en la que se descubre el psicoanálisis. La decadencia de antiguos valores, los cambios vinculados con las constelaciones familiares, la declinación del padre, el estado actual del capitalismo y los avances tecnológicos, entre otros factores, inciden en las estructuras clínicas. Muchas veces se presentan sujetos que han perdido la brújula, esa que daban los ideales, el padre y los caminos que parecían certeros.

La película *Entre los muros*, de Laurent Cantet, da pie para el comienzo de una reflexión acerca del orden simbólico en el siglo XXI. Su ámbito es el de una clase de francés, en un barrio de los suburbios de París, a la que concurren alumnos de distintos orígenes culturales. El profesor trata de implementar todos los recursos para sortear las dificultades que el aula le depara: problemas de integración, segregación, rebeldía inusitada, multiculturalismo. Así, lleva adelante una tarea no solo docente sino que intenta ser terapéutica; trata de comprender, se empeña en no declinar. La escena más dramática del film –y sobre la cual quisiera detenerme– se produce a partir de lo que sucede en una reunión de consejo, conformada por los profesores y dos alumnas de la clase como delegadas. En esa ocasión, las jóvenes tienen un pésimo comportamiento: comen, hablan entre sí, se ríen, se burlan y perturban al docente. Indignado, este se desborda y dice que ellas han tenido una actitud de *pétasse*. En consecuencia, se producen terribles incidentes que terminan con la ceja partida de una alumna y acusaciones muy fuertes contra el profesor. La expresión “*pétasse*” no solo refiere a una prostituta profesional, sino que también remite a una adolescente un tanto ligera, provocativa; este término se traduce al español como “zorra”. Las alumnas no dudan en afirmar que han sido nombradas así y omiten que el profesor ha dicho que se habían comportado como tales, lo que no significa una nominación del ser. Tampoco incluyen el contexto –la desubicación de las chicas en la reunión–, que desencadena la no feliz expresión del docente. Y tampoco vale la calidez demostrada por este hombre frente al curso. Solo queda como saldo el valor insultante del dicho y nada más.

Jean-Claude Milner destaca una imprevista consecuencia del principio de lo ilimitado en la sociedad, ya que, a falta de un exterior posible, el sujeto se vuelve contra sí mismo. Será únicamente el cuerpo el que dará consistencia al ser hablante, y ya no el discurso que se había soñado universal. El tatuaje y los piercing, entre otros, serían, en este sentido, paradigmáticos de este repliegue.

Con la declinación de los discursos, resulta importante indagar cuál es el sitio del Otro, quién toma el relevo del discurso, cómo se ha cubierto esa vacante. Considero que ese lugar es habitado por el supuesto goce del Otro. Así, el orden simbólico está atravesado por la dupla aceleración y corte inmediato, donde la significación se interpreta en

términos de goce del Otro.

**¿Sabías que...** Nietzsche anticipa los cambios producidos en estos dos siglos al referirse a la devaluación de los valores?

Tanto Freud como Lacan nos indican que el paranoico no cree en algo diferente a su yo, ya que –en términos lacanianos– para que exista creencia es preciso que también exista división subjetiva, es decir, que el yo admita un orden que lo traspassa. La decadencia de los discursos conduce a no admitir ningún orden como tal. No hay creencia sino certeza relativa a la malignidad de los otros. Lacan nos enseña que, cuanto más declina la primera, con más fuerza se instaura la segunda. Si en su obra define al goce identificado al Otro para la paranoia, ¿esto no revela acaso que, cuando no se cree, lo que anima el vínculo es la certeza relativa al goce del Otro? Así, la incredulidad posmoderna puede darse la mano con el fundamentalismo más extremo.

**Heidegger destaca que el hombre hundido en la temporalidad moderna no puede detenerse, es ávido de novedades, propenso a las habladurías y a comprender todo sin previa apropiación de las cosas.**

Detengámonos en la rapidez con la que se insta a dar una respuesta inmediata a lo que se pregunta y que es imposible de explicar en un minuto. Observemos la secreta atracción que impulsa el *zapping* y que reemplaza incluso el deseo de ver una buena película. Pensemos en el mensaje grabado en la remera de un joven, que dice: “La vida es como una bicicleta; si parás, perdés del equilibrio”. Notemos de qué modo la velocidad se revela en la prontitud con que se nombran ciertas situaciones. Por ejemplo, las frecuentes cavilaciones de algunos adolescentes acerca de la identidad sexual han existido siempre, pero lo nuevo es que esas dudas son prontamente sofocadas cuando lo que antes era una fantasía es considerado como indicador de una certera preferencia sexual. Así, todo lo que le ocurre a un sujeto es al instante subsumido en una supuesta identidad del ser. Para dar alguno de los múltiples ejemplos: si una chica piensa en demasía en una amiga, es porque es lesbiana; si come mucho dulce, es bulímica; si experimenta cambios anímicos, es bipolar. Eclipsando los carices de las cosas, tales nominaciones borran su misterio y hacen que muchas veces lo que antes podía ser para un sujeto un pensamiento, una conducta esporádica o una fantasía enseguida se torne una clave que responde a lo que sería la real identidad. Y cuando un sujeto está desorientado –algo muy habitual en estos momentos– se aferra mucho más a aquello que le dará un supuesto ser. Esa captura inmediata también se revela en la frase con la que los adolescentes de hoy se refieren al encuentro erótico con una chica: “me comí a tal”, como si no existiese un resto.

La declinación de los discursos va de la mano con que la palabra tome el sentido de una injuria y de un agravio que llega al corazón del ser. En este sentido, se trata de pensar en el ocaso de los discursos, cuando la palabra es aprisionada en su instantaneidad, fuera de la modalidad en que es proferida. Y, más allá de ese ámbito educativo, ¿no notamos acaso de qué forma esta se sobreentiende inmediatamente al ser confinada al grupo partidario de donde supuestamente pro- viene, a los intereses que la gobiernan, a los propósitos

implícitos que la empujan? Esa percepción que comprende demasiado pronto es la mirada que solo capta la superficie de las cosas y que en el instante inmoviliza el sentido. Es el eterno presente como congelación del devenir y negación de la hondura que ese devenir atesora.

Dice Lacan:

Un discurso no es solo una materia, una textura, sino que requiere tiempo, tiene una dimensión en el tiempo, un espesor. No podemos conformarnos en absoluto con un presente instantáneo, toda nuestra experiencia va en su contra y todo lo que hemos dicho. Podemos presentificarlo enseguida mediante la experiencia de la palabra. Por ejemplo, si empiezo una frase, no comprenderán ustedes su sentido hasta que la haya acabado. Es del todo necesario –esta es la definición de la frase– que haya dicho la última palabra para que comprendan dónde está la primera.

La aceleración del siglo XXI constituirá una severa amenaza.

#### **En pocas palabras**

Las manifestaciones sintomáticas hablan también de los malestares de cada época.

## **Cronología**

### **1882**

Friedrich Wilhelm Nietzsche se refiere a la muerte de Dios causada por la ruptura con las antiguas verdades y valores que se veneraban.

### **De 1930 en adelante**

Heidegger se ocupa intensamente del pensamiento de Nietzsche al analizar la época de la consumación de la metafísica y sus efectos en el hombre.

### **1938**

Lacan señala la caída de la imago paterna, que podemos pensar que operaba de cómo brújula.

### **Mediados del siglo XX**

Alexandre Kojève, basándose en el libro *Buenos días tristeza*, de Françoise Sagan, describe una época caracterizada por la “desvirilización”.

### **De 1998 en adelante**

Jacques-Alain Miller y Éric Laurent se ocupan de desbrozar los nuevos síntomas ligados a la caída de los referentes tradicionales.

### **2012**

Se realiza el octavo Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, en el que se exponen trabajos vinculados con el orden simbólico en el siglo XXI, siglo definido como “el que ya no es más el que era”. Al mismo tiempo, se analizan sus efectos en las curas.



# 41. Las adicciones

Desde el comienzo de su obra, Freud plantea una relación entre la adicción y la masturbación. Define la masturbación como el gran hábito que designa como “adicción primordial”, mientras que las otras (el alcoholismo, el morfinismo, el cocainismo, etc.) serán sustitutos y relevos de aquel. La matriz autoerótica de la drogadicción indica la permanencia de un goce en el propio cuerpo que prescinde del Otro y que se diferencia del síntoma porque no llama a la interpretación. La búsqueda del narcótico para alcanzar el éxtasis seguramente supera al simple onanismo, pero ambos tienen en común privilegiar el autoerotismo sobre la relación con el otro sexo.

En “El malestar en la cultura” (vol. XXI), Freud dice:

Es simplemente, como bien se nota, el programa del principio de placer el que fija su fin a la vida. Este principio gobierna la operación del aparato anímico desde el comienzo mismo; sobre su carácter acorde a fines no caben dudas, no obstante lo cual su programa entra en querrela con el mundo entero, con el macrocosmos tanto como con el microcosmos. Es absolutamente irrealizable, las disposiciones del Todo – sin excepción– lo contrarían; se diría que el propósito de que el hombre sea “dichoso” no está contenido en el plan de la “Creación”.

Freud remarca que nuestra constitución limita nuestras posibilidades de dicha, idea que se engarza con lo que ya le había enunciado a Fliess, y reafirmado en 1912, acerca de la posibilidad de que “haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de la satisfacción plena”. Le atribuimos a nuestra vida, a nuestra suerte, a nuestro destino, a nuestro *partenaire* esa insatisfacción que en verdad parte de lo que Freud llama nuestra “constitución”. Como conclusión, nuestra existencia resulta gravosa, nos trae dolores, desengaños, tareas insolubles. “Para soportarla –dice Freud– no podemos prescindir de calmantes”, y los ubica en tres clases: distracciones poderosas que nos hacen valuar un poco nuestra miseria, satisfacciones sustitutivas que la reducen y sustancias embriagadoras que nos vuelven insensibles a ellas. Recuerda que a las distracciones apunta Voltaire cuando, en su *Cándido* (2001), deja resonar el consejo de cultivar la casa cual su jardín; la distracción es también la actividad científica y del pensamiento. Las satisfacciones sustitutivas, como las que ofrece el arte, son ilusiones respecto de la realidad, pero efectivas por su relación con la fantasía. Es importante destacar que el tercer grupo se diferencia de los dos primeros porque, si en ellos se trata de reducir el dolor de existir, en este no hay una mera atenuación sino un volverse “insensible”. Allí Freud ubica al narcótico que, en distinción con los anteriores, con su quimismo influye sobre nuestro cuerpo alterando profundamente su sensibilidad.

La exigencia de goce, asociada al uso de drogas, pone en severo jaque la convivencia entre los sexos. Muchos adictos logran dejar el tóxico a partir de un encuentro amoroso –y siempre nos conmueve la fuerza de ese milagro–, pero poco se dice acerca de cómo transcurre esa historia tras el período inicial de enamoramiento. O sobre la intolerancia frente a la deflación de la luna de miel de los comienzos. Se pretende

del otro la intensidad en el goce que otorgaba el narcótico.

Podemos vincular la premisa lacaniana según la cual no hay relación sexual con el límite en la dicha descrito por Freud. En otras palabras: la felicidad es episódica y parcial, y hay una manera de volverse insensible a este coto y de transformar la dicha en exigencia y la felicidad en imperativo. Así, hacer de la ventura un deber consiste en obedecer la exigencia de goce superyoica: “¡Goza!”. Y entonces, no se juega tanto lo que el sujeto consume sino la manera en que lo hace; es consumido por la voz que lo impele, por el tóxico que lo arrastra. Soy fumado por la pipa, decía Baudelaire.

**Freud vincula la adicción con la manía, donde se pone en juego un goce desamarrado: las imágenes se suceden a ritmo vertiginoso, surgen relaciones de ideas inesperadas y luminosas que la multitud de las siguientes hace que no se puedan detener.**

Sin ir necesariamente a las drogas pesadas y para ilustrar la manera en que los jóvenes son arrastrados al consumo, basta con pensar en la “previa” adolescente. Es sabido que hoy en día la “previa” ocupa un lugar cada vez mayor en las salidas de los adolescentes. Patrón fundamental, ese momento anterior a la fiesta se ha transformado en un requisito sin el cual no hay plan posible, incluso puede sustituirlo. De hecho, allí se registran los mayores índices de consumo de alcohol y, en muchas ocasiones, la “previa” no antecede a otra cosa y así pasa a ser un fin en sí misma. Los ejemplos de los jóvenes que se desvanecen consumiendo ilimitadamente y que no pasan de la “previa” bastan para indicarlo. También –en el extremo– se han conocido casos en que hubo desenlaces letales, y otros que han terminado en la violencia. Una pregunta se impone: ¿“previa” con relación a qué? ¿Cuáles son las implicancias de que un momento devenga, en ocasiones, en un fin en sí mismo?

**¿Sabías que...** los imperativos sociales ligados a gozar intensamente predisponen a la búsqueda de sustancias tóxicas para satisfacerlos?

El argumento aducido por los adolescentes es que al boliche hay que ir “entonado” para divertirse más y encarar sin inhibiciones a las chicas. La “previa” sería, entonces, una suerte de preparativo para un supuesto encuentro erótico; de hecho, este ritual se desarrolla con amigos, lo que divide dos ámbitos: el conocido y el no tan conocido del boliche o la fiesta. El conocido puede desarrollarse en la casa, pero también en la calle misma, donde se elige algún lugar particular. Un imperativo subyace en este carnaval: hay que divertirse, hay que desinhibirse, hay que intoxicarse para pasarla mejor. Así, el supuesto libertinaje está regido por mandatos que impelen al exceso ligado al abuso en la ingesta. Dicha sujeción a lo que “se debe hacer previamente” pone en cuestionamiento la ilusión de libertad que acompaña la falta de límites.

En su texto “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” (vol. XI), Freud establece un

contraste entre el narcótico y otros “consuelos”. Así marca una diferenciación entre las elecciones libidinales y la relación del bebedor con el alcohol. Las primeras pecan siempre de defecto; el objeto nunca es el esperado, y esto puede dar lugar a una larga cadena de sustituciones. De este modo se explica la inconstancia de muchos neuróticos respecto de sus elecciones de objeto, lo que Freud llama “el hambre de estímulos” de ciertos sujetos. Esta sustitución discrepa de la relación del alcohólico con la bebida, su fidelidad inquebrantable con la droga, elixir fatídico pero compañero. Tal vez porque la mujer es siempre otra y el alcohol es siempre uno.

### **En pocas palabras**

En las adicciones se niegan los límites, que se encuentran finalmente de la peor manera en la caída del “viaje”.

## **Cronología**

### **Siglo VIII a.C.**

Del latín *addictō*, la palabra *adicción* designa el hábito que domina la voluntad de una persona. Se trata de la dependencia de una sustancia, una actividad o una relación. El término *adicto* procede del vocablo latino *addictus*, que tiene su referente en una figura histórica: Addictus fue un personaje de la antigua Roma, muy famoso por su habilidad para gastar rápidamente el dinero que le prestaban sus acreedores. Addictus derrochaba todo el capital del que disponía en disfrutar de los placeres de la vida, sin privarse de ningún capricho. Así las cosas, y dado que su capacidad para gastar superaba su habilidad para ahorrar, *addictus* pasó a usarse para definir el comportamiento de aquellos que sienten una necesidad compulsiva por consumir un bien concreto.

### **1897**

Freud confiesa a Fliess que las adicciones son sustituto del “único gran hábito”: la adicción primordial, la masturbación.

### **1912**

Freud contrapone la relación con la droga a la relación con una mujer porque esta peca siempre de un defecto, mientras que el “elixir” nunca pierde su atractivo. Así, el lazo que une al bebedor con la clase de vino preferida no lo conduce al cambio, que es común en la vida de muchos neuróticos respecto de sus elecciones amorosas.

### **1930**

Freud diferencia la adicción de otras satisfacciones frente al malestar; en relación con el quitapenas, identifica que el hombre se sustrae del peso de la realidad de manera radical. Al mismo tiempo, relaciona la adicción con la búsqueda del sentimiento oceánico, es decir, un sentimiento sin medida.

### **1975**

Lacan ubica el goce con la droga en términos de ruptura con aquello que podría limitarlo.



## 42. La depresión

**En la actualidad, la depresión es considerada como una enfermedad orgánica basada fundamentalmente en déficits neurobiológicos. En la nueva moda, ni siquiera se hace evaluación, basada como tal en diversos signos, sino que basta con uno solo: la baja de serotonina alcanza para administrar el fármaco. Ya no son tanto los psiquiatras sino otros médicos los que se inclinan por el antidepresivo no bien detectan alteraciones en el neurotransmisor y sin que su disminución esté acompañada por signos de depresión en los sujetos tratados. Ni hablar de los casos en que solamente el estado de tristeza basta para imponer tal prescripción. Sin negar la existencia de la depresión, el psicoanálisis advierte sobre el peligro de medicar todo signo de tristeza, por considerar el más mínimo índice de esta como enfermedad. Solo el psicoanálisis tiene en cuenta los factores subjetivos ligados a este cuadro.**

La tristeza no siempre ha sido considerada por el creador del psicoanálisis como una manifestación patológica. En su célebre artículo “Duelo y melancolía” (vol. XIV), Freud diferencia el duelo de la melancolía; el estado de ánimo profundamente doloroso, la cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de todas las actividades son elementos comunes a ambos. Estos estados se han desencadenado a partir de una pérdida, que puede ser la de una persona, un lugar o un ideal. Un solo ingrediente recae con exclusividad en la melancolía: la extraordinaria disminución del amor propio y el autorreproche que llega hasta el delirio moral de empequeñecimiento. Sin embargo, el dolor, la pena y el eventual retraimiento que implica el duelo son considerados por Freud como fenómenos normales que testimonian, en última instancia, que los objetos no pueden sustituirse tan fácilmente por otros, que los seres no son descartables, que el proceso de desasimiento lleva tiempo, que hay apego, viscosidad libidinal. El psicoanálisis da al duelo un valor inestimable, y Freud, Melanie Klein y Lacan ubican el proceso de duelo en el análisis, por lo que podemos afirmar que no hay análisis sin duelo.

**¿Sabías que...** solo el psicoanálisis contempla que la depresión tiene un sentido y una causa inconsciente, que no es simplemente un desarreglo bioquímico?

En una época definida por Heidegger como ávida de novedades y ansia por lo nuevo, época del material desechable, el duelo y la tristeza deben suprimirse, ya que hablan de una adherencia al pasado; en este sentido, el antidepresivo es sintomático de estos tiempos.

En tiempos en que los sujetos valen por su ubicación en el mercado laboral y así se transforman en meros valores de cambio, la pérdida de esta ubicación propicia severas depresiones. En sociedades donde los únicos valores son la juventud y el éxito laboral, la declinación de ambos conlleva que los sujetos no encuentren con qué sustituirlos. Asimismo, si tenemos en cuenta que, como dice Lacan, el capitalismo rechaza el amor y la castración, su falta hace que las mujeres se vean más afectadas.

---

En la revista *Le Nouvel Âne*, de la cual es director, J.-A. Miller dice que hoy en día es muy grande la tentación de considerar como “depresión” la menor fatiga, tristeza o pequeña caída existencial, al igual que ocasionales sentimientos de pérdida de estima. ¿No son acaso propios del hombre tales vaivenes anímicos? ¿No hay acaso una pretensión de exterminar el género humano al querer eliminar esos estados? La tristeza es inherente a la especie humana. Si es una enfermedad, la humanidad misma lo es; curarla es entrar en la biotecnología y producir otra especie, una especie asexual y muda que se comporta... como es debido.

**La tristeza posterior a una pérdida no es un fenómeno patológico porque el proceso de duelo lleva tiempo, y este proceso es rechazado cuando la premura y la aceleración marcan el ritmo de la existencia.**

Por otra parte, Miller explica muy bien que, en la medida en que la gente experimenta normalmente momentos de tristeza y sentimientos de desvalorización, la decisión de medicarlos da lugar inevitablemente a un crecimiento exponencial del número de depresivos. Por ello, no es extraño que la Organización Mundial de la Salud (OMS) pronostique que en 2020 la depresión será la segunda causa de invalidez en el mundo, después de las enfermedades cardiovasculares. Este organismo declara que en la actualidad 121 millones de personas la sufren y que la carga que representan esas enfermedades está aumentando. Además, advierte que una de cada cinco personas llegará a desarrollar un cuadro depresivo en su vida, y este número aumentará si concurren otros factores, como enfermedades médicas o situaciones de estrés. Y la campaña contra la depresión corre así el riesgo de acentuar este fenómeno.

La clasificación psiquiátrica actual considera el “trastorno depresivo” a partir de un catálogo de conductas cuya gradación se debe evaluar para establecer si se trata de un estado depresivo menor, medio o mayor; de este modo, se erradica toda noción de estructura. Tal clasificación quita toda especificidad a la psiquiatría. Esta ausencia de referencia clínica se observa en la manera en que se prescriben los antidepresivos para las conductas más diversas: fatiga, tristeza, insomnio, timidez, TOC, fobia social, abandono del tabaco, conflicto conyugal, acoso moral, estrés profesional, etc. Las estadísticas y las pseudociencias devalúan el significado real del término y muchas veces no consideran los efectos secundarios del fármaco cuando está mal indicado.

La depresión no sobreviene en cualquier momento, sino que se inscribe en uno muy particular en el que siempre hay un vínculo con un traumatismo más antiguo, una pérdida, una ruptura o un duelo en la infancia o en la adolescencia que no ha sido simbolizado. Cuando se pierde un ideal o un objeto de amor, en un primer tiempo se intenta mantener una adhesión con aquello que falta como si nada más existiese. En el duelo normal, hay un paulatino desprendimiento que da lugar a una sustitución posterior; en la melancolía tal sustitución no se produce y perdura la fijación a lo perdido.

**En pocas palabras**

La depresión surge como consecuencia de una pérdida. Cuando no hay sustitución posible, el mundo pierde todo interés, el sujeto se tortura a sí mismo, y ya no es depresión sino melancolía.

## **Cronología**

### **1725**

Sir Richard Blackmore utiliza el término *depresión* en los cuadros de melancolía.

### **1915-1917**

En 1915, Freud escribe “Duelo y melancolía” (vol. XIV). En dicha obra, diferencia la depresión corriente de la melancolía, con lo cual no todo estado depresivo indica un cuadro melancólico.

### **1952**

Aparece el término *depresión* en la primera edición del *DSM: manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*.

### **1994**

Peter Kramer escribe un libro en el que elogia las virtudes del Prozac como remedio que obra cambios milagrosos en la personalidad.

### **2007**

El Instituto Nacional de Prevención y Educación para la Salud (INPES) de Francia, bajo la presidencia de N. Sarkozy, lanza una campaña contra la depresión bajo el lema “Depresión: saber más para sa-lir”. Dicha campaña es fuertemente criticada por generalizar el término. Miller cuestiona la “medicalización” ante el más mínimo indicador de tristeza, ya que esta es inherente a la especie humana. Si fuese una enfermedad, la humanidad misma también lo sería.

## 43. La anorexia

El término *anorexia* proviene del griego *a-/an-* (prefijo que indica negación) y *órexis* (“apetito”, “hambre”; “deseo”) y se emplea, en general, para describir la falta de apetito. El psicoanálisis revela que el rechazo al alimento indica que lo que en verdad se rechaza es el cuerpo que emerge en la pubertad, diferente del cuerpo infantil. Así Freud ya tempranamente dice que la neurosis alimentaria paralela a la melancolía es la anorexia: “La famosa anorexia nerviosa de las niñas jóvenes me parece una melancolía en presencia de una sexualidad no desarrollada... Pérdida de apetito en lo sexual, pérdida de libido”. Freud no acentúa tanto la oralidad en sí misma, sino la melancolización ante la sexualidad incipiente. Lo perturbador es el sexo.

El factor desencadenante del síntoma anoréxico puede aislarse con bastante precisión y se recorta en torno a una frase, proveniente en general de un hombre que exalta el nuevo cuerpo de la púber. Tal exclamación pone en evidencia el valor de goce de las pletóricas carnes, hiere el pudor, quiebra los velos. A diferencia del piropo, que viste al cuerpo de metáforas, las denominadas “groserías” lo desnudan. El epíteto resalta el lugar de la joven como objeto sin la mediación del “verso amoroso”. El desenlace sigue una secuencia regular; en lo sucesivo la muchacha intentará hacer desaparecer las turgencias del cuerpo que provocaron esa manifestación de goce.

Lacan ubica tempranamente al síntoma anoréxico vinculado con una madre que confunde el don de su amor con el don de sus cuidados, atiborrando de papilla al infante. Es así como el pequeño, para afirmar su propio deseo, rechaza el alimento. Lo notable es que este deseo se configura en su raíz como un deseo que no tiene un objeto en la mira; es un deseo de nada. Tal como afirma Nietzsche, es preferible desear nada que no desear.

¿No se verifica acaso una correlación entre la decadencia del amor en la época actual y el incremento de la sintomatología anoréxica? El síntoma anoréxico no se explica únicamente por una cuestión de moda, sino por un encuentro con la sexualidad que ha operado de manera estragante. Ha sido la palabra de un hombre la que desnudó el incipiente despertar del sexo o bien la obscenidad materna que penetra en el cuerpo de la hija con comentarios sobre este. La joven intenta liberarse de ese exceso y lo desplaza queriendo eliminar sus “grasas”.

**El síntoma anoréxico guarda relación con la pérdida de la mesa familiar en la que la comida se acompaña de palabras; la evaporación de esta tradición en el capitalismo actual acentúa la emergencia del cuadro.**

En la actualidad, las frases procaces ya ni siquiera se llaman así porque es corriente referirse al cuerpo a partir de impudicias como algo muy natural. Miller habla de la desaparición de la vergüenza como uno de los síntomas de la época, síntoma que articula con la muerte de la mirada de Dios; la desvergüenza es, entonces, la puesta en escena de

las consecuencias de esa muerte. El capitalismo tardío inaugura el imperativo de que se puede decir todo y mostrar todo, lo que propicia la pérdida de la vergüenza. ¿Y no se ancla acaso el sentimiento de vergüenza en ese rostro que se sonroja cuando se intentan levantar los velos? Esto se debe a que la vergüenza opera como guardiana de una reserva, preserva lo más íntimo, hace tope. Muchas jóvenes intentan retraerse cuando esa reserva se violenta.

**¿Sabías que...** la anorexia surge generalmente durante la adolescencia en el sexo femenino y se ha incrementado en los últimos años en los países capitalistas?

Podemos pensar que la anorexia, tan presente hoy en día, es la respuesta de algunas jóvenes histéricas a este imperativo: el sujeto insiste en afirmar su división subjetiva mediante el rechazo del objeto que pretende colmarla. Se afana en albergar la nada como espacio del deseo puro.

Dice Lacan que lo que caracteriza al discurso capitalista es el rechazo del amor y de la castración. Notablemente, esto se vincula con lo que señala acerca de la madre de la anoréxica: aquella que confunde el don de su amor con el don de sus cuidados. ¿No son acaso los objetos de consumo profusamente disponibles los equivalentes de la “papilla asfixiante”? ¿No ha quedado ella más expuesta a este estrago en la medida en que el padre ha fallado en anudar el goce al amor? A falta de esta función, el otro de la anoréxica es el discurso capitalista, y ella mostrará la verdad de ese discurso: el sujeto bajo el imperativo del consumo se consume.

El cuadro de la anorexia histérica está en el centro del discurso de Lacan sobre la anorexia: al orquestar el propio rechazo de la comida, del sexo, del cuerpo, se afirma un deseo que estaría en riesgo de desaparecer cuando el exceso ha afectado a esos términos. El síntoma anoréxico alude a un mal encuentro con la sexualidad, que ha operado de manera excesiva, cuando no bestial. Por supuesto que también existe la anorexia en algunas psicosis en que el delirio de envenenamiento desencadena angustia ante lo que se incorpora; pero la anorexia histérica es la que ha funcionado como paradigma en las elaboraciones lacanianas sobre el deseo. Cuanto más se obture el deseo, tanto más se afirmará el síntoma.

Las mujeres son mucho más proclives a la anorexia que los hombres por el valor del amor en su sexualidad. Gracias a él la joven puede investir su cuerpo y aceptar así el goce que allí emerge; de lo contrario, se afirma un deseo que rechaza al sexo. Aquí cabe recordar el diálogo *Filebo*, de Platón (1992-2002), y evocar el curioso ejemplo que presenta: el deseo puro del placer puro de la pura blancura. Esa pura blancura es el blanco sobre el que nada aparece, ningún rasgo, ningún atractivo, ninguna figura. El deseo puro es el deseo blanco, es decir, aquel que rechaza el color, que –para los chinos– es la sexualidad misma.

#### **En pocas palabras**

La anorexia no se reduce a una moda, habla de un rechazo a la sexualidad cuando ha habido un exceso que

obstaculizó el deseo.

## **Cronología**

### **1873**

Charles Ernest Lasègue, psiquiatra francés, hace ingresar a la anorexia en la terminología psiquiátrica; su incorporación es solidaria con la histeria. De hecho, es uno de los primeros médicos en describir la anorexia nerviosa, a la que llamará *anorexia histérica*.

### **1895**

Sigmund Freud vincula la anorexia con la melancolía ante el despertar sexual y no acentúa la problemática en torno a la alimentación en sí misma.

### **1958**

Jacques Lacan ubica la sintomatología anoréxica como la tentativa de parte del sujeto de hacer valer su deseo; cuando el alimento excesivo se confunde con el amor, querer “nada” es querer. En este sentido, el “no” de la anoréxica significa que si dijera “sí” sería absorbida por el Otro.

### **1997**

Jacques-Alain Miller conecta el síntoma anoréxico con el sujeto histérico que se posiciona al afirmar el deseo, rechazar el objeto que podría satisfacerlo, sujeto afín al vacío y a la liviandad. No por eso tal síntoma responde siempre a tal estructura.

## 44. La bulimia

La bulimia forma parte de los nuevos síntomas típicos de la época, a tal punto que el término no aparece en la obra de Freud y solo se ve una vez en la de Lacan. Quizá los famosos “atracones” alternados a veces con comportamientos anoréxicos nos hablen de una contemporaneidad signada por excesos y restricciones. Esto se debe a que el capitalismo avanzado es en verdad “bulímico”, porque se nutre de una exacerbación de la falta y de los objetos que podrían colmarla. Veremos cómo los dos ingredientes de este sistema –el rechazo del amor y las ofertas permanentes para el consumo– se vinculan con lo que Lacan plantea respecto de este síntoma.

Es bastante frecuente que las mujeres apelen a la comida en exceso cada vez que surge una fuerte decepción en su vida. Así se produce un circuito infernal en el que la frustración se compensa con una ingesta angustiante que luego puede dar lugar al vómito o al laxante. El bulímico no es el que gusta de la comida, no es el sibarita que come regularmente más de lo aconsejado y aumenta de peso; el bulímico es quien sufre de episodios de una ingesta desmesurada, violenta y descontrolada. Tal desborde va acompañado de culpa y de angustia; no se trata de un mero gusto por comer, sino de una compulsión imperiosa y desenfrenada. La pérdida de la mesa familiar en el estado actual del capitalismo está asociada tanto a la anorexia como a la bulimia. Comer con otros, compartir vivencias y respetar la tradición hacen que el alimento quede mediatizado por palabras. Cuando esto falta, aparece en forma cruda, en bruto y al desnudo, ocasionando estos desórdenes. Es en soledad como la anoréxica cuenta las calorías, es en secreto como la bulímica sufre sus atracones.

La palabra bulimia procede del latín *būlīmia*, que a su vez proviene del griego βουλιμία (*boulīmia*), que se compone de βούς (*bous*) –“buey”– y λιμός (*līmos*) “hambre”. Significa “hambre en exceso” o “hambre de buey”. La bulimia nerviosa se inicia generalmente en la adolescencia o al principio de la vida adulta; generalmente en las mujeres (por cada diez casos, solo uno es un hombre). Los atracones suelen empezar después o durante un período de régimen dietético.

Las mujeres son más proclives a este síntoma por la importancia del amor en su sexuación. Nueve de cada diez casos de bulimia están formados por mujeres. Cabe recordar que, según Freud, la pérdida de amor es para ellas el equivalente de la castración. Frente a esa falta, la comida es un sustituto: ¿acaso Lacan no nos recuerda la frase de Apollinaire que dice que el que come no está solo?

¿Sabías que... la bulimia es mucho más común en las mujeres que en los hombres?

Jacques Lacan afirma que el discurso capitalista excluye al amor. Los enamorados se bastan a sí mismos y en esto se alejan del consumo; de ahí que el amor sea enemigo del

capitalismo. En el amor, el otro no es una moneda de cambio, sino que se revela como insustituible. Y a la inversa, Marx descubre que en el capitalismo el valor de uso, subjetivo, es sustituido por el valor de cambio: las cosas no valen por sí mismas, sino por el valor de mercado. A este rechazo del amor se le suma la promoción de objetos para el consumo y el imperativo para obtenerlos en lo inmediato. Tal consigna anula la dimensión de la espera y hace que los sujetos sean intolerantes frente a la frustración. Detengámonos en los mensajes publicitarios, en las ofertas de consumo, en el *marketing* de nuestros días para observar de qué manera todo está orientado no tanto a vivir mejor sino a hacerlo más intensamente. Resulta interesante observar cómo hoy en día nos asechan las exigencias de felicidad, las imposiciones de dicha, el deber de ser felices... todo el tiempo. Lacan sabe predecir con acierto la modalidad del superyó contemporáneo bajo la forma del imperativo a gozar. “¡Debes experimentar día a día más placeres!”, clamarían estos mandatos que, en la publicidad, siempre agregan: “¡Vos lo merecés!”, como si así anularan la posible culpa ante ciertos consumos. De este modo, si en la época de Freud el sujeto puede sentirse culpable por gozar, ahora se siente en falta por no hacerlo lo suficiente. Estos imperativos inciden necesariamente en la relación amorosa, en especial en el tiempo en que se acaba su primavera, ya que tales exigencias tornan inaceptables las menores intensidades del ímpetu libidinal. Los imperativos de goce están ligados de manera indisociable con una temporalidad asociada a la velocidad, que, paradójicamente, produce un agotamiento del tiempo. Esto se debe a que estos no dan tiempo; impelen, suprimen la espera y la duración. Estas coordenadas tienen una gran incidencia en el síntoma bulímico. Cabe aclarar que, de todos modos, la bulimia nunca es reductible a una compensación del amor que se frustra porque lleva consigo un núcleo singular de goce y así muestra lo indómito de una pulsión desregulada; observemos al respecto que es propia de países que han “resuelto” el problema de la alimentación. Porque no es lo mismo en las zonas donde la comida casi no existe, y lo que está en juego es la supervivencia. Pero en el caso de estar “resuelto”, puede verse que la pulsión oral es imposible de domesticar. Y tenemos también las dos caras: restricción o producción. Del lado femenino, existe una industria de la “belleza” anoréxica y, del otro, la bulimia: en los Estados Unidos, en el lapso de una generación, se ha multiplicado el número de personas obesas. La población en riesgo está formada sobre todo por mujeres de cualquier clase social en países industrializados como los Estados Unidos, América Latina en general, la Unión Europea, Canadá, Australia, Japón, Nueva Zelanda y Sudáfrica.

**La bulimia ha asumido en los últimos cuarenta años una difusión y una centralidad del todo inédita respecto de las épocas precedentes.**

#### **En pocas palabras**

El síntoma bulímico habla –entre otras cosas– de la incidencia en las mujeres del malestar de la civilización actual.

Lacan sustituye la lectura clásica del comportamiento bulímico, que tiene solo en cuenta la regresión oral,

por una lectura fundada en la estructura simbólica del amor. Así, en el centro hay una demanda de amor y una frustración de dicha demanda por parte del otro al que el sujeto se dirige. Finalmente, la compensación imaginaria de esta frustración de la demanda de amor se produce a partir del consumo del objeto que adquiere una consistencia inusitada. De ahí la fórmula lacaniana que indica que, cada vez que hay frustración de amor, se compensa mediante la satisfacción de la necesidad. Entonces, en tanto la frustración forma parte de la vida, cabe señalar que para estos sujetos aquella adquiere un valor inusual; no se la tolera y por eso el brutal resarcimiento.

## **Cronología**

### **Comienzos del siglo XIX**

Desde el campo médico, se describe la bulimia como la presencia de apetito voraz seguido de vómito, propio de la histeria y del embarazo.

### **1957**

Lacan ubica en el centro de la cuestión bulímica: a) la demanda de amor del sujeto; b) la frustración de dicha demanda, y c) la compensación de esta frustración a través del consumo.

### **1973**

Lacan vincula el superyó con la gula y con la falta de goce que impulsa al consumo como central en la economía capitalista, razón por la cual es un síntoma típico de los países industrializados.

### **1979**

La bulimia es minuciosamente descrita por un médico estadounidense llamado Russell. Una de sus características esenciales consiste en que la persona padece episodios de atracones ingobernables, seguidos de un gran sentimiento de culpabilidad por haber comido “en exceso”. Suele alternarse con episodios de ayuno o de muy poca ingesta de alimentos y de conductas compensatorias para evitar el aumento de peso, pero al poco tiempo vuelven a surgir episodios compulsivos. Así, la alternancia de exceso y restricción acompaña una vida centrada en la oralidad.

## 45. El pánico

**En los últimos años oímos hablar del pánico con inusitada frecuencia, no solo porque han proliferado los diagnósticos de “ataque de pánico”, sino por la increíble propensión que tienen los sujetos a ubicar sus estados de angustia bajo ese término. A veces el terapeuta reduplica de manera indebida el diagnóstico hecho previamente por el paciente; otras veces es el mismo paciente quien, al escuchar el relato del ataque descrito por alguien que se supone que lo ha padecido, se siente absolutamente identificado y teme entonces sufrirlo también. Si es tan fácil reconocerse bajo su égida, si es tal el poder magnético que ejerce, tal vez haya que pensar en una perspectiva que trascienda lo individual.**

Freud considera el pánico como un tipo particular de angustia que no duda en llamar *social*. En “Psicología de las masas y análisis del yo” (vol. XVIII), describe el fenómeno de masa que está en la base de la conformación de los grupos sociales. La cohesión de estas formaciones proviene de una identificación entre los individuos que la conforman, cuya base reposa en que todos comparten el mismo ideal, personificado por el líder. Así, los sujetos identifican entre sí su “yo” en tanto todos tienen idéntico ideal del yo, encarnado por quien dirige al grupo. Esos lazos otorgan fuerzas a estas formaciones y las preservan de su disolución. Freud nos dice que cuando declina la figura del líder también caen las identificaciones de los integrantes y este quiebre dará lugar al pánico, ya que, al desaparecer los lazos recíprocos, se libera una gran angustia desencadenada por sentimientos de indefensión. “Lo caracteriza el hecho de que ya no se presta oídos a orden alguna del jefe, y cada uno cuida por sí sin miramiento por los otros. Los lazos recíprocos han cesado y se libera una angustia enorme, sin sentido”.

**Si ante situaciones convulsionantes la gente dice estar “sacada”, es porque en ellas se develan impulsos vividos como fuera de foco en su extrañeza. No se trata solamente de ese universo foráneo inquietante y siniestro, sino de lo que este desata. Por ello quien padece pánico no quiere salir de la casa y busca allí un reaseguro imposible.**

Freud se pregunta por la razón de ese crecimiento tan intenso de la angustia. Al tomar como modelo lo que ocurre en el ejército (pensemos que el escrito tiene la marca de la incidencia de la Primera Guerra Mundial), considera que el aumento del peligro no puede ser el culpable de tal magnitud, porque el mismo ejército, ahora presa del pánico, pudo haber soportado incólume peligros similares y aún mayores, y es propio de la naturaleza del pánico no guardar relación con el peligro que amenaza. Entonces, Freud concluye diciendo: “Cuando los individuos, dominados por la angustia pánica, se ponen a cuidar de ellos solos, atestiguan comprender que han cesado las ligazones afectivas que hasta entonces les rebajaban el peligro. Ahora que lo enfrentan solos, lo aprecian en más”. Sin que el peligro haya aumentado de por sí, la sensación de vulnerabilidad ante él sí se habrá acrecentado por el debilitamiento de las ligaduras afectivas que mantenían vinculados a los miembros del grupo.

¿Sabías que... la palabra *pánico* parece ejercer una suerte de sugestión que llama a que la gente se crea representada bajo su influjo?

Este estado surge entonces, para Freud, ante “la pérdida en cualquier sentido, del conductor”, a por la descomposición de las ligaduras, grieta en el tejido social pulverizado como “una lágrima de Batavia a la que se le rompe una punta”. En nuestra contemporaneidad, el desfallecimiento de la autoridad corre paralelo con la ausencia de ideas rectoras capaces de orientar.

No es casual que Freud se refiera al pánico luego de la Primera Guerra Mundial, guerra que no ve de lejos, ya que esta atraviesa su vida: sus tres hijos participan en las acciones bélicas, durante años su práctica como analista se ve condenada a la ruina y Sophie, la hija favorita, muere a causa de su vulnerabilidad a la infección provocada por los desastres. En ninguna otra contienda en el mundo hay una matanza semejante a la de Verdún entre los años 1914 y 1918.

Pronto advertimos el punto de su analogía con el mito, porque el desfallecimiento del ideal tiene afinidades con los caminos que se detienen y que dan pie a las encrucijadas al dibujarse senderos inciertos.

*Pánico* procede del griego *pánikos* y proviene de la situación de miedo que le agradaba provocar al semidiós *Pan*, quien gustaba de aparecerse en las encrucijadas de los caminos de los viajeros. Se parecía a un fauno con cuernos y extremidades inferiores de cabra, y así su imagen inspiró a la iconografía cristiana del demonio. Por ello, en la Edad Media, el cristianismo hereda la tradición pagana y suele levantar cruces de piedra con una pequeña capilla para la Virgen en las encrucijadas. Nos interesa hurgar en tal origen, el lado demoníaco del pánico y su aparición en el momento en el que se detiene un camino supuestamente prefigurado.

El pánico es para Freud angustia de masas huérfanas de ese conductor que representaba el ideal del yo, porque ese ideal aunaba a los individuos entre sí. Es notable cómo anticipa en “Psicología de las masas...” (vol. XVIII) algo que tiene mucha importancia hoy en día: el pánico frente a la inminencia del peligro por la desaparición de aquello que parecía amortiguarlo. Lo social es así ubicado como un regulador y la rotura de su tejido deja al sujeto en la intemperie. La actualidad del pánico puede pensarse a la luz de esas coordenadas; la caída de los ideales comunes produce un estado de fragmentación similar al descrito por el creador del psicoanálisis. Es que no habrá que pensar que el ideal solo está representado por el conductor; bien puede encarnarlo una idea capaz de nuclear a un conjunto.

La encrucijada abre un dilema allí donde los senderos se bifurcan: distintas opciones son posibles y las disyunciones se levantan. El pánico parece, pues, surgir ante la posibilidad de una elección y ante la incertidumbre que conlleva. Claro que las encrucijadas son también trampas y celadas. Si ya no hay un solo camino, sino varios, emerge una dimensión inquietante ante lo desconocido, que se encarna en el semidiós *Pan*. Esta tradición nos interesa porque nos muestra la emergencia del pánico ante los enigmas que

suscitan los dilemas y también señala lo demoníaco que se pone en juego.

Por ello, en la usanza cristiana se edifican santuarios en los sitios donde pueden abrirse los atajos. La vida (pensemos en *La Divina Comedia*, de Dante) ha sido representada como viaje, y el hombre, como peregrino; el pánico florece en el sitio de sus encrucijadas. Entonces, no es extraño su incremento en la época actual. Para ello, basta con pensar de qué manera el mundo en que nacimos se distancia de aquel en el que vivimos, con comprobar la forma en que se diluyen los valores que rigieron las vidas de otrora. Esos senderos orientadores hoy conducen a encrucijadas y en ellas... el pánico acecha. Como si los caminos trazados de antemano protegiesen de su asomo.

Su valor traumático se recorta aún más si pensamos en su acontecer luego de lo que se llama el “siglo de las delicias” y también “*du grand ennui*”, del gran aburrimiento, del gran tedio y de la gran prosperidad de la clase media. El ejemplo al que recurre Freud (vol. XVIII) en “Psicología de las masas y análisis del yo” para explicar el pánico es el de un ejército que se enfrenta a un peligro sin conductor.

La guerra también lo lleva a reflexionar acerca de las neurosis de guerra que se desencadenan a partir de sus estragos. La gran originalidad de Freud no consiste en leer tal devastación como localizada solamente en el trauma proveniente del exterior, sino en advertir que dicho trauma libera en los sujetos un *quantum* pulsional interno e indomeñable. Es decir que el peligro no es solo el que emerge de fuera, sino el que tiene por causa impulsos desenfrenados que brotan de manera inédita y que han sido desencadenados por la amenaza reinante. El pánico así hablaría de un estado en el que el sujeto está inerme frente al peligro exterior e interior. *Pan* (Πάν, “todo” en griego) era el dios de la naturaleza y también del exceso, y por ello tenía semejanzas con Dionisio en lo relativo a la desmesura.

#### **En pocas palabras**

El pánico habla de un estado en el que se esfuman nuestros referentes simbólicos.

## **Cronología**

### **Segunda mitad del siglo XIX**

Comienzan a aparecer descripciones médicas de patologías similares a lo que hoy conocemos como “trastorno de pánico”. En 1871, Da Costa observa entre los soldados de la guerra civil norteamericana un cuadro que incluye mareos y palpitaciones al que llama “síndrome del corazón irritable”. En 1871, Westphal acuña el término *agorafobia* que descubre como “ansiedad desencadenada por los espacios abiertos” acompañada de temor anticipatorio o miedo a morir.

### **1894**

Freud define los ataques de angustia –que hoy llamamos “ataques de pánico”– como el inicio repentino de un estado de intensa ansiedad, acompañado de miedo a morir y de alteraciones fisiológicas (en la respiración, la actividad cardíaca, etc.). Es el primero en señalar la relación existente entre las crisis de pánico y la agorafobia (temor a los espacios abiertos).

### **1921**

Freud define el pánico en términos de “angustia social” y lo vincula con la disgregación de una masa que ha perdido a su conductor. En afinidad con esta orientación, diversos autores como Virilio articulan el pánico con los traumas sociales.

### **1980**

Con el DSM-III: manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales de la Asociación Psiquiátrica Estadounidense) los trastornos de angustia (el término *neurosis* desaparece) se subdividen en trastornos por angustia (trastorno de pánico) y trastornos por ansiedad generalizada, diferenciados por la presencia o ausencia de crisis de angustia espontáneas.

## **Capítulo 10**

### La época y la pulsión

## 46. Los efectos de la Primera Guerra Mundial en el psicoanálisis

La Primera Guerra Mundial marcó a fuego no solo la vida de Freud, sino, también, las conceptualizaciones psicoanalíticas. Sus tres hijos participaron en las acciones bélicas y la práctica de los analistas sufrió la debacle como una de sus consecuencias. La guerra despojó de ilusiones y llevó a un conocimiento más profundo de las miserias humanas. Contribuyó al descubrimiento de la pulsión de muerte y al poder de la agresión. Hubo antes otras guerras que mostraron, sin duda, horrores difíciles de soportar, pero ninguna fue más mortífera y sangrienta, lo que anticipa el estilo de las que le siguieron. La guerra, junto con la resistencia de los pacientes a la curación y la fijación al padecimiento que tienen algunas estructuras clínicas, son clave para el descubrimiento del más allá del principio de placer.

Freud apela a diferenciar la Primera Guerra Mundial de las guerras en la antigua Grecia, en las que los griegos habían prohibido asolar las ciudades pertenecientes a la Confederación, talar sus olivares o cortar el agua. Se respetaba al herido que abandonaba la lucha, y al médico y al enfermero dedicado a la curación. Se consideraba a la población no beligerante, es decir, a las mujeres y los niños. Se preservaban las empresas e instituciones internacionales que habían encarnado la comunidad cultural de los tiempos pacíficos. La guerra de los albores del siglo XX es mucho más brutal que las de otrora. El perfeccionamiento de las armas le da más potencia de fuego y no tiene miramiento por ningún linde; es cruel, enconada y sin cuartel. Infringe todas las limitaciones a las que se obligan los pueblos en épocas de paz, no reconoce privilegios ni en el herido ni el médico, no admite la diferencia entre los núcleos combatientes y pacíficos de la población. En definitiva, derriba con ciega cólera todo lo que le sale al paso, como si después de ella no hubiese futuro. Se degenera en un conflicto más sangriento que cualquiera de los anteriores y produce un “fenómeno prácticamente inconcebible”, ese estallido de odio y desprecio al enemigo.

Si bien el poder de la agresión no era un secreto antes de 1914, la guerra sella el descubrimiento de la pulsión de muerte. Los sueños de las neurosis de guerra que retrotraen a los pacientes al momento traumático llevan a Freud a reformular su antigua tesis de que el sueño es el cumplimiento de un deseo. La guerra, pues, como trauma al que se vuelve, más allá del principio de placer.

Hoy en día, muchos psicoanalistas tienden a reducir la guerra a la pulsión de muerte, cuando en realidad Freud toma a la guerra –desde la clínica– para reformular el trauma y la pulsión. Sin embargo, en mi opinión, no explica la guerra por la pulsión, sino por la manera en que la cultura trata a la pulsión. En principio, su posición es semejante a la de Thomas Hobbes: “El hombre es el lobo del hombre” [*homo hominis lupus*]. Recordemos

que ya en los albores de la modernidad este filósofo había creado el concepto de “contrato social” para refrenar tal impulsividad, que hace de la sociedad humana una formación de individuos dominados por la ambición de mando y de dominio.

**¿Sabías que...** las atrocidades de la Primera Guerra Mundial marcan no solo la vida de Freud sino su propia teoría?

La guerra –afirma Freud– trae consigo una terrible decepción porque muestra que el progreso de la civilización no ha moderado la violencia ni ha ayudado a encauzarla hacia otros destinos. Por el contrario, el progreso tecnológico la dota de armas cada vez más poderosas, y así incrementa sus alcances.

Ningún descubrimiento freudiano es más rechazado por los propios analistas que el concepto de pulsión de muerte. Incluso después de la Segunda Guerra Mundial, no le dan crédito por considerarla una noción biológica, cuando en realidad la biología no conoce nada de ella. Es incluso el propio Freud quien tarda en asimilar la idea, cuando la analista rusa Sabina Spielrein se la propone. Antes de ser médica dedicada al psicoanálisis, ella había sido paciente y amante de Jung. Joven histérica, vive el desgarramiento producido por una pasión tormentosa con el que, además de ser su terapeuta, era un hombre casado que no abandonaría jamás a su esposa. Al no poder tener con él el hijo anhelado, escribe un trabajo sobre la destrucción como causa del devenir, que anticipa el descubrimiento freudiano. Es interesante destacar de qué modo el concepto de pulsión de muerte es enunciado por vez primera por una mujer a partir del estrago de una relación amorosa, al mostrar hasta qué punto esa dimensión no solo está presente en la guerra.

La guerra lleva a Freud a profundizar en la cultura, en su malestar, en el porvenir de sus ilusiones, en la psicología de masas. En la respuesta que da a Einstein en su artículo “¿Por qué la guerra?” (vol. XXII), concluye que “todo lo que promueva el desarrollo de la cultura, trabaja también contra la guerra”. Hay entonces culturas que, al rechazar la dimensión pulsional, hacen que esta se acreciente y llevan a la guerra, y habría otras que posibilitan un destino pulsional diferente, que trabajan “contra la guerra”. Esta cultura sería aquella que estimula la creatividad y así favorece la capacidad sublimatoria de los individuos. Entonces, para Freud, no se trata de sofocar las pulsiones mediante la represión ni de dar libre curso a la pulsión indomeñable. El hecho de que Freud haga una crítica a los imperativos culturales que pretenden extinguir nuestras pulsiones no insta a que la pulsión, lejos de sufrir el destino de la represión, pierda toda sujeción. Por el contrario, su anhelo es crear un nuevo estado en el interior del yo, y esto es paralelo al imperativo ético que rige al psicoanálisis: *Wo Es ward, soll Ich werden* (“allí donde era ello, yo debo advenir”).

#### **En pocas palabras**

La guerra llevó a Freud a profundizar en los efectos del trauma y en el poder de la pulsión de muerte.

# Cronología

## 1651

En *Leviatán*, Hobbes describe que “en su estado natural todos los hombres tienen el deseo y la voluntad de causar daño”, de modo que hay –cuando menos en principio– una constante “guerra de todos contra todos”.

## 1914

A fines de julio, estalla la Primera Guerra Mundial, que llega a absorber a la mayor parte de Europa y territorios adyacentes. Más tarde, los tres hijos varones de Freud participan en acciones. El estallido de las hostilidades condenará a la ruina su práctica como analista; sus pacientes potenciales serán reclutados. A otros les preocupará más la guerra que la neurosis. En definitiva, la guerra representará un serio problema para la supervivencia del psicoanálisis.

## 1915

A propósito de la guerra, Freud escribe “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. Este acontecimiento contribuirá a acentuar el realismo del psicoanálisis, lejos de las ilusiones de progreso de la modernidad. Al terminar este trabajo, Freud dice: “Si quieres preservar la paz, ármate para la guerra”. Y luego: “Si quieres sobrellevar la vida, prepárate para la muerte”.

## 1932

Mucho después, al mediar el descubrimiento de la pulsión de muerte, Freud escribe, “¿Por qué la guerra?” la célebre respuesta a la carta de Einstein.

## 47. Malestar en la cultura

Muchas veces se acusa a los analistas de no mantenerse en su campo e incurrir en análisis sociológicos, al explorar los fenómenos sociales de su tiempo. Sin embargo, es Lacan quien se refiere al síntoma social y también es Freud quien no duda en caracterizar a su cultura como neurótica. Freud anhela que el psicoanálisis tenga una incidencia en lo social que sobrepase su lugar como tratamiento curativo de las neurosis. En 1926, marca especialmente la distinción entre el psicoanálisis terapéutico y el psicoanálisis como ciencia porque teme que su descubrimiento quede reducido a una técnica más entre aquellas que alivian del sufrimiento. En definitiva, desea que el psicoanálisis pueda afirmarse como una lectura de la civilización que traza su marca en ella.

No es indiferente que tanto Freud como Lacan no retrocedan a la hora de diagnosticar una época y sus mecanismos, incluso en utilizar aquellos que extraen de las estructuras clínicas. Tampoco lo es que Freud hable de una cultura neurótica y le dé, en este sentido, un valor a la represión, mientras que Lacan se refiera a un mecanismo que tradicionalmente caracteriza a la psicosis. La primera se corresponde con la época victoriana, que hace que Lacan diga: de no existir la reina Victoria, no hubiese existido el psicoanálisis, mientras que la segunda corresponde al capitalismo tardío. ¿Será entonces la de Freud una cultura más reprimida y esta, la nuestra, una más “forclusiva”?

Tanto Freud como Lacan saben que la empresa de inscribir el psicoanálisis en la cultura no es posible sin una exégesis de su tiempo. Pero cierto trecho histórico separa sus respectivas enseñanzas. Freud dice que se puede hablar de culturas neuróticas, con la salvedad de que en la neurosis individual se cuenta con el contraste que separa al enfermo de su entorno, aceptado como “normal”, mientras que, en una masa afectada de manera homogénea, falta ese trasfondo. Es interesante tal observación porque nos lleva a advertir que los sujetos inmersos en una comunidad pierden criterios para localizar los puntos sintomáticos de su tiempo. Lacan, en cambio, caracteriza a su época como forclusiva, y no tanto como represiva, al decir que lo que distingue al capitalismo es el rechazo [*Verwefung*] de todos los campos de lo simbólico de la castración y del amor. Y no duda en afirmar que es el psicoanálisis el que les dará alojamiento.

En el texto “El malestar en la cultura”, Freud (vol. XXI) habla de un malestar producido por las coerciones que el ideal impone al sujeto, malestar ligado con exigencias que reprimen la sexualidad. Esas coerciones son universales, válidas para todos, fundadas en un amor que desatiende los requerimientos singulares. Freud controvierde el mandamiento “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” afirmando que no contempla lo pulsional del sujeto, y en ese punto también cuestiona a la educación al decir que es exigente en sus reclamos éticos e impiadosa en su demanda de amor universal. Destaca que los formadores les hacen creer a los jóvenes que los otros jóvenes son virtuosos. En este momento, ningún educador podría sostener eso, lo cual indica ese hiato que se produce progresivamente entre la época de Freud y la época actual.

¿Sabías que... tanto Freud como Lacan quieren franquear los marcos a los que el psicoanálisis puede quedar confinado si no se lo inscribe en la cultura?

Si Freud objeta el ideal al mostrar que ese ideal tiene un reverso y que en ese sentido no se puede totalizar, este cuestionamiento está fundado en que en ese momento (1930) el ideal se sostiene; la polémica con él es signo de su vigencia.

En la hipermodernidad, los grandes ideales iluministas de la modernidad han declinado. En ese punto, no tendría tanto vigor este planteo de Freud, que se basa en un ideal que se sustenta.

Sabemos que Freud es un hombre moderno atravesado por el siglo de las luces. Los ideales de la modernidad son los ideales iluministas, que se fundan en la confianza en el porvenir como realización de la razón. Podemos conectar esos ideales con los grandes relatos de los que habla Lyotard, relatos ligados a la emancipación de la razón y de la libertad, enriquecimiento de toda la humanidad a partir de la tecnociencia y salvación de las criaturas. La filosofía de Hegel totaliza estos relatos y, en este sentido, concentra en sí misma la modernidad especulativa.

Una de las figuras posibles de la subjetividad es la del sujeto que advierte la irrealidad de la máscara, advierte la realidad del simulacro que rechaza lo real, pero consiente en utilizar esa máscara si le sirve para obtener un beneficio. Nos estamos refiriendo al cinismo posmoderno basado en que las palabras referidas a los valores, el honor, la honestidad, están vacías; solo sirven para engañar a los incautos. Lo único que importa es el dinero, la influencia, el poder.

Trátese del relato de emancipación por medio del conocimiento, o del relato marxista de la liberación de la explotación, o del relato capitalista de progreso por el desarrollo tecnointustrial, o del relato cristiano de salvación de las criaturas por medio de la conversión de las almas, todos, aun en sus diferencias, están amalgamados por la idea de que en el futuro un proyecto universal va a realizarse y va a salvar al hombre. Esto se debe a que los ideales de la modernidad se articulan con el cristianismo y la modernidad misma se nos muestra como el intento de realización mundana de los ideales trascendentes y ultraterrenos de la religión cristiana. La creencia de que el proceso histórico lleva en sus entrañas un principio divino ha sido devastadora. Las mayores tragedias de la historia moderna resultaron de la identificación de lo trascendente con lo inmanente.

Con la modernidad, el principio divino se desplaza de la esfera de lo estrictamente religioso al Estado. La modernidad experimenta el poder político en su figura como el aparato idóneo para lograr su redención, y así el Estado suplanta a la Iglesia como instrumento de salvación, con la misión de realizar la razón de la historia. “La política es el destino”, célebre frase de Napoleón, es la consigna de los tiempos modernos. Sabemos que el agotamiento de la modernidad, es decir, la posmodernidad, va de la mano con un

manifiesto debilitamiento del poder del Estado y del poder político. En la sociedad posmoderna, la política pierde el protagonismo que creía tener en la moderna, al no identificarse poder y Estado.

Liotard identifica a la posmodernidad con la caída de los grandes relatos. Auschwitz nos muestra la aporía de una razón que se cree soberana. Por otra parte, considera que el relato marxista es el último en desfallecer con el derrumbamiento del muro de Berlín. Tal acontecimiento tiene como efecto la ausencia de discursos alternativos al dominante porque, hasta cierto momento del desarrollo capitalista, los segregados del sistema se recuperaban en otro orden simbólico. El marxismo reintegraba a los excluidos del sistema como trabajadores que salvarían la historia; un discurso los alojaba y les brindaba significación. Ahora no tienen la dignidad de pertenecer a ese discurso: los excluidos son arrojados no solo al hambre, sino a una suerte sin esa inscripción. Rechazados del sistema y del discurso, forcluidos, amenazan con retornar de un real que nos acecha permanentemente.

Podemos decir que, en lugar de esos grandes relatos, lo que se impuso fue la tecnociencia capitalista, que simula realizar el proyecto moderno pero que en el fondo lo destruye, ya que la dominación sobre los objetos obtenidos por las ciencias y las tecnologías no está acompañada por una mayor libertad ni conduce al bienestar, sino que, al contrario, trae aparejada una pobreza cada vez mayor.

Miller define esta época no tanto en los términos del malestar en la cultura freudiano, sino en términos de *impasse ético*. *Impasse* es “callejón sin salida”, “atolladero”. Esto se relaciona con el empaldecimiento del ideal que engrana al sujeto al discurso; es decir, en lugar de discurso, simulacro, con la increencia subjetiva consiguiente.

Así, caracteriza lo actual como una crisis de lo real, punto que se articula bien con el *impasse ético*. Esto se debe a que la proliferación de simulacros y de artilugios se separa del real que está en juego. La posición no incauta, errante, deriva de tal divorcio. Los griegos sabían que a la naturaleza le gusta esconderse: la piedra se hunde en el océano y el agua corre bajo las rocas; los animales usan el camuflaje para cazar su presa. Nietzsche se pregunta si la verdad no será una mujer que tiene sus buenos motivos para ocultarse e incluso va más lejos al decir que la verdad no seguiría siendo verdad si le arrancaran los velos. Lacan dice que la verdad tiene estructura de ficción. La crisis de lo real no apunta a las ficciones ni a los velos ineliminables que hacen a la estructura, sino al punto en que estos dejan de apuntar a su corazón, a su real, y así dejan de ser el carozo del ser freudiano.

#### **En pocas palabras**

Tal como aconseja Lacan, el analista debe contemplar en su horizonte la subjetividad de su época.

# Cronología

## 1908

Freud considera que el influjo nocivo de la cultura se reduce en lo esencial a la dañina sofocación de la vida sexual de los pueblos por obra de la moral. En suma, la cultura se asienta sobre la represión de las pulsiones y, a diferencia de Kant, Freud cuestiona el imperativo universal de una renuncia que se pretende igual para todos. Neurótico es quien se impone una renuncia que rebasa el límite de lo posible.

## 1930

Freud trata lo trágico de la condición humana abordando sin tapujos su miseria, a la cual le daban toda su amplitud la crisis económica, el derrumbe de la Bolsa de Nueva York, la guerra precedente y el ascenso del partido hitleriano en Alemania. Así, “El malestar en la cultura” (Freud, vol. XXI) será la obra más importante relativa a la pulsión y lo social.

## 1998-1999

Jacques-Alain Miller y Éric Laurent ubican un nuevo malestar en la cultura en la época definida como “la del Otro que no existe”, época de desfallecimiento de las tradiciones y de los valores de antaño, época de “impasse ético” con consecuencias clínicas.

## 48. La violencia en el siglo

Uno de los síntomas más relevantes de nuestra contemporaneidad es, sin duda, el fenómeno de la violencia. Se dirá que la violencia ha existido siempre. Freud aprueba la célebre frase de Hobbes: “El hombre es el lobo del hombre”. A diferencia de la tradición aristotélica, que veía en el hombre un “animal social”, este pensador inglés sostiene que la sociedad surge de un acuerdo artificial, basado en el propio interés que busca la seguridad por temor a los demás. Su planteo se asemeja al de Freud. Si bien la violencia es ancestral, cabe diferenciar las violencias pasadas de las actuales, aunque ambas convivan en el presente. La tiranía del mercado introduce la siguiente disyunción: estar allí o no existir. Podemos decir que hay violencias ligadas al ideal, como la de las guerras vinculadas con la nación, las religiosas e incluso las fundamentalistas vigentes hoy en día, pero hay otro tipo de violencia generada solo por el objeto que toma el relevo del ideal.

La esperanza de los racionalistas del siglo XVIII –como Condorcet– ha sido desmentida por los hechos. Las guerras del siglo XX quebraron las ilusiones iluministas y las esperanzas redentoras de los ideales modernos. El progreso tecnológico las dotó de armas inéditas aumentando sus alcances y su poder. Ya hace más de 40 años, Russell se preguntaba si el hombre de la generación tecnológica no estaba condenado a desaparecer. Si el siglo pasado ha sido, a todas luces, el siglo de la criminalidad que se inicia con la Primera Guerra Mundial, el siglo actual es el de la violencia ubicua y desmadrada.

**El capitalismo genera una gula infernal y lo que podría detenerla o al menos retardarla es el encuentro con un goce que no esté dado por el objeto de consumo, que para Lacan es inepto en satisfacerlo. La voracidad es muy afín a ese desasosiego, hermano de los estados violentos.**

En nuestra contemporaneidad, esta se acrecienta día a día, pulula por doquier y, aun sin ejecutarse, se hace presente como una sombra que amenaza la cotidianidad de nuestra existencia. Respiramos un aire violento, la violencia callejera, la doméstica, la de las noticias que transmiten los medios, la de los medios mismos –con su tinta roja–, la de género, la social, la escolar, la juvenil, la criminal, la de las guerras, la terrorista, etc. Quizá tal característica nos permita pensar en lo que denomino *violencia posmoderna*; llamo así a aquella que se infiltra donde sea, como violencia ubicua que prefigura al mundo mismo. Suele navegar en el sinsentido, en la medida en que está desprovista de marcos que podrían otorgarle en forma imaginaria una razón; prolifera habitualmente huérfana de ideología y en el plano delictivo, sin código. Desprovista de los encuadres que en cierta forma la acotarían, desmadrada de fines, su irrupción intempestiva no tiene cauce. La violencia posmoderna, posrevolucionaria, tiene como primera característica distintiva ser ubicua, ilimitada y polimorfa. En efecto, aunque la violencia es atávica, uno de sus aspectos sobresalientes en el siglo pasado –a diferencia del actual– parece haber sido su instrumentación al servicio de ideologías totalitarias, que, en casos extremos, le asignaban por sí misma un papel redentor, purificador. Ahora, en cambio, se expande sin

matriz, pulula por doquier carente del sentido revolucionario de otrora.

**¿Sabías que...** existe una violencia ligada al capitalismo tardío y al lugar preponderante que tienen los objetos de consumo, valor que se antepone al de la vida misma?

Esta perspectiva hace que no podamos reducir la violencia a la pobreza, sino, en todo caso, al lugar del pobre en estas sociedades. Por lo demás, el análisis de la pobreza en la sociedad capitalista tardía trasciende largamente el enfoque económico; a diferencia de lo que sucede en otras formas de organización social, en nuestras sociedades actuales el pobre no encuentra lugar ni identidad, puesto que la única realidad que estas ofrecen es la participación en el mercado. Aun el paria o el esclavo pertenecen al orden social en forma bien definida; nuestros pobres no conocen otra cosa que la marginalidad y la exclusión, y sus correspondientes efectos despersonalizantes. La caída del muro de Berlín, con la consiguiente desaparición del relato marxista, implica que el pobre ya no tenga inscripción en un discurso; en ese relato existía como trabajador con un rol importantísimo en el proceso revolucionario.

Claro que el dinero (o el capital) no solo se limita a “invertir” lo inmediatamente dado, lo natural, como sostiene Marx, sino que lo altera de todos los modos posibles, y así lo subvierte, trastoca y determina.

Vale señalar la diferencia entre el consumo y el consumismo, y aclarar que, cuando Lacan se refiere al discurso capitalista, este último término es el que cuenta. El consumismo llega cuando el consumo desplaza al trabajo del rol axial que cumplía en la sociedad de productores. La fórmula que Lacan quiere dar a este “pseudodiscurso” tiene correlación con este momento de la historia y no tanto con el que sabiamente Max Weber detecta en sus inicios.

Miller nos dice que en nuestra contemporaneidad es el objeto quien toma el relevo del lugar del ideal rector. Los productos de consumo invaden los escaparates, pueblan las vitrinas informáticas y se ofrecen como plus de goce. Pero la no satisfacción debe ser perpetua, dado que la sociedad de consumo triunfa cuando logra dar a luz nuevas necesidades y apetitos. Así, lo que comienza como una respuesta para cubrir una falta debe conducir a una adicción o compulsión. Exacerbado de tal manera el deseo, se galvaniza también su potencia destructora; los objetos llegan así a valer más que la vida misma. ¿No es entonces el mismo imperativo de consumo el que propicia violencia? Si tener el objeto es tener el ser, no queda otro camino que arrebatarlo a costa de todo. En definitiva, el cénit del objeto vaticinado sabiamente por Lacan y por Marx.

En el capitalismo tardío, no existe ninguna gracia por las obras: el saber se limita a la producción de objetos para paliar las carencias subjetivas y quien ocupa el lugar del ideal es el objeto, cénit, en definitiva, del objeto; lejos ha quedado la ética vinculada a la racionalidad calculada del capital al servicio de una trascendencia ligada con complacer a Dios, donde el lucro planificado no se identifica con la rapiña. Claro que dicho lucro y el capital elevado al lugar de la subjetividad absoluta dan lugar a lo que Weber denomina

*desencanto del mundo*. Miller dice que son los poetas quienes se dan cuenta de que nace un mundo nuevo, regido por la utilidad directa, mundo que expulsa la poesía. Asevera que el psicoanálisis toma el relevo de la poesía al dar lugar a su voto: devolver el encanto al mundo.

#### **En pocas palabras**

El psicoanálisis mitiga la violencia porque conduce a que cada sujeto encuentre en sí mismo su tesoro.

## **Cronología**

Según el fragmento 53 de Heráclito, *pólemos* (“guerra”) es el padre de todas las cosas y el rey de todas las cosas, y a unos los revela dioses; a los otros, hombres; a los unos los hace libres; a los otros, esclavos.

### **1930**

Freud toma de Hobbes el concepto de que “el hombre liberado a sí mismo es el lobo del hombre”.

### **1948**

Lacan aborda el tema de la violencia desde sus primeros escritos. Su texto más significativo es “La agresividad en psicoanálisis” (Lacan, 1972b), donde trata el concepto freudiano de pulsión de muerte.

### **1957-1958**

Lacan define la violencia como aquello que puede producirse en una relación interhumana cuando no impera la palabra.

### **1971**

Lacan afirma que cuando hay discurso se impone un orden distinto a la violencia. De esto se infiere el incremento de esta cuando decae el primero.

### **2009**

He desarrollado la particularidad de la violencia contemporánea como violencia ubicua, que pulula por doquier, desamarrada de los encuadres que la legitimaban en los siglos pasados.

## 49. El estatuto del semblante

El término *semblante* es empleado muchas veces de manera tan extensa que se esfuma la especificidad que tiene para el psicoanálisis. En tales usos, la palabra queda homologada a *apariencia, simulacro, engaño, ficción, artificio*, vocablos sin duda afines, pero que conllevan la idea de que hay un ser que se oculta tras su velo. Por otro lado, aun reconociendo adecuadamente al mismo mundo como semblante, en tal ubicuidad los semblantes corren el riesgo de hacerse equivalentes y de este modo se pierde la diferencia entre ellos. Sin duda, hay algo en el mismo término que lo hace apto para prestarse a tal multivocidad y funcionar en ocasiones como una suerte de comodín que sirve como parche de cualquier dificultad.

Dichas significaciones llevan a suponer que hay algo detrás, que lo verdadero no se muestra y, aunque se repita por doquier, que la verdad misma tiene estructura de ficción. El empleo corriente del verbo *semblantear* en el decir de muchos analistas demuestra que desconocen la implicancia del primer enunciado. Se aplica tal término aludiendo a falsear de acuerdo a cada momento y así se cambia el real significado de *semblantear*, que en realidad es “mirar la cara a alguien para penetrar en sus intenciones”. El empleo tan corriente de esa palabra para indicar una maniobra del analista implica creer que hay un agente exterior al discurso y ya no en su mismo interior; en suma, esto olvida que Lacan afirma que no hay semblante de discurso porque todo discurso es semblante.

A diferencia de los autores posmodernos, para Lacan en primer lugar no solo es semblante el mapa sino la realidad misma y, si bien los semblantes se oponen a lo real, lo real solo se aborda a partir del semblante; en este sentido, no son todos equivalentes. Con esto quiero decir que hay semblantes que pueden tocar lo real y otros que no. Por un lado, Lacan dice que todo discurso es semblante; por el otro, indica su anhelo de un discurso que podría aproximarse a un trozo de real. Para él, a diferencia de los autores posmodernos, no todo es semblante y, aun si la verdad tiene estructura de ficción, su efecto la excede. Por eso afirma: “El efecto de verdad no es semblante”.

Cabe señalar que Baltasar Gracián, aquel artesano del “hacer parecer” en el barroco español, no usará en toda su obra el término *semblante* más que con el acepción de “rostro”. Lacan lo califica al escritor aragonés de “estrella de primera magnitud en el cielo de la cultura europea” y se refiere a él también en *El seminario. Libro 18: De un discurso que no fuera del semblante* (Lacan, 2009) al recomendar su lectura. Vale la pena repasar un par de referencias en que el término queda forzado más allá de su reducción a lo imaginario del semejante para evocar así lo simbólico del *semblant*, aunque, bien es cierto, invocando también la vertiente más real de la letra:

- “Yo diría que, a pocas palabras, buen entendedor. Y no solo a palabras, al *semblante*, que es la puerta del alma, sobrescrito del corazón.” El semblante, el rostro, es aquí la puerta de entrada a los secretos del alma, pero también es por ello sobreescritura –palimpsesto que borra un texto con otro– de las pasiones del corazón.

- “El apasionado siempre habla con otro lenguaje diferente de lo que las cosas son: habla en él la pasión, no la razón; y cada uno según su afecto o su humor, y todos muy lejos de la verdad. Sepa descifrar un *semblante* y deletrear el alma en las señales; conozca al que siempre ríe por falta y al que nunca por falso...” El *semblante* designa también aquí el rostro –seguimos en la referencia a lo imaginario del semejante– pero es también un mensaje cifrado que hay que deletrear en sus señales.

¿Sabías que... *semblant*, en francés, es “apariencia” y *faire semblant* es “hacer como”, “fingir”, “hacer el paripé de”, “simular que”, términos derivados del verbo *sembler*, que es “parecer”?

El fragmento 123 de Heráclito dice: “La naturaleza suele ocultarse” o “La naturaleza ama ocultarse”. Lacan tiene gran preferencia por este presocrático. El fragmento 123, referido a la naturaleza, guarda relación con el título del seminario elegido por Miller a propósito de esta temática: “De la naturaleza de los semblantes” (2002). Este aclara que “hablar de la naturaleza de los semblantes es hablar de la naturaleza de las cosas”. Serán evocados aquí tanto Lucrecio como Cicerón, ambos de una manera u otra identifican a la naturaleza misma como semblante. En el poema “La naturaleza de las cosas”, Lucrecio (2003) –que pertenece a la tradición epicúrea– intenta liberar al hombre del miedo a los dioses como causa –según él– de la infelicidad y así representa al cosmos como un conjunto fortuito de átomos que se mueven en el vacío. Por otro lado, el concepto de *natura* es esencial en el pensamiento de Cicerón, quien ya al comienzo de su obra teológica por excelencia, *Sobre la naturaleza de los dioses* (1999), alude a cómo el ser humano cree en la existencia de los dioses “bajo la guía de la naturaleza”. Estas alusiones permiten verificar la afirmación de Lacan respecto de que todo discurso que evoca la naturaleza nunca hace más que partir de lo que en ella es semblante, porque esa es su población.

**El término *semblante* ha llegado a formar parte de nuestro vocabulario lacaniano como traducción del *semblant* francés. El semblante no es una mentira, engaño, máscara detrás de la cual se encontraría una verdad que habría que develar.**

Dijimos que el ser y la naturaleza no se contraponen al semblante, sino que se identifican con él, y que su oposición es respecto de lo real. Tal precisión permite distinguir el significado que el término tiene para el psicoanálisis y en otros ámbitos o, en buena medida, diferenciarlo de lo que algunos autores llaman *simulacro*. Por ejemplo, Baudrillard, en su ensayo *Cultura y simulacro* (1978), recuerda, como la más bella alegoría de la simulación, aquella fábula de Borges en que los cartógrafos del Imperio trazan un mapa tan detallado que llega a recubrir con toda exactitud el territorio. Pero, en la actualidad, la simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: lo hiperreal. El territorio ya no precede al mapa ni lo sobrevive. En adelante será el mapa el que preceda al territorio –precesión de los simulacros– y el que lo engendre, en un mundo que el autor nombra como desierto de lo real. Aquí, los simulacros proliferan absolutamente desanudados de lo real; de ahí que de este sólo existan jirones, por haber sido absorbido por la ficción.

Miller nos recuerda que el ser mismo es semblante y que, si hay algo que se le opone, no es ni el ser ni la naturaleza, sino lo real. Por ello considero muy apropiada la significación de la palabra *semblante* en español y la prefiero a todas luces a su traducción como *apariencia*. *Semblante* en español es “rostro”, “cara”, “faz”, “fisonomía”, “aspecto”, “cariz”, y no solo “apariencia”; tiene la ventaja de señalar una cercanía con el ser y no su distancia.

#### **En pocas palabras**

El semblante para el psicoanálisis no es una mera apariencia.

## **Cronología**

### **540-470 a. C.**

Heráclito expresa en el célebre fragmento 123: “La naturaleza suele ocultarse” [*physis khryptesthai philéi*].

### **1646-47**

Baltasar Gracián usa el término *semblante*, que de ese modo queda muy ligado al barroco.

### **1971**

Lacan toma el vocablo *semblante* para situar su especificidad en psicoanálisis. Concibe esta categoría después de inventar los cuatro discursos al plantear si es posible un discurso –el del psicoanálisis– que no sea semblante.

### **1991-1992**

Al introducir su curso “De la naturaleza de los semblantes” (2002), Jacques-Alain Miller empieza con un recorrido del término *semblant* en la lengua francesa, recorrido necesario para entender la torsión que Lacan da a la extensión de su uso en el psicoanálisis.

# Glosario

**ASOCIACIÓN LIBRE.** Es la regla fundamental que rige el método psicoanalítico y que consiste en expresar sin discriminación los pensamientos que vienen a la mente. El psicoanálisis descubre que esta asociación, si bien es libre de las trabas a nivel consciente, está determinada por el inconsciente y responde a una lógica.

**COMPLEJO DE CASTRACIÓN.** El complejo de castración define el desenlace del complejo de Edipo: en el varón, su sepultamiento y, en la niña, el viraje de la madre hacia el padre. Lacan da a la castración un sentido que trasciende la amenaza; es la falta que impacta por siempre al narcisismo como marca de un goce que nunca será total.

**COMPLEJO DE EDIPO.** Se denomina así al complejo nodular de la neurosis como conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto de sus padres y que se revive a lo largo de una vida. Es vivido, en su cénit, entre los tres y cinco años durante la fase fálica. Su declinación señala la entrada en el período de latencia.

**DESEO.** El deseo es el motor de la actividad psíquica; lo causa lo que no se encuentra. Está siempre presente: halla su raíz en la infancia y se proyecta hacia el futuro. No se llega a articular en palabras y es inconsciente.

**EDIPO.** El origen del psicoanálisis y concepto de Edipo son solidarios. Freud elige, entre varios mitos de la tragedia griega, el mito de Edipo porque era el que mejor ejemplificaba la trama del sujeto neurótico respecto tanto del complejo materno como del paterno.

**FETICHISMO.** Perversión que consiste en que los objetos relacionados con el cuerpo constituyen el medio para lograr la excitación sexual al suplir a la relación genital. Tanto las partes del cuerpo como las prendas que lo visten, despojadas de subjetividad, son para Freud la manera en que se obtura la castración materna. La prenda elegida es aquella que tiene el privilegio de velar la ausencia de pene en la mujer.

**FORCLUSIÓN.** Concepto elaborado por Jacques Lacan para designar un mecanismo propio de la psicosis por el cual se produce un rechazo de un significante fundamental que queda expulsado del universo simbólico del sujeto. Tal exclusión hace que ese significante no esté integrado en el inconsciente ni retorne a partir de sus formaciones, sino que reaparece en forma alucinatoria en lo real.

**FORMACIONES DEL INCONSCIENTE.** No sabríamos de la represión si no fuese por sus retornos. Así, las formaciones del inconsciente surgen por un proceso gracias al cual los elementos reprimidos no desaparecen y resurgen de manera deformada. Estas formaciones incluyen sueños, síntomas, actos fallidos, lapsus, olvidos de nombres y

chistes. Producen sorpresa, perplejidad, asombro porque no responden a la racionalidad consciente, subvirtiendo al yo.

**FREUD, SIGMUND.** Médico neurólogo de origen judío, creador del psicoanálisis. Nace el 6 de mayo de 1856 en Moravia, Imperio austríaco (actualmente República Checa), y muere el 23 de septiembre de 1939 en Londres. Su descubrimiento, el psicoanálisis, es uno de los más importantes del siglo XX. Su obra, traducida a aproximadamente sesenta idiomas, está compuesta de veinticuatro libros (dos en colaboración), a los que se agregan prefacios, notas necrológicas, intervenciones en congresos y contribuciones. De sus numerosísimas cartas, contabilizadas en alrededor de veinte mil, se han publicado más de tres mil y tienen muchísimo valor tanto como aportes a la teoría como para comprender la personalidad de su creador.

**HISTERIA.** Es la neurosis que da lugar al origen del psicoanálisis. Se caracteriza por la manera en que los conflictos psíquicos se expresan en síntomas corporales llamados *conversivos*. La vida amorosa de la persona está signada por un deseo definido como deseo insatisfecho.

**IDEAL DEL YO.** Freud utiliza esta expresión para designar el modelo de referencia del yo, a la vez como sustituto del narcisismo perdido en la infancia y producto de la identificación con valores sociales y familiares. El neurótico vive un conflicto entre aquello que quisiera ser de acuerdo al ideal y, por otra parte, lo que sus pulsiones le permiten; en la cura la brecha se acorta.

**IDENTIFICACIÓN.** Término empleado en psicoanálisis para designar el proceso central mediante el cual el sujeto se constituye al asimilar e incorporar en momentos clave de su evolución aspectos, atributos o rasgos de los seres humanos de su entorno. Es fundamental en el desenlace del complejo de Edipo.

**INCONSCIENTE.** La teoría psicoanalítica descubre que el inconsciente tiene una especificidad propia en tanto no designa un lugar absolutamente inaccesible y remoto, dado que sus contenidos retornan de manera deformada bajo la forma de síntomas, lapsus, actos fallidos, olvidos, sueños, etc. Así, el inconsciente es un lugar desconocido por la conciencia: “otra escena” que se hace escuchar al determinar nuestros actos más extraños.

**LACAN, JACQUES.** Médico psiquiatra francés. Nace el 14 de abril de 1901 en París y muere el 9 de septiembre de 1981 en la misma ciudad. Proviene de una familia de la burguesía media católica y bien pensante. Impulsa el retorno a Freud al liberar al psicoanálisis del oscurantismo en que había quedado confinado. Es el único que da a la obra freudiana un esqueleto filosófico y lingüístico apelando a las matemáticas y a la lógica. Atrae a numerosos alumnos e intelectuales, fascinados por su enseñanza y deseosos de romper con el freudismo académico. Su obra tiene enorme repercusión en la cultura. Con el tiempo, es reconocido, celebrado, odiado y admirado como un pensador

de envergadura y no solo como un maestro del psicoanálisis.

**LAPSUS.** Término que se utiliza para designar una falta inadvertida, consiste en reemplazar la palabra que se quiere decir por otra. Freud encuentra en dichos términos una significación oculta, que relacionará con las motivaciones inconscientes de quien comete el lapsus.

**LIBIDO.** El término designa la manifestación sexual en la vida psíquica y se equipara a la energía propia de las pulsiones sexuales. Con la introducción de este concepto, Sigmund Freud construye su teoría de la sexualidad.

**NECESIDAD DE CASTIGO.** La existencia de fenómenos que implican un autocastigo despierta el interés de Freud: sueños de castigo que ya no obedecen a la realización de deseos ligados con el placer, autorreproches, comportamientos autopunitivos que hacen de los sujetos sus propios verdugos. En el extremo, la clínica de la melancolía pone de relieve la violencia de una compulsión al autocastigo que puede llevar al suicidio. Lo que hay de irreductible en tales comportamientos está vinculado, en último término, con la pulsión de muerte.

**NEUROSIS OBSESIVA.** Se trata de una neurosis caracterizada por la “cárcel de la mente”. El paciente padece de representaciones obsesivas que lo atormentan y también de rituales compulsivos que no puede evitar. Su vida amorosa está signada por la ambivalencia y su existencia, por una duda permanente que lo lleva a postergar sus decisiones.

**NEUTRALIDAD.** Uno de los principios que definen la actitud del analista durante la cura. Freud denuncia el “orgullo terapéutico” y el “orgullo educativo” al comparar al analista con un cirujano que se ha despojado de sus sentimientos para llevar a cabo su operación, libre de prejuicios y capaz de no anteponer su yo en el tratamiento, gracias al desprendimiento de su neurosis al que lo ha llevado su análisis personal.

**NO HAY RELACIÓN SEXUAL.** A diferencia de lo que ocurre en el reino animal, la relación entre los sexos no está programada como la del óvulo con el espermatozoide. Una discordia estructural signa el encuentro entre los sexos; es decir que todo encuentro es también desencuentro, disparidad.

**PARANOIA.** Es una psicosis caracterizada por la manera particular de interpretar y dar una significación delirante a todo aquello que causa perplejidad. La manía interpretativa está acompañada por la certeza relativa a la malignidad de los otros, que pasan a ocupar el lugar de perseguidores.

**PERVERSIÓN.** Es definida por Freud como una “práctica sexual” con alto grado de fijeza, que sustituye al acto sexual genital. Se caracteriza por una posición subjetiva que desmiente la castración y privilegia el goce sobre el deseo y su falta correlativa.

**PLACER.** El placer se liga con una disminución de la excitación y de la tensión que esta

conlleva, y así constituye un principio económico. Al final de su obra, Freud no solo se cuestiona la cantidad sino la cualidad del estímulo, y encuentra en el ritmo de la excitación, y no solo en su disminución, un criterio para definir el placer.

**PROYECCIÓN.** Término utilizado por Freud a partir de 1895 esencialmente para definir el mecanismo de la paranoia, pero retomado más tarde por el conjunto de las escuelas psicoanalíticas como designación de un modo de defensa primaria que puede darse en diversas clínicas, mediante la cual el sujeto deposita sobre otro sujeto lo que desconoce de sí y atribuye a una alteridad exterior.

**PSICOSIS.** En la psicosis hay un indiferenciación entre el mundo exterior y el interior, que hace que el paciente esté preso de un afuera fantasmático experimentado como real.

**PULSIÓN.** La pulsión es el empuje, el impulso, la fuerza acuciante que proviene del cuerpo en su articulación con la psiquis. El psicoanálisis diferencia este concepto del de instinto que es propio de los animales por poseer un objeto determinado.

**REPRESIÓN.** Proceso que apunta a mantener en el inconsciente las representaciones ligadas a pulsiones cuya realización generadora de placer afectaría el equilibrio del funcionamiento psíquico al convertirse en fuente de displacer. Freud la considera el pilar sobre el que se basa el edificio del psicoanálisis; puede considerarse como un proceso universal, en cuanto se halla en el origen de la constitución del inconsciente. La represión no se ejerce sobre las pulsiones en sí, sino sobre sus representaciones, que, aunque reprimidas, siguen activas y retornan de manera deformada.

**SÍNTOMA.** Se diferencia de otras formaciones del inconsciente porque no tiene un carácter temporario; por el contrario, hay síntomas que permanecen a lo largo de una vida como marcas rebeldes al cambio. El síntoma encierra una formación sustitutiva, pero también una satisfacción sustitutiva, como marca inercial de la libido.

**SUBLIMACIÓN.** La sublimación es el destino de la libido que no sufre el proceso de represión sino que se encauza a la creación de actividades estimadas socialmente.

**SUEÑO.** El sueño es para Freud la *vía regia* de acceso al inconsciente; su principio es el del cumplimiento de un deseo reprimido. Luego, con el descubrimiento de la pulsión de muerte, habrá sueños que constituirán una excepción a este principio: sueños de castigo que conmemoran una situación traumática.

**SUPERYÓ.** Es una instancia heredera del complejo de Edipo, ligada con la moral, el deber, la obligación. Freud descubre que la fuerza de tales imperativos extrae su energía de la pulsión, tal como ya lo había vaticinado Nietzsche en su texto *La genealogía de la moral*.

**TRANSFERENCIA.** Término introducido por Freud para designar un proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado patrón de relación establecida con ellos y, de modo especial, dentro de la

relación de la cura analítica. En ella, designa el lugar que el paciente le otorga al analista, sobre el que transfiere no solo antiguas imagos sino un saber supuesto que posibilita el análisis.

**TRAUMA.** Acontecimiento de la vida caracterizado por su intensidad y por la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente; y el trastorno y los efectos patógenos que provoca en la organización psíquica. En términos económicos, se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivas que no pueden tramitarse simbólicamente.

**YO.** Instancia que Freud distingue del ello y del superyó en su segunda teoría del aparato psíquico. El psicoanálisis descubre que el yo no es autónomo, ya que, por el contrario, se encuentra en una relación de dependencia tanto respecto de las reivindicaciones del ello como de los imperativos del superyó y las exigencias de la realidad.

## Bibliografía

- AA.VV. (2010), *Scilicet 2: Semblantes y sinthome*, Buenos Aires, Grama.
- (2012), *Scilicet 3: El orden simbólico en el siglo XXI no es más lo que era, ¿qué consecuencias para la cura?*, Buenos Aires, Grama.
- Apollinaire, G. (2010), *Las tetas de Tiresias*, Buenos Aires, Gog y Magog.
- Aristóteles (1985), *Ética nicomáquea*, Madrid, Gredos.
- (1992), *Poética*, Madrid, Gredos.
- Barthes, R. (1985), *Fragmentos de un discurso amoroso*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (1978), *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós.
- Biblia (1993), Madrid-Buenos Aires, Ediciones Paulinas.
- Brantley, J. (1985), “Antiandrogenic Treatment of a Gender-Dysphoric Transvestite”, en *Journal of Sex and Marital Therapy*, 11(2): 109-112.
- Cicerón, M. T. (1999), *Sobre la naturaleza de los dioses*, Madrid, Gredos.
- Descartes, R. (1977), *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas*, Madrid, Alfaguara.
- Freud, S. (1976-1988), *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Vol. I: “Carta 69”, “Carta 79”, “Bosquejos de la comunicación preliminar”, “Proyecto de psicología”, “Fragmentos de la correspondencia con Fliess”, “Manuscrito G, melancolía”.
- Vol. II: “Estudios sobre la histeria”.
- Vol. IV-V: “La interpretación de los sueños”.
- Vol. VI: “Psicopatología de la vida cotidiana”.
- Vol. VII: “Tres ensayos de teoría sexual”.
- Vol. IX: “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”.
- Vol. XI: “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, “Sobre una degradación general de la vida erótica”.
- Vol. XII: “Sobre la dinámica de la transferencia”, “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente”, “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, “Sobre la iniciación del tratamiento”.
- Vol. XIV: “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, “Duelo y melancolía”, “Introducción del narcisismo”, “La represión”, “La transitoriedad”, “Pulsiones y destinos de pulsión”, “De Guerra y de muerte. Temas de actualidad”.
- Vol. XV-XVI: “Conferencias de introducción al psicoanálisis”.
- Vol. XVI: “Conferencia 21: Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”.
- Vol. XVIII: “Psicología de las masas y análisis del yo”.
- Vol. XIX: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, “La organización genital infantil”, “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la

- psicosis”, “El problema económico del masoquismo”.
- Vol. XX: “Presentación autobiográfica”.
- Vol. XXI: “El malestar en la cultura”, “El porvenir de una ilusión”, “Más allá del principio del placer”, “Fetichismo”.
- Vol. XXII: “Carta de Einstein”, “Carta de Freud”, “Conferencia 32: Angustia y vida pulsional”, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, “¿Por qué la guerra?”.
- Vol. XXIII: “Análisis terminable e interminable”.
- Gay, P. (1989), *Freud, una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós.
- Havelock, E. (1912-1913), “Psicología sexual”, en *Obras completas*, Madrid, Hijos de Reus.
- Heidegger, M. (1951), *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Hobbes, T. (1980), *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Jones, E. (1976), *Vida y obra de Sigmund Freud*, t. I-III, Buenos Aires, Hormé.
- Kierkegaard, S. (2006), *Las obras del amor*, Salamanca, Sígueme.
- Kojève, A. (1996), “Sagan: el último mundo nuevo”, en *Descartes*, nº 14, Buenos Aires.
- Lacan, J. (s.f.), *El seminario. Libro 25*, inédito.
- (1972a), *El saber del psicoanalista*, inédito.
- (1972b), *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1975a), “Clausura de las jornadas de carteles de la Escuela Freudiana de París”, inédito.
- (1975b), *El seminario. Libro 21: Los incautos no yerran (los nombres del padre)*, inédito (clase del 21 de enero de 1975).
- (1975c), *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1981), *El seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós.
- (1984), *El seminario. Libro 3: Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1987), *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1988), *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- (1992), *El seminario. Libro 20: Aun*, Barcelona, Paidós.
- (1994), *El seminario. Libro 4: La relación de objeto*, Buenos Aires, Paidós.
- (1999), *El seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós.
- (2003), *El seminario. Libro 8: La transferencia*, Buenos Aires, Paidós.
- (2006), *El seminario. Libro 10: La angustia*, Buenos Aires, Paidós.
- (2008), *El seminario. Libro 16: De un Otro al otro*, Buenos Aires, Paidós.
- (2009), *El seminario. Libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires, Paidós.
- (2011), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós.
- Lantéri-Laura, G. (1990-1991), “Introducción al texto de Charles Lasègue sobre la anorexia histérica”, en *Vertex. Revista Argentina de Psiquiatría*, nº 2.

- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (2006), *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- Laurent, E. (2002), “El revés del trauma”, disponible en línea en: <www.virtualia.com>.
- (2004), “Las nuevas inscripciones del sufrimiento del niño”, en *Ciudades analíticas*, Buenos Aires, Tres Haches.
- Lévi-Strauss, C. (1998), *Las estructuras elementales de parentesco*, Barcelona, Paidós.
- López-Ibor Aliño, J. J. y Valdés Miyar, M. (2002), *DSM-IV-TR: manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Barcelona, Masson.
- Lucrecio (2003), *La naturaleza*, Madrid, Gredos.
- Maddox, B. (1994), *Nora Joyce*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Mannoni, O. (1973), “Ya lo sé, pero aun así...”, en *La otra escena: claves de lo imaginario*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1975), *Freud. El descubrimiento del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Maresca, S. (1992), “El fin de la historia”, en *Ética y Poder en el fin de la historia*, Buenos Aires, Catálogos.
- (2007), “Ese problemático Freud”, disponible en línea en: <www.elsigma.com>.
- Marx, K. (2000), *El capital*, t. 1, Madrid, Akal.
- Miller, J.-A (1987), *Matemas I*, Buenos Aires, Manantial.
- (1988), *Matemas II*, Buenos Aires, Manantial.
- (1996a), “Buenos días, sabiduría”, en *Colofón*, nº 14, Buenos Aires.
- (1996b), “Seminario sobre las vías de formación de los síntomas”, en *Freudiana*, nº 19, Barcelona.
- (2001), *La erótica del tiempo*, Buenos Aires, Tres Haches.
- (2002), “De la naturaleza de los semblantes”, en *Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*, Buenos Aires, Paidós.
- (2007), “La depresión, una enfermedad del género humano”, en *Elle*, París.
- (2009), “La salvación por los desechos”, en *El Psicoanálisis. Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, nº 16, Barcelona.
- (2011), “Sutilezas analíticas”, en *Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*, Buenos Aires, Paidós.
- Miller, J.-A. y Laurent, E. (2005), *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Buenos Aires, Paidós.
- Moliner, M. (1994), *Diccionario del uso español*, Madrid, Gredos.
- Mondolfo, R. (1966), *Heráclito: textos y problemas de su interpretación*, México, Siglo XXI.
- Nietzsche, F. (1986), *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza.
- Ons, S. (2005), *Una mujer como síntoma de un hombre*, Buenos Aires, Tres Haches.
- (2009), *Violencia/s*, Buenos Aires, Paidós.
- (2012), *Comunismo sexual*, Buenos Aires, Paidós.
- Platón (1992-2002), *Obra completa*, vol. 4: *Filebo. Timeo. Critias*, Madrid, Gredos.
- (2003), *Obra completa*, vol. 3: *Fedón. Banquete. Fedro*, Madrid, Gredos.
- Plon, M. y Roudinesco, E. (2008), *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.

- Proust, M. (2000), *En busca del tiempo perdido*, Barcelona, Lumen.
- Robert, P. (1992), *Le Petit Robert*, París, Le Robert.
- Roudinesco, E. (1994), *Lacan, esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Sade, M. (2009), *Juliette o las prosperidades del vicio*, Barcelona, Tusquets.
- Sagan, F. (1954), *Bonjour tristesse*, París, Marcel Lubineau.
- Schelling, F. (1950), *La esencia de la libertad humana*, Buenos Aires, Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Schopenhauer, A. (2008), *El mundo como voluntad y representación*, Buenos Aires, Losada.
- Schreber, D. P. (2008), *Memorias de un enfermo de nervios*, Madrid, Sexto Piso.
- Sófocles (1992), *Tragedias*, Madrid, Gredos.
- (1926), *Edipo rey*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Voltaire (2001), *Cándido o el optimismo*, Buenos Aires, Espasa.
- Von Sacher-Masoch, L. (1993), *La Venus de las pieles*, Barcelona, Tusquets.

# Índice

Índice	2
Legales	5
Prólogo	8
Capítulo 1. La creación del psicoanálisis	10
01. Freud en su época (1856-1939)	11
02. Jacques Lacan (1901-1981)	15
03. El psicoanálisis y la ciencia	19
04. La ética del psicoanálisis	22
05. La sesión psicoanalítica	25
Capítulo 2. Conceptos fundamentales	29
06. El inconsciente	30
07. La transferencia	33
08. El sujeto supuesto saber	37
09. La pulsión	41
10. La sublimación	44
Capítulo 3. El retorno de lo reprimido	48
11. El sueño, vía regia de acceso al inconsciente	49
12. Los sueños y las formaciones del inconsciente	52
13. El síntoma	56
Capítulo 4. La economía libidinal	59
14. La libido	60
15. El placer	63
16. El deseo	66
17. La felicidad	69
18. El trauma	73
Capítulo 5. Identificaciones sexuales	77
19. El complejo de Edipo	78
20. La lectura lacaniana del complejo de Edipo	81
21. El complejo de castración	85
22. El superyó	89
Capítulo 6. La vida erótica de los sexos	93

23. No hay relación sexual	94
24. La mujer	97
25. El hombre	100
26. El niño	104
27. El amor en el fin de un análisis	108
<b>Capítulo 7. Estructuras clínicas</b>	<b>112</b>
28. La histeria	113
29. La neurosis obsesiva	116
30. La psicosis	119
31. La paranoia	123
32. La melancolía	126
33. La manía	129
<b>Capítulo 8. Orientaciones sexuales</b>	<b>132</b>
34. La homosexualidad masculina	133
35. La homosexualidad femenina	137
36. El fetichismo	140
37. El travestismo	143
38. La dirección masoquista	146
<b>Capítulo 9. Síntomas de época</b>	<b>150</b>
39. La actualidad de las perversiones	151
40. Los “desbrujulados” contemporáneos	155
41. Las adicciones	159
42. La depresión	163
43. La anorexia	166
44. La bulimia	169
45. El pánico	172
<b>Capítulo 10. La época y la pulsión</b>	<b>176</b>
46. Los efectos de la Primera Guerra Mundial en el psicoanálisis	177
47. Malestar en la cultura	180
48. La violencia en el siglo	184
49. El estatuto del semblante	187
<b>Glosario</b>	<b>190</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>195</b>

